

23 Junio 76.

TODO EL MUNDO,

BREVES APUNTES

ACERCA DE LO MÁS IMPORTANTE QUE DEBE SABER

Y DE LO MÁS PRECISO QUE DEBE IGNORAR

EL HOMBRE MODERNO,

PARA VIVIR CORRECTAMENTE

EN LA PÁTRIA,

EN LA SOCIEDAD Y EN LA FAMILIA.

POR

DON SANTIAGO DE LINIERS.

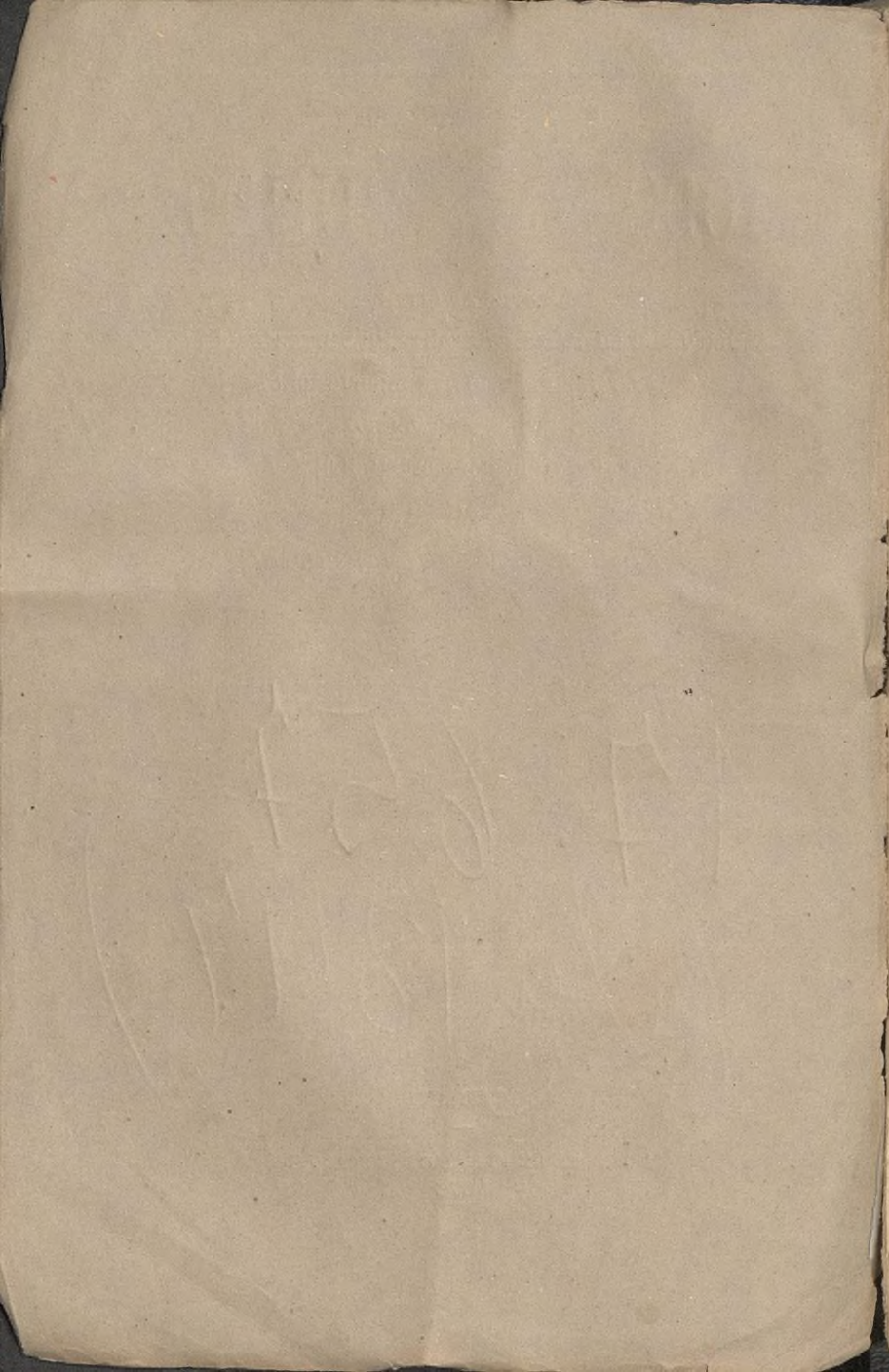
17.657

(Juny 1847)

MADRID

IMPRESA DE F. MAROTO, PELAYO, 21

1876



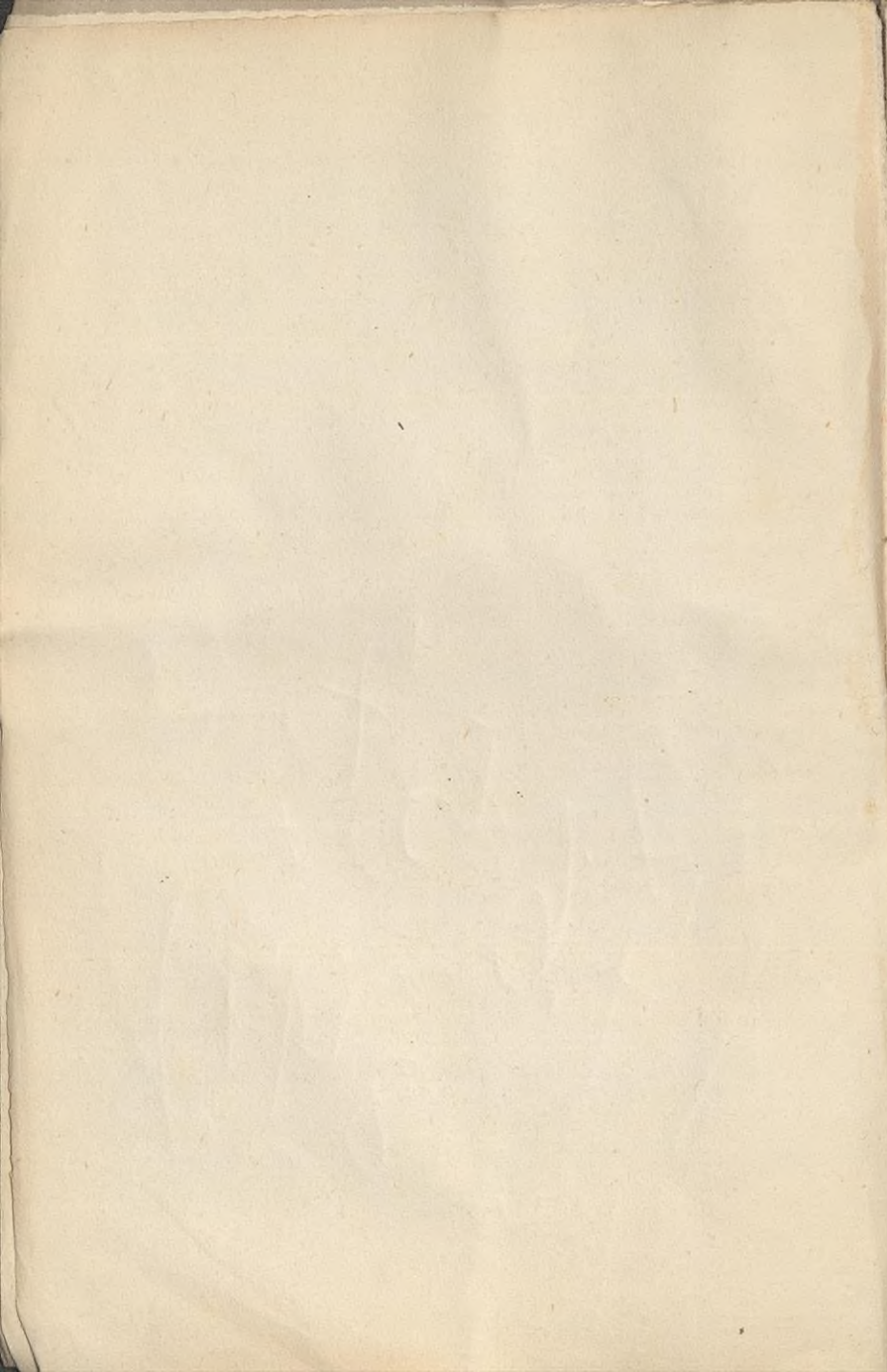
17657
Henzl 82/7)

Handwritten text, possibly a signature or initials, appearing as faint, overlapping strokes in the center of the page.

EL MUNDO

de los siglos

de la historia



TODO EL MUNDO

*Esta otra es propiedad de su
autor*

Santiago de Chile

TODO EL MUNDO

[Faint, illegible handwriting]

[Faint, illegible handwriting]

25.7.61

TODO EL MUNDO,

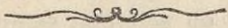
BREVES APUNTES

ACERCA DE LO MÁS IMPORTANTE QUE DEBE SABER
Y DE LO MÁS PRECISO QUE DEBE IGNORAR
EL HOMBRE MODERNO,
PARA VIVIR CORRECTAMENTE
EN LA PÁTRIA,
EN LA SOCIEDAD Y EN LA FAMILIA,

POR

DON SANTIAGO DE LINIERS.

29



MÁDRID

IMPRENTA DE F. MAROTO, PELAYO, 34

1876

culpa es, no del autor, sino de la *falsa opinion* que quiere presentar esos sucesos y esos personajes como *única* encarnacion del *espíritu* del siglo, y símbolo el más sublime de su pretendida grandeza.

Contra la falsa opinion de ese grupo exíguo de ambiciosos, de aventureros y de nécios que á sí propio se llama *todo el mundo*, endereza el autor sus censuras, y si con ellas ha contribuido, en la pequeña escala de su importancia, á aislar esa falsa opinion de clubs políticos, de café y callejuela, de la verdadera opinion de los campos y del hogar doméstico, de la opinion del país que cree y que paga, dando á esta la honrada independenciam que en toda sociedad cristiana debe tener la opinion de los hombres de bien, creará haber prestado á su pátria y á su época, un verdadero servicio.

Madrid, 16 de Abril de 1876.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

EN LA PÁTRIA.

LIBRO PRIMO

DE LA VIDA

1784


LIBRO PRIMERO.

EN LA PÁTRIA.

I.

Del patriotismo en general y de las particularidades de algunos patriotas.

Nadie pondrá en duda que el patriotismo es la primera virtud de los pueblos, pero nadie negará tampoco que la introduccion de esa palabra en nuestro idioma para designar al noble afecto que simboliza, ha coincidido con la decadencia del pueblo español. Tal vez nuestros abuelos no amaran tanto á su pátria como nosotros; tal vez su amor, como el de padres robustos por hijos sanos, florecientes y vigorosos, fuera más varonil y entero; es lo cierto que no habia nombre para ese afecto universal y apenas definido, y que si querian á su España lo decian menos que nosotros.



Nadie se ha atrevido todavía á llamar gran patriota á Pelayo, que la dió por fronteras la punta de su espada, ni á Alfonso VIII, que la hizo Castilla, ni á Isabel la Católica, que la hizo España, ni á Carlos V, que la hizo poderosa y temida en ambos mundos.

Y á la par de estas grandes figuras de nuestra historia, los hechos realizados por otras figuras más secundarias de la epopeya nacional no han sido tampoco actos patrióticos, en la usual y moderna significacion de la palabra. El Cid, conquistando un reino entero para el rey que le habia ofendido, es, segun la moderna filosofia histórica, «un mito poético de la lealtad caballeresca.» Guzman el Bueno, «un emblema de la fidelidad al juramento.» Gonzalo de Córdoba, «una representacion viva y gallarda del espíritu aventurero, tal vez del espíritu y génio de la reforma, que llevaba á los hombres del renacimiento á grandes y arriesgadas empresas.» Hernan Cortés, regalando á la corona de España todo un imperio, «un aventurero audaz y glorioso.» Don Juan de Austria, «el tipo del bastardo ambicioso, del hijo del amor, en quien el amor depositó un destello de su fuego divino.» El duque de Alba, «un capitán austero y sombrío como su amo.» Rocroy y Trafalgar, «dos lúgubres epopeyas, en las que España, ya corrompida por los *despotismos* austriaco y borbónico, hizo el supremo esfuerzo para ser grande, y solo consiguió morir con grandeza.....» No: ninguno de estos hechos fué patriótico, ni patriotas los que los realizaron.

Para encontrar un patriota tenemos que venir á este siglo, y bautizar con ese nombre, recién inven-

tado, al primer general que, al frente de las tropas encomendadas á su mando para sostener la pátria americana, que se iba de las manos á la pátria española, hace el primer pronunciamiento en regla, y, en lugar de reconquistar un reino para España, se contenta con darla una Constitucion.

*
*

Apenas se dibuja en la historia contemporánea un acto de patriotismo, cuando el que lo ejecuta cae bajo la ley de la discusion pública y periódica de su conducta: las censuras de sus enemigos y más frecuentemente las alabanzas de sus partidarios, le analizan, le desmenuzan y le disecan tan cruelmente, que ni el mismo patriota le conoce, y no pocas veces llega á convencerse de que hizo precisamente lo contrario de lo que pensó hacer.

Un patriota á la moderna, como un reo en estrados, no puede presentarse sin defensores y *comentaristas*. Los hay que los tienen áulicos, y son como oficiales de su casa; á otros ménos encumbrados é ilustres, sus amigos políticos ó su partido se los imponen de oficio; á ninguno les son bastantes abogados sus obras, ni llevan por ellos la voz en las contiendas que les suscitan sus émulos las tierras que ganaron al enemigo, las banderas que conquistaron en la batalla, ó las bendiciones que elevan al cielo los pueblos á quienes redimieron ó *regeneraron*.

El patriotismo era ántes una virtud tan sublimada, que á veces se hacia incompatible con los sentimientos legítimos, pero ménos elevados, que com-

ponen la humana naturaleza; el cariño á los hijos y al hogar de los padres, el apego á las riquezas y á la comodidad del retiro privado, el natural amor á la vida, se veian sacrificados por el acendrado amor á la pátria que armó contra su sangre el brazo de un Guzman, que enjugó las lágrimas en los paternales ojos de Felipe II, que al primer Borbon español puso otra vez en las manos, crispadas de dolor, las riendas de una dilatada monarquía, y que empujó al combate y á la gloria á todos los mártires de nuestra independencia; pero si estos amantes de su pátria lucharon contra sus sentimientos, á ninguno les sirvieron de obstáculo, ántes les fueron aguijon y apremio sus virtudes.

Hoy es otra cosa; las empresas patrióticas no son incompatibles con el sosiego y regalo del gabinete; las hay que se ejecutan (copio las palabras de un periódico) *montando para el caso una verdadera oficina*; algunas no solo llenan de honra, sino de ventajas más positivas al que las realiza; otras, sin contrariedades, sin peligros y sin sacrificios personales, le colocan de pronto en el pináculo de una notoriedad indiscutible y provechosa, pero ¡raro ejemplo de la insuficiencia de la fortuna! casi todas son incompatibles con una virtud ó con una creencia.

De lo que se deduce: ó que el patriotismo no es virtud, toda vez que la primera condicion de una virtud es no ser opuesta á otra, ó que en el corazon humano no cabe más virtud que la de ser patriota.

Uno para ser grande prescinde de ser leal; otro sacrifica su consecuencia á su amor pátrio; quiénes abandonan su inútil cargamento de probidad y de honradez privadas á la celeridad de su marcha;

quiénes anteponen la certeza del éxito á la vanidad del punto de honra ó á la supersticion del juramento.

Al patriota le basta con serlo; todo lo demás le será dado de añadidura.

No es hombre que pueda ser medido con el rasero de los demás hombres. Sean estos enhorabuena justos y benéficos, y leales y consecuentes y honrados; el patriota bastante tiene que hacer con serlo.

Es un profeta, es un *iluminado* que ha nacido con una mision providencial y exclusiva, y á quien le falta el tiempo para detenerse en pequeñeces.

Es un predicador que tiene que darse buen trato para que la voz no le falte: y si alguna vez en el ejercicio de su ministerio flaquean sus fuerzas, y el preciso sustento (y Dios sabe cuál es el preciso sustento del moderno patriota) se encuentra á mano, ¿quién será capaz de acusarle porque se le apropie, aunque no sea suyo, ni quién entrará en disputas de tuyo ó mio con un hombre que posee sobre todas las cosas el sumo imperio del conquistador omnipotente?

*
* * *

El patriotismo es un sentimiento tan vivo, que no hay hombre que pueda contenerle constantemente dentro del pecho. La actividad que en momentos dados desarrolla está en razon directa de la inercia que en ocasiones determinadas se apodera de los más distinguidos patriotas. Todo lo que es grande en la naturaleza necesita descanso.

En esos momentos, en esas dilatadas siestas que duerme el patriotismo más acrisolado, sus fuerzas

se reponen, su espíritu se dilata y conforta y sus propósitos se purifican y consolidan. Su despertar será terrible, pero su sueño es inocente.

Hay patriotas que conquistaron de una vez con un acto notable el precioso patrimonio del patriotismo. Estos viven tranquilamente con su reputación adquirida, y desdeñan añadir nuevos florones á la corona cívica que cubre sus frentes. Son ya ancianos, ó son ya excépticos, ó no quieren ser nada; entre otras razones, porque su patriotismo les ha dado ya todo. Buscarlos para nuevas empresas, es imposible; ellos ya han cumplido con la pátria. Que una palabra, que un acto cualquiera, que una adhesión pasiva puede otra vez salvarla..... imposible: la cuenta corriente está ya saldada, y el patriota se ha retirado del comercio..... que la pátria no muere nunca..... no importa; «hablen Vds. al patriota de al lado, yo soy un gran patriota de reemplazo.»

*
**

Hay otros, por el contrario, que no quieren nunca jubilarse. Son hombres de hierro nacidos para luchar un dia y otro, para convencerse, para arrepentirse, para enemistarse, para hacer las paces, para disputar y para abrazarse cada semana.

Donde haga falta un hombre, allí están ellos, y donde sobren todos, tambien. Dadles un pretexto cualquiera, y fundarán un partido, y luego inventarán un nuevo pretexto para destruirle, y despues dirán que es preciso vigorizar las antiguas fracciones políticas, y sostendrán más tarde que ya es hora de fundir en una gran agrupacion todos los parti-

dos militantes. Ellos lo que necesitan á toda costa son ocasiones en que sacrificarse.

Es su amor por la pátria como el cariño de esos amigos íntimos, que siendo con sus inconsecuencias, sus habladurías y su suspicacia, una verdadera plaga en la vida ordinaria de las familias, reservan para las ocasiones críticas todos los tesoros de su celo y el inmenso caudal de su trasnochada ternura; amigos que averiguamos eran íntimos de la casa cuando se muere el jefe de la familia, y que vemos instalados, lacrimosos y contritos á la cabecera del lecho donde yace postrado el individuo que en sana salud atenazaron á disgustos.

Así, estos patriotas son temibles, no tanto por lo que no hacen, como por el momento en que ejecutan algo, y en la imaginacion de los pueblos no se representan sino bajo la forma imponente con que el cirujano ó el médico se ofrecen á la calenturienta fantasía del enfermo que va á sufrir una operacion dolorosa.

Otra ocasion terrible hay tambien para los pueblos que tienen que valerse de estos grandes facultativos. El momento de pagarles la cuenta.

Por lo demás, nadie más modesto que un patriota. Él no tiene más pretension que la de ser completamente imprescindible para la existencia de su pátria. Talentos, virtudes, servicios, poco le importa tenerlos ó carecer de ellos. Que le concedan que su país no podria existir si él no hubiese puesto en él la mano, y regalará todas sus demás cualidades á los políticos de segundo orden.

Su fé en su mision es profunda. Si él no hubiera nacido, su país no tendria leyes de ninguna clase,

ni Gobierno de ninguna especie; acaso la tierra no hubiera dado frutos, ni agua las nubes, ni los rios peces ni tercianas. Él no ha sido creado por nadie, ha nacido solo; no obedece á ninguna ley, es fuente y origen de toda ley; á ningun poder superior debe obediencia, puesto que de sus manos procede toda autoridad y gerarquía. En una palabra; poco importa mientras él viva que la pátria perezca ó se aniquile; con pocos dias de anticipacion que se le concedan, él podrá ofrecer al público otra nueva pátria tal vez más perfecta, é indudablemente más bonita que la difunta.

No ha de faltarla nada, tendrá sus dos Cámaras, su revoluelon cada diez años, su ejército disciplinado y patriótico, sus clases conservadoras, sus clases pasivas, sus periódicos y su Deuda. Todo al minuto y recién salido de las manos del patriota emprendedor é infatigable que mirará su obra complacido y la encontrará inmejorable.

*
* *

Desgraciadamente no siempre puede este poner la última piedra del edificio que entre fiestas oficiales, vacaciones patrióticas y festejos de real orden inaugura pomposamente. ¡Ya se ve! El patriota, aunque hombre extraordinario, es hombre al fin, y no puede un hombre estar en todo. Las sociedades, que sin su auxilio no podrian acudir ni á las más vulgares necesidades de su existencia, tienen á veces caprichos tan injustificados, que deshacen en pocos años la brillante improvisacion de pocas horas, que como glorioso depósito les legó el patriota.

¿En qué consiste esto? Fenómeno inexplicable, que acaso no tenga otro origen que la ingratitud de los pueblos para con los salvadores que le nacen á cada paso, que acaso sea tambien debido á la Suprema Sabiduría que quiere que en poco tiempo turnen varios patriotas en la noble faena de hacer pátrias nuevas y echar remiendos á las viejas.

De todos modos, es el hecho que las sociedades, no bien descubren en su seno la apreciable mina de un patriota, se dedican con laboriosidad indiscreta á desacreditarla.

Al uno le falta valor para las reformas; al otro le sobra actividad para las mudanzas. Este, despues de levantar el edificio de su pátria, se olvida de coronarle; aquel construye una soberbia cúpula, que no tiene más defecto que venirse al suelo así que desaparece la armadura, porque el arquitecto no se acordó de labrar los cimientos.

Censuras, porque no edifican; murmuraciones, porque no derriban; insultos, porque su trabajo es demasiado rápido; críticas, porque lo verifican lentamente; discusion prolija de todos sus actos, y juicio contradictorio perpétuamente abierto sobre sus errores y virtudes. Pero ellos, firmes. Hércules pudo detenerse en su obra. Ellos jamás. Son incansables; son de hierro.

A algo responde, sin embargo, la constante intervencion de los patriotas en la historia contemporánea, y singularmente en la historia contemporánea española.

Nada hay en el mundo social sin causa que lo determine, y ese forzoso ministerio del patriotismo, debe tener alguna.

Indudablemente, las sociedades modernas sufren, y los patriotas son sus médicos. Por eso les llaman en su auxilio y les murmuran; por eso les dan la mano en vida, y no asisten á su entierro; pagan sus cuentas sin discutir las, y arrojan por la ventana sus recetas y sus medicamentos.

Indudablemente, los patriotas son una gran cosa; pero mejor seria aún una nacion bastante robusta, para que de ella pudiera decirse como de una comarca saludable:

«Su atmósfera es pura, su cielo claro y sin nubes, su tierra fértil y su clima tan benigno y próspero que jamás han podido establecerse en ella ni hacer fortuna los sábios médicos que han pretendido lograr entre sus habitantes una razonable clientela.»

¡Oh! ¡quién pudiera pintar su pátria con este solo rasgo!

«Es tan fuerte y tan sábia, que en ella no se conocen los patriotas.»

II.

S. M.—Opinion pública, Reina absoluta del mundo y su secretario del despacho.

Sentado el principio de la soberanía nacional como único fundamento del poder público, no tenemos más remedio, los que vivimos en la amplia atmósfera de las instituciones modernas, que poner la duración de los Gobiernos y la vida de los sistemas bajo la inteligente tutela de un consejo de familia, que pronuncia sus fallos en secreto y los ejecuta á la vista de todos; que condena y aplaude sin permitir la discusión de su aprobacion ó descontento; que nadie conoce, aunque todos somos de él consejeros natos; que todo el mundo invoca, aunque muy pocos han averiguado dónde tiene su estrado; que ampara á los Gobiernos contra los ataques de las oposiciones y defiende á las oposiciones de los desafueros de los Gobiernos, y que sin duda á causa del misterio de que se rodea, de la facilidad con que

juzga y de la frecuencia con que se equivoca, todo el mundo designa con el nombre de OPINION PÚBLICA.

No hay nada, en el variado surtido de las cosas curiosas que la época presente ofrece al observador desapasionado, que merezca llamar tanto su atención, como la influencia, el desarrollo y los medios de acción de ese poder omnipotente, y sin embargo, es muy difícil penetrar con fruto en su análisis, porque la opinión pública funciona, en la mayor parte de los casos, como un tribunal secreto.

Es España el país en que ese supremo tribunal está más recargado de trabajo, sin permitir á sus tareas ni el tradicional asueto de las vacaciones de la canícula.

Cierto, que aunque la opinión pública es por su naturaleza un tribunal muy numeroso, en España, á fuerza de recusaciones, cesantías y licencias temporales, ha quedado reducido á muy pocos miembros.

Por las condiciones que su reglamento interior exige para dar posesion á sus individuos, comprenderá el lector que no basta ser público y tener opinión para pertenecer al santo tribunal de la opinión pública.

Es preciso, en primer lugar, ser español, interesado en que la opinión pública española sea la opinión de la Europa poderosa. Un español que opine que la opinión pública de la Europa poderosa puede ser perjudicial á España, será expulsado en el acto del tribunal, si es que en un momento logró penetrar en la sala de audiencia.

Ser mayor de edad, entendiéndose por edad «la ex-

perencia que las revoluciones atravesadas desde su período de incubacion hasta su periodo de arrepentimiento dan á los hombres,» siendo indispensable que el postulante haya pasado por tres, á lo ménos.

No estar procesado por ningun delito público, es decir, no haber sido nunca perseguido, ni por incrédulo, ni por apóstata de la religion revolucionaria, única verdadera.

Pertenecer, ó haber pertenecido, á cualquiera de estos altos Cuerpos consultivos:

Al ejército activo en sus diversas armas, cuerpos é institutos.

Al periodismo liberal, en cualquiera de los partidos en que se divide, y en cualquiera de los órdenes gerárquicos que en su régimen interior se observen.

A cualquiera de los círculos de recreo establecidos en Madrid, ó al círculo indefinido y sin nombre que en dicha capital pasa más de tres horas al dia paseándose desde el Prado hasta la Puerta del Sol por la Carrera de San Jerónimo, y los acometimientos adyacentes á esta gran alcantarilla central. Los que no puedan probar esta circunstancia, podrán alegar en su defecto, y se les computará como equivalente, la de haber sido citados con adjetivo laudatorio, tres veces á lo ménos, en la parte editorial de *La Correspondencia* ó en las revistas de salones de *La Epoca*.

Ser vecino de Madrid, ó agente electoral de cualquier vecino de esta ilustrada capital, ó corresponsal en provincias de cualquier periódico revolucionario de la córte, ó por lo menos servidor activo, comisionista celoso ó prestamista blando de corazon

de cualquier personaje político domiciliado y establecido en la villa muy heróica.

Ser, haber sido ó aspirar á ser empleado público, bien de los llamados de carrera, bien de los conocidos con el nombre de políticos (1).

Por fin, creer ó aparentar creer (esto es indiferente) que vivimos en el mundo con la única mision de almorzar en Fornos todas las mañanas, pasear en coche todas las tardes, cobrar por nómina todos los meses y oirnos llamar todos los dias respetables, dignos, celosos, inteligentes, bizarros, elegantes ó activos por nosotros mismos.

Nunca formarán parte de ese tribunal inapelable los que por escrúpulos de una conciencia nimia, por encogimiento de un espíritu apocado, por timidez de una naturaleza turbada ó enfermiza, por deber, por dignidad, ó por antipatía, nieguen ó combatan el único principio religioso de las sociedades modernas de que la civilizacion es Dios y el hombre de *La Epoca*, de *La Correspondencia*, de la Carrera de San Jerónimo y de la *Revista de Ambos Mundos* es su profeta; y aunque se sumen por millares de individuos; aunque en el país en que vivan representen millones de dinero, serán sus hombres masa inconsciente, plebe tumultuosa, muchedumbre indisciplinada ó minoría insignificante; todo, menos público; y sus ideas, preocupaciones, hipocresías ó ignoracias; todo, menos opiniones.

* *

(1) Véase el capítulo 6.º

¿Qué mucho, pues, que un tribunal así compuesto y con tal escrupulosidad purgado sea uno en su espíritu, indivisible en sus actos, y constantemente ortodoxo en la pureza de su doctrina?

¿Qué mucho, si sus fallos obedecen siempre al mismo eco, y si su voz tiene siempre igual timbre, y sus sentencias se fundan siempre en los mismos considerandos, aunque á veces ciertas diferencias de estilo ó ciertas gallardías de lenguaje las haga parecer distintas?

No; aspirantes á magistrados inamovibles de ese excelentísimo tribunal, no creais á los que os digan que la santa opinion pública es versátil en sus juicios, débil y tornadiza en sus opiniones; esa Reina y tirana del mundo moderno es inflexible é inquebrantable, como el espíritu sobrenatural que la inspira; elevad la vista del estrado en que se sienta al dosel que la cubre, y vereis que la divinidad que le dicta sus fallos es la misma *soberbia* que no vacila, que no duda, que jamás se arrepiente; la soberbia, que no ha vertido nunca una sola lágrima por sus víctimas; la soberbia, reina y verdugo de los hombres y augusta emperatriz de sus pasiones.

No: esa implacable divinidad no afloja ni un momento los hilos invisibles y poderosos con que sujeta y gobierna las inteligencias de sus ministros y apoderados; no les permite tregua ni descanso en su estéril y fatigoso trabajo; no les da ojos sino para admirarla y admirarse, ni oídos que oigan otra cosa que sus alabanzas, ni manos que no labren costosos é indestructibles monumentos á la desolacion de su reinado.

Así una misma voz entona siempre el mismo cán-

tico, y unos mismos ministros hacen siempre idénticos sacrificios, ante una divinidad siempre la misma.

«¡Oh, tú, soberbia fábrica del barro más soberbio, revuelto y amasado con el soberbio lodo de nuestras calles, por nuestras activas manos! ¡Edificio grandioso de nuestros propios y grandiosos delitos, hermoso tabernáculo donde se venera, guardada entre metales y piedras preciosas, la esencia misma de nuestra alma orgullosa y corrompida, pero grande y soberbia al propio tiempo: solo á tí alabanzas y cultos de gratitud, solo á tí honores y perfumes, solo á tí alegrías y regocijos y ofrendas, sobre todo ofrendas, divinidad amiga y bondadosa!»

«Que tus enemigos sean hundidos en el polvo, porque has querido conquistarlos y te desprecian.»

«Que perezcan por tí en cientos de generaciones, porque no le tributan alabanzas.»

«Que sus nombres sean borrados de la lista de los humanos, porque su corazón rechaza tu culto.»

«Y que tu nombre sea bendito por los que te amamos y obedecemos, y tu templo sea nuestra casa, y de tus ofrendas vivamos, y con tu protección engordemos. Amen.»

* *

Quando oigais hablar de política rechazada por la opinion pública; de principios que la opinion pública no admite; de Gobiernos, de instituciones, de costumbres y de individuos á quienes el progreso de los tiempos y los adelantos de la civilización han divorciado de la opinion pública, huid de ellos como

de un ejército de apestados, porque la opinion pública, á pesar de ser mudable y tornadiza, nunca volverá á esos principios, á esas instituciones y á esos hombres.

La razon es muy sencilla: el dia que volvieran, lo que ahora se llama tribunal de la opinion pública seria en masa declarado cesante.

Ese dia no ha llegado, y hoy la opinion pública es soberana absoluta del mundo. Ya hemos visto en qué consiste su soberanía.

* * *

Pero esta Reina no podria soportar sobre sus hombros el peso de su extensa monarquía, si no compartiera sus trabajos con un secretario del despacho que, poseyendo el privilegio exclusivo de su confianza, pone á su servicio la inapreciable cualidad de una discrecion á toda prueba y el don providencial de acierto en cuantas misiones se le confian.

Reinando la opinion por la gracia de la soberbia, su ministro no puede ser otro que la misma fuerza.

Jamás soberano vió mejor y más pronto ejecutados sus mandatos.

La opinion pública, á medida que va formando juicio sobre cualquiera de los expedientes sometidos á su superior resolucion, se los confia en secreto para su estudio á su secretario del despacho.

A este, su rudeza militar, de que como todo militar de oficina se proclama orgulloso, le impide casi siempre hacer un análisis muy profundo de los fun-

damentos de derecho; en cambio, su buen sentido y su espíritu práctico, le ilustran lo bastante para comprender y hasta redactar los resultandos de la sentencia. Esto basta, y aún sobra en ocasiones, para ejecutarla puntualmente.

Generalmente la opinion pública no entrega al secretario, que á la vez la sirve de brazo secular, más que la minuta de su fallo.

El ministro, á quien su rudeza militar no ha impedido ciertos estudios literarios, compone sobre esos apuntes una brillante exposicion de motivos que se conoce en el comercio político-militar-literario con el nombre de manifiestos, programas y proclamas.

En estos documentos el brazo militar habla siempre, y no del todo mal para un brazo, á nombre de su Reina y señora.

La opinion pública le ha dicho, que «ciertos hombres se han divorciado de ella hace mucho tiempo, que todas las madres, que todas las hermanas, las esposas, las tias, ó cualquier corporacion de parientes tan respetables como estas, han venido en confianza á contarle (al brazo) que aquellos hombres eran completamente intolerables. Que él, en su categoría de brazo, no tiene más remedio que abrazar la causa de la opinion pública (la de las madres y la de las hermanas) contra el poder que las ofende y que, fuerte con el apoyo de esta parentela, confiando en el derecho que le asiste, en la justicia que le sonríe (en esto suele á veces no equivocarse, pues acostumbra siempre á estar bien con la justicia), se lanza á la lucha, confiando en que todos los hombres honrados han de estar de su parte (en esto tam-

poco se equivoca el brazo, porque los hombres honrados suelen estar en todas partes menos donde debieran estar).»

El brazo, «no quiere en esta solemne ocasion abrir de nuevo la sangrienta era de las revoluciones y de los trastornos (esta es la era en que todos los brazos han hecho siempre un buen agosto); al contrario, pretende, apoyando este movimiento completamente espontáneo de la opinion pública, cerrar para siempre el período de las convulsiones de su querida pátria.»

«Este movimiento generoso, eco fiel de las más íntimas y más nobles aspiraciones de la opinion pública (continuará diciendo el brazo), arrollará todos los obstáculos, ó reparará todas las instituciones (esto, segun requiera la estacion), que aniquilan la vida de la pátria, ó que la pátria necesita para vivir y respirar (esto, segun las modas). Fomentará las fuentes de la riqueza pública (las fuentes en donde se hacen los enjuagues administrativos); dotará al país de leyes libres, ó de leyes serias (á escoger); abrirá ancho campo á todas las aspiraciones legítimas; refrenará con mano fuerte todas las ambiciones, y gobernando, administrando y legislando, fundará el orden en una libertad bien entendida, ó desarrollará la libertad sobre la base del orden más severo.»

«Españoles: en nombre de la opinion pública, ¡viva la libertad, viva el orden, viva el brazo!»

Porque no se ha visto todavía uno de esos movimientos generosos y espontáneos de la opinion, interpretados por el brazo secular del ejército, en que este no se dé á sí mismo un pequeño ¡viva! de entu-

siasmo. Y hay que ser justos; si él no se victorease á sí propio, no sabemos quién habia de victorearle.

* *

La opinion y el ejército, la Reina absoluta y su secretario universal, el corazon y el brazo, viven en España tan estrecha y amistosamente unidos, que, ¡espectáculo de familia, verdaderamente tierno y conmovedor! parecen una misma persona. Y como la inteligencia humana (áun la especial, que exclusivamente adorna á los hombres de este siglo), es por su naturaleza finita y limitada, y de las apariencias se instruye, y con lo exterior se convence é ilustra, á muchos, la intimidad de estas relaciones ha hecho pensar que cuando el secretario no decia ó no hacia nada, la opinion pública no existia; ó, lo que es lo mismo, que no podia decirse que sobre una cosa se habia pronunciado terminantemente la opinion pública, hasta que por ella se pronunciara una buena parte de nuestro bizarro ejército, siempre leal á su Reina y señora, con tal que esta le reconozca el fuero inmemorial de que goza, de interpretar y ejecutar siempre sus fallos.

* *

Gozando la opinion pública de fuero militar, es evidente que asciende por escala, tiene uso de uniforme, disfruta de retiro y queda algunas veces de reemplazo.

Hay opinion pública con el grado de coronel; la hay que adorna su brazo con el entorchado de bri-

gadier; pero la verdadera, la genuina opinion pública, tiene casi siempre los tres entorchados. Si no los tiene los conquistará la primera vez que se manifieste, y entre tanto se la tributan los honores que van anejos á su categoría de capitana generala electa.

Apenas se registra un caso de que el tiempo la haya negado la confirmacion canónica.

Lo dicho basta para ilustrar á nuestros lectores acerca de la verdadera y trascendental importancia de la opinion pública en la España moderna. Nosotros les aconsejamos que se apresuren á introducirse cuanto ántes, aunque sea con una plaza modesta, en ese tribunal respetable, cuyo brazo secular tiene tres entorchados y alcanza á tan largas distancias.

Si así no lo hacen, no se quejen, no se llamen á engaño, no se escandalicen, si el tribunal pasa tranquilo y majestuoso por encima de sus derechos, de sus sentimientos, de sus bolsillos ó de sus cabezas.

Limitense á atrancar la puerta de su casa cuando las voces de las verduleras, el grito de los vendedores de gacetas extraordinarias, el piafar de los caballos ó el trompeteo militar, les anuncie que el santo tribunal publica y ejecuta sus sentencias. O si les coje la promulgacion en la calle y pagan con su cuerpo las costas, recójanse á la cama cuando puedan, manden llamar al médico y respondan cuando tome este el pulso á su dolencia:

—No es nada, doctor, es cosa pasajera: todo se reduce á que la opinion pública acaba de fracturarme tres costillas.

III.

!!!Orden!!!

Si estos breves y desaliñados apuntes presumieran de libro de texto político, diríamos que se entendía por *orden* en los Estados «el equilibrio político que resulta entre todos los poderes públicos.» Pero esta definición del orden no nos parece aplicable al orden á la moderna y á la española, del que se dicen estas ó parecidas frases:

—«Hay que hacer orden, ántes que política.»

—«El país no quiere leyes, ni Constituciones nuevas; solo quiere, solo apetece, orden.»

—«En el ministerio no hay ahora más que un hombre de orden.»

—«A mí dénme Vds. orden, aunque sea saltando por encima de las leyes.»

—«La revolucion del año X, ó la del año H, se hizo al grito de ¡Viva el Orden! y otras fórmulas

más ó ménos variadas con que se expresa esta idea, que sobre el órden apuntaba, como quien apunta con un trabuco, el personaje de una zarzuela:

«Procedamos con órden; los muebles por el balcon.»

Aquí, con efecto, nunca se repara ni en muebles ni en balcones cuando se trata de conservar el órden, y la *Gaceta* y los periódicos oficiales vienen todos los dias llenos de partes como estos:

«*El gobernador al ministro de la Gobernacion.*—Ocupadas por la Guardia civil las avenidas de las Casas Consistoriales, donde se verifica la eleccion.»

«Dos electores muertos, catorce heridos. Esta noche saldrán desterrados los cincuenta prisioneros de mi parte anterior.»

«LAS ELECCIONES CONTINÚAN CON EL MAYOR ÓRDEN.»

Por lo tanto, el órden en España no resulta del equilibrio de las fuerzas, sino que consiste en el predominio de una sobre otra; ó lo que es lo mismo, en España no se llama equilibrio al que guardan entre sí dos pesos exactamente iguales, sino al que resulta de una gravedad específica de tal naturaleza, que coloca á su contraria en la imposibilidad de conmovérsele.

No hay partido político que no conspire ó haya conspirado contra el órden establecido, ni que al ser poder deje de sacrificar para la conservacion del órden sus principios, sus procedimientos y su consecuencia.

Y como al mismo tiempo no hay situacion política que no llegue á serlo, por obra y gracia de un motin, de una revolucion ó de un trastorno violento é impensado (lo cual constituye un sistema ú *órden*

político como otro cualquiera), resulta, que en España hay dos especies muy distintas de orden.

Hay, en primer lugar, el orden constitucional, ó sea: el arte de crear situaciones, legalidades ó Gobiernos.

Y en segundo lugar, el orden establecido, ó sea: el arte de conservar esos mismos Gobiernos legalidades ó situaciones.

Es, pues, el primero: el orden ó sistema con que se consigue un desorden.

Y el segundo: el desorden, desarreglo ó desbarajuste con que quiere fingirse un orden completamente imaginario.

*
*
*

El orden constitucional, ó arte de crear situaciones, ha sido siempre un producto nacional, tan acreditado como la enseñanza de humanidades en Salamanca, los caldos jerezanos ó los pimientos de la Rioja; pero este arte, que deteniéndose siempre en el grado de bachiller, no aspiró en mucho tiempo á la muceta de las carreras mayores, contentándose en su humildad, puramente escolástica, con ser el arte de mudar ministerios, hoy, aleccionado con la filosofía é instruido con mil conocimientos complementarios y mil clases de adorno imprescindibles, aspira ya, y tiene ganado en efecto, el diploma y borla de doctor en la difícil, trascendental y aprovechada ciencia de cambiar sistemas, legalidades y situaciones.

El orden constitucional es el resultando de estos tres imprescindibles períodos de toda revolución ordenada.

Primer período: «Antes que esto, cualquier cosa.»

Segundo período: «La opinion ya está preparada.»

Tercer período: «Se ha falseado el generoso y espontáneo movimiento de Enero, Febrero, Marzo, Abril, etc.» (hay movimientos espontáneos y generosos para todos los meses del año).

El orden constitucional en el primer período, es como sigue:

Antes que esto, cualquier cosa, dicen los primeros, aquellos á quienes *esto* no tiene cuenta. Los no empleados, los cesantes y los que tienen otro *esto*, en que esperan ser empleados. A ellos les acompañan al poco tiempo, otros grupos no ménos importantes, compuestos de los que ya han gastado su influencia, de los que tienen un destino inferior al mérito que presumen tener, y de los que están descontentos de todo porque en todos los *estos* han sido siempre desahuciados. En una palabra; todos los partidos políticos, ménos el que ocupa en aquellos momentos el *esto* gubernamental, llegan á convenir en que cualquier cosa le es preferible; pero como no seria decoroso presentarse sin ninguna ante la opinion ilustrada del país, aunque no sea más que por mera fórmula, se dedica la coalicion á buscar esa cualquier cosa.

Tarea no difícil, porque habiendo creado en los mercados políticos españoles la continua demanda de este artículo un variado y completo comercio de *cualesquier cosas*, el comisionista más exigente puede escoger á gusto una cualquier cosa de verano, de invierno ó de entretiempos; de pura fantasía ó de consistencia, extranjera ó del reino, que sirva de bandera á la coalicion en la ruda campaña que va

á emprender contra el *esto* enemigo que la aflige.

Tocada señal, levantada bandera y distribuidos los puestos de peligro para la conquista del orden constitucional, se entra ya de lleno en el siguiente período de la campaña.

La opinion ya está preparada. Si nuestros lectores no han saltado el capítulo precedente, ya sabrán lo que en España se entiende por *opinion pública*, y el único cuerpo social que está encargado de tenerla, de interpretarla y de imponerla.

El partido, el sistema ó la coalicion política que en España tenga el oido bien atento para penetrar si esa opinion pública es bastante fuerte para constituir Gobierno, puede estar bien seguro de llegar sano y salvo, ó á lo más con dos ó tres tropiezos, que lejos de impedir, diviertan y amenicen el rápido camino de sus triunfos, al tercer período del orden constitucional por que suspiraba, ó sea á la definitiva derrota del *esto* deshonroso, y á su sustitucion por la patriótica legalidad de la *cualquier cosa*.

Pero el orden constitucional, orden esencialmente dinámico, que obedece, sí, á las leyes del equilibrio, pero del equilibrio puramente inestable, no se detiene nunca su constante movimiento, única ley de su existencia; y así que su, digámoslo así, *sístole* patriótica, le empuja á crear la legalidad de la *cualquier cosa*, la *diástole* le lleva suavemente á destruirla, y..... aquí empieza el tercer período del orden constitucional.

El patriótico, generoso y espontáneo movimiento de..... cualquier mes del Almanaque ha sido falso.

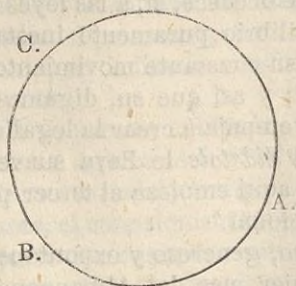
Este período reconstituyente llega en sus últimas

manifestaciones á confundirse con el primero: los elementos que trabajan en él son generalmente los mismos que constituyeron la cruzada contra el *esto* insoportable; solo que ahora los pretendientes han llegado á recelosos, los recelosos á pretendientes, los cesantes á funcionarios que quieren jubilarse, y los jubilados ó excedentes á empleados activos que perpétuamente quieren serlo.

Un paso más en la marcha ilegible y perpétua del orden constitucional, y la *cualquier cosa patriótica* se convierte en el *esto* constitucional que hay que echar abajo.

Tenemos, pues, que el espíritu moderno que en mecánica no ha podido descubrir el procedimiento para encontrar el movimiento continuo, le ha descubierto en política con esta fórmula del orden constitucional.

«No hay revolucion que no pueda convertirse en legalidad; no hay legalidad que no pueda convertirse en reaccion; no hay reaccion que no pueda convertirse en revolucion;» ó lo que es igual



A—«Antes que esto cualquier cosa.»

B—«Ya está preparada la opinion.»

C—«Se ha falseado el espontáneo movimiento de Enero, Febrero ó Mayo.»

Se nos olvidaba decir que los hombres y los partidos políticos que aceptan y practican seria y noblemente este orden de sucesion constitucional, son los únicos que, segun el vocabulario moderno, tienen derecho á llamarse hombres de orden.

El orden gubernamental, vulgarmente llamado *orden establecido*, es resultado tambien del orden constitucional de que procede.

Ninguna definicion puede dárnosle á conocer más gráficamente, que ese sencillo y expresivo nombre de *orden establecido* con que preferentemente se designa.

Con efecto; este es el orden que *se establece* en un país como un huésped en casa de un amigo espléndido, haciéndose servir de los mejores platos de la mesa y ocupando los cuartos más cómodos de la casa.

Que *se establece*....., es decir, que se instala, que se acomoda confortablemente, que se repantiga en las instituciones como hombre bien comido en una butaca bien blanda, y que cuando advierte que alguna parte del país atenta contra el reposo de sus siestas, manda proceder con mano fuerte contra los perturbadores del orden, exclamando entre dos bostezos como el deudor del cuento á quien perseguian varios acreedores implacables:

—«¿Pero qué me quieren esos hombres? ¿Les pido yo algo?»

El orden establecido puede ser ó el momento constitucional en que *la cualquier cosa* es todavía patriótica, ó el instante histórico en que el *esto* no se ha hecho aún inaguantable.

En ese momento no es lícito, ni aún á la misma opinion pública, alzarse contra el orden establecido, que se ocupa en organizar el país haciendo funcionarios de los conspiradores de la víspera y desterando á los funcionarios del porvenir.

No: no es lícito alzarse contra el orden establecido; en primer lugar, porque está establecido, y en segundo lugar..... por lo mismo.

Además, y esta es una razon muy importante; «¿no estamos bien así? (sobre todo los que ya pertenecemos á este orden); ¿no es hora ya de conservar las conquistas de la.....? (sobre todo los que hemos conquistado algo y nos hemos vuelto conservadores de lo conquistado.)»

«Y, por otra parte, y esta sí que es una reflexion bien convincente, dentro del orden establecido (es decir, dentro de la casa donde nosotros estamos ya instalados, y en posesion de las mejores habitaciones), ¿no caben todas las aspiraciones legítimas? (es decir, las aspiraciones que no aspiren ni siquiera á un plato de postre, ni á un rincon al lado de la chimenea). ¿No tienen ancho campo todas las opiniones? (es decir, el campo de la admiracion ó de la indiferencia pasiva, las opiniones que opinan que todo está perfectamente, ó que, aunque está mal, vale más no emmendarlo, ó que no se les importa que esté todo como les dé la gana)..... ¡Pues entonces! ¿de qué se quejan esos constantes enemigos del orden y de las instituciones, qué quieren esos malos patriotas?»

Ante esas razones, el mejor remedio es callarse y quedar profundamente convencido:

1.º De que un español no debe averiguar qué especie de orden le gobierna, sino tomar buena-mente el orden que le den, aunque este sea el orden de que esté siempre en orden de parada; ó el orden de que le administre justicia su zapatero, ó un magistrado con las botas rotas, ó un juez que sepa dónde le aprieta el zapato; ó el orden que le exija un 30 por 100 de contribuciones, y á su vecino le pida solo un 4 1/2; ó el orden de que él no cobre sus cupones, y á la duquesa, su amiga, se los paguen á toca-teja; ó el orden de que tenga que armarse para defender su casa; ó el otro orden, que consiste en que no pueda saludar á un Cura, sin que le destierren por sospechoso; ó, en fin, cualquiera de los órdenes que sucesivamente van *estableciéndose* en España.

2.º De que para establecer otro orden con el que viva más á gusto, tiene que obedecer irremisiblemente al *orden constitucional*, y, en su consecuencia, no intentar nada, como no sea en el momento en que *la opinion pública esté preparada*, y valiéndose inescusablemente del brazo secular de esa opinion pública para lograr su objeto.

3.º De que bien están así las cosas, y que más cuenta le tiene aplaudir el orden con que se crean las situaciones y el orden con que se gobiernan, que lastimar *los patriotismos* de los que andan con las manos en la masa, y que, bien á su pesar, si persistiera en sus quejas injustificadas, tendrían que declararle faccioso.

Vivió hace mucho tiempo un hombre, á quien la verdadera santidad no impidió la verdadera humildad; un hombre extraordinario, que entrando en la Iglesia de Jesucristo por las puertas del arrepentimiento, salió por estas en alas de su santidad á ocupar en el cielo el sitio de los bienaventurados (1).

El Santo Doctor que alcanzó en vida una época tan revuelta y turbada como la presente, pero en la que todavía no se conocian los *hombres de orden*, dice sencillamente que es este:

Aquella disposicion en que están las cosas, mediante la que CADA UNA OCUPA SU LUGAR.

Era, pues, para el elocuente apologista y Santo filósofo determinacion del orden, EL LUGAR que deben ocupar las cosas.

Los modernos lo hemos arreglado de otro modo, y ya hemos visto que llamamos orden á la disposicion buena ó mala EN QUE ESTÁN las cosas, ó al sistema fuerte ó suave que empleamos para mudarlas.

¡Bueno fuera que en época tan activa y atareada como la presente, perdiéramos el tiempo en averiguar cuál es el lugar de cada cosa!

No, sino ponerse á buscar lugar á cada una y salir luego:

Con que nuestros hombres de orden debian estar detrás de una barricada.

Con que nuestras barricadas debian estar haciendo fuego contra nuestras leyes.

Con que lo que llamamos orden establecido, es lo que en tiempo de San Agustin se llamaba desorden organizado ó tiranía triunfante.

(1) San Agustin.

Y lo que se apellida desorden, es el único medio de conquistar de una vez para siempre el orden verdadero, el orden que consiste en colocar á cada cosa en su lugar y á cada hombre en su sitio.

¡Vaya, vaya! Bien se está el orden como está, San Agustín en el cielo, y sus doctrinas en el índice expurgatorio de la revolucion omnipotente, única verdadera.



IV.

De los fusiles, de las espadas y de los entorchados.

«Un buen ejército debe obedecer solamente á los poderes constituidos.»

«El militar no ha de tener opinion política: debe estar al servicio de su patria y no al de los partidos que la dividen.»

No hay partido político que no escriba en su bandera uno por lo ménos de estos principios salvadores; sobre ninguno de ellos se admite discusion, por pertenecer ambos al arca santa de los principios fundamentales, y por lo tanto no hay más remedio que admitirlos como inconcusos.

Cualquiera, al leer los artículos doctrinales que sobre estos asuntos publican los periódicos, ó al escuchar en el Senado los discursos de las eminencias político-militares, formará la idea de que el ejército español debe ser una organizacion, que reconociendo por base la obediencia pasiva, funcione bajo la

direccion del jefe del Estado, como cada peloton de soldados manobra á la voz de su sargento.

Pero tambien cualquiera, al leer en la *Gaceta* las disposiciones que emanan del ministerio de la Guerra, ó al escuchar en el Congreso los discursos de las eminencias militares-políticas, se hará en seguida cargo de que el ejército español es.... lo que es.

Sin embargo, los autores de las máximas fundamentales que hemos consignado, no han procedido al sentarlas, por espíritu puramente especulativo y filosófico. Han tenido presente, al contrario, el uso que en la práctica habia de hacerse de aquellos, al parecer principios inflexibles, y los han formulado de manera, que su aplicacion pueda ser fácil, y no pugne con el espíritu esencialmente expansivo y tolerante de nuestro leal y sufrido ejército.

La única cuestion consiste en entenderse sobre el significado de ciertas palabras y conceder ó negar á ciertas personas la facultad de interpretarlas.

«Un buen ejército debe obedecer solamente á los poderes constituidos.»

¿Qué entendemos por buen ejército, moderna, constitucional y españolamente hablando? Buen ejército es aquel en que el soldado obedece al sargento, el sargento al capitan, el capitan al coronel, y el coronel al general.... que le dió el mando del regimiento, ó que le ofrece el entorchado de brigadier; buen ejército es aquel en que la disciplina se observa solamente desde el empleo de coronel hasta el cargo de rancho; buen ejército es el que se bate á la voz de sus jefes, hoy contra el rebelde general Fulanez que se pronuncia en Ocaña ó en Alcalá por la Constitucion del año H ó por la reconstitucion

de su bolsillo, y mañana se presenta en masa á ofrecer sus respetos en la antesala del mismo general Fulanez que en Alcalá ó en Ocaña sacó triunfante su Constitucion y su bolsillo de las garras de la tiranía.

Buen ejército son soldados obedientes, oficiales dóciles, jefes intrigantes y generales perpétuamente rebeldes. En una palabra, buen ejército es el leal, sufrido y bizarro ejército español.

A este ejército solo importa moralizarlo hasta el empleo de coronel. El soldado tiene obligacion de batirse y de ser valiente por cualquier grito de guerra que el coronel pronuncie; el que huye á la voz de ¡viva Mengano! es un cobarde que merece ser fusilado; el que no sigue decidido el caballo del coronel es un desobediente, á quien se envia á Cuba ó á Ceuta; el que no se instruye ni adquiere buena letra ni obtiene buenas notas de concepto, no ascenderá nunca ni á cabo de escuadra, y lo único que merece es seguir eternamente de soldado..... Pero en cambio el coronel que al oír el grito de ¡viva Mengano! encierra en el cuartel á su regimiento para que no se bata, puede ser un valiente, y el que hace todo lo contrario de lo que manda hacer el ministro de la Guerra puede ser un patriota, y el que apenas sabe la táctica de batallon y no ha dado ninguna muestra deservir para otra cosa que para coronel, sin otras pruebas, puede ascender á general.

Ejército disciplinado llamamos en España al que á la voz de sus jefes se pronuncia contra los jefes de estos; al que despues de levantar en las puntas de sus bayonetas el poder de los Azules, salva al país derribando á los Azules y ensalzando á los Lilas,

siempre que en estos cambios de decoracion los comparsas permanezcan unidos y compactos para mayor comodidad de los maquinistas.

Por fin, un buen ejército es el que se alborota, se amotina, se agita, pelea y huye con sus charangas al frente, sus coroneles á la cabeza, sus oficiales á los flancos, el vestuario bien cuidado, los fusiles bien limpios, marcando bien el paso, y perfectamente abrochadas todas las levitas y todas las conciencias. En una palabra, un ejército que proclame y practique el desórden con el órden más severo y la más estricta disciplina.

Ahora bien; este ejército, es evidente ejército, que no ha obedecido, obedece, ni obedecerá nunca, á nada ni á nadie más que á los poderes constituidos. ¿Pero qué son los poderes constituidos?

*
* *

En España, donde tantos espectáculos curiosos se ofrecen á la vista, se ha visto lo siguiente:

Entre las ideas más ó menos fundamentales que aquí se profesan acerca del poder, es la más general, la más profesada por las clases ilustradas y cultas, la más constitucional y la más moderna, que el poder no solo reside en el pueblo, sino en el pueblo de Madrid; y no en toda la villa, sino precisamente en la Puerta del Sol; y tampoco en todas las manzanas de casas que componen esta grandiosa plaza, sino precisamente en el edificio ocupado por el ministerio de la Gobernacion. Esta idea, verdaderamente filosófica, sobre el origen y fundamento del

poder público, tiene una fórmula todavía más concreta.

El poder, dicen los intérpretes más modernos de esta teoría, no es otra cosa que la *Gaceta*.

Pues bien; en España se ha visto á la *Gaceta* calificar UN LUNES de rebeldía una insurreccion armada; destituir á sus jefes, calificándoles de desleales, é invocar contra ella el apoyo del único ejército con que suelen contar los Gobiernos abandonados: el apoyo de las fuerzas vivas del país. Callarse como muertas estas fuerzas vivas, y UN MARTES llamar la *Gaceta* ejército salvador al ejército rebelde del lunes; colmar de honores y de flores retóricas á los jefes desleales de la vispera, y asegurar que las fuerzas vivas del país se habian colocado al lado de los ex-rebeldes y ex-desleales.

Se ha visto á un Gobierno, á una situacion y á una legalidad en posesion quieta y pacífica del ministerio de la Gobernacion y de la *Gaceta*, ser en las breves horas de una noche desalojados de sus posiciones por la intervencion de la fuerza armada; y al balcon del Principal, que anocheció republicano, amanecer monárquico y conservador; y á la *Gaceta*, que republicana la vispera, contaba para su salvacion con el brazo del ejército, decir, monárquica al dia siguiente, que el brazo providencial del ejército habia salvado al país de las manos de la república.

Se ha visto al mismo edificio animarse con insólita agitacion y dictar órdenes multiplicadas para proveer y armar un ejército (leal entonces) que iba á combatir á otro ejército (entonces rebelde), seguir ansioso la marcha del ejército de la legalidad, ani-

marle al combate con el ejército ilegal, y cuando apenas los dos ejércitos habían medido sus fuerzas en una escaramuza digna de las repúblicas del Perú y de Bolivia, conmoviéndose el edificio en sus cimientos españoles y ordenar que no se desuniera lo que por su naturaleza debía estar unido, que se abrazaran como hermanos los que iban á pelear como cuñados, y que leales y desleales se convirtieran de pronto en camaradas y patriotas.

Ahora bien: supongamos que en cualquiera de los momentos en que el ministerio de la Gobernación cambiaba de inquilinos ó de opiniones en cualquiera de las vistas que hemos presentado á nuestros lectores, una parte de ese ejército, *que solo debe obedecer á los poderes constituidos*, hubiese tenido el oído tardo para averiguar cuál era el poder que en ese momento *se constituía*. Si el cambio le cogía sordo y veinticuatro horas más seguía tratando como rebeldes á los rebeldes del lunes, ó gritando ¡viva la república! ó combatiendo al ejército ilegal, el ilegal, el amotinado y el rebelde, hubiera sido esa parte del ejército, y los oficiales, jefes y soldados que así prolongaron una *lealtad ilegal y facciosa*, dignos de todos los rigores de la ordenanza.

Pero como esta desleal constancia es opuesta á la ley de fraternidad que gobierna á nuestro ejército, suele observarse pocas veces, y en cambio cumple desde hace muchos años el precepto constitucional de obediencia á los poderes constituidos, obedeciendo pasivamente á todos los poderes que están en aptitud de constituirse; y como no hay poder verosímil que no se constituya por el ejército, ya como brazo providencial, ya como intérprete de la opinión pú-

blica, ya como salvador supremo de cualquier crisis desesperada, el ejército español cumple con sus deberes de obediencia, obedeciendo á los poderes que él mismo constituye, es decir, que un buen ejército á la española moderna no tiene más obligacion que la de adorarse, sostenerse y obedecerse á sí mismo, por que él es en resúmen el único origen de los poderes constituidos, y el propietario de la casa en que los ministros de la Gobernacion solo son inquilinos más ó ménos estables.

«Confesemos que la tarea no es muy difícil.»

* *

«*El militar no ha de tener opinion política: debe estar al servicio de su patria y no al de los partidos que la dividen.*»

Este principio parece todavía más inflexible y de más concreta aplicacion que el que anteriormente hemos intentado, y en nuestra humilde opinion conseguido suavizar en obsequio del ejército á quien se refiere; pero á poco que se medite sobre él se concluirá por perderle el miedo como á la disciplina, á la Ordenanza y á otras cosas que á pesar, y tal vez á causa, de haber sido el coco de seis generaciones á la presente escudriñadora, lenguaraz y analítica, solo inspiran la convencional veneracion que experimenta por un noble y ruinoso edificio todo aquel que está bien seguro de no pasar una noche bajo sus agrietadas bóvedas.

«Que el militar no debe tener opinion política,» suelen decirlo todos los jefes que con mayor ó menor rapidez se suceden en la administracion del me-

canismo militar, precisamente ántes de un mes y despues de quince dias de ocupar su elevado puesto, gracias á sus opiniones *políticas* personales y á la opinion *política* del ejército que con un acto de fuerza ha creado la situacion *política* que ya no permite á los militares tener más opinion sobre ella que la que ya han tenido y manifestado.

El general ó el brigadier que prohíbe la opinion política de sus inferiores, puede estenderse, en estilo más ó ménos académico, en largas consideraciones acerca del «mal papel que desempeña un militar, mezclándose en las discordias y en las luchas de los partidos políticos, sobre todos los cuales debe mantenerse imparcial y sereno para hacerse digno de la confianza que en él ha depositado la nacion, encargándole de la conservacion del órden público.....» ó lanzar todo el torrente de su indignacion contra «aquellos mal aconsejados militares que arrastran en clubs y en asambleas políticas la dignidad del noble uniforme que visten....» Esto no quiere decir que un militar deba ser un instrumento en manos de un Gobierno; ni que se le prive de la facultad de pensar, facultad para él la más noble y preciosa, despues de la facultad de cobrar; ni ménos significa que no pueda ni deba afiliarse como militar á este ó á aquel partido, ó á todos á la vez, ó sucesivamente, segun mejor le convenga; nada de eso; lo que quiere decir, lo que dice para todo el que inteligentemente lea el hipotético documento á que nos referimos, es: que el militar puede tener opinion política, siempre que esta sea á lo militar, disciplinada, ce-pillada, reluciente y correcta; que esta opinion, cierto que no debe manifestarse en los clubs y

asambleas de los paisanos, pero sometida á jefes militares, discutida en juntas y conversaciones con compañeros, y subordinada siempre al espíritu de compañerismo, puede ser, no solo un legítimo desahogo de la fuerza imaginativa del general en ciernes, sino un auxiliar poderoso de su carrera y un lazo comun y necesario entre él y sus camaradas presentes y futuros. Por fin, que eso de «no tener opinion política,» se refiere únicamente al militar privado é individual, y en manera alguna al conjunto colectivo de todos los militares que se llama ejército; y que, por tanto, la prohibicion no es incompatible con las glóricas y salvadoras manifestaciones de la opinion pública del ejército, llamadas vulgarmente motines, pronunciamientos y revoluciones.

Así claramente lo da á entender la segunda parte del axioma de derecho político que hemos admitido como inconcuso, y que expresa que «el militar debe estar al servicio de su pátria y no al de los partidos que la dividen;» porque la pátria, en un país en que los partidos acuden sucesiva é invariablemente á la fuerza para sustituirse unos á otros en el mando, no viene á ser otra cosa que el partido en la actualidad triunfante.

A esa pátria, que hoy es republicana y mañana conservadora dictatorial, y al dia siguiente monárquico-parlamentaria, no hay inconveniente ninguno en serla leal y consecuente.

Cuando un militar conspira contra la monarquía, es porque sirve á la pátria republicana, y cuando se pronuncia contra la república, es porque ha prestado obediencia á la pátria dictatorial y conservadora.

Tenga, sin embargo, gran cuidado el militar de no salirse en su juego, del juego de las legalidades permitidas, que son estas y nada más, porque fuera de la república, de la monarquía constitucional y de la dictadura conservadora, para un buen militar no debe haber patria. Pero como no se salga de este juego lícito, como sus opiniones se manifiesten, no por su boca, sino por la boca de los cañones de sus soldados, y como triunfen (una vez nada más de cada tres que intente hacerlas triunfar), tiemble un poco si es su empleo inferior al de coronel, pero tenga la grata esperanza, como la manifestacion le sorprenda con el empleo de brigadier, que triunfante ó vencida, cada patria ha de darle un ascenso y cada legalidad una circular, con la que podrá preservar de las injurias del tiempo el brillo de sus entorchados.

Bien podemos decir, parodiando al axioma aristocrático de la corte de Austria, de que «el hombre no empieza hasta el barón,» que el militar español comienza con el brigadier. Los soldados, los sargentos, los oficiales subalternos y los jefes, tienen su fisonomía propia, gozan de una importancia social determinada; sus figuras y sus tipos pueden enriquecer la galería de originales del novelista y del dramático, pero nada dicen á la observacion del político, como no les contemple en formacion correcta y en conjunto. Así examinados, se distinguen fácilmente en esa masa, dócil para cualquier mano que quiera amasarla, dos tendencias completamente opuestas.

La primera y la más natural en un país devorado por la guerra de los partidos, y en unos individuos cuya profesion consiste en abrazar las contiendas de sus conciudadanos, y por su ambicion, sus opiniones ó su gloria derramar su sangre, es la inclinacion á la paz; dulce ensueño de las noches de campamento, de centinela ó de retén, que para la imaginacion de esos hombres mal acostumbrados á las fatigas de la guerra viene acompañado de un interminable cortejo de buenas fogatas, de mujeres hacendosas, de atentos oyentes, de retiros bien pagados, de cafés bien calientes, de zapatillas bien blandas y de batas bien entreteladas.

Esta aspiracion pacífica de todos aquellos para quienes la licencia absoluta, ó la consignacion de una nómina con el *máximum* del retiro en las cajas de una Tesorería provincial, constituye el término natural y suspirado de una carrera que emprendieron forzados por la ley de quintas ó por la ley aún más obligatoria de la necesidad, pugna y se contradice con aquella otra aspiracion inquieta y turbulenta de los que, favorecidos por padrinos poderosos, han hecho lo que se llama *una bonita carrera*, y desean no concluir la pasivamente, sino coronarla con los tres entorchados; ensueño y vision fantástica para todos los que un poco por encima de las verdaderas fatigas del soldado y de la diaria disciplina de los regimientos, no ven en el ejército más que el poético fragor de las batallas, el épico clamor de la victoria y el brillo de los galones, de los entorchados y de las fajas; sobre todo, cuando bostezan en las antesalas del general á quien sirven de ayudantes, ó en la tienda de campaña del cuartel general á que

están agregados, ó en la oficina donde tranquila y confortablemente esperan los beneficios de las vacantes de sangre de sus compañeros, cuidando de templar y refrescar la suya propia.

Todo el juego político de los que se sirven del ejército como instrumento de Gobierno, consiste en aprovecharse de estas dos tendencias, combinándolas de tal modo, que la ambicion impaciente del elemento activo y bullicioso les sirva en los momentos de conspiracion, y la apatía y cansancio del elemento pasivo les apoye y sostenga en sus períodos de poder.

De los oficiales y jefes que pertenecen al primer grupo salen los ayudantes de los generales, los comandantes y coroneles jóvenes, los auxiliares y oficiales del ministerio de la Guerra y de las direcciones de las armas, los agregados militares de las embajadas, los capitanes y comandantes de salon, de café, de billar ó de casino, y en general todo oficial ó jefe que con personalidad propia obtiene un puesto distinguido en el Estado, en el Gobierno ó en la sociedad, ántes de cambiar sus galones por la faja verde ó encarnada.

De los que por inclinacion ó por desdicha no pueden romper el hielo que les circunda, salen, ó, por mejor decir, *quedan* los militares *encanecidos* en el servicio; los comandantes pensionistas de San Herenegildo, los oficiales de la Guardia civil, de Carabineros y de Estado mayor de plazas; en una palabra, la masa del ejército; masa disciplinada y leal á cualquiera legalidad creada por las manos que andan en ella; que ya ha aprendido á batirse siempre que los cornetas del regimiento se lo ordenan; que

cumple cualquier órden de cualquier ministro de la Guerra; y que murmurando, cobrando su sueldo y leyendo EL CORREO MILITAR, pasa tranquilamente su vida quejándose de las carreras improvisadas de sus compañeros, pero sin renunciar ni uno solo de los ascensos que les proporciona la rapidez con que corren, y áun vuelan, las escalas.

Esta division de plaza, es decir, esta diversidad de tendencias, explica satisfactoriamente este fenómeno incomprensible: que no obedeciendo el ejército á los poderes constituidos, se observe interiormente en él la disciplina necesaria para que los soldados obedezcan á los oficiales y estos estén sujetos á sus jefes.

* *

Para comprender cómo la cadena de la disciplina se rompe al llegar á los últimos eslabones, es necesario fijarse en la naturaleza de estos eslabones, y lo que significan en la política española.

Todo militar, al cambiar los galones de sus bocamangas por el entorchado, adquiere en el mundo político la consideracion de militar y queda secularizado de la estrecha religion de la milicia.

Si era oficial facultativo, pierde el *precioso espíritu de cuerpo*; si procede del ejército de línea, olvida las costumbres del regimiento, y cualquiera que sea su origen, cesa en las combinaciones políticas de ser sumado en las casillas de las unidades y pasa á ocupar el lugar que le corresponde en las columnas de las centenas ó de los millares.

Su educacion militar tambien se considera completamente terminada. El entorchado es sin duda una iniciacion misteriosa y cuasi sacramental, queda la gracia al que le recibe.

En su virtud, el bizarro capitán de caballería, gran conocedor de caballos, sonajero de espuelas; que de táctica conoce perfectamente hasta la de escuadron; de topografía la posición exacta de todos los cafés de las ciudades donde ha estado de guarnición, y de balística el alcance preciso y matemático de una mirada asesina, dirigida desde la calle al balcón de un piso segundo, puede (sin necesidad de más estudios, ni ulteriores conocimientos), sin más requisito que llevar el nombramiento de brigadier en el bolsillo de su levita, recién ascendida por el sastre y por el ministro de la Guerra, regir el gobierno militar y político de una plaza fuerte, mandar en jefe una columna compuesta de todas las armas del ejército, ordenar y presidir las obras militares de una fortaleza, ó levantar los planos de un territorio ocupado por el enemigo.

Su educacion política ha sido, sin embargo, más esmerada, y esto es lo importante. Sabe de derecho político la máxima de que «el rey reina....» y los militares gobiernan; conoce la teoría del turno de los partidos; y tiene del juego de las instituciones la idea de que es una banca, que siempre debe tallar un militar, por aquel conocido axioma de que «de Enero á Enero, el dinero al banquero.»

A estas nociones fundamentales debe todo oficial general añadir ciertos conocimientos ó clases de adorno, tales como la ciencia de billar ó del ajedrez, el arte de narrador de cuentos de café ó de

casino, el arrojo y despreocupacion del jugador de naipes ó la fortaleza de piernas y la seguridad de cabeza del catador crónico de caldos nacionales, y será un general modelo..... á la moderna.

Bueno será tambien, que haya estado en alguna parte á donde no vaya todo el mundo; pues es de excelente efecto en una conversacion amena oír á un jefe superior empezar un chascarrillo ó una narracion de sucesos extraordinarios con el imponente: «Cuando yo estuve en Yedo, ó en el Missouri, ó en Mozambique.....» y aunque á cualquiera de esas comarcas no haya acudido como militar, sino como viajero, ó como deportado, no le importe.

Un general español, si quiere tener verdadera importancia, debe haberse pronunciado por lo ménos dos veces. No hablamos de los pronunciamientos anteriores á su empleo, pues claro es que de no haber contribuido á alguno, no seria general; pero, aun siéndolo, es forzoso, so pena de anulacion y enmohecimiento, que, en una época dada, «su patriotismo le haya llevado á levantar bandera contra los Azules,» y en otra más ó ménos lejana de la primera, «su prudencia y abnegacion patrióticas le hayan impuesto la obligacion de levantar á los Azules contra los Rojos.» Solo á la vuelta de este viaje de circunvalacion al rededor de sus ideas, puede un general obtener el diploma de militar sério, de patriota prudente, y de hombre que, «colocándose por encima de los partidos, solo ve en el ejército el servidor de la patria, y en la patria.....» la servidora de sí mismo.

Solo entonces puede un general ser cabeza de un completo organismo militar y político del que él es,

en resúmen, el ministro de la Guerra, y con el cual impone la ley al Gobierno si está en la oposicion ó mantiene la dictadura si está en el poder.

Solo entonces puede, en fin, decir que se encuentra en el término de su carrera; que no consiste en poseer los tres entorchados, sino en que cada uno de ellos signifique:

El primero: «yo cobro siempre.»

El segundo: «yo conspiro siempre.»

El tercero: «yo mando siempre.»

De las cosas,

de los Gobiernos y de los hombres serios.

Desde la abolición de los mayorazgos son infinitas las cosas que se han vinculado en los hombres de ciertas y determinadas sectas político-filosóficas, para demostrar sin duda al mundo, cuya única misión es contemplarlas, que la división del trabajo y de la riqueza que previsoramente decretaron, no ha amenguado en nada el vasto patrimonio de todo género de perfecciones y de virtudes con que su naturaleza, auxiliada por el arte y protegida por el tiempo, les ha ido sucesivamente enriqueciendo.

Patriotas; ya hemos visto que solo lo son ellos.

Religiosos; podrá haber quien quiera convertir la Religión en provecho propio ó emplearla como arma política, pero nadie como ellos sabe ser verdaderamente religioso.

Inteligentes; lo son tanto, que ellos solos bastan para comprenderse á sí mismos (señal de inteligencia rara) y despreciar á los demás (señal de superioridad indiscutible).

Populares; no hay que negarlo; nadie más que ellos han conseguido siendo poder, tener en sus Asambleas considerable mayoría; y si se objeta que nadie más que ellos han sido poder desde hace cuarenta años, replicaremos que han logrado ser poder porque han sabido ser populares.

Ellos solos son *valientes*, porque siendo pocos, han vencido á toda una nacion de diez y ocho millones de habitantes; y al mismo tiempo ellos solos son dignos de gobernar á esa nacion, porque son los únicos que gobiernan á gusto de los vencidos. Y por fin, ellos son los únicos buenos, por la sencillísima, poderosísima y aritmética razon de que no hay otros.

Hay entre ellos, dotados todos de igual grandeza, diferentes aptitudes, como habia entre los capitanes de nuestra Reconquista diferentes lotes de tierra entre las cogidas al enemigo; pero, ya individualmente, ya asociados en gremios y hermandades poderosas, esos hombres, pertenecientes á esas sectas políticas y filosóficas, forman hoy la casta privilegiada de la civilizacion, el sacerdocio de la Religion moderna, la aristocracia de las naciones y lo mejorcito de cada casa.

¡Dichosos ellos!

Uno de los mayorazgos más redondeados de los concedidos á nuestros conquistadores, es el cuantioso, productivo y exclusivo patrimonio de la *Sociedad*.

Sus hombres son serios.

Sus Gobiernos son serios.

Todas sus opiniones, todas sus palabras, todas sus cosas son eminentemente serias.

Presentemos algunos ejemplos de esta virtud política.

Supongamos que una situacion llega á serlo, por gracia de un motin más ó menos trascendental.

Si esa situacion al dia siguiente del triunfo celebra su victoria con arcos de ramaje y colgaduras de percalina; si pasea por las calles el regimiento, la brigada ó la division ex-amotinada; si muda los rótulos de las calles, repartiéndolos generosamente entre los coroneles, tenientes y sargentos vencedores, ó si (caso de irrespetabilidad justificada) hace presidente del Consejo al jefe del motin, esa situacion será, sí, liberal, y hasta apreciable y simpática y excelente, pero no será ya nunca una situacion *seria*.

Pero si, por el contrario, esa situacion nacida de un motin, da al dia siguiente del triunfo una ley, ó una circular, ó un simple bando contra los motines; si en vez de pasear en triunfo á los soldados que la crearon, les da un banquete privado en los salones de cualquier edificio público; si en lugar de repartirles calles les reparte destinos, y lejos de exaltar por jefe político á su jefe militar, finge con él desvío, y con cualquier destino más ó menos pingüe le destierra de la córte, esa situacion, á los ojos im-

parciales de todos sus amigos, es y será siempre una situación de las más serias.

Hay también soluciones serias: en estas nunca se consulta, para imponerlas, el sentimiento público generoso, pero irreflexivo, que jamás debe inspirar á un político que se respete; ni menos se dictan ó establecen en un momento de entusiasmo, de ódio ó de simpatía, sino que preparadas en el semi-silencio de un conciliábulo de hombres graves, revestidas de un ropaje de legalidad más ó menos ligero, sin entusiasmo, sin calor, sin convencimiento, se lanzan sobre el público, para hacer la felicidad del sentimiento popular que las rechaza, no para que sean soluciones útiles, sino para que nadie pueda negarlas la calificación de soluciones serias.

La seriedad es la máscara conservadora que tiene por objeto reirse impunemente de los que creen que todo conservador no tiene dentro un revolucionario, y tan á conciencia desempeña su especial encargo, que el número de los crédulos crece en proporción del número de las caretas.

Los gestos, las arrugas y las fisonomías de estas varían hasta lo infinito, y no hay partido que no tenga en su guarda-ropa un surtido completo.

Es la más ingeniosa la de seriedad gubernamental. Representa un hombre de vulgar fisonomía, pero *en cuya fisonomía* hay algo: (*el algo*, obsérvenlo nuestros lectores, es el rasgo de familia de todos nuestros grandes hombres).

Con efecto, la máscara expresa perfectamente lo que la cabeza tiene dentro.

Aquella mirada incierta y sin fijeza, es la mirada seria del hombre de gobierno, que busca con afán

una cuestion que merezca la pena de ocuparse de ella; un hombre que valga lo bastante para ser comprado, y una cosa que sea digna de ser creida.

Todo, en la expresion distraida de esa vulgar, pero sería fisonomía, indica que este trabajo de investigacion es incesante; todo tambien indica que su esterilidad no cansa ni fatiga al que le ejecuta, y que ensalzando hoy una institucion ó una creencia, y desacreditándola mañana; hablando un dia del principio de autoridad como un teólogo, y ejerciendo la autoridad al dia siguiente como un tirano; escribiendo una circular contra los demagogos y solicitando luego la amistad de los revolucionarios, ese hombre tiene la seriedad de espíritu necesaria para que creencias respetables y falsas supersticiones, orden y anarquía, tronos y demagogias, le parezcan cosas igualmente serias.

Pero á fuerza de llevar constantemente la máscara de seriedad, ese hombre ha llegado por fin á tener de una cosa una idea verdaderamente seria; esa cosa es el valor real y efectivo de su propia persona.

Otra seriedad no ménos á la moda que la precedente, es la seriedad política, que ya en el poder, ya en la oposicion, adorna á ciertos y determinados grupos políticos.

Es en ellos de buen tono despreciar otras virtudes, que, como la consecuencia, el valor, la abnegacion ó la desgracia dignamente sufrida, no pueden avenirse con la fundamental virtud de la seriedad.

Ser un partido sério les es dado á muy pocos, por más que á primera vista, y para observadores superficiales, sea cosa fácil aplaudir hoy lo rojo y mañana lo azul; amotinarse un dia contra la monarquía, y al siguiente conspirar por la monarquía contra la república; ser en una ocasion autoritarios hasta la crueldad y aprovechar luego cualquier ocasion de llegar en el camino de la demagogia hasta las puertas del terror; y decimos que esto no tiene de fácil, más que el somero y aparente atavío de una bellaquería gordal y adocenada, porque á poco que se examine el procedimiento de esos partidos, podrá convencerse el más cándido reaccionario (léase demagogo) de que si cualquiera puede ser bellaco de poco más ó ménos, pasar á los ojos de la opinion ilustrada por bellaco sério, es empresa que solo á inteligencias elevadas y que se solazan y esparcen en regiones más altas que las que respiramos la gente ordinaria, les es permitido con medianas condiciones de éxito.

No es efectivamente empresa fácil llegar en el camino de la seriedad al inaccesible pináculo de una formalidad tan inalterable, que permita á un semblante severo poner la misma cara al órden gubernamental, representado por un aventurero omnipotente, que al desórden administrativo barajado por la mano enguantada de un revolucionario elegante y bien nacido, ni aunque lo fuera, presentaria las mismas facilidades escoger el momento propicio para columpiarse entre esta y aquella manifestacion de una legalidad, alternativamente aceptable á los ojos de los partidos serios.

No todos comprenden, ni auscultan todos, tan

atentamente los latidos de la *opinion ilustrada*, que puedan saber cuándo le pide el cuerpo despotismo ilustrado, y cuándo suspira por una revolucioncita casera y hacendosa; y, en su consecuencia, hay partidos atropelladotes é indiscretos que, cuando ven una revolucion, tratan buenamente de aplastarla, sin que se les importe aplastar con ella las cuatro docenas de caballeros particulares que forman la *opinion ilustrada*, y que, entretenidos entre botellas y platos de postre, en las agradables pláticas ó en los enjuagues imprescindibles de la sobremesa revolucionaria, se retrasan un poco en el acto patriótico de su perjurio.

¡No, cándidos é irrespetables partidos, no puede hacerse eso impunemente; eso no se hace entre gente de buena crianza, eso no vale, eso no es sério!

No sirve que digais que la revolucion os parecia mala: no sirve que alegueis que el país entero la abominaba como una deshonra: no sirve que sumeis los guarismos de vergüenzas, de corrupciones y de escándalos que componen la interminable lista de sus iniquidades: vosotros no sois votos en la materia; el país que sufre y paga no sabe lo que se quiere, y mientras *la opinion ilustrada* de los caballeros de la sobremesa no se canse, ó su apetito no se embote, ó su estómago no se estrague, sereis criminales é incapaces si turbais el reposo de sus últimas digestiones.

La opinion ilustrada (única que deben consultar los partidos serios) no quiere tampoco que se proceda en esto de deshacer revoluciones con la misma premura con que suelen hacerse. Las revoluciones se hacen de prisa porque es la única manera de ha-

cerlas; en cambio, debe andarse muy despacio en el camino de las reacciones, porque esta es la mejor manera de no acabar de andarle nunca.

*
*
*

Los partidos *sérios* tienen conquistado, sin más trabajo que el ejercicio constante de su seriedad, el privilegio de una libertad ilimitada para todos sus actos.

A ellos les es lícito fomentar los ingresos aniquilando al contribuyente, porque es claro que una situación *séria* necesita estar dotada de recursos *sérios*.

Ellos pueden organizar todo género de festines políticos, porque, naturalmente, un Gobierno *sério* está obligado á corresponder *sériamente*, como es costumbre entre pueblos *sérios*, á la cortesía de las naciones y de las clases sociales que han reconocido oficialmente su seriedad.

Si alguno de sus hombres se escurre por la suave pendiente de sus instintos *sérios*, y de tropezon en tropezon cae en la ancha sima de la execracion permitida, el partido *sério* le deja allí despedazarse mientras no necesita sus servicios, pero acude presuroso á alargarle la mano y á mandarle limpiar por su cuenta la fama enlodada, así que comprende que sus servicios son *sériamente* necesarios para la consolidacion de las instituciones *sérias*.

La seriedad de los partidos españoles se prueba solamente en el poder; pero el que una vez la ha alcanzado, puede en la oposicion entregarse á todo género de divertimientos vulgares, y de recreaciones do-

nosas, sin perder la fama adquirida en el desarrollo de sus planes gubernamentales.

Así hemos visto partidos serios en el poder, y que en la primer crisis de su cesantía sufrian, sin abandonar un momento su seriedad, cien burlas más ó ménos sangrientas de otros partidos ménos formales: la adulacion baja y rastrera á los elementos sociales más despreciables; el servilismo más abyecto respecto de personajes encumbrados un día por la tormenta popular, que á ellos mismos les precipitó del poder; la alianza inmediata con los primeros descontentos ó con los primeros hartos del festin revolucionario; mil sofiones dados en público y sufridos en silencio; mil entrometimientos rechazados; mil complots inocentes descubiertos; el cómico ejercicio de una agilidad bulliciosa é intrigante; todos los actos bufos y asainetados de una comedia constantemente silbada y constantemente refundida, no son poderosos á desarrugar el orondo semblante y el arqueado de cejas circunspecto de esos partidos, de los que nos reiríamos á carcajadas si no equivaliera esto á reirnos de nosotros mismos que los mantenemos y fomentamos.

Desprendidos de ellos como la simiente del árbol, apóstoles y evangelistas suyos entre ciertas clases sociales, comisionistas de su averiada mercancía y hábiles colocadores de su peculiar pacotilla en todos los mercados públicos, andan por el mundo ejerciendo pacíficamente, á la sombra de las leyes, su lucrativo charlatanismo LOS HOMBRES SÉRIOS, llama-

dos así porque consistiendo su mision en reirse de la humanidad, no se registra caso de que una vez tan sola hayan hecho reir á nadie.

EL HOMBRE SÉRIO, base imprescindible de todas nuestras ensaladas políticas, es como si dijéramos el barba de la compañía. Su papel, como el del cómico de las tablas, es de los que imprimen carácter, y así, no solo su semblante, sino su familia, su posición, su conciencia y hasta sus sombreros, son eminentemente sérios; sus frases van siempre impresas de una seriedad intachable, y si por la naturaleza de su profesion está autorizado á poner una cuenta, sus cuentas son tambien tan aritméticamente sérias, que el que las paga pierde para toda su vida la gana de reirse.

Nadie llega á hombre sério sin haber hecho alguna vez una cosa seria, entendiéndose para esta cuestion por cosa seria, lo único que para el hombre moderno ofrece indisputable seriedad; algo que personalmente le haya tenido cuenta.

Esta es la base, el concepto privado, digámoslo así, de la seriedad; pero esta no se convierte en una virtud pública hasta que el hombre sério llega á convencer á la opinion ilustrada de que si él hace lo que le tiene cuenta, es porque le tiene cuenta al mismo tiempo, y más que á él, á la masa de sus semejantes, de que es eco fiel la opinion ilustrada de sus intérpretes.

El hombre sério no desprecia nada; su mision no es despreciar, sino aprovecharse; no desdeña nada, como no sea la falta de seriedad de los que no comprenden la suya; no ódia nada, á no ser la falta de patriotismo de los que desconocen el derecho que

tiene á la existencia; no regaña con ningun principio, como no se oponga á la realizacion de sus fines privados; y no se enamora de ninguna idea, como no sea de la idea que en la actualidad esté triunfante.

Este hombre imperturbable y magnífico, dice como los charlatanes de más nota: «El que no ensaye hoy mis específicos los ensayará mañana. No importa que haya una parte de la humanidad que me conozca á fondo, siempre habrá para mí una masa de incurables que me soliciten, para que les descubra el secreto de mi panacea; siempre seré para esos hombres el hombre indispensable, y el prestigio de mi seriedad no correrá peligro nunca.»

Y con efecto, ya que en España se ha perdido el secreto de ser dignos, modestos y honrados á la manera de nuestros abuelos, los que queramos ó necesitemos vivir en este antiguo solar de la dignidad y de la hidalguía, tendremos necesariamente que pedir á los modernos hombres sérios el secreto de esa suficiencia intelectual que en sus discursos se traduce en vulgaridades é idiotismos, y en sus actos públicos en torpezas ó iniquidades; de esa respetabilidad privada que necesita todas las noches un suelto de *La Correspondencia*; de esa consecuencia política que cada quince días recurre á dos columnas de patrióticas explicaciones; de esa probidad moral que sale á pasearse todas las tardes en un coche de lujo; de ese conjunto de virtudes, todas con rótulo como si estuvieran de venta; de esos depósitos de cualidades, todos asegurados de incendios en la compañía comanditaria del Bombo-benéfico.

Y si los hombres sérios nos pidieran por su secre-

to, todo el dinero y toda la fama que han usurpado á la laboriosidad honrada y al mérito modesto en toda la extension de su vida sería, aún nos parecería poco para pagárselo.

**

Al concluir este capítulo, tan tristemente como el que desea una cosa y no la tiene, un *hombre sério* que se retira del oficio por no poder sufrir la competencia, viene á ofrecermé por poco dinero la apetecida fórmula.

En obsequio á mis lectores voy á publicarla.

RECETA PARA SER HOMBRE SÉRIO.

R. *Una dosis infinitesimal de vergüenza:
Amor propio y orgullo á discrecion.
Mézclese segun arte.*

VI.

Cesantias y dimisiones.

(MEMORIAS DE UN CESANTE.)

Dimítete á tí mismo.

Acababa de perder mi destino, á pesar de haber conspirado desde él contra la situacion política que me habia colocado. Yo no digo que mi conspiracion fuese de las de primera clase, pero hice, sin embargo, tanto como mi oficial primero, que pasó desde su destino al de director, y yo creo que un oficial primero está obligado por su cargo á mucho más que un auxiliar segundo, que con cualquier cosa debiera estar cumplido.

En fin, llegó el pronunciamiento H del año X, y, como digo, á pesar de haber conspirado por él desde mi destino, me dejó á pié de mi posicion secundaria, la deseada, suspirada y traída revolucion H.

Mis funerales fueron tambien de tercera clase;

solo un oscuro periodista de un periódico insignificante puso sobre mi tumba administrativa el siguiente epitafio: «Ha sido declarado cesante el celoso funcionario don Fulano de Talez y Menganez,» y como de limosna el sacerdote de la opinion me gratificaba con el siguiente responso: «Creemos saber que el ministerio piensa utilizar en breve plazo sus distinguidos servicios.»

A pesar de lo que «creia saber» mi oscuro amigo, mis distinguidos servicios no fueron utilizados, y bien pronto, perdida aquella fresca y lozana condicion del recién cesante, en la que todo nuevo ingerto es posible, y todo nuevo brote puede esperarse, quedé cesante yermo y pilongo, sin esperanza de retoños, yerbas de invierno, ni agostaderos.

Mis campos colindantes, de mejor terruño ó más cultivados que el mio, empezaron al poco tiempo á dar ópimos frutos. Aquí, de un auxiliar de Fomento, brotaba un gobernador civil; allá un consecuente magistrado echaba magníficas ramas de presidente de Tribunal de Cuentas; y á derecha y á izquierda, de frente y de espalda, la sombra de las posiciones adquiridas esterilizaron todavía más y empobrecieron el olvidado yermo en que yo me consumia y adelgazaba, condenado por la fatalidad de mi infortunio á la triste calidad de barbecho perpétuo.

Con esta situacion sufría yo más que en mi estómago, no muy satisfecho, en mi vergüenza, no muy exigente; vergüenza al fin y al cabo de cesante, que solo consiste en aborrecer aquello que nos ha apartado del destino y en avergonzarse del *no ser* oficial, antítesis grosera del suspirado *yo* administrativo; y movido de esta pasion nobilísima, fueron

infinitos los caminos, sendas y callejuelas que emprendí una á una, y abandoné sucesivamente, para llegar al anhelado fin de mis aspiraciones, que cada hora veía más lejano.

En aquellos dias, tropecé en la calle con un recién-cofrade mio; cesante como yo, pero cesante de una pingüe posicion oficial; cesante-cantano fresquito, y destilando aún, por sus lábios pecadores y maldicientes, la fresca miel del presupuesto.

No era su porte el de un hombre caído, ni su rostro animado y resuelto ademan revelaban sentimiento ni postracion de ánimo; ántes bien, despedía toda su persona un aire tan de «yo me entiendo» y de «*noli me tângere,*» que el *tu quoque* que tenia en la punta de la lengua para espetársele, me le tragué con *Bruto* y todo, á las primeras palabras que cambiamos.

—¡Hola, amigo Talez! ¿Qué se hace de bueno? me dijo, mirándome de arriba á abajo, y casi arrepentido de la inutilidad de su pregunta; pregunta escusada, á quien, como yo, tenia trazas de no hacer nada bueno.

—Pues pasando esta vida (Dios solo sabe cómo la pasaba yo por aquel entonces); y tú, ¿has dejado el destino? Aunque inocente todavía, pues aún no habian pasado sobre mi cortada carrera más que cuatro cesantías, dos revoluciones, reaccion y media, seis pronunciamientos y veintisiete crisis totales, no era tan atrasado en gramática política que ignorase que *quitar*, es un verbo activo, que no rige para los hombres pasivos, y que es voz más culta y propia la de *dejar el destino*, aplicada al que acaba de ser puesto en la calle. Así lo entendió mi amigo, y

dando á la pregunta su significacion más lata, me respondió en tono suficiente y grave:

—No; he presentado mi dimision.

—Eso es otra cosa, le dije yo, bien convencido de que en la esencia era la misma; ¿y por qué? ¿Ha habido alguna cuestion en que el Gobierno no te apoyara?

—Al contrario, el Gobierno me apoyaba demasiado, y estaba comprometiéndome á los ojos de mis amigos, que me habian obligado á aceptar el destino para vigilar al ministro.

—¡Ya! ¿Con que tú no eras hechura de tu jefe?

—Yo nunca entraria *en posicion* para servir á mi jefe: yo soy un hombre de combate, y mi colocacion fué una exigencia y un compromiso de mis amigos; entré para luchar, y no para servir.

—¿Y qué hacias cuando te mandaban?

—No obedecer.

—¿Y cuando no obedecias?

—Servir á mis amigos.

—¡Y conspirar con ellos! Así no me extraña que la Administracion esté desquiciada y que todos los vínculos de la autoridad se hallen rotos. Tu jefe merecia, por su debilidad, ser sustituido por tí; y tú merecias.....

—¿Quedar cesante? me replicó mi amigo, sonriéndose de mi candidísima indignacion. Solo quedan cesantes los hombres como tú; los hombres como yo dimiten.

Y con esto me volvió la espalda, como á hombre que ya no tiene remedio.

¡Dimitir!.... ¡quedar cesante!.... Términos diferentes del problema que inexorablemente tienen que

resolver todos los empleados de España: «ascender en la carrera á fuerza de años de cesantía.»

Al cabo de dos meses volví á encontrar á mi amigo en la Puerta del Sol; pero esta vez, ni áun aquella corta conversacion que acabo de referir fué posible entre nosotros, por dos razones: la primera, porque él iba en el coche de la subsecretaría de Gobernacion, puesto para el que acababa de ser nombrado; la segunda, porque yo estaba más á pié que nunca.

Muchos años han pasado desde entonces, y sobre mi cabeza han llovido varias cesantías: soy viejo en el oficio de hacer dimisiones, y lo que entonces me escandalizaba, hoy me parece consecuencia lógica y natural exigencia de los tiempos; que, lejos de avergonzarme, considero como honroso patrimonio de mi esperiencia: y en prueba de ello, para lección de mis contemporáneos y ejemplo de mis sobrinos en política (soy soltero y no seria decente que hablase de mis nietos), quiero consignar brevemente el fruto de mis observaciones sobre tan importante materia; pero en obsequio de la verdad, debo confesar que acaso yo nunca hubiera podido elevar el arte de las dimisiones á la altura de la filosofía, si esta frase de mi amigo: «solo quedan cesantes los hombres como tú, los hombres como yo dimiten,» no me hubiera convencido de que yo, por aquel histórico entonces, era un cesante sin ninguna especie de cultivo, cesante silvestre y triguero en toda la extension de la palabra.

Lo primero que debería necesitarse para hacer dimision seria destino de qué hacerla; pero sin embargo, para que este estudio sea completo, bueno será decir, aunque no sean más que dos palabras, sobre las dimisiones de destinos que no se tienen.

En estas, lo primero que se necesita es *no tener destino*. Le han ofrecido á uno en los dias solemnes de un repartimiento general, ó necesita uno decir que le han ofrecido, un puesto de gobernador, de oficial de secretaria, ó solamente, y con esto basta para ejemplo, «un alto puesto;» pues bien, de este ofrecimiento, de esta aspiracion ó de este pujo de empleo que generalmente no tiene otra forma sensible que un suelto de *La Correspondencia*, un rumor de café ó un eco de la Carrera de San Jerónimo, puede y debe hacerse dimision con cualquiera de estos dos objetos.

Primero: conseguir *inmediatamente* el empleo inferior inmediato al ofrecido, suspirado ó aspirado, ó

Segundo: hacer méritos con la situacion que sustituya á la del repartimiento para lograr *en lo futuro* el empleo inmediato superior al que no ha podido obtenerse.

Estas dimisiones deben presentarse ante el mismo poder que ha debido conceder el destino, es decir, ante el poder supremo de la opinion pública, que en estas ocasiones, como en otras muchas, suele ser la opinion privada de uno mismo; y bien en periódicos ó en conversaciones ó en monólogo íntimo puede formularse en los siguientes términos:

«Yo, Don Fulano, respetuosamente á mí mismo, hago presente: Que no pudiendo por el mal estado

de salud de mis influencias, aspirar por ahora al destino C., me conformo con obtener el destino B.»

O bien: «Yo Don Fulano, digo: que no habiendo obtenido de mis amigos los Verdes el puesto Q....., hago respetuosamente dimision de él, y me conformaré con el puesto R. que mis amigos los Amarillos han de ofrecerme el dia menos pensado.»

Siendo la cesantía una contingencia necesaria de toda carrera en España, lo único importante para todo empleado es averiguar en qué momento hay que atravesar por este difícilísimo trance, tan peligroso y tan frecuente como es en la infancia el sarrañón ó la alfombrilla; y así como cuando la naturaleza reclama, en este período de nuestra vida, sus terribles derechos, fuera grave contrariarla, y así como hay familias que, lejos de aislar del enfermo al hijo sano, procuran con un contagio artificial, pagar su tributo por adelantado, así tambien hay autores de higiene burocrática que sostienen la conveniencia de darse por atacado de cesantía, á los primeros síntomas de cesantismo que se presentan en la casa.

Para fijar con exactitud la época de esta crisis necesaria, hay que tener en cuenta la clase de carrera que ha seguido ó sigue el individuo.

Bien sean estas militares ó civiles, libres ó profesionales, las carreras pueden ser ó políticas ó administrativas.

Siguen una carrera política los que por el hecho

de conspirar con éxito ó de adherirse á tiempo á una conspiracion, ó de anunciarla con más de dos meses de anticipacion desde las columnas de un periódico, juzga el partido triunfante que han contraido méritos bastantes para ser colocados en la mitad de la escala de cualquier carrera administrativa. Siguen una carrera administrativa, aquellos desgraciados que no pueden seguir una carrera política.

A primera vista comprenderá el más novel cesante que ocupados en la gerarquía administrativa por los empleados políticos los puestos elevados, el carácter distintivo de las carreras administrativas es la lentitud; y que siendo los puestos elevados relativamente pocos, el carácter distintivo de las carreras políticas, es la inestabilidad.

De aquí una corriente constante de los empleados administrativos á convertirse en políticos; y otra corriente no ménos constante, aunque contraria, de los empleados políticos á convertirse en administravos. Estas dos corrientes producirian al chocar entre sí un desequilibrio peligroso para la bien regida máquina de nuestras instituciones constitucionales, si la dimision no fuera una diagonal en este paralelógramo de las fuerzas por cuyo medio los empleados administrativos adquieren la movilidad (ascensos) que necesitan, y los empleados políticos logran la quietud (nómina perpétua) que apetecen.

Así, pues, el momento oportuno para que el empleado administrativo haga dimision, es aquel en que ya no puede ascender en su carrera por hallarse á las puertas de los destinos políticos; y la ocasion propicia para la dimision del político, es aquella en que desee vincular, con un mayorazgo

modesto, sus brillantes pero fugacísimos triunfos políticos.

Un ejemplo vulgar aclarará para los alumnos del arte burocrático estas ideas como matemáticas abstractas.

Supongo á un hombre, que inclinado desde niño por la injusticia distributiva de su temperamento ó de sus instintos, ó por la seriedad de una conciencia impermeable á la ciencia difícil de lo tuyo y lo mio, aspira casi desde niño á ser elevado al puesto en que su conciencia adquiriera el grado superior de irresponsabilidad que puede disfrutarse en este mundo: á la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia. Supongo (aunque esta es suposición inútil siendo español) que ese hombre es abogado, pero nada más que abogado; y voy á dirigir su carrera, prometiéndooos formalmente que ántes de que el último diente se le caiga, y ántes que el último tribunal de primera instancia le procese, el Tribunal Supremo de Justicia tendrá por presidente á ese hombre.

VEINTICINCO AÑOS. Abogado sin pleitos en la capital de su provincia. Conspiran los Rojos contra el Gobierno establecido, del que quisiera obtener una promotoría fiscal de entrada.

Debe hacer *dimisión mental* de este destino imaginario y dedicarse en cuerpo y alma á la conspiración. Basta con que haga un viaje á tres leguas de la capital, hable en una taberna con un sargento y entregue al segundo cabo una carta del comité Rojo

central. Bastan cuatro meses de conspiracion, siempre que al cuarto la conspiracion se convierta en poder; en cuyo caso, un discurso desde el balcon del ayuntamiento, dos vivas al vivo, y tres mueras para el difunto, le dan la categoría de juez de primera instancia de entrada; pero prefiriendo la diputacion por su provincia, debe continuar haciendo dimision de dicho destino y venir á Madrid de diputado.

VEINTISEIS AÑOS. ¿Qué diputado no tiene categoría de gobernador y qué gobernador no puede, sabiendo retirarse á tiempo de la política activa, ser magistrado de Audiencia fuera de Madrid? Nuestro protegido acepta un gobierno civil, y á la luz gubernamental se desvanece su color rojo tomando matices Violetas que degeneran á poco en Azules, coincidiendo esta transformacion con el triunfo de una conspiracion Azul en el seno del mismo ministerio. Momento crítico en la vida de nuestro hombre; apostamos á que si no fuera por nuestros consejos, aceptaria el puesto de magistrado que de derecho le corresponde; pero nosotros resueltamente le aconsejamos que ahora más que nunca continúe dimitiendo gobierno y toga y venga á Madrid á abrir su bufete.

TREINTA AÑOS. Su Gobierno de un año, le ha dado pleitos para tres; los Rojos á quienes conoció en la oposicion, y los Azules con quienes simpatizó en el poder, son sus amigos; á Rojos y Azules han vencido los Blancos; y Azules y Rojos, en imponente coalicion, conspiran contra ellos: un poco de conspiracion rojo-azulada, mas cuatro años de abogacia, mas talla de gobernador civil, mas seriedad de los treinta años, de la voz enronquecida, de la cabeza semi-calva, y del talle semi-encorvado; total, magis-

trado de la Audiencia de Madrid, sin que nadie pueda decir una palabra. Pero ¡ya se ve! los contemporáneos son envidiosos, la maledicencia en todo se ceba, y el hombre popular no debe perder su popularidad.... hasta que definitivamente no le haga falta. ¿No vale más colocarse por encima de estos ataques en un puesto político que por su misma elevación cierre á todos la boca? Haga, pues, nuestro protegido, haga sin vacilaciones ni dudas dimision de su destino de magistrado, y sacrifiquese otra vez á la política rojo-azulada, entrando en el ministerio de Gracia y Justicia, no para hacer en él los huesos viejos, sino para organizar alguna carrera, contribuir á la confeccion de una ley especial y adquirir posicion de presidente de Sala. Pero cuando á los dos años de Gobierno rojo-azulado empiece á cansarse de la vida sedentaria de oficial de secretaría, y la opinion pública del ejército empiece á anunciar con pronunciamientos parciales, que empieza á cansarse del rojo-azulado del Gobierno, ya podemos aconsejar á nuestro protegido que empiece á pensar en volver á la carrera judicial.... que no empezó nunca por puro patriotismo. Empleado ya antiguo en la casa, habiendo perdido en estos dos años lo poco que le quedaba de matices rojizos, azul ceniciento y casi incoloro, más sério, más grave y más apartado de la lucha de los partidos que empiezan á romper la imponente coalicion rojo-azulada, tiempo es ya de que nuestro protegido consagre al servicio del país, en su antigua carrera, las especiales dotes de su peculiar talento, y á los

TREINTA Y DOS AÑOS, uno ántes de la reaccion ceniciento-azulada, acepte el puesto de fiscal de Au-

diencia en comision inferior á su categoría, pero hecho á la medida de sus dotes y á la altura de sus deseos en tiempos turbados y revueltos. Deje correr la política y encanecerse su cabeza, aproveche al adinamiento de la reaccion los servicios prestados desde el ministerio, para conservarse en el retiro modesto de su provincia, y sin descuidar al mismo tiempo sus antiguas amistades rojas, sirviéndolas en asuntos puramente judiciales, podrá encontrarse por riguroso ascenso regente de la Audiencia de Madrid á los

CUARENTA AÑOS: Pero, ¿qué hombre á esta edad, veranillo de San Martin de nuestra vida, no siente allá en el fondo de su corazon revivir y echar chispas las mal apagadas cenizas de los fuegos juveniles? ¿Quién á los cuarenta años no se acuerda de que ha sido jóven, ó lo que es lo mismo, que ha sido Rojo? ¿Quién, aunque sea regente de una Audiencia? Y por otro lado, ¿puede un hombre, jóven aún, y hecho para el combate, vivir acobardado en un puesto oficial mientras todo un pueblo se apresta á la lucha contra un régimen vergonzoso que, desconociendo la significacion de su origen, del Azul, ha pasado al Ceniza, y de este anuncia pasar al Blanco, único color que, con los de la vergüenza, no puede vestir el hombre moderno sin peligro de anulacion y descrédito? ¿Quién, al ver el espectáculo magnífico que se prepara, no se apresta al combate? ¿Quién no conspira, hoy, que Verdes y Amarillos, Carmesíes, Azules y Lilas conspiran todos, contra los Blancos que amenazan, hoy que la grande, la santa, la sublime y la honrada revolucion llama á las puertas? ¿Quién no hace dimision, aunque sea re-

gente de Audiencia? Nada tenemos que aconsejar á nuestro protegido; sí: debe hacer dimision, debe volver á hablar á sus amigos de la juventud, á sus electores, á sus ex-ministros; debe conspirar, un poco y desde lejos, sériamente y por cartas, sin tratar, de general abajo, á ningun instrumento, y si, cuando la conspiracion esté ya madura, puede proporcionarse un destierro, su carrera está hecha.

CUARENTA Y DOS AÑOS. Le coge la gran revolucion en el destierro y le trae á Madrid de ministro. (No del Supremo, porque de este destino no podria ya hacer dimision, y hemos convenido en que sin dimisiones y cesantias multiplicadas, no puede llegarse á su presidencia, que es á donde nos proponemos llevar á nuestro protegido dentro de poco). La pátria necesita todavía sus servicios activos y le reclama para el ministerio de Gracia y Justicia.

CUARENTA Y CUATRO AÑOS. ¿Por qué ha avanzado tanto la santa, la sublime, la honrada revolucion española? ¿No es hora ya de volver atrás y de arrepentirse? Nacida en una coalicion omni-colora, la revolucion solo quiere vestirse con el manto rojo. Nuestro protegido es, ante todo, un hombre sério, y no puede ni debe comprometer su carrera por seguir la marcha desenfrenada de una revolucion que él ayudó á desencadenar..... para que se estuviese parada. Toda vez que marcha, y de prisa, lo único que le resta hacer es dejarla y esperar con calma á que se despeñe. Así lo hace, y jamás dimision fué más previsora que la suya.

CUARENTA Y SEIS AÑOS. Pero las revoluciones, como los empleados, tambien tienen que pensar en sus derechos pasivos, y la grande, la heróica, la

santa revolucion española, despues de desgarrar sus vestiduras en los abrojos de su camino, despues de darse á sí misma una orgía de cinco años, harta de carne, se hace ermitaña, y empieza á pedir por el amor de Dios una situacion que la jubile; y para esta obra patriótica necesarios son los servicios de todos los hombres de buena voluntad.

Enhorabuena: ya la pátria no necesita políticos, sino administradores; ya *se ha hecho* bastante política, y lo que importa ahora es *hacer pátria*.

¿Quiere la comision liquidadora de la santa revolucion hacer pátria? Pues cuente para eso con nuestro hombre, y no para otra cosa. Él ama, ha amado y amará siempre la bandera roja; pero tiene bastante patriotismo para arrollarla y hacerse de ella ropa interior cuando no se trata de *hacer libertad*, sino de *hacer pátria*. ¿Quiere sincera, noble y lealmente hacer pátria el comité liquidador de la revolucion en quiebra? Pues olvídese de que nuestro hombre ha sido Rojo, y acuérdesese de qué es patriota; no le tome como ministro, y acéptele como magistrado; confírmele en su cesantía de político y colóquele en la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia.

Y ahora, ¡á hacer pátria! basta de agitaciones y de trastornos; se ha alargado la cura del enfermo, pero ya es hora de curarle, porque ya es hora de ponerle la cuenta; *hagamos pátria*, es decir, hagamos cuenta; *hagamos administracion*, es decir, hagamos pacotilla; *hagamos ley y justicia*, es decir, hagámonos inmortales en nuestros puestos.

CUARENTA Y SIETE AÑOS. Y en esta serena y patriótica situacion de espíritu, ¿qué importa que la suave aurora de una reaccion prudente y almibara-

da sorpresa ó no sorpresa en su sillón presidencial á nuestro protegido? ¿Acaso no es él tambien almibarado y prudente? ¿no fué profeta del color nuevo? ¿ó necesita con sus servicios, su respetabilidad y su destino mandarse nuevamente al tinte para seguir viviendo en su puesto?

¿Necesita al cabo de veinte años de sábias dimisiones hacer nuevamente dimision?

No, amigo y protegido,—le diremos;—quedáos ahí, que ahí sois necesario; seguid tranquilamente *haciendo patria*, que todos los presidentes del Tribunal Supremo, como todos los españoles, son necesarios para esta obra, y cuando ya esté hecha esta buena obra, quedáos tambien en lo alto del andamio para contemplarla.

.....
.....
Lo que á todos los cesantes deseo; y aprendan todos en mis desdichas y en la ventura de mi protegido esta verdad inconcusa.

Que en la carrera política no es lo importante correr mucho, sino pararse á tiempo; y que por tanto, el que practique con acierto el arte de hacer dimision, puede decirse que ha resuelto el difícil problema, de no quedarse nunca cesante, en la triste significacion de esta desconsoladora palabra.

VII.

Los grandes caracteres, las especialidades y los tipos.

De nada serviría para el hábil y artificioso mecanismo gubernamental propio de la edad moderna, que todos los hombres públicos anduvieran adornados de las mismas virtudes, y una aptitud, una disposición de espíritu, un temple de alma idéntico animara á todos; lejos de esto, la economía del sistema consiste precisamente, en aprovecharse de las multiplicadas variedades que presenta la humana naturaleza, y construir con ellas, por medio de la ley de las compensaciones, la unidad armónica que necesita para su existencia.

Un sistema cuya esencia es la lucha, y que de la contradicción y la antítesis se vale, como de arterias vitales que reparten por todo su sér elementos de vida, moriría asfixiado con el exclusivo concurso de voluntades todas firmes, de conciencias todas sanas,

de inteligencias todas sublimes. En él, como en una grandiosa explotación químico-agrícola, no hay sustancia ni producto que no se aproveche, porque no hay producto ni sustancia que, combinado hábilmente con otro, no se transforme en una materia viva y fecunda, que al nacer al mundo fresca, lozana y vigorosa, nadie le pregunta qué padres ha tenido.

Nadie, pues, pregunte tampoco á un partido político ó á una situación que esté en productos qué papel hacen en ella el político erial y de acarreo que se duerme en las discusiones hasta el momento de votar; que anda su carrera de dignidad en dignidad hasta la más elevada, sin otra idea que la de obedecer á sus amigos; que solo es llamado al festin ministerial como los parásitos caseros cuando hace falta evitar que los convidados sean trece; que cobra cuando le pagan; que dimite cuando se lo mandan; que vive de su propia insignificancia, y que es capaz de no morir hasta los noventa años, por no crear con su sustitución un embarazo á sus amigos.

Este hombre, combinado hábilmente con un político travieso y jugueton, con uno de esos hombres que nunca mueren, y á cada situación la encuentran entrada, y á cada callejon salida, puede ser la base, más ó menos ancha, de una fracción importante, de una pandilla, y hasta de una situación formal y completa.

Al lado de este tipo de comparsa, tan insignificante como indispensable, necesitan los partidos hombres activos que difundan su espíritu entre la masa de sus partidarios; hombres serios que reposen y serrenen sus doctrinas, como se reposa el revuelto vino de la Mancha en las *respetables* tinajas del To-

boso; hombres débiles, que sean los primeros en romper filas cuando se trate de una apostasía; hombres morales, que se apliquen á un destino recién desempeñado por un hombre inmoral; hombres inmorales, que carguen con la responsabilidad de una medida de que el partido no quiere hacerse responsable; hombres enérgicos para las riñas; hombres pacíficos para las paces, y sobre todo, como guiones de sus movimientos, muestrario de sus productos y adornos de sus Asambleas, *grandes caractères, especialidades y tipos.*

El *papel de gran carácter* de un partido, si no de difícil desempeño, es de los más importantes de la compañía. El encargado de ejecutarle debe pensar que le ha tocado una misión de confianza, como por ejemplo, la que corresponde al violon ó contrabajo, en toda orquesta bien concertada. Debe sostener con su entonación grave y majestuosa los decaimientos de los instrumentos cantantes, traer al buen terreno la incierta inspiración de las voces apasionadas, llevar el compás con dos ó tres notas firmes y seguras, y marcar decididamente los finales, como el pendolista que echa una raya por debajo del párrafo que ya no tiene vuelta de hoja.

Hasta en esto semejante al violon, *el gran carácter* de un partido no sirve para toda especie de música. Hay, sin embargo, *grandes caractères cantantes*, como hay violones que animados por una mano primorosa hacen primores, pero los Botesinis políticos son escepciones, y en general sirven solo para dar tono á un partido y hacer bulto en su orquesta.

Naturalmente, cada fraccion y cada partido cuenta con un instrumento de esta fuerza, pero en cada uno tiene un aspecto y un tipo diferente, por más que posea rasgos y caractéres que le son comunes en todos.

Una singularidad, una señalada manifestación física, que á primera vista le haga distinguirse de la fila, como el tambor mayor de los regimientos, el primer granadero de la compañía de preferencia ó el camello de las caravanas, es lo primero que necesita *un carácter* para optar á la categoría de grande. Gran estatura, fuerzas hercúleas, voz estentórea, fealdad premiada con varias medallas de diversas exposiciones, color avinagrado, morisco ó africano, barba de mágico ó bigotes de guardia civil retirado, son condiciones que, poseidas parcial ó totalmente, pueden acreditar á un hombre de gran carácter interino, mientras que dos ó tres rasgos de escentricidad calificada, tres malas respuestas á tres individuos de la mayoría, una salida de las pavanas de primera clase en cualquier discusion importante, ó una retirada á tiempo á su cortijo, á su provincia ó á su tienda, no le proporcionen la efectividad en el empleo.

Estas son sus condiciones generales de raza, pero segun la familia á que pertenezca, toman sus instintos, sus excentricidades y sus compases carácter diferente.

Si pertenece á la familia revolucionaria, el gran carácter debe haber tomado sobre sí en alguna oca-

sion memorable la responsabilidad de una gran medida, que él cree de buena fé ó aparenta creer (esto es indiferente) que ha iniciado. Su partido en estos momentos de arranque reformista, le ha buscado, y al solo anuncio de que se preparaba contra la Iglesia, contra la propiedad ó contra la familia alguna cosa bien gorda y bien odiosa, el gran carácter que á fuerza de oír repetir un día y otro que él solo era capaz de realizarla, cree en consecuencia llegada su hora, cuando en realidad la única hora que ha sonado es la de la justicia, la de la moralidad ó la de la decencia.

El instrumento suena entonces notas tan fuertes, que la orquesta no tiene más que hacer que sonar y cantar.

Como en política no todo es hacer algo, sino hacerlo á tiempo, varios aficionados observan alarmados que la música va demasiado ligera; pero el director que empuña la batuta se disculpa hábilmente con su violon primero.

—¡Qué quieren Vds.! les dice á los que hacen observaciones; ese hombre es de acero, no se puede con él; y, amigos, fuerza es confesarlo, con todos sus defectos, es un gran carácter!

Sigue en tanto el gran carácter, animado por los elogios, dando golpes de arco á derecha y á izquierda; cada nota semeja el zumbido de un millar de colmenas; cae de un golpe una institucion; una reputacion de otro; los ayes de las víctimas se oscurecen y pierden entre el monstruoso zambombear del instrumento; la batuta, que al principio dirigia, es dirigida; la orquesta apresura, cada vez más, el ritmo guerrero de la sinfonía; sudan los violines, se

enronquecen los clarines, y, jadeantes, músicos, director y auditorio con tan bárbaro clamoreo, abandonan sillas y pupitres, mientras el infatigable gran carácter continúa todavía dando violonazos al aire y mal de oídos incurable á los *dilettantis* imparciales.

Como las reputaciones revolucionarias son casi todas reputaciones espontáneas, que al calor de un motin, más ó ménos glorioso, han venido al mundo político, el imperio del gran carácter revolucionario suele ser efímero y fugaz, combatido y contrariado las más de las veces por un rival en el cargo, ó por una peligrosa inclinación de su partido á la independencia. Tiene, sin embargo, á su disposición recursos múltiples y variados para vencer la competencia y mantener en sus filas una necesaria disciplina.

Puede, en primer lugar, emplear su elocuencia en cuantas ocasiones, más ó ménos propicias, se le ofrezcan para convencer al público de su peculiar aptitud para armar escándalos; un buen insulto á cualquier institucion, á cualquier persona ó á cualquier cosa que no pueda defenderse, ni hacerle daño; una grosería á una clase social, inofensiva ó desvalida; una razon de pié de banco, como «no hago esto, porque no me da la gana;» «haré lo otro, porque sí,» ó «no pensaré en lo de más allá jamás, jamás y jamás,» debe ser la base de todos los discursos en que pretenda, de una vez para siempre, dejar bien sentada su reputación de carácter.

Cuando la oratoria no baste, ó el tiempo se muestre inclinado al silencio, el gran carácter revolucionario puede también con éxito seguro apelar al recurso del retraimiento.

No hay hombre de carácter que en dos ó tres ocasiones graves de su vida no haya acudido á él, y no se alabe de sus resultados. La operacion es sencilla: se marcha el gran carácter enfadado con sus amigos á cualquier parte: una provincia, una dehesa ó un cortijo: sus amigos en los primeros momentos le abandonan y siguen la línea de conducta que motivó la disidencia; al poco tiempo, un individuo ó un grupo entero se aparta por cualquier motivo de la citada línea y se coloca al lado del retirado gran carácter; á este grupo sigue otro, y á este otro; y como en pasando dos meses no hay cuestion en España que presente para un partido el mismo golpe de vista y ofrezca idéntico interés, al cabo de ese tiempo, la cuestion no es cuestion, y el retraido vuelve otra vez á figurar en la orquesta política de sus amigos, que envian diputaciones á buscarle, y le traen en triunfo, con funda y todo, para colocarle nuevamente detrás de los violines, entre las trompas y los platillos.

El gran carácter revolucionario debe, como hombre popular, hablar en el lenguaje del pueblo, emplear en su estilo muchos refrancillos y muletillas, hablar siempre de cosas vulgares y personales, como «mis gallinas,» «mi pobre gaban,» «mi humilde choza,» «mis enfermedades» ó «mi honrada medianía,» si es paisano; y si es militar, «su limpia espada,» «sus cicatrices» y «su ruda franqueza.»

Con todas estas cualidades, con esta conducta y estos adornos, el gran carácter revolucionario tendrá para siempre asegurada su reputacion; y como el mejor uso que el hombre político moderno puede hacer de su reputacion es perderla, podrá impune-

mente ser débil, vacilante y tornadizo en sus opiniones, inclinarse hoy al sol y mañana hacer sacrificios á la luna, sin que nadie, como él continúe siendo bien feo, y bien descarado, y bien záfio, y se amosque cada dos años, y siga usando y abusando de la espada, del modesto retiro, de las cicatrices y de las gallinas, se atreva á contradecir el derecho con que vive perpétuamente en la elevada region en que acostumbran á vivir en este mundo los *grandes caracteres* revolucionarios.

El que aspire al puesto de gran *carácter* conservador, lo primero que necesita es una enfermedad. Nos explicaremos. Las enfermedades juegan un papel muy importante en la vida de ciertos hombres públicos; son, como si dijéramos, un motivo de eterna restitucion *in integrum* de todas sus acciones: con ellas esplican sus desfallecimientos, disculpan sus distracciones, motivan sus cambios de opinion y justifican su silencio en ciertos y determinados períodos poco propicios á su influencia.

Más que ningun otro conservador, el que además de conservador quiere pasar por *gran carácter*, se vale de sus enfermedades en cuantas ocasiones cree en peligro su entereza, y refugiado en ella, resiste fácilmente el ataque que sus amigos, sus enemigos ó sus propias pasiones libran de continuo á aquella su virtud fundamental. Diametralmente opuesto en política al gran carácter revolucionario, el conservador no necesita afectar constantemente la misma conducta y perseverar en ella con una tenacidad y

una fijeza de opiniones, propia solo de los hombres públicos que pretenden vivir y morir en los partidos extremos. Al contrario; como las condiciones propias de los partidos conservadores son la ductilidad y la tolerancia, el gran carácter ha de tenerle principalmente para ser tolerante y dúctil en cuantas cuestiones se presenten á su superior resolución.

Bueno será, sin embargo, para dar autoridad y lustre á su oficio, que pueda decirse de él que «hay dos ó tres cuestiones sobre las que nunca ha transigido,» sobre todo, si estas son de aquellas que nunca se discuten, por olvidadas ó por inconcusas; que como él pueda excusarse con su inflexibilidad en estas materias, en las restantes, por graves y concretas que sean, puede tener, sin pérdida de su reputación, cuantas opiniones se le antojen; y no le importe que estas sean contradictorias y unas á otras se destruyan; que el tener un carácter grande y solemne no es ser un solemne terco, sino un hombre que tiene lo que ahora se llama «valor de sus opiniones,» que es el valor que se necesita para tenerlas todas dentro del pecho sin que unas á otras se desgreñen y despedacen.

No olvide tampoco el gran carácter conservador, cuán gran papel hacen en la comedia política los papeles mudos, y tenga cuidado de hablar poco en materias reservadas y graves.

Mucha frase de doble sentido, y á lo oráculo resfriado en todas ellas; mucho ademan y gesto maligno, y punto en boca cuando le pidan respuestas claras y terminantes; y si alguna vez, apremiado por la necesidad de pronunciarse entre lo blanco y lo negro, no tuviera más remedio que dar su opi-

nion..... no la dé tampoco, y ampárese de sus condiciones de carácter para mantener su neutralidad.

Medios tiene y amigos que cuando su opinion empiece á ser la de todo el mundo, ó lo que es lo mismo, cuando la opinion de todo el mundo empiece á ser la suya, propalen con inteligente misterio que precisamente el *gran carácter* hacia mucho tiempo acariciaba la misma idea y preparaba en silencio su realizacion; pero hasta que esta vaya madurándose, no debe el gran carácter desembozarse por completo, sino reservar toda su energía, para proteger con el peso de su autoridad indiscutible la solucion que ya resueltamente considera patriótica, aunque no sea más que porque la contempla triunfante.

A veces suelen encontrarse dentro de un mismo partido dos ó más *grandes caracteres*: aunque es lo natural que uno á otro se perjudiquen y destruyan, quitándose mutuamente su importancia, un partido que comprenda sus intereses debe aprovecharlos á todos, porque la teoría moderna de que ya no hay hombres necesarios, se completa con la teoría no menos moderna y no menos exacta de que ya no hay hombres inútiles; y de este modo, dando colocacion y empleo á todos estos, tendrá grandes caracteres para la oposicion y para el poder, para la lucha y para el *farniente*, y segun su popularidad aumente ó disminuya, dispondrá de una muda de caracteres que le permitan presentarse siempre ante el público, adornado de este interesante é imprescindible atavío.

Podrá haber quien crea que bien pudieran los partidos, las fracciones y los grupos políticos prescindir de estos grandes caracteres, si son tales (que sí lo son), como los hemos descrito; pero el que así piense, no ha meditado seguramente sobre el hábil mecanismo de nuestra política, en el que precisamente hacen un papel tan importante, no por las cualidades que tienen, sino, al contrario, por las preciosas é inapreciables cualidades de que por completo carecen.

Los compensadores de estos grandes volantes de la máquina gubernamental son los individuos que, encargados en ella de pequeñas funciones de detalle, y de organismos subalternos, se comprenden bajo la denominación general de *especialidades*.

Reclútanse estas en las esferas superiores de la administracion; en esa zona exhuberante y templada, en que se confunden las vejetaciones administrativas con las plantas puramente políticas; deliciosa, pero asfixiante region, en que solo encuentran aire y aprovechan el ázoe vivificador del presupuesto los pulmones más privilegiados.

Como á los grandes caracteres compete dar el tono á las situaciones, corresponde á las especialidades procurarlas los prosáicos, pero indispensables, elementos de la vida práctica; viven los primeros de grandes fórmulas, y estas de interesantes, pero pequeños detalles; y mientras los unos encargan la comida, las especialidades la preparan y el partido se la come.

Son, pues, las funciones de las especialidades caseras y domésticas, y su ejercicio, puntual y escrupuloso, suele proporcionarles, como todas las domesticidades, el privilegio de un cariño íntimo, de una familiaridad sin límites para con el hombre político de quien dependen.

Mision la suya de pura confianza, una indiscrecion la comprometeria; razon por la cual no aconsejaremos á nadie que no tenga su reserva á prueba de crisis y su voluntad á prueba de sacrificios y transacciones, que aspire al difeíl papel de especialidad, patrimonio solamente de los fuertes de espíritu.

Por lo comun, las especialidades suelen ser oficios perpétuos y de por vida en el que las ejerce; pero no es necesario que el que sube á ellas lo haya hecho por escalones, deteniéndose largo espacio en los diversos pisos del edificio hasta llegar á su coronamiento. Los hay en quien la vocacion se declaró tan tarde, que sorprende al mismo interesado, haciéndole pasar de una carrera á otra totalmente distinta, en la que, sin saberlo, resulta una especialidad de primer orden; en algunos se manifiesta espontáneamente en cierto período de su vida como la redondez abdominal ó la calvicie de los hombres maduros; pero lo más frecuente es que el especialista nazca, como nacen el poeta, el músico.

La verdadera especialidad no tiene partido político, aunque tiene amigos en este ó en aquel á cuyo servicio se dedica y por cuya influencia vive en el presupuesto. Pero como el organismo constitucional varía, ya parcial, ya radicalmente, con mayor ó menor frecuencia, la especialidad varía de punto de

vista, según sean pardos, azules ó verdes los ojos administrativos que le hagan guiños de inteligencia amistosa, porque la especialidad no debe tener más opinión que la inmutable de no dejar de serlo nunca.

Así, los observadores de este astro de segundo orden han podido ver especialidades militares llamadas al poder para organizar el ejército, y que, al soplar vientos desorganizadores, se dedicaban asiduamente á desorganizarle; especialidades rentísticas que lo mismo creaban y fomentaban la renta especial, cuyo cultivo les estaba encomendado, que la destruían ó agostaban cuando la moda ministerial la volvía la espalda; especialidades linceas, que en momentos dados se volvían especialidades topos; y por último, especialidades diplomáticas é internacionales, que acudían á representar á una nación cuando ya no era nación, y á llevar un diploma que más bien les acreditaba de entrometidos que de embajadores.

A pesar de esto, las especialidades hacen buen efecto en cualquier situación; y ninguna que quiera pasar por bien vestida y respetable, puede prescindir de tener tres ó cuatro á su servicio, como el anfitrión elegante, aunque prefiera á los manjares succulentos los agradables y ligeros, está obligado á incluir un par de platos de *resistencia* en sus festines de cumplido.

Mayordomos inteligentes, pero dóciles y mandables, de magnates derrochadores y despreocupados, los especialistas están obligados á conocer y juzgar de todas las locuras de sus patronos los hombres políticos, sin que nunca los ligeros sermoncillos que

les sugiere su inteligencia, tengan por objeto principal hacerles abandonar su loco empeño.

Basta para tranquilizar su conciencia de especialidad, que la locura reprendida tome una forma legal, que deje en el lugar que le corresponda su reputacion administrativa; pues bien considerado el asunto, ningun hombre público está obligado á tener más moralidad que la moralidad de su empleo; y la moralidad de los puestos reservados á las especialidades, no es la moral casera y pedestre, que consiste en hacer lo bueno y no practicar lo malo, sino en tener hechuras y formas decentes, con las que, revestidos lo malo y lo bueno, y confundidos las más de las veces uno con otro, presenten á los ojos del vulgo la única fisonomía que deben presentar los actos oficiales; la séria, impasible y espetada fisonomía de las cosas útiles.

Los partidos, como los hombres privados, no viven solo de pan, y necesitan, despues del de cada dia y de cada mes, algo que hable á su imaginacion y á su espíritu, no solo ocupados en funciones puramente digestivas.

De aquí los tipos; rico vivero de especies originales al que los políticos pueden acudir siempre que lo exija la degeneracion ocasionada por el cruzamiento de las razas para sacar plantones nuevos con que hacer nuevos ingertos.

Mientras este momento no llega, los tipos viven solo para recreo de la vista, frescos y lozanos, pero produciendo poco fruto y éste silvestre y desabrido,

pues solo á beneficio de sábias podas, de hábiles cruces y de inteligentes desmoches pueden aspirar á ser trasplantados al campo de la política activa.

No saldrás del vivero ¡oh tipo laborioso! tú que apenas hablas sino para averiguar citas y comprobar fechas; tú que llenas tus bolsillos de papeles que desbordan de ellos como la erudicion de tus lábios; que en libros de debe y haber apuntas las efemérides políticas y las inconsecuencias de los hombres públicos; que coleccionas *La Epoca* y la *Gaceta* y llenas de notas nerviosas y apretadas las márgenes de ese Guadiana legislativo, vulgarmente llamado *Diario de las Sesiones*; que al despertarte escribes, y escribes todavía casi dormido para hacer dormir al que te lea; no saldrás del vivero mientras no modes tu erudicion, y sábiamente encauzada, la emplees únicamente en demostrar que tu partido descende en línea recta de la antigua Grecia y tiene títulos para figurar dignamente entre los griegos modernos.

Ni tú tampoco; ¡tipo de honradez inquebrantable! que despues de un ministerio de ocho dias, al que por casualidad fuiste elevado, saliste pobre del poder y paseas por el salon de conferencias tu honrada pobreza y tu suciedad honrada, de la que treinta mil reales de cesantía no son bastantes á quitar las manchas exteriores; ¡tú! que de tu pobreza haces un memorial y cuentas tus años de servicio por tus años de hambre, no serás trasplantado hasta que no hables tanto de lo que no has hecho y no mandes tus gabanes al tinte y no fatigues las digestiones de tus amigos con el relato casero de las sisas de tu criada, de la voracidad de tus hijos y de la carestía de las vituallas!

Y vosotros, tipos de actividad incansable, y de consecuencia indestructible, y de noble franqueza, y de respetabilidad severa, conservad cuidadosos vuestras condiciones exteriores; no renunciéis á ellas, pues vuestro partido necesita honrarse con vosotros, y es bueno que un partido, al hablar de sus hombres, pueda decir que los tiene de todo género de condiciones. Pero si algun día quereis salir del forzoso reemplazo á que estais condenados, para figurar otra vez en los cuadros activos del ejército político, moderáos, limáos y pulíos, no tanto que perdais vuestro tipo, ni tan poco que conserveis todavía los pinchos y puas de vuestro primitivo estado, y de este modo vosotros vivireis felices y vuestro partido podrá decir al colocaros: «no es muy activo..... pero es un tipo de honradez;» ó «no es muy honrado..... pero es un tipo de actividad;» ó «no es hombre sério..... pero es un tipo de hombre laborioso ó enérgico ó consecuente.»

Y si de la teoría queremos pasar á la práctica, y, suponiendo que somos jefes de un partido, nos encargáramos de la formacion de un Gabinete, no nos veríamos apurados para organizarle en la forma siguiente:

Presidencia y Gobernacion, nosotros.

Hacienda, una especialidad.

Gracia y Justicia, un tipo laborioso.

Estado, un tipo sério.

Fomento, un tipo activo.

Guerra, un gran carácter activo.

Ultramar, un idem pasivo.

Marina, un tipo consecuente.

Porque es cosa averiguada que la política, como

la medicina, vive de oposiciones, y que los políticos, para no parecerse á los curanderos, deben multiplicar los emplastos, y no aplicar á cada enfermedad el mismo específico; y de este modo, ya que no consigan curar al enfermo, lograrán al ménos divertirle.

la medicina vive de operaciones, y que las políti-
cas, por no parecerse a los curules, no deben imi-
tarse los curules, y así, en fin, cada cual en su
habido y su derecho, y en su modo, y en su
conservación de lo que es suyo, y de lo que no es suyo.
Verdad.

VIII.

A un periodista.

Mi querido Antonio: Me dices que no sabiendo en qué emplear el tiempo, que para nada necesitas, y el dinero que ese tiempo, único patrimonio que te legaron tus padres, debia producirte, acabas de fundar un periódico: añades que pones el periódico á mi disposicion para que haga de él lo que quiera, y me pides á cambio de esa noticia y de ese ofrecimiento que te aconseje sobre la mejor manera de administrar la nueva finca.

Procurate ante todo una redaccion completa y variada. Un escritor más artista que hombre político y más literato que ambicioso; un jóven de porvenir que no cobre en tu periódico más que bríos y esperanzas; que no sepa escribir, pero que en cambio hable mucho; que no tenga gramática, pero que cuente con un buen sastre, y que aunque no haga artículos haga ruido: *un carácter*, es decir, un

hombre agriado en los inútiles trasiegos de una vida activa é impotente, que llame experiencia á las decepciones de su orgullo, que tome el mal humor por energía, la bilis por estilo, la envidia y la maledicencia por elocucion y por sintaxis: un bolsista quebrado para todas las cuestiones de Hacienda y todos los asuntos de interés material, y un buzón bien grande para todas las cuestiones científicas, artísticas ó comerciales.

Maneja tú, y preside personalmente las figuras de ese cuadro de redaccion, y el periódico saldrá bien escrito; sobre todo si no pones en él la pluma.

Tú sabrás cuándo hay que lanzar sobre una cuestion la noble y sencilla franqueza de tu redactor-artista; cuándo hay que retirarle la presa que ya mordía demasiado; en qué ocasion puedes arrojar un nombre, una reputacion ó una gloria á tu hombre de carácter, y la cantidad exacta de insultos y de tinta que puede vomitar sobre ella sin notable perjuicio del estómago de tus suscritores. Tú darás todos los dias á tu redactor de Hacienda el santo y seña sobre las operaciones del Tesoro que merezcan tu aprobacion, y le someterás para que los amolde en la turquesa de tu periódico los artículos en que *una persona imparcial, ó un suscriptor antiguo ó una respetable inteligencia comercial* recomienden (desinteresadamente) al público una sociedad de crédito ó de seguros que el periódico no conoce, *pero que no por eso deja de inspirarle ilimitada confianza*. Tú sabrás disimular este anuncio con el amplio ropaje de la controversia; y á veces, para llamar mejor la atencion del público, empezará por atacar á la compañía para defenderla despues, asegurando bajo tu

palabra que *tu buena fé de siempre* ha sido sorprendida, y que no tienes inconveniente en volver hoy con *noble franqueza por los fueros de la verdad, conculcados en el incalificable escrito que sin saber cómo, y por efecto sin duda de la precipitacion con que suele procederse en los trabajos periodísticos, se ha deslizado en tu redaccion.* Tú aleccionarás á tu jóven de porvenir acerca del tratamiento que debe dar á los personajes y de la importancia que puede dar á las cuestiones que entran bajo la jurisdiccion de su pluma elegante, solo ejercitada en sueltos de efecto, en parrafillos intencionados y en preguntas maliciosillas y picaronas. A este redactor que, sin escribir apenas, llena casi todo el periódico, le entregarás las llaves del armario de las muletillas, refranes, locuciones, adornos y gallardías del estilo periodístico, donde se encierran cuidadosamente preservados del polvo del olvido por el uso continuo de todos ellos, muebles, alhajas y semovientes tan preciosos como

- La espada de Damocles y de la ley,
- Las flechas de los Partos,
- La caja de Pandora,
- El imperceptible grano de arena con que á veces tropiezan los Gobiernos,
- La gota de agua que desborda el vaso de la indignacion pública,
- El carro de la revolucion,
- El hilo de Ariadna,
- El leon español,
- Los carneros de Panurgo,
- Las joyas de la corona ó de la pátria,
- Las fuentes de la riqueza pública,

Las riendas del Gobierno,
El polvo de las discusiones,
Y el arca santa de los principios conservadores ó liberales.

Pondrás tambien á su disposicion una papeleta perpétua para que á todas horas visite, registre y estudie el museo antropológico, donde para su uso particular se conservan:

Las heridas del país,
Las pulsaciones de la opinion,
La mano de nuestros enemigos, de la reaccion, de la intolerancia ó del clericalismo,

Los ojos de Europa que sin cesar nos contemplan.

Los pechos hidalgos, generosos, varoniles, robustos ó invencibles que siempre tenemos,

Los débiles hombros que á veces no podemos ménos de tener,

Nuestras frentes serenas, ó nobles ó levantadas,

El pié seguro con que siempre caminamos hácia el poder,

La planta bajo la que vacilan los cimientos de la sociedad cuando estamos en la oposicion,

Nuestras cabezas, encanecidas en las lides periodísticas,

Las entrañas de la sociedad,

Y el nervio de la insurreccion.

Le entregarás tambien la frasquera de los espíritus, para que respire, aspire y difunda, segun los casos, el espíritu público, el de concordia, el de imparcialidad, el patriótico, el liberal, el conservador, el revolucionario, el conciliador, el constitucional y el de cuerpo.

Y por último, le darás la receta de

Hacerse ecos,
Hacer pátria,
Hacer trabajos de consolidacion, de asimilacion y
de concentracion,

Hacer opinion,

Y hacerse el sordo.

Y el catálogo de la biblioteca, donde con solo dar
una palmada, ó dos, ó tres, le servirán ya trinchado
y aderezado

El *thas is the question*,

El «Llevad vos la capa al coro,»

El *nosce te ipsum*,

El *lasciate ogni speranza*,

El «Todo se ha perdido ménos el honor,»

El «Habla en prosa sin saberlo,»

O «El calumnia, que algo queda, de la historia y
literatura antiguas y de las modernas,»

La garde meure et ne se reud pas,

«Más vale honra sin barcos, que barcos sin honra,»

«No moriré de empacho de legalidad.»

«Y el mundo en tanto sin cesar navega
Por el piélagos inmenso del vacío.»

No dudes que con esto tendrá bastante tu redac-
tor de confianza, y que podrá á tu completa satisfac-
cion dar una noticia hoy, desmentirla mañana, y al
dia siguiente abrir sobre sus contradicciones una
polémica, que continuada por el redactor-artista,
animada por el redactor de carácter, corregida por
tí, pueda concluirse con un breve artículo del re-
dactor elegante que se titule NUESTRA ÚLTIMA PALA-
BRA, y que termine por un párrafo de esta ó pare-
cida forma:

«Ya lo hemos dicho: *La garde meure et ne se rend pas*; los periódicos que han pretendido hacernos bajar nuestras nobles frentes, escribiendo en ellas el implacable *lasciate ogni speranza* del poeta florentino, no nos harán bajar la vista.

Si la bajáramos, veríamos á nuestros piés tanta miseria, que nos arrepentiríamos de haberlo hecho. Esta es nuestra última palabra.»

La conclusion de este artículo producirá un lance, en el que querrán intervenir todos los redactores. Pero el redactor elegante concurrirá solo al almuerzo propiciatorio ofrecido por los padrinos.

Ya tienes un periódico; ya tienes en tus manos esa arma misteriosa que nunca ha de herir donde tú la apuntes, pero que siempre herirá en alguna parte; ya tienes á tu disposicion esa voz portentosa y sonora, mediante la cual, cuatro ó cinco hombres de la estofa de tus redactores, pueden, ó meter tanto ruido como un pueblo entero, ó dar voces en el árido desierto de una publicidad sin ninguna especie de público; ya son tuyos esos oídos que recogen los rumores de las cuatro partes del mundo, y á veces no oyen lo que pasa en la plaza vecina, y esas manos que registran todas las conciencias, y esos ojos que sorprenden todos los secretos. Ya estás armado caballero en la alta y poderosa Orden de la Caballería callejera. ¿Contra quién vas á combatir? ¿A qué dama ofrecerás tus servicios?

Tú no eres tonto, Antonio, y la mejor prueba de que no lo eres, consiste en que, sin tener dinero,

acabas de fundar un periódico. Tú sabrás el objeto que con esta fundacion te has propuesto; pero yo presumo que no puede ser otro que *llenar un vacío que hace mucho tiempo se sentia en el mundo politico.....* y en tu bolsillo particular: es decir, hacer tu negocio aparentando hacer el de los demás, preocupacion constante de todo hombre sério de la presente edad. Pues bien; para *dar cima á tu noble propósito* se te presentan dos caminos.

¿Cómo estás de recursos? Es decir, ¿cómo están de recursos tus amigos? ¿Sus capitales pueden colocarse á largo plazo? Pues entonces debes fundar un periódico-empresa. ¿Son impacientes?... ¿te apuran mucho? ¿la comandita opera en pequeña escala y regatean los dividendos?... Resígnate entonces con tener un periódico-memorial. Será lástima: tú has nacido para ser capitalista, y habrás de contentarte con ser ministro plenipotenciario.

Pero haz una cosa: empieza modestamente con tu memorial, y cuando ya te hayas acreditado en el oficio, emancípate de tus socios y házte empresario; de este modo puede que llegues á ser en una pieza capitalista y ministro.

No eres tan cándido, amigo Antonio, que confundas el arte de echar memoriales con el arte de por Diosear humildemente.

El hombre moderno, de quien el pordiosero de Gil Blas de Santillana fué una revelacion profética, no se humilla nunca, y hasta para pedir amenaza. Será, pues, tu memorial un trabuco. Pero ten cuidado con la carga, y no barras con ella todo el camino sin distinguir de pasajeros. Que la metralla de tus frases tenga ese agrídulce tan grato á los oídos

de la época, mediante el cual en cada insulto vaya envuelta una caricia, y en cada amenaza una promesa; apunta bien á las cosas altas, y respeta las que, como tú, levantan poca cosa del suelo; que tu sátira, que tu ironía, que tu gracejo se ejerciten siempre en las ideas y en las personas que no sean vulgo. Da duro en ellas, y quitate el sombrero ante el vulgo, que es quien ha de hacerte capitalista y ministro plenipotenciario.

Tu memorial debe ser un memorial de combate: un periódico de oposicion. Para un principiante es tambien la tarea más socorrida. Ya no tienes que ocuparte de los suscritores; un periódico de combate no los necesita; siempre han de leerle los enemigos y los partidarios; y como su objeto no es hacer dinero sino hacer ruido, con cien ejemplares repartidos desde la Puerta del Sol hasta el Prado, se tiene todo el ruido que puede levantarse en España.

Un periódico de oposicion no necesita tampoco esmerarse en la confeccion y disposicion de los materiales, puesto que estos materiales son siempre los mismos. Desde los artículos de fondo hasta la gacetilla, predomina el mismo espíritu de imparcialidad y se repite el mismo argumento.

«El ministerio ó la situacion existen sin mi permiso y sin mi consejo, luego son detestables.»

Este tema, en cada seccion del periódico, reviste diferentes formas.

En el primer artículo se demuestra que el ministerio, ó la situacion, han contratado un empréstito porque el 3 por 100 ha llegado á bajar á 15, y que el 3 por 100 ha bajado á ese tipo porque el ministerio ha contratado un empréstito.

El segundo fondo se ocupa de una cuestion de orden público producida por las verduleras de una plazuela, y en él se acusa al ministerio de haber conculcado los principios conservadores, porque no disolvió con la artillería los grupos sediciosos.

En un suelto, el redactor bilioso se indigna contra el ministro de Gracia y Justicia, porque le vió pasear en coche por la Fuente Castellana.

En otro, el redactor elegante cuenta con mucha gracia que vió pasearse á pié al ministro de Hacienda por una calle solitaria, y promete revelar al dia siguiente á sus lectores de qué pié cojea el ministro de Hacienda.

En la seccion doctrinal se publica una ley del Fuero *Juzgo*, que, comentada por el articulista, prueba evidentemente que el último decreto sobre ferro-carriles puede atacarse de nulidad ante el Tribunal Supremo.

Y la Revista de salones califica de cursi al presidente del Consejo, con lo cual queda ya completamente demostrado, que el Gabinete que preside no puede hacer la felicidad del país.

Si un periódico de combate así redactado llega al dia del triunfo, se verifica un singular fenómeno; su brillante redaccion se ciñe los laureles de la victoria, y el periódico muere de muerte repentina ó se consume poco á poco en los estertores de un ministerialismo agonizante.

Algunas veces el moribundo, como galvanizado, vuelve poco á poco al mundo de los vivos, y nuevo calor, nueva sangre empieza á circular por sus columnas; pero para esto es necesario que su director no haya triunfado por completo, ó que sus laureles no le parezcan bastante frescos.

Entonces, su ministerialismo empieza á operar un movimiento hácia los serenos limbos de una imparcialidad patriótica y expectativa. Entonces es cuando podrá hablar, con aire de superioridad condescendiente, «de ciertas cuestiones de partido y de conducta, que no arrancan de las verdaderas necesidades del país, que empieza á cansarse de las abstracciones políticas y á aplicarse solo á aquellos problemas más prácticos que se relacionan más estrechamente con su prosperidad material y con el orden que necesita para desarrollarla;» ó de «ese fatal *santonismo* que devora á los partidos españoles y que á veces los convierte en grupos artificiales de políticos, que en discusiones *bizantinas* descuidan dar atmósfera y aire vital á los verdaderos patriotismos;» ó por fin de «ciertos movimientos espontáneos y generosos que se han falseado y corrompido en manos de ciertos hombres.»

Tú sabrás hasta donde puedes llegar en este camino, el más difícil de tu vida periodística. Si los severos pliegues de la imparcialidad angusta le sientan bien al gladiador, y envuelto en ellos tiene para los suscritores mejor talla que cuando, desnudo el pecho y los robustos brazos, blandía el puñal contra las instituciones y el Gobierno vencidos, ya tienes un periódico-empresa, y para nada necesitas el memorial periódico; pero si la *opinión no está aún preparada*, no es empresa imposible esconder otra vez el trabuco entre los andrajos del pordiosero y aprovechar la ocasión de alargar la mano y decir con noble franqueza: «no ocultamos ni ocultaremos nunca, porque á Dios gracias nada hay en nuestro proceder que nos avergüence, que en la interpreta-

ción y en el desarrollo del glorioso y espontáneo movimiento X.... que el país ha confiado al actual ministerio, hayamos alguna vez podido estar con él en desacuerdo, pero (si quieres recoger buena cosecha en tus trabajos de periodista, te recomiendo muy especialmente el cultivo de los peros) en los momentos actuales, cuando el orden (ó la libertad, según los casos), se ven amenazados, no tenemos inconveniente en declarar, que el Gobierno nos tendrá á su lado, como nos tuvo en los días del peligro, para sacar á salvo aquellos augustos principios, á los que siempre hemos sacrificado nuestra conveniencia particular, y si preciso fuera, sacrificaríamos nuestras vidas. *

Pero tú no tendrás necesidad de correr de campaña en campaña como un soldado aventurero, vi- viendo siempre de tu espada y de efímeras y mez- quinas pensiones. Que otros practiquen este arte al menudeo, y dedícate tú á operar en grande escala con procedimientos y recursos de arte mayor.

Vende el tabuco á la tercera ó cuarta aventura, que no faltará quien te le compre; zurce y recose los andrajos para que parezcan una túnica sacerdo- tal; colócate en la cabeza una mitra, aunque sea de papel de imprenta, y ya eres hombre, mejor que eso, ya eres Pontífice de la prensa y oráculo de la opinión pública.

La empresa es difícil, pero no imposible, para un hombre de tu temple. Al principio te costará tra- bajo creer que tus deseos de tener seis mil duros de

renta, de echarla de persona, de gozar de cierta influencia y de jugar á la Bolsa, no completamente desprovisto de datos, puedan significar alguna gran tendencia, alguna gran aspiracion del país que representa tu periódico; pero á fuerza de oírte lo repetir todos los dias, llegarás á creértelo á piés juntillas: porque, desengáñate, ninguna voz tiene en nuestros corazones más eco que nuestra propia voz, cuando desde lo íntimo de nuestra conciencia satisfecha, la ahuecamos para hablar gordo.

Una vez convencido de este punto, que ha de ser para todo tu punto de partida, tu oficio es por demás sencillo; se reduce á ser formal, lo cual en España equivale á decir que lo eres. Y no lo dudes, al cabo de un año de decirlo, lo serás de veras; es decir, que cometerás todo género de informalidades, travesuras y ligerezas con el aire más formal y espetado del mundo, y no á otra cosa se llama formalidad en España.

Colocado ya en ese sereno limbo de la formalidad patriótica, tu periódico no necesita tener partido; tiene principios, cuya interpretacion y aplicacion se reserva; tiene simpatías y antipatías, que libremente ensancha ó restringe; tiene hombres á quienes honra con sus aplausos; pero aunque alguna vez tenga un destino, no tiene, no necesita tener partido. ¿No es esto más cómodo?

Tu periódico no es Rojo, ni Azul, ni Carmesí, ni Verde; es... tu periódico; que en cada cambio de ministerio le aprueba en los primeros meses, le abandona en los segundos y le combate en los últimos; es el eco y á la vez la voz imparcial de la opinion pública, que por tres pesetas al mes le dice al tendero de

comestibles, al comerciante opulento, al duque y al artista cuándo les conviene que el orden se sobreponga á la libertad, y cuándo necesitan más de libertad que de orden; es tu finca, cuya renta la componen las tres pesetas de los que oyen tus consejos, los cientos de pesetas de los que anuncian los suyos, los miles de pesetas de los que te aconsejan lo que tú aconsejas.

¡Suscripciones!... ¡Anuncios!... ¡Subvenciones!... ¿No se te hace agua la boca? Pues si no preservas tu noble imparcialidad de toda simpatía desinteresada, si no te precaves contra toda enemistad sistemática, ¡adios finca!

Ni creas que esa imparcialidad serena te prohíbe rigurosamente el uso del tabuco, que tan bien maneja en los comienzos de tu carrera. En toda sociedad hay una clase, unos principios, unas ideas, contra las que es lícito ensañarse aún á las personas más formales. Jugar con ellas es un juego lícito y decente; cazarlas, un ejercicio noble; amenazarlas y perseguirlas, un placer elegante y respetable. Guarda para ellas, y solo para ellas tu noble ardimiento, y para el resto de las manifestaciones humanas, sé hombre de tu época, es decir, sé tolerante, protector y respetuoso. Tu papel no es corregir ni moralizar las flaquezas humanas, sino clasificarlas, dándolas un nombre decente.

Si tropiezas, que sí tropezarás, con un hombre, que por dinero ó por honores vende á un Gobierno ó á un partido, no le llames triador; llámale «desengañado á tiempo,» ú «hombre que sacrifica un vano pundonor al amor de su patria.»

Si te encuentras con una concusion de los cauda-

les públicos, con unos manejos de Tesorería, ó con unas operaciones fraudulentas en que la riqueza de tu país se vea comprometida, no te aventuras á calificar duramente esos actos; dí sencilla y sóbriamente, que fueron «errores de administraciones pasadas.»

Cuando tengas que hablar de un general que al frente de sus tropas se pronuncia contra el Gobierno que se las confió, si no quieres llamarle «héroe salvador de la patria,» llámale siquiera «militar bizarro y pundonoroso.»

No llares motines, sino «movimientos de la opinión ó revueltas populares,» á los actos de fuerza ejecutados con periodicidad más ó menos frecuente, por nuestro leal y sufrido ejército.

Aprovecha la primera ocasión que se te presente de llenar de flores retóricas la tumba del primer aventurero impenitente que muera en olor de santidad revolucionaria.

A los cuatro años de la quiebra de un comerciante que arrastre consigo la fortuna, la reputación y la vida de veinte familias, no tengas inconveniente en apellidarle «respetable banquero,» ó cuando menos, «opulento capitalista.»

Y si un industrial *agilibus* y poco escrupuloso abre una tienda de estampas y de libros obscenos, anuncia los variados productos de su industria, y dedica sueltos y gacetillas laudatorias al *activo é inteligente* empresario que lleva á las mujeres públicas al tablado de su teatro para que diviertan y animen con sus lascivos ademanes el gastado apetito de esta sociedad corrompida y enfermiza.

Y cuando al cabo de veinte ó treinta años de este noble trabajo hayas pasado sobre todas las cosas el

difumino de tu crítica, podrás con justicia decir que «tu periódico no es más que un reflejo de la conciencia pública,» porque, con efecto, habrás ya formado la conciencia del público á tu imágen y semejanza.

de fomento de la agricultura, y en consecuencia de
la prohibición que se hizo de un lado de la con-
cesión pública, y de otro, con objeto de evitar la
mala fe en la concesión de la tierra, y de

evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de

evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de

evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de
evitar la mala fe en la concesión de la tierra, y de

IX.

Carta de un liberal conservador á un conservador liberal, expresándole las dudas que le ofrece el liberalismo de un Gobierno conservador de la revolucion, y respuesta conservadora del conservador núm. 2.

Mi querido marqués: Hora es ya de que perezca y ocupaciones privadas dejando á un lado, departa con Vd. breves momentos, más breves que lo que al asunto que me pone en la mano la pluma corresponde, y no tan largos como mi buena amistad y nuestras interrumpidas pláticas merecen de consuno.

Dejaré correr la pluma, y con ella mis impresiones, más ocasionadas que halagüeñas, con el desaliento del que no apetece hacer sudar las prensas (más agobiadas que agradecidas) en estos tiempos de desdichada fecundidad literaria, y con el natural enfado del que nada apetece ni le duelen prendas.

De Vd. será conocida por las cien trompetas de la fama (séase periódicos) mi rotunda é inapelable negativa de hacer por ahora política; pero lo que acaso

ignore, es los motivos de esta mi determinacion ilegible, como cualquier federal podria en su vocabulario apellidarla.

Ya sabe Vd., marqués de mi vida, que juntos fuimos liberales, y á un mismo tiempo conservadores; conservadores á la buena manera, á la usanza práctica y razonable, á la, en fin, única manera posible.

Mi posicion personal, mis años de servicio, mis títulos y condecoraciones, ganados todos, no sin riesgos ni peligros, en la ruda batalla librada desde mi ministerio, DE CUATRO LARGOS MESES, contra los principios demagogos, me acreditan de verdadero conservador. Mi historia de toda mi vida, nunca desmentida; mis sufrimientos no escasos.... vida de combate y de lucha, vida llena, en la que la salud y la misma vida han ido poco á poco dejando girones en sus mil asperezas, de que cual otros no reniego, ántes y muy al contrario, noble y lealmente consecuente, alta la frente y el corazon sereno, sinceramente me congratulo; de liberal, y liberal de veras me acreditan.

¡Por mi vida! ¡quién en España negará á D. Aniceto Sancho Abarca el título de liberal!

¡Quién se atreverá á disputar, al primer marqués de Sancho Abarca, la gloria de conservador!

Cuando juntos, en los azarosos y de prueba dias de la conspiracion, furtivamente nos estrechábamos las manos para convenir, ora una señal, ya una excursion política, tambien ¡ay! algunas veces para demandarnos auxilios pecuniarios, siempre generosamente ofrecidos, y larga y apresuradamente prestados; cuando en nuestras manos se fundió aquella generosa y á veces indócil masa liberal que ardía

inquieta y desaprovechada en los pechos de todos los buenos patriotas; cuando por fin el éxito coronó nuestros esfuerzos, y el trono que nos rechazaba cayó por tierra; y luego más tarde, cuando también los primeros tratamos, y en efecto conseguimos, encauzar la revolución, *hacer ley y hacer patria* moderando suavemente y dirigiendo más que aniquilando los patriotismos indiscretos, ¿quién había de decirnos que nosotros no éramos los verdaderos conservadores, que nosotros tampoco sabíamos ser liberales?

¿O qué quieren? ¿quieren que Vd. y yo no partamos como único punto de partida de la revolución, en cuyos principios ellos mismos, aun cercenándolos y amenguándolos, viven como en la única vida moderna posible, y que en vez de moldear á la revolución con moldes y hechuras conservadoras, nos encerremos en un vano simbolismo liberal, y renegando de nuestra historia, caminemos á ciegas á buscar fórmulas conservadoras, nuevos Icaros, con las alas más fundibles y frágiles que el Dios de la antigüedad pagana?

No, marqués, no; nuestra historia conservadora no necesita comentarios. Somos los conservadores que expulsaron las comunidades religiosas y dieron una ley para la venta de sus bienes; somos los liberales que suspendimos la Constitución, siempre que la patria peligraba; somos los conservadores que declaramos la inamovilidad judicial de todos nuestros amigos, electores y deudos; somos los liberales que desterramos sin formación de causa, y los conservadores que nos incautamos de todos los efectos incautables; en una palabra, y para de una vez de-

cirlo, somos los conservadores que derribamos una dinastía para sustituirla como liberales con otra nueva.

Somos los conservadores de la revolucion, los verdaderos, los genuinos revolucionarlos monárquicos.

Ahora bien; todo aquel que con procedimientos conservadores practica la doctrina revolucionaria, no entra en nuestro terreno; pero todo aquel que encauza la revolucion en moldes CONSERVADORES, nos usurpa nuestra bandera.

Todo esto, marqués amigo, hubiera dicho á usted noble y lealmente hace dos meses; hoy..... no puedo, no debo decírselo: el amigo queda, el correligionario no existe y la amistad no puede vestirse con capa de política é insidiosamente verter en el pecho simiente de sospechas.

Usted, apreciando de distinta manera que yo nuestros puntos de vista, juzga (sin duda noblemente, como me consta sabe hacerlo), que le es lícito llamarse hoy conservador liberal, despues de haber sido, y á fé mia con gloria, liberal conservador; sea enhorabuena; pero yo creo (ha de pensar Vd. tambien que noblemente), que sin mengua y baldon, no puedo renegar de los principios de toda mi vida y llamarme conservador liberal, siendo en el fondo de mi alma conservador, sí; ¡bien animoso! (ya lo saben los republicanos); liberal, sí; ¡bien decidido! (ya me conocen los reaccionarios); pero conservador que, arrancando de nuestra querida revolucion, quiero moldearla en moldes conservadores, no conservador que parte de esa misma revolucion y confiesa todos

sus principios con un criterio puramente doctrinario y vergonzante.

Así se lo dije á nuestro comun amigo, su jefe de usted; así se lo digo á Vd. con mi indómita y española franqueza.

Yo me quedo con los que dicen:

Conservador hasta donde lo permitan los principios revolucionarios.

Quédese Vd. en buen hora con los que este insidioso y pérfido principio proclaman:

Revolucionario hasta donde lo consientan los principios conservadores.

Basta de política, que como no está con la cortesía reñida, me permite concluir esta carta, presentándole de Eufemia mil recuerdos, besando los pies á Catalina, y repitiéndome muy su amigo y servidor

q. b. s. m.

EL MARQUÉS DE SANCHO ABARCA.

P. S. Como no destino esta desaliñada y sin pretensiones epístola á la publicidad, suplico á usted que si por interés político desea imprimirla, me mande las pruebas para corregir en ella algunas imprescindibles asperezas.

De Vd., etc.

EL MARQUÉS DE SANCHO ABARCA.

*.

Mi querido marqués: Usted, por inclinacion y de *gaitée de cœr*, es llevado siempre á la exageracion,

y á este propósito que una pregunta me sea permitida.

¿Es Vd., á un lado dogmatismo, verdaderamente conservador?—Vd. dirá que sí. Enhorabuena; ahora bien: ¿es á Vd., que le es permitido siéndolo, ahondar divisiones bajo la base de disidencias infranqueables, para influir con todo el peso de su autoridad sobre ciertos espíritus irreflexivos, que todo lo ven en negro en nuestra trabajosa y patriótica coalición de todos los elementos conservadores?

Yo no desconozco, ni á nadie puede pasar desapercibido, que entre su símbolo conservador de Vd. y el nuestro propio (en el actual momento histórico) haya marcadas diferencias.

Su fórmula de Vd., verdadero concretismo político, es bien clara:

«Conservador hasta donde lo permitan los principios revolucionarios.»

La nuestra puede bien ser más comprensiva, toda vez que nosotros decimos, y con nosotros las fuerzas vivas y conservadoras del país:

«Revolucionarios hasta donde lo consientan los principios conservadores.»

Yo sé bien que entre una y otra hay todo un sistema diferente de gobierno; ¿pero hay con todo eso motivo para levantar ese *echafaudage* de ironías que Vd. nos regala, y que (yo lo temo mucho) puede dar lugar á un *levée de boucliers* general entre los conservadores de provincia (donde tantas raíces tienen los verdaderos principios conservadores liberales), y los conservadores de la capital?

No, amigo marqués; no es hacer política sería abrir los ojos á nuestra buena *burguesía* sobre las

interioridades de nuestro gran partido; no es este el momento de ahondar divisiones y dar contra nosotros armas á las demagogias Roja y Blanca que nos acechan.

Yo, que nunca he rehusado responsabilidades, no aceptaria esta.

Nuestro honrado propósito de poner el orden por encima de la libertad, (sin dejar que la libertad sea ahogada por el orden), no merecia, no, por parte de ustedes, conservadores tambien, aunque conservadores con otros procedimientos,

«Ni ceteccas d'honneur ni cette indignité» séame licito á mí decirlo, conservador y liberal de toda mi vida, que he hecho á la libertad el sacrificio de mis mejores años, como consagro á los principios de orden y de gobierno, noblemente sustentados por mí en los mil combates de la política, el fruto de mis vigiliass y los estudios y experiencias de la madura edad. Yo no creo que sea la tarea de un hombre sério dedicarse en estos momentos á ENFRIAR PATRIOTISMOS.

Todos somos pocos para la ruda tarea de cicatrizar poco á poco las heridas causadas á la patria, de un lado por los menguados enemigos de la libertad, que, desconociendo lo que en la revolucion habia de grande, se armaron criminales contra todas sus conquistas; de otro, por los que torcieron el curso de aquella revolucion, conservadora en su origen, para ponerla al servicio de todas sus concupiscencias.

El Gobierno, á quien sirvo, no pretende, no, que ustedes entren con él á la gestion administrativa. No, en manera alguna; y no es ese, me atrevo á ase-

gurarle, el sacrificio que quiere imponer á su patriotismo. Pretende solo que los caminos, que por ser diferentes, no por eso dejan de converger al mismo punto, no sean causa de que los que lleguen á ese punto no se estrechen cordialmente las manos.

Yo podria verificar ahora mismo la cuenta de los puntos de doctrina en que estamos en desacuerdo.

Uno de ellos, y acaso el más importante, es el punto religioso.

Ustedes le consideran, y acaso en absoluto tengan razon, como un punto filosófico: «La razon humana tiene derecho á la libertad.»

Nosotros le tenemos, considerado como un punto político: «España no puede quedarse atrás en el *movimiento religioso* del mundo, y Europa tiene derecho á pedirnos libertad para sus creencias.»

Ustedes dicen: «Todos los españoles tendrán derecho á creer ó no creer.»

Y nosotros: «Nadie impedirá á nadie que practique un culto que no sea de la mayoría de los españoles.»

Pues bien; hasta en esto, que es realmente en lo que más nos diferenciamos, debian Vds. estar á nuestro lado; que, con procedimientos y fórmulas conservadores, hemos conservado para el porvenir este derecho, el más precioso de los conquistados por la revolucion.

¿Qué importa que no nos salgamos para nada de los principios conservadores? Sin salirnos de nuestros procedimientos peculiares y de nuestro dogma, bien claro y definido, pretendemos hacer á la verdadera libertad, y por tanto á la revolucion bien entendida, más verdaderos servicios que Vds. mismos,

encerrados siempre en un formalismo exagerado, en el que cualquier Gobierno moriria asfixiado.

Emplee Vd., marqués amigo, emplee Vd., se lo ruego, la legítima influencia que le dan sus años, su respetabilidad y levantado espíritu en hacerse superior á vanos escrúpulos de escuela, legítimos si usted quiere, pero inaplicables á la ancha práctica del gobierno de los pueblos, y en predicar á las respetables eminencias de su partido y á las honradas masas de que se compone el mismo espíritu tolerante y expansivo; que el Gobierno (creo saberlo) no ha de oponerse, al contrario, ha de aceptar gustoso, cuando llegue el momento de dotar al país de instituciones permanentes, el concurso de todos los que, sea cualquiera su procedencia y su escuela política, quieran acompañarle en la tarea de hacer compatible en este trabajado y noble país el orden más severo con la libertad más amplia, y la más amplia libertad con la severidad de gobierno más escrupulosa.

Entonces será ocasion de discutir; y acaso se persuadirá Vd. de que los verdaderos liberales son los que llegan á la libertad por el camino de los principios conservadores, y de que sin confundir nuestras banderas, en la esencia distintas, conservadores liberales, y liberales conservadores, nos convenzamos mutuamente de que somos revolucionarios en el buen sentido de la palabra.

¿No será esto dar el *coup de grace* á las demagogias?

Interpreta Vd. mis sentimientos al expresar galante é ingeniosamente que la política no está reñida con la cortesía. A esta obedezco al afirmarle, poniéndome á los piés de Eufemia, y con buenos

y afectuosos recuerdos de Catalina, que soy de usted afectísimo amigo seguro servidor y antiguo correligionario

q. b. s. m.

EL MARQUÉS DE CAMPO-AGARRA.

P. S. ¿Habrà Vd. de reñirme porque he dado à la estampa su bella carta? Me he permitido corregir yo mismo las pruebas, y creo no ha de quedar usted enteramente descontento.

EL MARQUÉS DE CAMPO-AGARRA.

La política de los hombres de bien.

—¿Qué hay de cosas?

—No me pregunte Vd. á mi nunca nada de política; no leo un periódico, ni hablo con ningún hombre importante; de mi casa á la Bolsa, de la Bolsa al Tesoro, y del Tesoro á casa.

—Lo mismo hago yo, hombre; á mí no me saque usted de mis pleitos: no leo más que la *Gaceta*, ni hablo con nadie más que con los procuradores.

—Y con los magistrados.

—Eso es; solo que con esos como si no hablara, porque siempre los encuentro dormidos.

—¡Vamos, que bien se trabaja este año!

—Calle Vd., hombre, calle Vd.; si no se saca ni para ir tirando.

—Ya, ya, bueno está todo.

—¡Delicioso!

—Todo en el aire.

—Sin seguridad para nada.

—Los capitales se retraen del mercado.

—Naturalmente, y los clientes se arreglan solos los negocios.

—Todo el mundo se asusta y nadie compra ni un papel de cigarro.

—¡Y ni siquiera los montañeses pleitean!

—¡Es mucha situacion la de España!

—Y luego estos señores querrán que la parte sana del país, la gente que como Vd. y como yo solo viven de su trabajo y no se ocupan de política, estemos contentos y satisfechos.

—Y que además les apoyemos; por supuesto, á título gratuito.

—Mire Vd., eso es lo que á mí más me irrita. El otro dia me llamó el ministro de Hacienda, que me conoce mucho de haber estado juntos abonados á los Bufos; me mandó llamar por medio de Paco Sierra, el director del Tesoro, ya sabe Vd., que es como hermano mio.

—Sí, sí, ya sé....

—Hombre,—me dijo Paco,—vete á ver al jefe, que tiene ganas de hablarte; ya sabe Vd. lo que es Paco, uno de esos empleados de carrera que no conocen más que su obligacion, una especialidad (1), que si viviera en otro país, seria....

—Sí, ya lo creo, le conozco mucho.

—Con que por no disgustarle, digo, vaya, pues voy á ver al ministro. ¿Para qué diria Vd. que querria hablarme?

(1) Véase el capítulo VII.

—Para pedirle á Vd. dinero.

—¡No señor! los negocios los tratamos siempre entre Paco y yo; para empeñarse en que habia de ser concejal.

—¡Vea Vd.!

—Yo me escusé en muy buenos términos; pero es lo que Vd. dice, nunca le llaman á uno más que para tratar de esplotarle. ¡Concej! Como si tuviera yo el tiempo para ocuparme del empedrado y de los consumos, ¡y como está tan bonito el Ayuntamiento! que no hay más que gentuza.

—Nada, lo de siempre; á mí tambien se empeñaron en meterme en esa junta clasificadora de Jueces y Magistrados. con que tuve que ponerme muy serio. Figúrese Vd. qué necesidad tengo yo de indisponerme con los señores del márgen, para que luego se enterara uno de que yo le habia tirado á la tetilla y me cargara las costas en un negocio ganado. Ya les dije: no se acuerden Vds. de mí para nada; yo soy un hombre independiente, y no quiero salir de mi concha. Y está buena la gentecita que han traído estos señores á los tribunales; y no es porque yo me queje, desde hace un año no me han echado abajo un negocio; pero hay unos peines, que ya, ya.

—De Vd. hablaron los periódicos para una plaza del Supremo.

—Sí, me la ofrecieron, pero no me tiene cuenta; mi despacho, aunque yo ya trabajo poco y lo tengo casi en manos de pasantes, me vale mucho más.

—¡Es claro!

—Y que el que tiene una posicion independiente, como la mia, no le da la gana de estar á la merced

de un Gobierno que está llenando los tribunales de gentuza.

—Y luego la inseguridad.

—¡Por supuesto!.... mire Vd. si eso es atroz; ya no hay manera de entenderse. Antes ya tenía una hecha su composicion de lugar con todos los tribunales de Madrid; ya sabia uno qué tecla para cada individuo.... pues ahora, ¡que si quieres! á lo mejor le viene á Vd. un señor como llovido del cielo, de Canarias ó de la Coruña, que no sabe uno por dónde cojerle ni cómo buscarle las cosquillas.... ¡nada! que ya me va pasando algunas veces ir á informar á una sala, sin haber recomendado ántes el pleito.

—¡Qué atrocidad! Y á propósito, ¿por qué no publica ese libro que me han dicho está Vd. escribiendo sobre la....?

—¡Ah! «¿Del origen Cristiano y de la necesidad filosófica del poder judicial?» Era un opúsculo bastante razonado y de un criterio prudente: templado en la forma, pero firme en el fondo; pero no he querido publicarle.

—¿Hombre, por qué? Se hubiera vendido.

—No lo crea Vd. En España no se compra ningún libro sério: pero eso es lo de menos; la cuestion es que ese folleto me hubiera dado cierta significación política, cierto saborcillo *neo* que á mí no me conviene, que á mí no me acomoda tener, por más que tenga, como cada hijo de vecino, mis opiniones.

—Tiene Vd. razon.

—Yo no soy más que un hombre independiente.... Con que hablando de otra cosa, ¿qué tal los fondos?

—Flojillos: es decir, estos dos días últimos, con eso de la libertad de cultos, que por cierto á mí me parece muy mal que se establezca.

—¡Ah! De eso no hay que hablar, ese es el colmo de la obcecación y de la....

—Se han animado un poco.

—¡Vamos! ¡siquiera por ese lado! y, ¿diga Vd., diga Vd., se puede hacer algo?

—¡Psche! Yo he colocado ahí unos cuatro millones.

—¿A largo plazo?

—A seis meses... diez por ciento, una miseria, porque no hay garantía ni cosa que lo valga.

—Yo tengo unas acciones del Banco, que si las realizara....

—¿Á cómo las tiene Vd.?

—Ahora gano veinte en ellas.

—¡Ah! Pues debe Vd. limpiarse.

—Ya lo he pensado. ¿Pero qué hace Vd. del dinero?

—Compre Vd. treses; aunque venda Vd. los cupones en rama, le tiene más cuenta; y luego, señor, que alguna vez ha de normalizarse esta situación, y cuando se publiquen los presupuestos....

—Sí; la verdad es que si se vota la base religiosa, entran en la legalidad todos los partidos liberales. La Prusia y las potencias anti-católicas nos apoyarán con todas sus fuerzas, y puede ser que por el pronto esto tome otro aspecto, y entonces.... veinte que gano en las acciones.... el 3 por 100, de 16-50 á 25 que ha de llegar.... son 29; y 9 por 100 de intereses á ese capital, era una cosa regular; pero ¡cál! si aquí no hay nada seguro, y no se puede con-

tar con nada. Luego dirán que los hombres de cierta posición, de ciertas ideas, no cumplimos con nuestro deber. Yo ahora vendería las acciones y compraría treses, aprovechándome de la subida; si supiera que la subida iba á mantenerse; pero si, si, vaya Vd. á fiarse de la subida (1).

—¡Cá! ¡Si Vd. supiera lo que importa la Deuda flotante!

—¿Una atrocidad?

—Seis mil millones.

—¡Ave María Purísima! De manera que un hombre honrado que está trabajando toda su vida no tiene donde colocar su dinero.

—Compre Vd. fondos franceses.

—Si siquiera produjeran un ocho, para no dar dinero á esta gente, lo ponía todo en Francia. Seis mil millones de Deuda flotante..... ¡Donde va á parar!

—Nada, desengáñese Vd.; aquí no se puede hacer más negocio que prestar al Tesoro.

—Sí, pero con esos seis mil millones.....

—Mire Vd., siempre ha de haber bastante dinero para pagar á los prestamistas.

—Sí, bien mirado no hay otro remedio. Con que dice Vd. que á seis meses..... 10 por 100..... Vaya, ¿me coloca Vd. veinticinco mil duros?

—Hechos.

—Adios.

—Vaya Vd. con Dios, y que no se acalore Vd. tanto por las cosas políticas; ¡qué diablo! nosotros no lo hemos de arreglar.

(1) Este capítulo se escribió muchos meses ántes de la publicacion de los *presupuestos de la paz*.

—Yo, ni por pienso, no he de meterme en nada así me ahorquen; á mi trabajo y se acabó; yo soy un hombre honrado y nada más.

—Y yo lo mismo; un hombre de bien que no quiere más política que la de hacer su negocio.

LIBRO SEGUNDO

EN LA SOCIEDAD

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas
 —¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

—¿Y si almorzamos, no se da metemos en cada
 un momento a mi trabajo y se acordó, yo soy
 maestro de escuela y cada una de las niñas

EN LA SOCIEDAD
LIBRO SEGUNDO.

EN LA SOCIEDAD

LIBRO SEGUNDO.

EN LA SOCIEDAD

LIBRO SEGUNDO.

EN LA SOCIEDAD.

I.

Las clases privilegiadas.

Si yo me decidiese á volver á nacer, y con mi nuevo nacimiento perdiera ciertas ideas y preocupaciones que no me sirven más que de estorbo, y el Dios de la época, esa divinidad indulgente y protectora que los modernos *toleran* para que sus mujeres y sus criados les respeten, y sin ocuparse de otra cosa que de conservar el orden en las sociedades y el dinero de los asociados, preside el desarrollo indefinido del progreso humano y anima con su sonrisa de aprobación á progresistas y conservadores, me diera á escoger un nacimiento..., no nacería rico, ni rey ni duque; pero tendría buen cuidado de procurarme

una cuna en una de esas familias privilegiadas, que sin abuelos, sin caudal y sin corona, forman hoy la única aristocracia de estas sociedades democráticas y conservan para su uso particular las fórmulas y procedimientos de un patriciado omnipotente.

La riqueza que no paga contribucion, la notoriedad que no ha satisfecho nunca lanzas y medias anatas, el poder sin penalidades ni sinsabores, el lujo sin rivalidades, la omnipotencia sin cuidados, son los feudos que esas apreciables familias se han repartido hoy en nuestra sociedad, á la vista de la verdadera aristocracia, cuyo único trabajo, desde hace cuarenta años, ha consistido en emanciparse de sus tradiciones para apoderarse del poder revolucionario, quedándose al cabo de su gloriosa jornada sin poder y sin tradiciones.

Hoy ha muerto, definitivamente ha muerto nuestra aristocracia guerrera y cristiana de los Concilios de Toledo, de la Reconquista, de las guerras de Italia y de Flandes; nuestra grandeza palatina de Carlos V y los Felipes; nuestros nobles de la guerra de sucesion; nuestros caudillos de la Independencia; y á pesar de eso, no ha nacido tampoco esa otra aristocracia parlamentaria de Inglaterra, ni siquiera una nobleza á la francesa, frívola y leal, desocupada y altanera, que alguna vez habrá combatido contra sus intereses, pero que nunca ha faltado á su honor.

Existe, en cambio, un glorioso y largo catálogo de apellidos y títulos históricos, que hacen muy buen papel en las votaciones de una Asamblea Constituyente, entre un demagogo y un doctrinario; ó en las antecámaras de un ministerio, ó en las recepciones de un ministro; pero la obra que ese brillante

índice promete al lector entusiasta y desinteresado, no ha llegado aún á escribirse.

Entre tanto que de esta aristocracia no queda más que el recuerdo, otra aristocracia ha nacido al mundo; brillante, culta, rica y refinada; que no tiene historia, porque el tiempo no es propicio á la historia, que acaso no tendrá porvenir, pero que goza de un presente próspero y halagüeño.

«¿A qué hablar de resurrecciones imposibles? Bien sabemos que en la humanidad ha de haber siempre privilegios; pero ¿qué necesidad tenemos de volver á los privilegios antiguos?»

«Bien muertas están las antiguas clases privilegiadas; nosotros crearemos otras nuevas.» Y tan bien lo han hecho, que hoy, sin mayorazgos, sin pruebas de nobleza, sin cargos perpétuos, y sin voto en Córtes, tenemos nuestras clases privilegiadas, que no descomponen, ántes realzan el armónico cuadro de las instituciones que nos hemos dado.

La espuma de ese revuelto y fértil río, que hasta lo que inunda fecundiza; un nombre, que á fuerza de repetirse, se hace célebre; una fortuna, que á fuerza de comprometerla, se triplica; una fama dudosa, que á fuerza de combatirla se hace intachable, son los elementos que, aquilatados por una notoriedad fácil y barata, van poco á poco constituyendo nuestra moderna aristocracia.

La celeridad del movimiento con que caminamos en la senda del perfeccionamiento, nos obliga á escribirnos nuestra propia historia, al mismo tiempo que la vamos realizando, y así á los nombres de nuestros contemporáneos ilustres, ni la condicion de históricos les falta para ser nombres aristocráticos.

Cuando de un hombre puede decirse «el antiguo funcionario,» ó «el antiguo militar,» ó «el antiguo jurisconsulto,» nuestros ojos no pueden ménos de contemplarle con la aureola histórica.

Ese hombre ha envejecido noblemente en pocos años; ese hombre es á un mismo tiempo él y cuatro abuelos; ese hombre es un prócer moderno, digno de haber nacido de la nada y de llegar á serlo todo.

Basta ser viejo para ser respetable; y el que en su vida haya hecho muchas cosas, buenas ó malas, frívolas ó importantes, ya ha andado todo el camino que tiene que andar para ser célebre. La época es de movimiento y de bulla, y el que más ruido meta ha de ser necesariamente el más notable.

Hay una frase en el lenguaje culto del buen tono, que expresa perfectamente el nivel de la moderna aristocracia.

Cuando quiere pintarse la brillantez de una tertulia, ó lo escogido de la concurrencia de un teatro, no se dice «había mucha gente noble ó rica, ó elegante ó notable,» sino «*había mucha gente conocida.*»

Un hombre puede ser un sábio; pero si no es *conocido*, no pertenece de hecho ni de derecho á la verdadera aristocracia: ó puede ser el representante de un nombre ilustre; como no sea personalmente *conocido*, será un oscuro hidalgo de gotera: ó puede ser un hombre opulento; como su opulencia no haya obtenido el título de *conocida*, será un ricacho cursi, indigno de los honores de la crónica.

El ser *conocido* no le es dado á todos, y muchos ven consumirse lentamente una vida fecunda y laboriosa sin penetrar nunca en la diáfana atmósfera en que algunos privilegiados mantienen incesantemente despierta, con sus actos públicos y secretos, la curiosidad de sus contemporáneos; en cambio toda esa gente que puebla los salones, los teatros y las columnas de los periódicos, es igualmente conocida, y por lo tanto igualmente notable.

Cuando la simpática marquesa de Campo Agarra, ó la elegante señora de Hurtado los reúne en sus salones, estos *están buenos*; si se la olvida convidar al ingenioso periodista Barco del Monte, ó á «la respetable familia del antiguo funcionario y distinguido jurisconsulto Blanco del Ojo,» la reunion será incompleta, y la imparcialidad crítica obligará á decir al revistero que «dichas personas brillaban por su ausencia.»

Es preciso, pues, para que la reunion sea de buen tono, que toda la gente conocida se halle allí reunida, y que el lector de provincia, al leer á los dos días la lista de los concurrentes, pueda, si es preciso, confrontarla con la coleccion de *La Correspondencia*, Nomenclator y Gaceta diaria de la fama moderna, y averiguar que la lista está completa y que ni uno solo de aquellos nombres suena por primera vez en sus orejas.

El provinciano, al ver que todos son amigos, no cabe en sí de gozo, y hasta se figura que él tambien ha sido de la fiesta. Al uno le conoce de haber sido, tres veces en dos años, subsecretario de Gracia y Justicia; á «las bellas señoritas de Casa-Ganchosa,» de leer sus nombres en las revistas de otras reunio-

nes; se acuerda perfectamente de que la una *estuvo para casarse* con «un distinguido periodista,» y está seguro que la otra es la señorita de C....., que según la revista pasada, fué «causa inocente de un duelo entre uno de nuestros primeros artistas y un cono- cido militar.» A estas señoritas las considera ya como de la familia.

También trata mucho á «la elegante señora de Campo-Seco y á sus bellas hijas,» y puede decir las diferentes ocasiones en que «han salido á tomar aguas.» *La Correspondencia* se lo ha anunciado tantas veces, que la familia de Campo-Seco en baños, es para el provinciano una imágen enteramente familiar. Ni le son menos conocidos «el apreciable ban- quero Villadiego,» que todas las primaveras acostum- bra salir «para sus posesiones de la Mancha,» ni «el distinguido ex-ministro de Hacienda Arañorena,» que todos los otoños regresa á Madrid «algo más ali- viado de su penosa afeccion á la garganta.» Es ya ín- timo del «activo y celoso empresario del teatro del Arte,» y no le sorprende que la elegante marquesa convide á sus reuniones á un hombre que á costa de sacrificios y de no escasos sinsabores, ha logrado ele- var en España el arte coreográfico á la altura en que se encuentra en las naciones más adelantadas. Re- cuerda que «la estrella de los salones que se habia condenado á voluntario eclipse, y que nuevamente ha vuelto á aparecer más bella que nunca,» lleva el mis- mo apellido, y debe ser la viuda «del inteligente y an- tiguuo funcionario público, cuya muerte repentina y desgraciada, á consecuencia de un accidente entera- mente natural,» ocupó en varios sueltos misteriosos á dos ó tres periódicos políticos; y se sabe de memo-

ria la huida á Italia «del conocido marqués de Archena, en compañía de una bailarina de los Bufos;» «el proyectado Banco Subterráneo Internacional, del que es director el infatigable industrial cosmopolita, conde de Trappizondi,» y la brillante pléyade de muchachos elegantes y alegres que tienen por teatro de sus hazañas los bailes de la Zarzuela, la buñolería del Mico, la freiduría del Cuco y la repostería de Lhardy.

Añádase á esta brillante sociedad, reunida por la invitacion de la marquesa, al torero á la moda, que solo se le convida en las reuniones más íntimas; al actor de más nombre, que visita á la marquesa cuando su *troupe* prepara alguna comedia; al agente de negocios en áuge, que se escusa de asistir al baile por sus muchas ocupaciones; al subsecretario de la Guerra y al director de Hacienda, que solo se presentan á última hora; al respetable presidente de Sala del Supremo, que en su nombre manda á su familia á la tertulia, y á la multitud de oficiales de secretaría, de auxiliares del ministerio de Estado, de jóvenes de porvenir y de personas conocidas, «cuyos nombres no recuerda» el redactor de la crónica de salones, y tendremos que en los de la marquesa de Campo-Agarra se hallaban reunidos los dignos representantes de nuestras clases privilegiadas.

Y si el provinciano que atentamente lee la revista pudiera en un momento trasladarse al palacio de la opulenta dama, veria que ésta prodigaba por igual sus sonrisas entre sus huéspedes más notables, pagando á la notoriedad, más que á la riqueza, al nacimiento ó al mérito, el tributo de su admiracion.

Para ella, como para todo el mundo, todo hombre

de quien se ocupa la opinion es hombre notable, y todo aquel que no da nada que decir, es vulgo. Nadie más enemigo del vulgo que ese vulgo atildado y elegante que se llama *todo el mundo*.

No solo gozan las modernas clases privilegiadas el dulce privilegio de una notoriedad elegante, sino que disfrutan de otros beneficios más sólidos. Ciertos oficios que se sirven de por vida por un mismo individuo, verdaderos oficios simples, cuyo desempeño no exige más que ciertas condiciones de respetabilidad (tolerante y conciliadora); ciertas trazas y espedientes para la vida cómoda, desahogada y decente; un favor para con los poderosos, nunca amenguado ni combatido; una facilidad en el desarrollo de su profesion ó de su carrera que otros no encuentran, á esas clases se les otorgan graciosamente como si para ellas solas se hubieran inventado.

No busqueis otros nombres que los suyos en los Consejos de Vigilancia de todas las compañías de crédito. Si veis que un matrimonio con seis hijos invade un coche reservado en la estacion de un ferrocarril, y observais que el interventor de la compañía, á la vez que les saluda respetuoso, se guarda muy bien de exigirles el vulgar requisito del billete, suponed en seguida que esa familia pertenece á nuestras clases privilegiadas.

Si vuestro sastre cuando le argüís de carero os enseña un monton de facturas sin recibo, no compa-

dezcáis su suerte, sino la vuestra, porque en último término, vosotros y no él pagaréis la insolvencia de los privilegiados que no pagan. Y del mismo modo, huid de una vana declamación contra el favoritismo, que abre á mucha gente las mamparas de las oficinas y el corazón de los oficinistas, y pensad solamente en haceros acreedores al favor que la suerte, no tan ciega como la pintan los tontos, dispensa al pequeño número de sus elegidos.

¿Podeis vosotros, como el privilegiado marqués de Trappizondi, obtener para el que os recibe con cierto cuidado por sus cucharillas de *vermeil* una cruz de Carlos III para sus hijos, un párrafo de amigo en una revista de Salones para su hija y un billete de circulación por el ferro-carril del Sud-Oeste para toda la familia? Pues entonces no os quejeis de la sociedad elegante, que festeja á todos los Trappizondis, condes ó no condes.

¿Teneis algun amigo en el ministerio de Hacienda, tan particular y tan íntimo que os comunique todos los días el secreto pensamiento del ministro, ó descubra á vuestros ojos la primitiva urdimbre de un empréstito y el tejido invisible de una emisión de consolidado? Pues aprovecháos de su amistad como se aprovecha «el conocido y apreciable banquero Villadiego,» y no murmureis de una fama, de una riqueza y de un favor que se explica de una manera tan plausible.

¿Quereis no pagar al alquilador su coche, ni al sastre su levita? Muy sencillo: recomendad al primero al ministerio, y dad al sobrino del segundo una credencial en Correos.

¿O qué, creéis que aquí la fama se obtiene gratis

y que la reputacion es un baldío en que cualquier mano puede echar semilla?

En vano la piqueta niveladora de nuestra revolucion gloriosa ha destruido los privilegios y derechos señoriales; una nueva aristocracia ha nacido, y apoderándose del poder social que aquella representaba, ha fundado un nuevo feudalismo con leyes más estrechas que el antiguo.

Varios soberanos, independientes en su reino, pero sujetos unos á otros por la ley perpétua del vasallaje, tienen hoy en sus manos el poder político, administrativo, territorial é intelectual; y al ver la actividad febril con que esas manos tejen y destejen en sus estados, hay quien suspira por las *manos muertas*.

Todos estos magnates prestan, en primer lugar, pleito homenaje á la revolucion, y luego se le prestan unos á otros segun el rango y la calidad de sus dominios.

Los feudos militares piden vasallaje á los feudos políticos; estos se le prestan, y á su vez le exigen de los feudos de la administracion pública.

Esta percibe cuantiosas prestaciones de la riqueza territorial, del comercio y de la industria. A su lado, y fingiendo una indiferencia puramente ilusoria, levanta sus torres la jurisdiccion de la prensa periódica; la cual rinde en secreto, vasallaje á los feudos administrativos, y en público le pide á los reyezuelos de la opinion, de la fama y del buen gusto.

Que un artista quiera ser célebre sin un periódic-

co; que un periódico pretenda vivir sin un patrono; que un funcionario se emancipe de un padrino político; que un hombre público no reciba su poder de una espada, y que esta no se ofrezca en los altares de la revolucion triunfante, y el costoso edificio de nuestra organizacion social, falto de cimientos, rodrá por el suelo.

Entendiéndolo así nuestras clases privilegiadas, cada dia remachan más los dorados anillos de esa cadena de servicios mútuos y de homenajes recíprocos que constituyen, á la vez que el honor de *la clase*, el origen del poder que les hace fuertes.

Regocija y conforta el ánimo ver que el espíritu de casta no se ha perdido, y contemplar á nuestra sociedad seria, grave y digna, á pesar de sus pocos años, supliendo la antigüedad de sus linajes con el brillo de sus reputaciones.

—Tú eres uno de los mayores capitanes que ha producido esta tierra clásica de la bizzarria.

—Concedido; pero los siglos pasados no presentan ejemplo de un estadista más profundo que el que acaba de hacer mi juicio crítico.

—Es Vd., marquesa, la mujer más inteligente y de mejor *mundo* que hay en Madrid.

—Y Vd. habla como hablaría Calderon si concurriera á mis viernes.

—Eminente hombre público..... pues distinguido publicista. Notable jurisconsulto..... pues inteligente artista. Hombre á la moda..... pues consumado crítico.

Apreciables, dignos, elocuentes, profundos, bizzarros, heróicos, inspirados, patrióticos y magnánimos: los aristócratas modernos reunen todas las cua-

lidades que les hacen falta para producir en *todo el mundo* la admiracion de las obras perfectas.

Pero para verlos grandes, hay que mirarlos reunidos. Triste de aquel que rompe la cadena y pide á sus fuerzas que sin auxilio ajeno le sustenten. *La clase* solo auxilia al que confiesa su personal impotencia, y para ser grande en la aristocracia moderna, la primera condicion es ser débil.

Figurémonos que los parásitos de la antigua Roma hubieran formado ellos solos un órden nobiliario. El requisito más importante de su instituto, habria sido prohibir á sus miembros que aspirasen al patriciado independiente.

II.

Los ricos, los ricachos y los opulentos.

He conocido muchos hombres ricos que nunca han llegado á ser opulentos, y muchos opulentos capitalistas que jamás han sido ricos. Si pregunto á la turbulenta, inquieta y poderosa mayoría llamada *todo el mundo* acerca del valor relativo de estas dos posiciones sociales, me contestará sin vacilar que la opulencia es preferible á la riqueza; pero si interrogo á la modesta, laboriosa y desautorizada minoría de las gentes oscuras y desconocidas, su respuesta será positivamente favorable á la condicion de hombre rico sin adjetivos supletorios.

Lo que *todo el mundo* quiere es ser opulento, y muy pocos se contentan con ser ricos; con lo que se explica perfectamente este despropósito económico sobre la riqueza española. España es una nacion opulentamente pobre.

Porque no hay que consultar el Diccionario de la

Academia de la Lengua, sino el diccionario de la Academia del mundo, para saber lo que se entiende por opulencia; y él os dirá que un hombre opulento no es precisamente el que *tiene*, sino el que *gasta* mucho dinero.

¿Qué le importa á *todo el mundo* que el Sr. Lopez ó el Sr. Gomez sean ricos, es decir, que entre su haber en pesos duros y su debe en necesidades haya un beneficio anual que represente las tres cuartas partes de su fortuna? ¿Lo ve eso *todo el mundo*? ¿Puede apreciar en un momento, á un solo golpe de vista (como *todo el mundo* necesita ver las cosas para aprenderlas), el beneficio que á la fortuna pública puede reportar ese beneficio privado; lo que gana la Hacienda del Estado con recibir un capital de ahorros en vez de un capital de despilfarros; lo que se aumenta la prosperidad del país con capitales destinados á la produccion y el desnivel que en ella ocasionan capitales constantemente empleados en el ocioso lujo de nuestras ciudades de comisionistas?

Lo que ve *todo el mundo* es que el opulento capitalista marqués de Casa-Lopez proporciona al pastelero, al mueblista, al tapicero y al constructor de coches á la moda, que traen de París y Lóndres todos los años el surtido que se encarga de consumir la opulencia madrileña, más ganancias que el modesto ganadero de provincia Sr. Lopez, que tiene el mal gusto de vestirse de paños de Béjar hechos con la lana de sus merinas.

La riqueza de este importa á muy pocos; pero la opulencia de aquel constituye, digámoslo así, el patrimonio de *todo el mundo*.

Un hombre rico no necesita más que mucho dinero; pero «un opulento capitalista» necesita además muchas necesidades.

Da lástima, y á la vez complace, ver qué impropio trabajo y al mismo tiempo con qué emulacion concienzuda un hombre rico se aplica por complacer á *todo el mundo*, al ejercicio de una opulencia que le fatiga y que le abruma.

¡Qué mal disimulada turbacion se dibuja en su semblante la vez primera que se oye llamar «señor marqués» en público! ¡Cuánto tarda en convencerse de que es á él, y no á ninguna amiga suya, á quien anuncia el mayordomo todos los dias con la bárbara frase de «la señora está servida,» la sencilla noticia de que la sopa está en la mesa! ¡Cómo le incomodan el salon blanco, y el salon amarillo, y el gabinete pompeyano, que forzosamente tiene que atravesar de puntillas todos los dias para llegar á su despacho! ¡Qué indigestion le procura el primer *foie-gras* que paladean sus lábios! ¡Qué catarro le causa la primer tarde de invierno que pasea en su *duque* por el Retiro! ¡Qué sueño tan letárgico se apodera de él á su primer concierto, y qué jaqueca tan terrible le desvela la noche de su primer baile!

Pero él todo lo apura hasta las heces; excelencias y botellas de Porter, besamanos y carnes crudas, conferencias políticas y partidas de wisth, amigos que le aburren y lacayos que le sonrojan.

Es un héroe, es un mártir. Lee *La Epoca* todas las noches, porque le han dicho que es el periódico del gran mundo, y se da baños rusos por las mañanas, por complacer á su ayuda de cámara.

El Sr. Lopez tiene todos los dias una disputa con el marqués de Casa-Lopez, y este se pasa meses enteros avergonzándose de haber tratado alguna vez intimamente al Sr. Lopez.

Y qué venganzas tan terribles, qué asechanzas tan traidoras no se prodigan este par de amigos irreconciliables.

Lopez sale una mañana de su casa más Lopez que nunca: no ha pasado por el salon amarillo, ni por el salon blanco, ni por el gabinete pompeyano; ha descubierto una puerta que desde su alcoba da á la antesala de servicio, y otra que desde esta pieza conduce á los cuartos y escalera interior de la casa. Ha bajado por esa escalera, ha podido deslizarse por las cuadras, sin que ningun mozo le conociera, por la sencilla razon de que ninguno se habia levantado, y ha podido salir á la calle sin que el portero le saludara respetuosamente, por la misma incompatibilidad de costumbres, que en toda casa opulenta suele existir entre el amo, nuevo aún en la carrera de la opulencia, y sus criados, antiguos explotadores de otros opulentos más añejos.

Una vez en la calle, Lopez respira voluptuosamente el aire de la libertad. No yendo en coche ni recibiendo en su salon amarillo, está bien seguro de que nadie ha de confundirle con el marqués su homónimo.

Mil ideas fantásticas cruzan por su cabeza de hombre emancipado. ¿Se entraria en un café á tomar chocolate ó iria á una plazuela á ver si era verdad que toda la carne estaba siempre dura y todas las perdices picaban al paladar y daban al olfato como la carne y las perdices que le servian en su me-

sa..... ó se encaminaria á una frutería para averiguar si ya se habian concluido las uvas de cuelga y los melones de Loja, desterrados para siempre por prosáicos productos de una civilizacion atrasada, de sus fruteros de cristal de Bohemia, solo atestados de naranjitas chinas, plátanos guineos, higos chumbos y chirimoyas..... ó bien emplearia su pedestre, pero preciosa libertad, en dar un paseo filosófico por las calles y plazas de Madrid en busca de algo que á él le gustara, y que por lo tanto, tuviese la seguridad de no encontrar en su opulento y sofocante palacio? Lopez se decide por esto último, y sin saber cómo, sus pasos le encaminan á sus barrios predilectos, en los que literalmente cubiertos sus viejos sillares por un variado y completo surtido de colchas de Palencia y mantas zamoranas, subsiste aún el primitivo solar de sus grandezas; á la Plaza Mayor.

El Calendario, para festejar sin duda el asiento de Lopez, ha dispuesto que coincida su paseo con la víspera de Noche-buena; y el cielo, para enviar algo sobre la cabeza del incógnito, pero opulento marqués, deja caer sobre su flamante sombrero una copiosa lluvia.

Lopez penetra majestuosamente en la anchurosa plaza y recorre complacido con la vista, aquellos inmensos montones, aquellas barricadas gigantescas de naranjas, de nueces, de castañas, de mazapanes, turrone y guirlaches, objetos de su golosa envidia en los días en que el deseo no se habia dejado aún seducir por el goce inmediato de todos sus apetitos. La lluvia crece y con ella el deseo de Lopez de adquirir á todo trance una hermosísima anguila del mazapan toledano más apetitosa. Llega al puesto,

la ajusta, la regatea (si no la regatease no creeria haberla comprado), y con ella debajo del brazo, respondiendo con sarcasmos y reticencias desdeñosas á los numerosos mozos y chiquillos que se le ofrecen para aliviar su peso, se dirige á los soportales, calado hasta los huesos, pero riéndose á carcajadas de la broma terrible que acaba de dar, de la jugada sangrienta que acaba de hacer á su insoportable tirano el enfadoso marqués de Casa-Lopez.

Pero el marqués no deja pasar muchos dias sin descargar sobre el pobre Lopez todo el peso de su venganza; á cada momento le pincha, le azuza, le provoca, ya ofreciéndole un manjar desconocido, ya proponiéndole una partida de caza, ya convidándole con un thé político ó literario ó benéfico.

—¿A que no vas al baile, Lopez? le dice sarcásticamente.

—¿A que no te pones el frac esta noche, gran perezoso, despues de comer, cuando te encuentras más á gusto al lado de la chimenea?

—Lopez, atrévete con esta copita de Tokai.

—¿A que te duermes esta noche, grandísimo bruto, oyendo leer á la condesa de Tres Estrellas el precioso proverbio que se va á representar en su lindo teatro?

—Lopez, habla en francés en los lunes de la embajada austriaca.

—¡Cuidado con fumar cigarrillos, Lopez, en la sobremesa de la legacion rusa!

.....

Si Lopez se da por vencido en esta lucha sorda y terrible, como todas las guerras civiles, nadie podrá contradecir en el marqués la condicion de opulento;

pero si se rebela diariamente, si conspira á cada paso y logra sobre su rival fugaces, pero evidentes triunfos, Casa-Lopez, á pesar de sus trenes, de sus criados, de sus parásitos y de su gabinete pompeyano, no pasará nunca de la categoría subalterna de *ricacho*.

Los hay que no se detienen en ella y que hacen á la sociedad de su siglo el costoso, pero completo abandono, de sus gustos pasados; que son opulentos de verdad, opulentos por dentro y por fuera, concienzudamente opulentos. Si ellos encuentran la carga demasiado pesada, la arrojan sobre los hombros de sus mujeres ó de sus hijos; pero al menos su casa, su vida, *su estado*, digámoslo así, es verdaderamente opulento.

Una vez *lanzado*, el hombre opulento no reconoce obstáculos ni se contenta con términos medios: gasta lo que él gana y lo que él tiene, y cuando esto se concluye, empieza á gastar de lo que tienen y de lo que pierden los demás.

En su mesa no solo se sirven los manjares más exquisitos del mercado, y los vinos de las más acreditadas bodegas; los convidados de plantilla y los temporeros, los amigos íntimos y los parásitos de cámara, tienen la seguridad de comerse todos los días manzanas de casas, filones de minas, y empresas de ferro-carriles, y canales enteros de riego han desaparecido más de una vez, en alguno de estos gigantescos festines con la misma facilidad con que por una puerta del comedor entra llena, y sale por la otra vacía, una cesta de botellas de Burdeos.

Así se venga de la sociedad el marqués de Casa-Lopez.

¿O qué quiere esta, que el opulento la obsequie y la divierta á sus propias espensas, como el último tendero retirado ofrece á sus hijos y á sus nietos un festin abundante é indijesto?

¿Que el opulento tire su casa por la ventana y respete la casa del vecino? ¿Que pague á la vista y de su propia caja las repetidas letras de cambio que gira sobre su fortuna el apetito de sus conciudadanos?

No: Casa-Lopez es opulento, pero su opulencia tiene un límite. Bien que gaste; á eso él no se opone, porque ya le ha tomado gusto á la cosa; bien que goce y haga gozar; que hable como grande y que deje hablar de su grandeza; porque para algo es opulento; pero si gasta opulentamente, opulentamente tambien tiene que llenar los huecos que en su caja de hombre rico labran sus manos de hombre opulento.

Es natural, es lógico, es hasta plausible que unos huecos que tan fácilmente se hacen, se llenen con una facilidad igualmente grandiosa, y que el *Debe* de la esplendidez se liquide con el *Haber* del ágio.

¿Qué es el ágio, despues de todo, sino la opulencia en los negocios?

Empezad para hacer el primero por decir que no teneis un cuarto, y como no empeceis por el segundo, no tendreis otro medio de sentar plaza de capitalistas; pero procuráos un capital cualquiera, con tal que sea espléndido; deslumbrad al público con cualquier luz propia ó prestada, y prestada mejor

que propia; en vez de vender comprad algo, y mejor á crédito que al fiado, y no lo dudeis, el oro de los ricos buscará siempre vuestra moneda falsa.

Y cuando ya tengais oro vuestro, oro de verdad, oro de ley, guardadlo si quereis ser ricos, gastadlo alegremente si os contentais con ser ricachos; pero enseñadlo bien á todo el mundo, enseñadlo con arte, enseñadlo bajo todas las formas posibles (nada más que enseñarlo, por supuesto); y con el dinero de *todo el mundo*, que desborda inocentemente de todos los bolsillos á la vista de la opulencia, podreis ser opulentos casi de valde.

III.

Los emprendedores.

De todas las ideas que la revolución filosófica y deísta del siglo XVIII, ha legado al espíritu positivista y práctico del siglo XIX, ninguna más trascendental en sus funestas consecuencias, que la que se refiere al trabajo humano.

Para las escuelas revolucionarias, el trabajo no es *la pena*, sino *la justificación* del hombre; mejor todavía, su *santificación*; si es que al hombre moderno, según le explica la filosofía positivista, le asalta alguna vez la idea de ser Santo.

Un hombre trabajador, no es, modernamente considerado, un hombre que obedece á la ley cristiana del trabajo, y sometido á ella, como á cualquier otro precepto, la cumple con humildad y sencillo contentamiento; es «el soberano temporal de la materia ó del espíritu, que apoderándose de una de estas

fuerzas de la naturaleza, la domina y sujeta por el supremo derecho de conquista;» es «el dueño único y augusto de cuanto sus manos modifiquen, amasen ó trasformen en esa naturaleza;» «á nadie debe gracias por sus obras; él trabaja, pues él crea; él crea, pues él es, si no el Dios, por lo ménos el amo de la creacion.»

Amo orgulloso y déspota, como verdadero advenedizo, el trabajo moderno, emancipándose de la ley de caridad que le santificaba, ha sido el fundador del individualismo, que mata á la sociedad con el lento suicidio de sus propias fuerzas; y quebrantando los principios de autoridad y de gerarquía que providencialmente le regulaban, ha fundado tambien el socialismo, que arrasará con el hierro y el fuego cuanto el suicidio egoísta haya dejado en pié en las sociedades que corroe.

Por eso no es hoy el más trabajador el que más trabaja, sino el que más produce, sean cualesquiera las herramientas que emplee y la materia sobre que opere, y así en el orden gerárquico de lo que hoy se llama *la religion del trabajo*, un industrial es superior á un labrador, un comerciante á un industrial, y un agiotista á un comerciante; y en la escala de los capitales humanos, está más alta una cédula hipotecaria que se cotiza en Bolsa, que una suerte de tierra, condenada eternamente á vivir en su propio terruño.

Hoy es trabajo todo lo que produce dinero.

Se trabaja en la Bolsa.

Trabaja un juglar en un circo.

Trabaja un torero en la plaza.

Se trabaja un negocio.

Hay quien pasa su vida trabajando una conspiración.

Se trabaja en un periódico.

Y hasta se trabaja en bolsillos.

En la Carrera de San Jerónimo, entre aquellos grupos de gente al parecer ociosa, se ejecuta también un importantísimo trabajo. Allí se trabaja la opinión pública.

Antes se creía que lo que importaba era ser honrado; ahora lo único que importa es trabajar; es decir, procurar el cambio de un capital en ingenio, en travesura ó en intriga contra un capital en pesos duros.

El espíritu emprendedor del siglo XIX es una moneda falsa, que de una mano en otra se quiere hacer pasar eternamente; solo al que se le coje fabricándola, se le condena por monedero falso; á los que no hacen más que *pasarla*, se les aplaude por emprendedores. Pobre también del que se guarde en el bolsillo la moneda falsa, creyendo que con ella ha hecho su fortuna. Cuando quiera emplearla, podrá encontrarse, como el héroe del cuento de Hadas, con que solo guarda una hoja seca.

♦♦

Un vicio, una debilidad, una manía ó un error de la humanidad, tiene siempre, además de las víctimas que sujeta, un ejército de emprendedores que le explotan. *El trabajo* de estos, consiste en rodear el vicio de todos los atractivos posibles; en convertir la debilidad en aspiración noble y legítima; en

hacer de la manía moda y del error religion ó costumbre.

Los emprendedores, como los cuervos, siguen siempre al ejército de la humanidad para vivir á sus expensas; pero estas modernas aves de rapiña, han aprendido ya á oír sus propias alabanzas sin soltar el queso, que cuidadosamente han sujetado con el pico. Un cumplido de un periódico, una flor más ó menos desinteresada de cualquier intérprete de la opinion pública, les parece muy bien; pero el queso les parece mucho más sabroso, y al murmullo de la lisonja se lo comen.

A nadie sin embargo, más que al que tiene la desgracia de no conmoverse ante el tierno espectáculo, de una sociedad corrompida, que emplea el tiempo que el ejercicio de sus corrupciones le dejan libre, en entonar cánticos de alabanza á quien se los proporciona, ocurre la idea de representar á un emprendedor, con el triste plumaje del ave carniceira. Al contrario, hay emprendedores más galanos que pavos reales, á quienes la misma sociedad que les alimenta, á la vez que confiesa que son caros, no puede ménos de conceder que son hermosos. Cosa rara; áun sabiendo que la explotan, la sociedad unas veces les admira, otras les envidia, pero siempre se les quita el sombrero. Cuando el queso se les agria en el pico, les compadece; y cuando se mueren, en vez de respirar, como quien se ve libre de una plaga, les llora como quien ha perdido á un amigo.

Y son, en efecto, amigos cariñosos y camaradas inteligentes de esa humanidad, á cuya costa viven.

Leed sus anuncios, sus programas y sus circulares, y las vereis rebosando por todas sus letras abne-

gacion y tolerancia; sus amigos no tienen que preocuparse, que enternecerse, que apurarse por nada. Para *trabajar*, bastan ellos solos; el resto de los humanos, bastante tiene que hacer con remunerarles su *honrado trabajo*.

Ellos, con las empresas funerarias, han ahorrado las lágrimas de las familias.

Con las empresas periodísticas, han economizado la lectura.

Con sus remedios secretos, han curado todas las enfermedades públicas.

Con sus espectáculos, han suprimido el vicio á fuerza de generalizarlo.

El modesto y embarazoso ahorro, ya no corre á cargo del individuo, una vez inventadas las sociedades de socorros mútuos.

La misma vida, tiene ya un valor conocido, del que puede un hombre sacar provecho, descontándole en una sociedad de seguros.

¿Qué mucho, pues, que la humanidad, á quien consuelan, instruyen, divierten, curan y enriquecen, les alargue la mano como á sus amigos más indispensables? ¿Qué mucho, que les pague en alabanzas y en pesos duros sus discretos servicios? ¿Qué mucho, si habla de ellos discretamente, como á quien se teme y se necesita? ¿Qué mucho, que les colme de honores, para que de algun modo pueda decirse de ellos que son honrados?

Estos hombres de la industria son todos ellos caballeros; estos trabajadores gastan corbata blanca casi diariamente; estos activos é inteligentes corredores van casi siempre en coche; y una corona de marqués, y aún de duque, adornan las portezuelas de

muchos de ellos. No creais, sin embargo, que la humanidad al repartirles estos premios premia á sus personas; á quien premia es á sí misma. La grandeza, con que cubre á sus explotadores, es un voluntario homenaje que presta á la explotacion y al explotado; las honras que reparte no la humillan, porque son un testimonio de lo que valen sus debilidades y sus vicios, y el esplendor y el fausto de los emprendedores no le dan envidia, porque sus mismas manos le han labrado, y ya sabe, por tanto, lo que tiene dentro.

* * *

A todo emprendedor, por la sola circunstancia de su existencia, se le declara de utilidad pública, y se le concede el derecho de expropiacion forzosa, sobre cuantos á su alrededor, tienen la osadía de entorpecer sus planes.

No basta, pues, para vivir tranquilo en estos tiempos, estar en pacífica posesion de una profesion, de un capital ó de una industria; es preciso, además, poseer un *plan*, una *idea* por lo ménos, un *secreto*, que tengan por objeto hacer feliz á la sociedad, aunque esta se empeñe en no serlo; y hay que resignarse á explotar las cosas de los demás, para que a uno le permitan el privilegio exclusivo de explotar las suyas.

De lo contrario, el labrador verá invadido su campo por el emprendedor minero.

La propiedad urbana tendrá que alinearse y estrecharse contra las paredes, para hacer paso al emprendedor de ensanches.

El banquero se embrollará en sus combinaciones, si no pacta y transige con el emprendedor de operaciones de crédito.

El artista mismo, no venderá sus obras, si no se *arregla* con el emprendedor de publicidad y de fama.

Y todos, á la fuerza, habremos de tolerar que nos hagan felices, en la imposibilidad en que estamos de ser desgraciados, ó venturosos á nuestra cuenta y riesgo.

Solo el que posea, no solo un caudal, sino una conciencia de verdadero magnate, (personaje puramente ideal en estos tiempos), puede dar al emprendedor que le pregunte, —«Qué hace con su dinero no haciendo negocios» esta sencilla respuesta:

—«Yo empleo mi dinero en no hacerlos.»

*
*
*

Indudablemente, los emprendedores son hoy los reyes del trabajo; porque son los dueños de las ideas, y hemos convenido en que la *idea*, es la soberana de esta sociedad materialista.

Un emprendedor se despierta un día, preocupado con el desnivel que ha descubierto entre sus necesidades... y su bolsillo, y acto continuo se dedica á buscar un problema social ó económico, con cuya resolución inmediata, salve á la sociedad del peligro inminente que la amenaza..... de contar en su seno un emprendedor arruinado.

Las necesidades sociales más recónditas, las llagas económicas más disimuladas, aparecen claras,

visibles y amenazadoras, á los ojos de lince de un emprendedor en ayunas.

Dos pueblos que no se conocen ni de vista, necesitan á toda costa darse las buenas tardes todos los dias, y es urgente establecer entre ellos un cable submarino.

Una provincia sin excedente de productos, sin industria y sin comercio, no puede por más tiempo permanecer aislada, y hay que cruzarla con un ferrocarril.

Un país en que sus naturales se devoran unos á otros y las enfermedades endémicas concluyen con los que quedan de sobremesa, por interés de la civilizacion y del comercio, hay que colonizarlo á la europea.

O hay que establecer una escuela de emigracion en una comarca de Europa, donde recientemente acaba de descubrirse que la gente emigra, precisamente porque hay poca gente, y faltan brazos para la agricultura, porque las tierras han perdido el *humus*, ó el fosfato, ó la potasa.

O es urgente restituir la potasa y el fosfato á las tierras tísicas, que precisamente dentro de doscientos cuarenta y tres años y siete meses y medio, no producirán más que cardos en la Europa meridional y alcachofas silvestres en las regiones del Norte y Occidente.

El emprendedor, con cualquiera de estas ideas, ya no se muere de hambre, y una sola le basta para llenar con su nombre las columnas de todos los periódicos.

En cuanto á cambiar su celebridad en onzas de oro, el hombre moderno entiende este trabajo, como

en los siglos bárbaros se entendía, el de cambiar por inmortalidad y por fama unos cuantos puñados de oro.

Entre tanto, la humanidad trabajadora, como el sastre loco, que con la pieza de paño en el brazo, esperaba para cortarla que llegara la última moda, presa de una actividad científica, febril é impaciente, descuida el trabajo manual para dedicarse al trabajo especulativo.

Los obreros se declaran en huelga, así que ven llegar las máquinas.

Los propietarios se reúnen en sociedad, bajo la dirección y el consejo de un emprendedor, y mientras se funda y prospera la fábrica de abonos minerales, sus tierras se esquilman faltas de estiércol y devoradas por la sequía.

Un magnífico ferro-carril cruza de parte á parte una rica comarca, pasando por encima de veredas intransitables y caminos destruidos, que los capitales han abandonado por cubrir las acciones del camino de hierro, á cuyas estaciones llegan en invierno, poco ménos que á nado, y en verano poco más que en burro.

Se abre un canal de navegacion por medio de una provincia, cuyas cosechas se pierden nueve veces cada diez años por falta de agua.

O en un país en que sobran tierras y falta poblacion, se descuajan todos los montes, se roturan todos los prados, y se desecan todas las lagunas para convertirlas en tierras laborables.

Pero no hay remedio; el siglo es de progreso, y no hay otro progreso que el progreso de los emprendedores.

Seria exigir de ellos muchos más deberes que los que su *providencial* mision les impone, pedirles que no emprendieran nada en unos cuantos años, hasta ver si el mundo podia pasarse sin ellos.

Su respuesta seria como la del folletista charlatan, á quien reprendia el regente de Francia.

«Necesitamos existir.»

Y acaso no habria una sola vez que les replicara como el duque de Orleans:

«No lo juzgo enteramente necesario.»

IV.

Que es continuacion del precedente, y sirve al autor de pretexto para aventurarse á una tímida defensa, de la llamada holgazanería nacional.

Todos les conocemos, todos les murmuramos, y todos somos amigos suyos. ¿Por qué no?—¿A Vd. le han pedido alguna vez dinero?—No señor.—Ni á mí tampoco.—¿Entonces qué motivo tenemos para hablar mal de ellos?

Sobre este argumento, el más vulgar y al mismo tiempo el más usado de nuestra época, pueden escribirse infinitas comedias. En la vida real ha servido de base á muchos dramas.

Don Fulano es un pícaro.—Concedido; ¿pero le ha hecho á Vd. alguna picardía?—A mí, ninguna.—Entonces, ¿por qué no ha de seguir Vd. tratándole?—No; si yo no dejo por eso de darle la mano; pero sigo diciendo que es un pícaro.

Algunos, más lógicos, continúan tolerando, obsequiando y festejando á los pícaros; pero *à pesar de*

esto, les defienden. «No son tales pícaros; son personas desgraciadas ó extraviadas, ó calumniadas; ó tienen, á pesar de sus cosas, muy buen fondo; ó son, no obstante su mala vida, excelentes hombres de familia; ó valen mucho, aunque tienen sus extravíos; ó es preciso tomarlos tal como son, porque no hay otros.» Pero esta es una escepcion en la manera de juzgar á los pícaros. La generalidad les desprecia, y les abre los brazos; y si alguien, al ver la monstruosa contradiccion en que voluntariamente incurre, se atreve á presentársela ante la vista con los colores que le corresponden, la generalidad se encogerá de hombros, ó arrojará piedras al *hipócrita* que la sorprende.

De vez en cuando, lo que hasta entonces no habia pasado, sucede un dia. Un pícaro, hace... la cosa más natural del mundo para él, una picardia; entonces todos sus amigos se ponen de acuerdo, y unos y otros se comunican esta profunda reflexion: «Ya sabíamos que un dia ú otro tenia que hacer una gorda.» Y acto contínuo se marchan á comer á Fornos con otro pícaro que todavía no las ha hecho más que flacas.

Se ha hablado mucho de los vagos, y en mi entender no son tan temibles como suele pintárseles. Mientras un vago, no se dedique más que á no hacer nada, no me inspira cuidado alguno.

Lo que yo temo, como una verdadera plaga social, es la actividad de la vagancia, esa imperiosa necesidad de *hacer algo*, que asalta alguna vez al

que no hace nada; y creo que si la policía se ocupase de perseguirlos, debe aprovechar los momentos en que trabajan, y dejarlos tranquilos cuando se limiten á pasearse.

Pero ¿qué es un vago? Es aquel miserable, sucio y roto, que, envuelto en sus mal cosidos andrajos, pasea su miseria por la Puerta del Sol y la Carrera de San Jerónimo; el que sin fortuna y sin amigos arrastra penosamente una existencia misteriosa; el que vive á la luz del día sin que nadie pueda decir de qué vive; el que ninguno acusará como criminal ni garantizará como honrado; el que nadie sabe cómo se llama; el que todo el mundo conoce. ¿Y nadie más? ¿Y aquel otro que en lugar de pasear á pié, pasea en coche, y saluda afectuosamente á todo el mundo, y va vestido con minuciosa elegancia, y se detiene á comer pasteles un momento, y dedica otro á comprar corbatas, y consagra un cuarto de hora á hacer un pedido de perfumería inglesa, no será también un vago?

—No puedo decirle á Vd., caballero; lo que yo sé es que es una persona *muy conocida*.

—¿Pero Vd. le conoce?

—Yo no, pero le conoce *todo el mundo*.

—¿Me podrá Vd. decir cómo se llama?

—Sí, señor; si no hay nadie más conocido en Madrid; se llama Valeriano Lopez.

—Muchas gracias; voy á informarme más detenidamente de un amigo mio, de quien acaba de separarse en este momento con grandes muestras de intimidad y afecto.

—Te he visto hablar con Valeriano Lopez, y tenia que preguntarte.....

—Luego me preguntarás lo que quieras, pero ante todo, puesto que parece que le conoces, dime quién es ese Valeriano Lopez, que sin saber cómo se ha hecho amigo mio.

—¡Ah! ¿Pero tú no sabes quién es?

—Hasta ahora que tú me lo has dicho, ni sabia cómo se llamaba.

—Pues parece que es un hombre muy conocido.

—¡Vamos, respiro!

—Sí, hombre, no hay nadie más de sobra en Madrid.

—Pues me has quitado un peso de encima.

—Celebro que á tan poca costa.....

—Sí, porque ahora, con esta facilidad de relaciones, se lleva uno cada chasco..... pero puesto que me aseguras que es una persona conocida.

—¿Qué?

—Nada, que ya puedo presentarle en casa de la marquesa de Campo-Agarra.

—Pero el hecho es que hablábais como antiguos amigos.

—Sí, ya ves, entre muchachos.....

—De algo le conocerías.

—Hombre, le conozco de verle en todas partes, y luego de que estamos juntos abonados á los toros, y de la cervecería, y de..... pero una cosa es conocer á un hombre, y otra saber que es un hombre conocido.

A los cuatro dias de estas conversaciones callejeras, Valeriano Lopez tiene ya una clasificacion social.

—¿Quién es ese muchacho? puede preguntarse á cualquier madrileño.

—¿No le conoce Vd.? Valeriano Lopez.

—¡Ah! ¿Un comerciante de ultramarinos que tiene su tienda en la calle de las Tres Cruces?

—No, hombre, no; Valeriano Lopez, uno que *va mucho* á casa de la Campo-Agarra.

Andando el tiempo, *La Correspondencia* anuncia que «su querido amigo D. Valeriano Lopez, ha salido para sus posesiones de Andalucía.»

La marquesa sale entonces de dudas acerca de la posicion social de su contertulio, y el lunes siguiente, á su vuelta de Andalucía, se le presenta á un ministro en estos términos: «D. Valeriano Lopez, propietario muy influyente en Andalucía.»

A la primera crisis, el contertulio de la marquesa es nombrado gobernador civil; en otra ocurrida á los ocho meses, se le declara cesante; vuelve á Madrid y pone coche.

—¡Hombre, qué pronto ha hecho fortuna Valeriano Lopez!—dirá algun malicioso.—Antes nadie le conocia fortuna ni relaciones, y ahora va por ahí desempedrando calles.

—Perdone Vd., —le replicará el hombre enterado é imparcial, que no falta nunca en los corrillos madrileños.—Valeriano Lopez es un hombre muy conocido y que frecuenta los mejores círculos. *Yo sé que tiene una magnífica posesion en Andalucía, y ahora acaba de hacer dimision del gobierno de X.* Usted comprende que un hombre que tira por la ventana cincuenta mil reales de sueldo, bien puede andar en coche por Madrid.

Ante reflexion tan profunda, yo, que ni de mis dos amigos ni de la marquesa de Campo-Agarra, ni de *La Correspondencia*, ni del hombre enterado, he

podido nunca averiguar de qué vive Valeriano Lopez, quién fué su padre, en qué emplea las horas que no dedica á pasearse, por qué méritos y servicios le han hecho gobernador civil, ni cómo un cesante puede tener coche, no tengo más remedio que confesar que es una persona conocida, y que por lo tanto no tengo derecho á creer que es un vago.

Los vagos, en su mayor parte, solo esperan una ocasion oportuna para *hacer algo*.

Este algo, no representa la suma de penalidades, de fatigas y de verdadero trabajo, que el hombre activo y trabajador, tiene que ir sembrando lentamente en el mundo, para conseguir una modesta cosecha de bienestar tranquilo, y de reputacion honrada, sino el total ya adicionado y completo, de todos los goces secundarios, y todas las acciones fáciles, que es indispensable ejecutar, para adquirir con la mayor rapidez posible, la mayor suma de goces materiales y de notoriedad brillante.

El tráfico comercial, el ejercicio de las letras ó de las artes, la profesion de las armas, las tareas políticas, son igualmente caminos buenos para el vago, con tal de que brevemente le conduzcan al término de sus aspiraciones: ser rico y ser célebre.

Decidle que para conseguirlo hay que adular á un poderoso, ó á un pueblo, ó á un vicio, ó que es preciso vivir entre peligros y sobresaltos, ó que es imprescindible fingir alguna pasion noble y para él desconocida; él no ha de regatearos el precio, con tal que le asegureis el resultado.

Y habeis de verle trabajar, y moverse y bullir, con actividad desusada; á los más pacientes y laboriosos les ganará á media carrera; pasará por encima de todos los escollos, riéndose de los que se detienen á considerarlos, y en línea recta, salvando los baches del camino, con la seguridad del caminante que no se cuida del barro que pueda ensuciar sus vestiduras, llegará á su término roto y enlodado, pero irremisiblemente triunfante.

A cualquier posicion que el vago aspire, y ya hemos dicho que no manifiesta preferencia exclusiva por ninguna, llegará descansadamente sin aprendizajes trabajosos. El camino del ágio ó de la intriga le andará en coche; la mano que tienda para pedir, será una mano elegantemente enguantada; los hombres que encoja cuando alguno le eche en cara su miseria, estarán cubiertos del paño más fino, y la boca, que nunca abre sino para mentir y adular, solo paladeará los manjares más selectos, y los vinos más espirituosos.

Como ninguna profesion es exclusivamente la suya, poco le importa deshonrarlas á todas. Pasa por ellas con indiferencia desdeñosa, saciando su voraz apetito en los frutos más sabrosos, sin cuidarse de la vida del árbol que no ha de volver ya á darle sombra. En la Milicia será conspirador, en el comercio agiotista, en las artes parásito, y en la política intrigante; así su carrera, por lo rápida, parecerá brillante, y el éxito le hará famoso.

Cien hombres honrados y trabajadores, haciéndole competencia en su carrera, solo conseguirán rendirse en vano y confesar vencidos su impotencia. El vago, en esta sociedad atareada y poco escrupu-

losa, lleva una ventaja considerable á todos sus conciudadanos. La de ser igualmente apto, para todo género de profesiones.

Es imposible luchar, con una actividad virgen que á todo se aplica, que todo lo explota, y que de todo entiende lo bastante para sacar provecho de todo.

Lo repetimos: contra esta invasion de los vagos, no hay más remedio que la Guardia civil; pero una Guardia civil que envíe por tránsitos de justicia á Filipinas, al primer vago que sorprenda en flagrante delito de hacer alguna cosa.

Mientras esta hipotética institucion no comprenda así sus deberes, nadie tiene derecho á escandalizarse, porque en España haya tanta gente honrada, que se esté mano sobre mano.

Si los españoles son holgazanes, no es tanta su culpa; los vagos han establecido respecto del trabajo una competencia insostenible.

Uno, á quien mi constancia en no responderle no ha logrado vencer la suya en hablarme, me dijo un día:

—Pero hombre, ¿que se ha de pasar Vd. así la vida sin hacer nada!

—¿Qué quiere Vd.? Estoy esperando á que deje usted de trabajar,—le respondí maquinalmente.

**La modesta blusa del obrero
y el tranquilo mostrador del comerciante.**

La revolución ha matado en España la aristocracia por un procedimiento tan singular, que alguno pudiera todavía creer que la aristocracia no había muerto. Su fórmula ha sido muy sencilla: ennoblecer á todo el mundo.

No me refiero á ese incompleto é individual ennoblecimiento, que consiste en repartir unos cuantos cientos de marquesados, y otros tantos miles de encomiendas y de grandes cruces, como se reparten los entremeses en una comida bien servida, para que se abra el apetito de los convidados. La revolución, reina del mundo, ha concedido una carta de hidalguía mucho más amplia, comprendiendo en ella, como los antiguos conquistadores, comarcas enteras, á quienes su fidelidad había hecho acreedoras á este privilegio.

Hoy es muy difícil señalar con el dedo á un *pe-*

chero de la revolucion; hay pocos hombres sin ejecutoria, y las pruebas de limpieza de sangre revolucionaria, son empresa facilísima para los heraldos y reyes de armas de S. M. descamisada.

El celo paternal de nuestra augusta soberana ha apreciado tambien para los efectos de su munificencia, la circunstancia de que sus vasallos no todos proceden de solar conocido, y dispensándoles de esta formalidad anticuada, ha ennoblecido profesiones y empresas, ideas y oficios, en los que basta tomar carta de naturaleza, para ser tenido y considerado como hidalgo.

Hay la noble profesion de las armas, y el noble ejercicio de la abogacía.

La noble mision del notariado, y el noble sacerdocio de la prensa.

La noble carrera de las letras.

Los nobles trabajos de la ciencia.

La noble ocupacion de la caza.

Las nobles tareas de la política.

El noble tráfico del comerciante.

Los nobles adelantos de la industria.

Y el noble sudor del obrero.

Todos somos nobles. Basta para serlo hacernos vasallos de la revolucion.

En esa nobleza, como en todas, se observan distintas denominaciones; pero á diferencia de la antigua aristocracia, la revolucionaria no tiene gerarquías; así pueden decir de sí mismos los nobles de la revolucion que todos son iguales. Pero entendámonos; esa igualdad, solo quiere decir que todos tienen derecho á igual respetode los que no son revolucionarios.

Cualquiera de estos nobles recientes, tiene por lo menos tanto orgullo, como debian tener los antiguos nobles, hoy feudatarios y casi siervos de la aristocracia revolucionaria, orgullo no exento de envidia hácia lo mismo que desdeña, cubierto á veces con capa de hipócrita modestia y fingida despreocupacion, que más que disimula, realza y enaltece aquella pasion devoradora.

Las profesiones y las industrias mal contentas con su hidalguía vitalicia, esperan impacientes una declaracion legal que las ennoblezca *ad perpetuam*; más todavía, un artículo de las Constituciones futuras, en que se las consignent derechos políticos superiores á cualquiera otra clase del Estado.

La democracia seria una palabra sin sentido y una conquista bien estéril, si no significara, no solo la igualdad, sino la superioridad ante la ley.

En este sentido, «la modesta blusa del obrero» no es, como á primera vista parece, una designacion humilde de una clase social sin pretensiones; sino una divisa, una empresa, que dice al que atentamente la lee: «Reconocedme la supremacía que he conquistado, reconocedme el hecho consumado y ya inviolable de mi conquista. No me satisface la emancipacion que á regañadientes me habeis concedido; quiero que digais que esa emancipacion me la he ganado, y que nunca, haga lo que haga, os atreveréis á retirármela. Quiero que mi blusa, manchada con el polvo de los talleres y con el barro del arroyo, que me sirvió de cuna, pase por vuestras suntuosas calles rozándose con vuestras levitas elegantes. Pero no os equivoqueis atribuyendo á la sencilla dignidad de la pobreza, la altivez de mi

continente cuando me codeo con vosotros. No estoy contento ni con ella ni con mi blusa; me habeis dicho que estoy en la tierra solo para gozar, y gozaria más, bien vestido; pero me habeis dicho tambien que soy poderoso, y quiero que ese poder me sirva para algo. Quiero humillaros y despreciaros, ya que no puedo gozar tanto como vosotros.

»No creais que vuestra enseñanza ha sido estéril; conozco la muchedumbre inmensa de mis derechos, y el exiguo catálogo de mis obligaciones.

»Sé que mi libertad, hasta para el mal es ilimitada.

»Sé que la tradicion divina y la histórica, ha sido una invencion de los Sacerdotes y de los Reyes, para prolongar su dominacion sobre los hombres.

»Sé que el único derecho sobre que se fundan los Estados, es la voluntad nacional, que tiene por única voz mi sufragio.

»Sé que soy soberano, y legislador, y administrador del sumo imperio, que solo por condescendencia delego en vosotros.

»Y quiero que sepais que esta modesta blusa que cubre mi corazon magnánimo, solo me contenta y complace, en cuanto comparada con vuestras elegantes vestiduras, realza á mis ojos la superioridad en que respecto de ellas me coloca.»

Esta es la moderna significacion de esa frase, sencilla al parecer, llena en el fondo de misterioso y trascendental sentido.

Ese artesano, á quien la revolucion ha hecho obrero, dotándole de todos los derechos civiles y políticos, ménos del derecho de ser feliz, aprovechará la primera ocasion de arrojar á la calle su

blusa; pero entre tanto que completa su regeneracion en vuestros guarda-ropas, quiere que le concedais en el convite un sitio de preferencia; y como empieza á sospechar, que pensais relegarle para siempre á la oscuridad de la segunda mesa, empieza á odiaros cordialmente, y ¡ay de vuestros fracs el dia que las blusas se expliquen!

Entre tanto, se satisfacen como pueden con su giron de conquista, murmurando un poco de la desigualdad del reparto, firmando paces cuando son vencidos, y apercibiéndose para el combate en la aparente tranquilidad de sus forzadas treguas.

Únicos que en la actual desorganizacion de la sociedad, tienen intereses y vínculos *de clase* que á todos son comunes; los obreros son más inteligentes que sus patronos, y no dividen la soberanía de su muchedumbre con vanas agrupaciones políticas.

Se ha acabado el artesano progresista; hoy los obreros no pasan la vida gritando ¡mueran los frailes y viva el duque! Los frailes continúan pareciéndoles mal, pero el duque tampoco les parece bien. Es una desgracia que el progreso haya concluido con el obrero progresista; pero hay que resignarse, ese ejemplar ha muerto.

De toda la filosofia con que por espacio de treinta años se ha estado alimentando la inteligencia de la clase obrera, los obreros no han aprendido bien, más que la lógica.

* * *

La lógica les llama con persuasiva voz á ocupar un puesto en otra gerarquía social, que como la mo-

desta blusa, forma tambien parte de la aristocracia revolucionaria.

Esta gerarquía tiene por ejercicio «el noble tráfico del comercio,» y por blason el tranquilo mostrador del comerciante.

La blusa no era más que el manto del monarca; el mostrador es el altar del sacerdote.

Ved si no, la solemnidad augusta, el continente digno y *respectable* del mercader moderno. Como el obrero, el comerciante «no está contento con su mision» (hoy todo el mundo tiene una mision que no le satisface por completo), comprende que él ha nacido para algo más que para recibir á los fieles en el interior de su templo, pero quiere al mismo tiempo que sus parroquianos comprendan, que ellos y no él, son los favorecidos en las solemnidades del culto.

Todos sus ademanes, todas sus palabras, todos sus actos llevan el sello de una predestinacion majestuosa.

Nunca habla personalmente, ni mezcla su individuo, (para mayores cosas nacido) con los mil detalles de su comercio.

«*La casa* no acostumbra á dar muestras.»

«*No hemos* encargado ese artículo porque ya no es de moda.»

«El establecimiento acaba de encargar nuevas telas.»

«Nuestros viajantes nos mandan lo mejor.»

«Estamos en relaciones con las fábricas más acreditadas.»

«Haga Vd. lo que quiera, pero nosotros la recomendamos este género.»

Estas son sus fórmulas; en cuanto á las de cortesía, una de dos, ó da la mano á los parroquianos, ó no les da los buenos dias. Es claro, en todo caso, ellos son los que tienen que saludarle, puesto que son los que reciben un favor al acercarse á su altar de caoba.

La tienda humilde, cariñosa y servicial, va poco á poco desapareciendo, sustituida por el establecimiento, que empieza á parecerse á una oficina. —

El comerciante se ha convertido ya en una especie de ministro, que solo da audiencia á los recomendados, y los horteras, transformados en funcionarios, son los que se entienden con el público.

Estos funcionarios tiene cada uno su seccion, y desarrolla en ella una insolencia particular; insolencia grave y triste como el siglo, que el parroquiano á veces no comprende, porque va envuelta en una frase culta, dicha con entonacion protectora, tal como:

—«¡Qué quiere Vd., amiguito; esa es la costumbre de la casa!»

—O «no comprendo cómo Vd., señora, que parece persona de gusto, no encuentra esta tela de buen tono.»

—O «¿le parece á Vd. caro este artículo? Pues le he sacado á Vd. de los más baratos. Aún los tenemos de más precio.»

Al entrar en uno de esos templos de muselina y *moiré-antique*, es preciso conocer la topografía del lugar, y esplicarse en el lenguaje sagrado. El que, inesperto y sencillo, se dirige al dueño del establecimiento, que, con gorra escocesa en la cabeza, habano en la boca y las manos en los bolsillos, se pa-

sea majestuoso por sus dominios, merece la altiva sonrisa con que el director de la oficina le mide de los piés á la cabeza, el ademan soberbio con que le señala con el dedo, sin moverse de su sitio, un rincón de la tienda, donde parece que debia haberse limitado á llegar, y el tono breve y conciso (aunque indulgente) con que llégan á su oído estas palabras:

—«Pase Vd. á la seccion de corbatas.»

Allí ya tiene licencia el parroquiano para espli-carse; pero ¡ay de él, si no ha tenido la precaucion de prepararse para la compra, estudiando antes el idioma de *la casa*; es casi peor que si se le hubiera olvidado el porta-monedas!

—Sáqueme Vd. corbatas,—dirá creyendo que ya lo ha dicho todo.

—¿De qué clase?—preguntará el oficial de secretaria, pasándose la mano por su rizosa cabellera, y apartándola de su frente con un movimiento gallardo.

—Pues de las que se usen,—replicará el comprador avergonzado de su ignorancia.

—¿Las quiere Vd. *negligés* ó de vestir, de nudo ó sin nudo?

—Con nudo... con nudo,—balbuceará el parroquiano, haciéndosele ya un idem la lengua.

—¿Querrá Vd. milores?

—No señor; ya le he dicho á Vd. que lo que quiero son corbatas.

—Permita Vd., amigo mio; le he comprendido á usted perfectamente. (Aquí el jefe de negociado retirará la mano de la cabellera y la colocará, sujetándola con el pulgar, en el intersticio superior iz-

quierdo de su chaleco de fantasía);—pero tenemos *varias* clases de nudos; hay Milores, Príncipe Alfredo, Flor de lis, Cádiz, Granada, *fashion* y *kige-life*; y mientras Vd. no sepa lo que quiere, como usted comprenderá, yo no puedo vendérselo. En fin, le sacaré á Vd. algo á ver si *se fija*.

El funcionario se dirigirá pausadamente á los estantes; y bajando dos enormes cajas de carton, que depositará en el tablero del mostrador, sin abrirlas, y mirando á la seccion de al lado, donde acaba de llegar una modista, á quien saluda familiarmente, preguntará todavía al inexperto parroquiano:—¿Las quiere Vd. *en glasé* ó *en faye*?

—Hombre, la quiero de seda.

El oficial de secretaría se sonreirá maliciosamente, y abriendo por fin las cajas:

—Vamos, Vd. lo que desea es esto,—dirá al comprador.

Este, que ya lo único que desea es marcharse, dirá que sí; tomará su corbata é irá á pagarla; pero aún no ha concluido; el jefe de seccion, al ver que se echa la mano al bolsillo, le parará la accion con un gesto imperioso; y escribiendo con febriles caracteres un guarismo, que tanto puede representar siete como once, en una hoja de su libro talonario, se despedirá del comprador de corbatas poniéndole el papel en la mano, y gritándole al oido:—Con esto vaya Vd. á la caja.

Se dirigirá el parroquiano á la caja, y si allí todavía se obstina en hablar castellano, diciendo que viene á pagar una corbata, el director del Tesoro que allí gobierna y reina, sentado en una especie de púlpito, se indignará de tanta ignorancia, y sin ha-

cerle caso, se dirigirá á otro comprador que espera humildemente turno para que le permita pagar. Por fin, si un mozo del establecimiento se apiada de él, y presenta en la caja el talon, y el director del Tesoro, despues de traducirle, le apunta en su registro, y dice: «once pesetas,» y el comprador le alarga por la rejilla cinco duros en oro, y recoge su vuelta y sale á la calle sin contarla, y cuando la cuenta, no tropieza más que con una peseta falsa, puede decir que no ha salido mal librado en su atrevida expedicion al país misterioso del comercio de fantasía.

*
*
*

Hay algunos establecimientos fabriles en que el ritual es todavía más severo, y que exigen para encargar alguna obra el requisito de un espediente en forma.

Uno de ellos, á quien una vez recurrí, cortó todas mis esplicaciones, entregándome por mano de su secretario particular, la minuta impresa que me tomo la libertad de copiar á continuacion:

«Señores directores de la compañía general de Tales y cuales cosas.

Muy señores míos: D....., que vive calle de....., número....., cuarto....., necesita que los operarios de su compañía pasen á su casa á ejecutar las siguientes obras.

(Aquí debia yo expresar bajo mi responsabilidad las obras que necesitaba.)

Con este motivo me ofrezco de Vd. seguro servidor Q. B. S. M.

(FIRMA DEL INTERESADO.)

El secretario de la compañía me manifestó con mucha amabilidad, eso sí, que la empresa no ejecutaba ninguna obra sino en virtud de petición en forma; y que si yo quería que mi chimenea funcionara, y mis mecheros de gas anduvieran corrientes, no tenía más remedio que llamar muy señores míos á los directores de la compañía, y besar sus manos ofreciéndoles mis servicios.

No desconfío, pues, de ver llegar un día en que sea preciso frac y corbata blanca, para comprar pastelillos, y en que haya que dirigir una solicitud en papel de ilustres, al fabricante que nos surta de calcetines.

Entre tanto, el mostrador continúa siendo tranquilo y modesto..... en los periódicos y en los discursos de los diputados conservadores, y en los manifiestos electorales de los candidatos progresistas; y con efecto, nada más tranquilo que el mercader moderno, cuando ya es caballero ó comendador de Carlos III, y ha sido dos veces concejal ó teniente de alcalde de su distrito.

Su tranquilidad es tan perfecta, que juzga que el mundo entero está á sus plantas prosternado, suplicándole que le concluya una docena de camisas y que reciba pronto el surtido de entretiempo.

Si encontrase á mano un artista en pintura, se haría retratar por él en esta actitud majestuosa.

VI.

Una posicion independiente.

REFLEXIONES DE UN PADRE DE FAMILIA.

«Si yo pudiera apartar á mis hijos de los azares de la política, y ponerlos al abrigo de la necesidad dándoles una carrera, ó una profesion independiente que les diera de comer, sin recurrir al triste hospicio de una oficina! Yo que he criticado tanto la sopa de los conventos, no quiero que mis hijos dependan de esa institucion, que no sé si con desventaja ha sustituido á la antigua.»

«Ahí está mi vecino D. Buenaventura, médico de los de nota, miembro del Consejo de Sanidad del Reino, gran cruz de Isabel la Católica y académico de la Historia y de la Lengua. No solo él, sino su mujer y sus hijas, van en coche; una de ellas acaba de casarse con un título, tiene una casa en Madrid y una posesion en Aranjuez, y debe ser muy rico, porque ya no hace visitas más que de á dos duros. ¡Eso

es lo que se llama un hombre independiente! Lo que él dice; yo en mi profesion soy ya tanto como el primero; no tengo ambicion, y con tal que me arreglen una cesantía de Ultramar como médico de la Armada..... (Porque él estuvo en Filipinas siete meses y medio nada más, pues en seguida empezó á padecer del hígado), y lo conseguirá; con un poco de favor y sus relaciones, lo que él dice; no es porque á mí me haga falta para comer, á Dios gracias, pero ese piquillo de la cesantía me venia muy bien para el coche.»

«Por lo demás, D. Buenaventura es el hombre más independiente de la tierra. Hace sus visitas, y tambien sus negocios como cada hijo de vecino, y como está relacionado con lo mejor de Madrid, á él no le engaña nadie, porque siempre está al tanto de todo lo que ocurre.»

«Así se puede vivir en este país, y no como otros que siempre tenemos que estar pidiendo favores á todo el mundo. Él no, porque los expedientes de sus minas se resuelven sin más que ver su nombre en la carpeta, y como tiene un distrito natural por donde *viene* siempre que se le antoja, sin más que votar siempre con el Gobierno, sostiene á su hijo en la fiscalía de la Deuda, y hace lo que quiere en el Consejo de Instrucción pública donde ha colocado á su yerno. Luego, como tiene en el Colegio de San Carlos, de profesor, á un sobrino suyo, y es rector de la Universidad su cuñado, no hay padre que no tenga que pedirle favores para la matrícula y los exámenes de sus hijos.»

«¡Si yo pudiera colocar á los míos en una posición tan independiente y tan buena! ¡Pero amigo! no to-

dos tienen la suerte que mi vecino D. Buenaventura Ojo de Cubero.»

«Yo le conocí en casa de mi padre el año treinta y siete, y fueron juntos milicianos de caballería. Luego le abonaron los años de movilizado por los de carrera, y se hizo médico. ¡Montaba tan bien á caballo!»

«Entonces fué cuando él se dió á conocer; hablaba divinamente, y en las Córtes hizo muy buen papel; de manera que le nombraron catedrático de medicina. En esto viene lo del 43, y tiene la suerte de que se esconde en su casa uno de los generales comprometidos en aquello de Diego de Leon, y para colmo de su fortuna, cae enfermo. Mi hombre le asiste y le cura; porque, á pesar de todo, no es mal médico, eso no; y cuando cae Espartero, ¡amigo! Y lo que él dice: «Otro entonces se engríe, y tira la profesion por la ventana; pero comprendí que entonces, podia constituirme una posicion independiente.»

«Desde aquella fecha, ha ido subiendo como la espuma; se hizo médico de la grandeza, y luego íntimo de todos los personajes de la época; comensal de Narvaez, y más tarde tertulio de O'Donnell; ha hecho siempre lo que ha querido, y todo el mundo le ha buscado; pero él mismo me quitó el otro dia de la cabeza que dedicara á mi hijo mayor á la medicina. Me dijo que la profesion era, en sus tiempos, excelente; pero que ahora eran infinitos los que querian hacer carrera como él la habia hecho, y que era ya cosa perdida. Además, me contó que reinaba tal abuso en materia de honorarios, que daba asco ver las cuentas de compañeros suyos, más jóvenes

y de ménos fama. De una, me aseguró que, entre otras partidas, tenia una de 4,000 reales por aplicar unas sanguijuelas. A él se la presentaron en un pleito que siguió la familia del difunto, (porque se murió el de las sanguijuelas), y no quiso en la Academia de Medicina informar en contra, porque se trataba de un compañero (por cierto, sobrino del ministro de Gracia y Justicia); pero se quedó escandalizado.» «Así es que he desistido de hacer médico á mi chiquitin, y voy á dedicarle á la abogacía.»

«De esto ya entiendo yo algo, porque podia haber sido un gran abogado si hubiese seguido como cuando empecé mi carrera el año cuarenta y ocho. Ya se ve, tenia yo entonces unas ilusiones y un fuego patriótico..... que se me figuraba que era mio el mundo; pero nada, la maldita política me hizo descuidar la profesion, me desterraron á Filipinas, y cuando volví el año cincuenta y cuatro me tuve que contentar con un mal juzgado de término. Despues, entre cesantías y colocaciones, he querido volver á la profesion. ¡Que si quieres! Ya estaban ocupados todos los bancos; en cada pronunciamiento, en cada revolucion, han venido de provincias una nube de notabilidades, y ni para pagar la contribucion me daba el bufete.»

«Con que me dí de baja, y gracias que con mis relaciones he podido hacer valer mis servicios, y me voy sosteniendo hasta ahora en una Audiencia de provincia. ¡Magistrado á secas, á los cuarenta y ocho años y con cinco hijos: bonita carrera! En fin, ¡cómo ha de ser! No todos han de llegar á ministros del Supremo, como mi primo Gritallés, que ha sabido trampear la política de tal manera, que, siendo más

moderno que yo en la carrera, la ha hecho redonda; ni tampoco vamos á empeñarnos todos en ser á los treinta y siete años jefes superiores de administracion civil, como Anguilez, ó consejeros de Estado, como Ruiz de la Garta.»

«Además, que ya digo; esas posiciones sociales, tan eminentes si se quiere, pero al mismo tiempo tan precarias é inseguras, no las deseo para mis hijos. Porque no hay que darle vueltas: todo eso seria muy bonito si fuese duradero y estable; lo que á mí me satisface por completo es una carrera que nada tenga que rozarse con la política, y que llegue á constituir una posicion brillante é independiente; que dé honra y provecho, en una palabra. Tiempo hay luego para pedir á la política lo que esta tiene de agradable: los honores, que son el complemento de la fortuna; la influencia personal, que es el mejor medio de acrecentarla; las relaciones, que abren las puertas del gran mundo; la notoriedad, que mantenida siempre consolida nuestra importancia. ¡Ay! Si yo hubiera visto tan claras las cosas como las veo ahora, y como las vió siempre mi compañero García Hormiguez!»

«¡Ese sí que ha hecho una bonita carrera! Posicion, caudal, influencia, respetabilidad y relaciones, nada le falta. Empezó á ejercer cuando yo empezaba, y en veinte años se ha hecho el primer abogado de Madrid.»

«Él tomó la política como yo debia haberla tomado, á beneficio de inventario, y así le ha ido con ella. Pero ¡ya se vé! uno, á los veinticuatro años es un tonto, lleno de buena fé y de ilusiones, y no comprende que haya más camino que el camino dere-

cho. ¡Toma! cuando yo entonces le ví hacer aquel cuarto de conversion, regañé con él y todo. ¡Qué tontería! y él.... nada; al principio se quedó algo sério conmigo; parecia que no me lo iba á perdonar nunca, porque en medio de todo, tiene tanto orgullo como el primero; pero nada, despues, siempre que he tenido algun negocio suyo, me ha escrito siempre tan amable.... como si tal cosa, recordándome nuestra antigua amistad, y nuestras generosas ilusiones de los primeros años.» «Porque él no se avergüenza nunca de haber sido progresista rabioso, aunque ahora, como es natural, es conservador muy templado. Naturalmente. ¿Por qué ha de avergonzarse? Si la jugada le hubiera salido tan mal como á mí, acaso tuviera razon para hacerlo.»

«No he conocido á nadie, eso es otra cosa, con más condiciones para hacer papel en el mundo. En primer lugar, tiene una fé extraordinaria.... en sí mismo, y esta es una virtud de primer orden. Sus opiniones, su importancia, sus negocios le apasionan, porque son suyos; no hay cosa alguna, aun la más insignificante, que no la juzgue con un criterio enteramente personal; y sin pasion ninguna, parece apasionado con solo mirar todas las cuestiones que de cerca ó de lejos le interesan, con la solicitud paciente, con el celo acompasado y constante, con que un propietario mira sus cosas.»

«¡Gran abogado! Para él, en cualquier cuestion hay negocio, y en cualquier negocio hay cuestion. Lo que el cliente no alcanza, él lo adivina; cuando la razon no está de su parte, siempre tiene medios de empezar de nuevo otro pleito, y se han visto casos de entrar en su despacho un litigante conven-

cido de que debía procurarse una transacción, y salir dejando encargado al procurador que acusara al contrario una rebeldía. ¡Y luego infatigable! Cuando la compañía del ferro-carril del Sudoeste le dió orden de embrollar..... es decir, de oponerse de pronto á todas las cuentas de sus contratistas, sostuvo á la vez ochenta y siete pleitos ordinarios. ¡Y qué recursos los suyos! Entonces fué cuando tuvo la paciencia de dejar correr esos pleitos en primera y en segunda instancia, y cuando faltaban pocos dias para la vista, presentó un escrito diciendo que el ingeniero que habia contratado por la compañía, lo habia hecho con un poder falso, y que por tanto, todo lo contratado era nulo.»

«Esto se llama trabajar, y á mí no me extraña que quien así trabaja se haga pagar bien su trabajo. Un cliente suyo muy corrido, me decia un dia hablando de él: «Dicen que García Hormiguez es muy tirano en sus honorarios. ¡Qué demonio! No hay perro que sea bueno si no se le deja morder caza.» Así es que sus clientes, y sobre todo las sociedades de créditos de ferro-carriles, que necesitan un hombre que esté siempre sobre la brecha, serian capaces de ponerle en los altares. Luego tiene lo que vale más que nada en nuestra profesion, una influencia política que nunca se gasta, porque constantemente se renueva, una importancia personal que siempre se emplea, y que á fuerza de usarla se acrecienta, y luego, además de todo esto, es tan independiente!»

«Hay otros que son temibles en circunstancias dadas. García Hormiguez se hace temer siempre; esto vale mucho, y por lo tanto hay que pagarlo caro.

Los tribunales le escuchamos siempre como si informara delante de nosotros el mismo ministro de Gracia y Justicia; y yo no sé lo que hace, pero el hecho es, que si alguno se descuida en complacerle, resulta en seguida que no ha complacido al ministro. Y con ser tan poderoso nunca abusa. En muchos negocios, ni se toma el trabajo de prevenirnos; hacemos entonces lo que queremos, y jamás se enfada por eso; de manera que no hay que decir tampoco que nos tiene siempre cogidos por las narices. Los hay todavía más exigentes.»

«Todo el mundo le conoce y le aprecia; unos porque le temen, los más porque le necesitan. Dicen que es orgulloso y egoísta. ¿Cómo no ha de serlo? Además que en España, así que un hombre se eleva, la envidia le tira de los pies. García Hormiguez es orgulloso porque todo se lo debe á sí mismo; pero su orgullo no le impide conocer, que de bajos principios ha sabido levantarse á grande altura, ni aceptar un puesto de peligro cuando la pátria reclama sus servicios en un ministerio ó en la presidencia de un Tribunal Supremo. ¡Que se cree un grande hombre! Habia de ser un Santo para que fuera en España el único que no lo creyera. ¡Que es mudable y tornadizo en sus opiniones! Ya ha declarado diferentes veces, que él no es un hombre político en la estrecha significacion que suele aquí darse á esa palabra. Es decir, que él no pertenece á ningun partido; que tiene principios de gobierno, pero que no se considera ligado á ninguna bandera determinada; y que apoyará siempre á las situaciones que gobiernen dentro de ciertas tendencias que pueden ser comunes á todas. En una palabra, que

hará siempre la única política que puede hacer un hombre de su altura. Es decir, una política independiente.»

«¡Ay! ¡Quién pudiera serlo tanto como García Hormiguez! ¡Rey en sus negocios, rey en sus opiniones, rey en su casa! Este, este es el poder que hay que conquistar en España, y no el incierto y vano poder político, que una revolucion concedey un motin compromete. Este es el poder que yo ambiciono para mis hijos.»

«¡Si quisiera darme un poco la mano mi antiguo compañero! ¡Si quisiera ayudarme! Me parece poco probable. Si yo le escribiera me ofreceria para mi chico un puesto en su bufete; no es eso lo que yo quiero; lo que hace falta es un puesto en su confianza. No basta saber leyes: es preciso, además, adquirir práctica, es decir, *su única* práctica, y eso no se aprende. No es ciencia que la da el estudio, es inspiracion é instinto que con solo nacer no tienen todos.»

«Nada, no hay remedio; las posiciones independientes no son para todos; así que mis hijos tengan la edad necesaria, aprovecharé la primera ocasion de recomendarlos á Ojo de Cubero ó á Hormiguez, y malo ha de ser que entre estas dos personas independientes no puedan conseguirles un destino.»

para siempre la misma política que pueda hacer un
nombre de sucesora. La decaer, una política inde-
pendiente, una política que sea libre y libre.
¿Y? Quien pudiera serlo tanto como García
Hormigueras, hoy en una negociación, hoy en sus opi-
niones, hoy en su vida. Esta es el poder que
hay que conquistar en España, y no el interés. Y
vamos poder político, que una revolución conceda un
máximamente. Este es el poder que yo ambi-
ciono para mis hijos.
¿Si quisiera verme un poco en mano mi antiguo
compañero? Si quisiera ayudarme? Mis padres poco
probable si yo le escribiera me ofreciera para mi
chico un puesto en su banco; no es eso lo que yo
quiero; lo que me hace falta es un puesto en su confian-
za. No basta saber leyes; es preciso, además, adquirir
la práctica de ellas; se quiere práctica, y eso no se
aprende. No es ciencia que se da en el estudio, es in-
quisición e interés que con solo hacer no tienen
todas. ¿Cómo puedo yo enseñar a mi hijo?
Nada, no hay remedio; las posiciones indepen-
dientes no son para todos; así que mis hijos tengan
la edad necesaria, aprovecharé la primera ocasión
de recomendarlos a Ojo de Ubero o a Hormigueras,
y tal vez ha de ser que entre estas dos personas inde-
pendientes no pueda elegir entre ellas un destino.

que le he tenido mucha afición. Ya no se puede vi-
vir en los pueblos. — ¡Por qué no los habéis en el campo, vivid ahí! —
— Calle. Vd. y esas cosas destartaladas, un trato
grosero, sin paseos, sin lectos, sin tertulias, sin tien-
das; cualquier cosa que uno necesitara de esas in-
dispensables para la vida... encuentros á Madrid,
cortas, molestias... luego los hijos, que ve Vd. in-
fios y niñas en la edad crítica, de siete á catorce
años, y sin tener para ellos una educación más sa-
ludable que el Instituto, el Seminario, un convento de mon-
jas, y los ó tres maestros; por todas pretensiones
que uno tanto, no puede resignarse fácilmente
que sus hijos sean educados en los provincianos.

Del lujo modesto.

— Pero en fin, señores, alguien tiene que vivir en
las capitales de provincia.

— Yo no quiero lujo; un ajuar modesto de casa me
satisface; una vida metódica y arreglada, sin preten-
siones de elegante, es la que mejor cuadra á mis
gustos sencillos: aspiro á la holgura y á la comodi-
dad, no á la opulencia ni al fausto.

— Muy bien dicho, y sea muy enhorabuena, por
propósitos tan razonables. Usted, señora, está en lo
cierto, y su marido puede dar gracias á Dios, que le
ha concedida una compañera tan juiciosa.

— ¡Sí señor! lo primero que le dije cuando vini-
mos á Madrid, fué que yo queria una casa en el cen-
tro; pero que no tuviera salones, ni dorados.... na-
da, lo necesario y nada más.

— ¿Usted no habia estado nunca en Madrid?

— Temporadas cortas; cuando mi difunto padre
venia á sus negocios, solia acompañarle; pero siem-

pre le he tenido mucha aficion. Ya no se puede vivir en los pueblos.

—¿Por qué no? Ustedes en el suyo vivirían bien.

—Calle Vd., unas casas destartaladas, un trato grosero, sin paseos, sin teatros, sin tertulias, sin tiendas; cualquier cosa que uno necesitara, de esas indispensables para la vida..... encargos á Madrid, cartas, molestias..... luego los hijos, ¡ya ve Vd.! niños y niñas en la edad crítica, de siete á catorce años, y sin tener para su educacion más auxiliares que el Instituto, el Seminario, un convento de monjas, y dos ó tres maestras; por pocas pretensiones que uno tenga, no puede resignarse fácilmente á que sus hijos sean toda su vida unos provincianos, sin ilustracion y sin.....

—Pero en fin, señora, alguien tiene que vivir en las capitales de provincia.

—Sí; no digo que no..... la gente de los pueblos pequeños.

—¿Y en los pueblos pequeños?

—¡Qué sé yo! cualquiera; aquí se vive con mucha más economía, y luego las relaciones, la facilidad que aquí hay para todo, y la animacion y la alegría que se disfruta, sin vivir con lujo, casi de balde; solo con asomarse al balcon, vea Vd., vea Vd. qué vistas.

—¡Sí....! pasa mucha gente por la calle de Alcalá.

—Más en un dia, que en un año en Zamora por delante de mis balcones.

—¿Y allí cuánto le costaba á Vd. la casa?

—Nada, era propia; pero tan antigua y tan fea, que le he oido decir á mi marido que no habia quien se la quisiera arrendar en tres mil reales al año.

—Pues mire Vd., tambien me ha dicho á mí su marido, que esta les cuesta á Vds. quince mil.

—¡Ah! pero qué diferencia.

—¡Figúrese Vd! una diferencia de doce mil reales de renta.

—Solo por el sitio bien puede pagarse.

—¿Tres mil reales por cada balcon? Porque es evidente que cada uno de estos cuatro balcones le cuesta á Vd. eso, toda vez que en su casa de Zamora, que solo vale al año otros tres mil, ha vivido usted perfectamente, y ha criado cuatro niños hermosos; me permitirá que le diga que es algo cara.

—No le diré á Vd. que no, pero es muy divertido.

—¡Eso es otra cosa! pero como ántes me decia usted que aquí se divierte uno de valde, me he tomado la libertad de ajustarle la cuenta de lo que cuesta esta diversion, de ver subir y bajar la gente á paseo desde un piso segundo, y no tendrá Vd. que decirme nada si la taso en treinta y tres reales diarios, lo que repito que no es enteramente barato.

—Desengáñese Vd., viviendo sin lujo, cuesta aquí ménos la vida que en provincias.

—¿Pero qué entiende Vd. por vivir sin lujo?

—Vivir modestamente, como *todo el mundo*.

—¡Ay señora! Si Vd. supiese cómo vive aquí *todo el mundo*.

—No me refiero á ese mundo elegante que pasa por esta calle en magníficos coches y en briosos caballos; que por la tarde da espléndidas comidas, y asiste por la noche á fiestas deslumbradoras.

—No crea Vd. que solo esas personas ó esas familias viven en la córte con lujo. Esta pasion, propia de la humana naturaleza, que siempre ha sido azote

del individuo, pero que hasta la época presente no habia llegado á convertirse en verdugo de la sociedad, no se ceba solo en las clases ricas, sino que busca tambien á las modestas, y no es entre los pobres entre las que hace ménos víctimas. Acaso esos coches y esos caballos, esas tertulias y esos banquetes, que á Vd. le parecen la última expresion de lo lujoso, no sean para los que viven entre ellos más que lo mundanamente necesario; y digo mundanamente, porque es claro que para sus necesidades espirituales, ántes les son nocivas que provechosas; pero en fin, como ni mi carácter ni la ocasion son propias para echar sermones, quiero decirle á usted tan solo que *económica y socialmente* hablando, puede haber personajes y familias que paseando en coche y á caballo, brindando á sus amigos con abundante mesa, con trato franco y con hospitalidad generosa, no se pueda con justicia decir de ellas, que están dominadas por la pasion del lujo.

—No sé yo qué mayor lujo puede haber, que emplear el dinero en cosas que no son necesarias.

—Perfectamente dicho: no puede precisarse más exactamente los términos de la cuestion del lujo. «Todo lo que no es necesario, es lujoso.»

—¡Luego!.....

—Luego solo nos falta ahora definir los términos. Usted no ha hecho más que expresarlos, y por cierto con una lógica consumada.

—Si nos metemos en honduras, somos perdidos; necesario es..... aquello..... sin lo cual no podemos pasarnos.

—Ejemplo: cuatro balcones en la calle de Alcalá, que representan ellos solos cuatro veces más de lo

que nos ha costado una vivienda entera, en la que hemos vivido sanos y contentos, más de la mitad de nuestra vida.

—Puede que todavía me dispute Vd. que es más necesario, que es más cómodo un coche, un palco y un baile, que una casa en un sitio céntrico y con buenas vistas.

—Dejemos á un lado la cuestion de comodidad, que no es ahora del caso, y vamos á lo necesario. ¿Tiene Vd. aquí en esta casa, asomada á estos balcones (que están por cierto al Norte), más luz en invierno, y más fresco en verano que en Zamora, en la hermosa casa-solar de su marido?

—No señor; pero ya le he dicho á Vd. que la animacion, la gente, el.....

—Sí, ya sé que le gusta á Vd. ver pasar la gente, y á eso voy á parar. ¿Y está Vd. segura de que por la calle de Alcalá pasa más gente que por la de Toledo?

—¡Hombre, segun sea la gente!

—Es decir, que lo que constituye para Vd. la diversion de estos balcones, que le cuestan.....

—Doce mil reales al año; ya me ha sacado usted esta cuenta cuatro veces.

—Es ver pasar desde ellos á la gente elegante y lujosa; pues figúrese Vd. que esa gente elegante y lujosa, no vive como Vd. en la calle de Alcalá, sino en la de Toledo; y para verse unos á otros, diversion que Vd. tasa en treinta y tres reales diarios, ellos van en coche al paseo público, lo que viene á costarles, poco más del doble de lo que Vd. paga por verles pasar desde su casa.

—Vaya, pues haga Vd. el favor de decirme en qué calle de Madrid debemos vivir.

—¿Quiere Vd. que le hable con franqueza?

—Sí señor.

—Pues en ninguna.

—¡Cómo! ¿En las afueras, acampando como los gitanos? Sería muy gracioso y muy nuevo.

—No señora; quiero decirle que nunca debían haber venido á la córte, y que aún es tiempo de que se vuelvan.

—¿Al pueblo?

—A su casa, que no merece verse abandonada, degradada, acaso derruida, por pagarles á ustedes estos cuatro balcones, á que se asoman á ver pasar gentes que hoy no conocen, y que acaso envidien mañana: á su casa, llena de recuerdos de seis generaciones de gente honrada; á su casa, donde todo el mundo la respeta y la considera; cuyas señas no tiene Vd. que dar á nadie, porque las sabela ciudad toda; que no comparte Vd. con una vecina galante ó con un vecino tramposo, y que no exige á su caudal un sacrificio tan inútil como costoso.

—Usted ha creído sin duda que el casero va á despedirnos por no poder pagar el cuarto.

—Ya sé que fácilmente podrán ustedes hoy cubrir todos sus gastos, y sé tambien que si mañana liquidaran sus cuentas, con un déficit, sabrían reducir sus necesidades, y hasta hacer el sacrificio, muy penoso entonces, de volverse á su pueblo; precisamente por ahorrarles á ustedes ese sacrificio, les aconsejo que le hagan cuando apenas puede considerársele como una contrariedad pasajera.

—Ya le he dicho á Vd. que hoy es imposible vivir en un pueblo de provincia.

—¡Imposible! ¿Imposible para Vd., criada en él,

con relaciones, con intereses, con familia, que allí se encuentran para servirla de ocupacion y de recreo? ¿Imposible vivir en el pueblo donde fué usted niña, donde vivió jóven y obsequiada, donde conoció á su marido, donde se casó Vd., donde se bautizaron sus hijos?..... Cuando empezamos esta conversacion, ponderaba Vd. la sencillez de sus gustos, y yo tuve la sencillez de creerla bajo su palabra.

—Y no me gusta el lujo, no señor; en mis trajes y en los de mis hijos vamos decentes y nada más.

—¿A que esa decencia le cuesta á Vd. doble que en Zamora?

—¡Ah! pero tambien voy mejor vestida.

—Entonces será algo más que ir decente.

—¡Qué pesado! Lo que aquí no es más que decente, en Zamora seria lujoso.

—Pues vuelvo la oracion por pasiva con toda mi pesadez de abogado: luego Vd. es una señora lujosa..... de Zamora.

—No tengo más que tres criados.

—Cuatro mil reales al año.

—Un tercer turno ¡partido! en la Zarzuela.

—Tres mil.

—Mi mesa es modesta.

—Pero no dejará Vd. de gastar en ella dos mil reales mensuales.

—Y pare Vd. de contar.

—¿Cómo? ¿Y su marido de Vd. no ha de ir tambien decente..... es decir, lujoso para Zamora? Pues si Vd. y sus cuatro hijos gastan doce mil reales en modista, él necesitará seis mil por lo ménos. ¿Y dónde me deja Vd. los imprevistos, partida la más pre-

vista de todo presupuesto, y los maestros de los niños, el aya de la niña?....

—Tambien eso será lujoso. A sus ojos de Vd., la educacion, la instruccion de mis hijos....

—¡Quién lo duda! Puede haber una instruccion ociosa, puede haber una educacion de puro lujo, que consisten, la primera, en enseñar á los jóvenes lo que no necesitan saber para su profesion; y la segunda, en crearles unas costumbres que no han de poder sostener con su fortuna; y Vd. misma, sin ir más lejos, creo que en el mismo Zamora, se ha procurado una educacion lujosa y una instruccion perjudicial para los intereses de su respetable familia.

—Tanto va Vd. hablando de los intereses de mi casa, que empiezo á sospechar si será Vd. el sócio que mi marido buscaba al venir á Madrid, para dar mayor vuelo á sus negocios.

—No se equivoca Vd., señora: era yo el sócio que buscaba, pero la sociedad no ha llegado á formarse.

—Es lástima, porque estar con Vd. en sociedad debe ser delicioso.

—Pero como su marido de Vd. es joven, y no viejo, ni feo, á un sócio, prefiere.... una socia.

—¡Cómo se entiende! Señor mio, se le puede á usted tolerar que sea impertinente; pero guárdese bien de ser chismoso.

—Sí señora, una sócia muy guapa, muy elegante, que le arruina.

—¡Ah pérfido!

—Á quien paga una casa de quince mil reales, y veinticuatro mil de alimentos, y doce mil para mo-

dista, y....

—¿Quién es esa mujer?

—Es Vd. misma.

—¡Caballero! Esto pasa ya.....

—Precisamente esa fué la expresion de que se valió su marido de Vd.: esto ya pasa..... de lo que yo me habia propuesto y de lo que puedo gastar.

—¿Pero el qué pasa?

—Lo que Vd. gasta. Hemos compulsado juntos ayer mismo, 2 de Enero, plazo que yo le exigí para constituir la comandita que me propuso hace un año, á su llegada á la córte, el libro de sus gastos, y de él resulta que, sin lujo, como Vd. dice; modestamente, como él asegura; y sin locuras ni despilfarros, como es verdad, han gastado Vds. ochenta mil reales.

—No puede ser.

—Ahí están los libros.

—¡Pero señor! si parece imposible; si yo le he oido decir muchas veces á mi marido, que en años buenos, nuestra renta *casi* llegaba á esa cantidad.

—Exactamente; y como este año ha sido malo, no ha pasado de setenta y cuatro.

—Y que en Zamora ahorrábamos más de la mitad todos los años.

—Ya ve Vd., en un pueblo en que cuesta tres lo que aquí quince.

—¡Malditos balcones! pero ¡Dios mio! yo he venido á Madrid creyendo.....

—¿Que se venia aquí tambien su fortuna de Vd., á ser relativamente á la córte, lo que era relativamente á Zamora?

—Mi marido me aseguró que aquí podríamos vivir con holgura.

—Él se explicó mal, ó Vd. no le comprendió bien;

debió decirle á Vd., con lo que en Zamora se llama holgura.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Lo que Vd. quiera; ó volverse á su casa á vivir cómodamente, como aquí vive, ó quedarse en la corte á vivir como viviria Vd. en un pueblo con la mitad de lo que allí gastaba.

—Me vuelvo á Zamora.

—Déme Vd. la mano: aún no es Vd. una mujer lujosa, y su marido puede felicitarle de que á pesar de haber visto Madrid desde cuatro balcones de la calle de Alcalá, todavía subsiste en Vd. el buen sentido de la provinciana.

—¡Si viese Vd. qué mal me suena esa palabra!

—Ya verá Vd. qué bien le parece, cuando sus hijos la hagan abuela.

VIII.

Se procura dar una idea del arte moderno, y después de llenar dos páginas con digresiones aventuradas y distingos impertinentes, se renuncia á ello.

Ignoro y someto mi ignorancia á la inteligencia crítica de las eminencias modernas, si Miguel Angel y Rafael fueron tan versados en la filosofía como en la práctica de su arte; es decir, si además de ser pintores, se creyeron artistas. Solo sé que lo fueron, y que su fama, adquirida en una época en que la imprenta, casi en mantillas, no habia aún descubierto la prensa periódica, ha llegado á nosotros en monumentos más permanentes, y casi tan bellos, como una colección de *La Correspondencia*.

Fué, sin embargo, la suya, la infancia del arte, y su época, edad atrasada y rutinaria, en que los gé-nios, no acabados aún de emancipar por la vara mágica de la reforma, tuvieron que vivir en la estrecha sujecion de la ortodoxia cristiana, y en la exclusiva representacion de asuntos piadosos y místi-

cas alegorías. Aquellos hombres eran unos grandes artistas sin saberlo.

Apenas si la lectura de la Biblia católica, infiltró en el cincel de uno de ellos el sobrenatural espíritu del primer legislador del pueblo hebreo, y dió á la piedra labrada por él, en la figura de Moisés, una virtud tan milagrosa, como la peña de que brotaron las aguas en el desierto.

Casi instintivamente, las figuras de los lienzos del otro, se agruparon y distribuyeron armónicamente: no tuvieron conocimiento de otra ciencia, que la que les mostraba la mística pureza de sus vírgenes: solo la fé les enseñó á componer la majestad y armonía de sus glorias, y sin saber nada de la historia *humana y filosófica* de Jesús, revelaron con rasgos sobrehumanos la divina transfiguración del Dios hombre.

No sabían, ni sus discípulos de Italia y España lo supieron nunca, lo que hoy no ignora el último discípulo de la Academia de San Fernando. Nada de historia y filosofía del arte, nada de erudición artística, nada de procedimientos auxiliares, nada de arte aplicado á la industria, nada de indumentaria ni de ciencias prehistóricas. Aquellos grandes artistas, fueron unos profundos ignorantes.

¡Qué no hubieran producido hoy sus inteligencias, á haber vivido en esta incansable atmósfera de investigación crítica, que es patrimonio exclusivo de la presente edad! Sus manos creadoras hubieran encontrado una materia ménos rebelde y terca, que la que entonces amasaron; unas leyes físicas mejor determinadas; hubieran autorizado más exactamente la libre fantasía de sus perspectivas; sus dibujos pu-

dieran haberse hecho al compás; sus colores, ya compuestos, hubieran pasado de la paleta al lienzo, y con modelos y maniquís, la fotografía podía haberles dado hecho en pocas horas el ímprobo trabajo de sus gigantescas composiciones.

¡Quién sabe! Acaso sus cuadros, sin dejar de ser buenos, hubieran sido hoy *más humanos*, y en vez de pintar Rafael en *El Pasma de Sicilia* la subida al Calvario del Salvador del Mundo, hubiera pintado la ascension ó transfiguracion de este mundo carnal, entre nubes de incienso, hácia el quinto cielo de su perfeccion indefinida; una cohorte de artistas con melena, admirando el milagro; y un coro de periodistas, con arpas en la mano, cantando aires de ópera bufa, y artículos encomiásticos á la exaltacion y triunfo de esta edad de tinta.

Pero no; el arte entonces, á la vez que inventaba la obra, creaba la regla; en aquellas cabezas habia ciencia, inspiracion y actividad al mismo tiempo, y las manos incansables de aquellos hombres, para todo, menos para escribir, tenian tiempo.

Fué una lástima, no tanto por lo que ellos no han escrito de sí mismos, cuanto por lo mucho que la generacion presente se ha dado á escribir sobre sus obras. Y á todo callan estas, con la muda indiferencia de las cosas grandes.

Hay que ser justos. Todos los tiempos no son iguales; y los presentes, con ser admirables y magníficos, tienen, sin embargo, una magnificencia muy distinta de la que ostentaron otros siglos, más

rudos y atrasados. Es verdad que hoy no hay Rafaeles ni Miguel Angeles; pero en cambio, sabemos lo que quisieron, lo que pensaron, lo que *significaron* estos grandes artistas de la obra colosal del Renacimiento..... mucho mejor que ellos mismos. Con la historia, nos hemos aprendido su época; con la crítica, hemos averiguado su vida y analizado su escuela; con la filosofía, nos hemos apoderado de su inspiración. Ya sabemos exacta y matemáticamente lo que un Miguel Angel, lo que un Rafael, *tenian dentro*. Saber esto, es casi lo mismo que tenerlos entre nosotros.

Es mucho mejor; podemos á todas horas, poseedores ya de la receta de hacer un artista, criar tantos cuantos las necesidades de la época nos demanden; y, andando el tiempo, ni su creacion será enteramente indispensable, toda vez que el arte brotará él solo de nuestras Academias y Liceos.

De todos modos, es indudable que hoy tenemos un surtido de artistas para todos los gustos, y un muestrario de artes, en el que á su capricho puede escoger el aficionado más exigente.

Lo que la antigüedad copió de la naturaleza, lo que los siglos medios idealizaron con el auxilio de la fé en todas las artes manuales, lo que ordenó y armonizó el Renacimiento, puede el hombre moderno servírselo á domicilio por prospecto, como el gloton se da á sí mismo una comida, sin más que escoger los mejores platos de la lista de un restaurant.

Cualquiera puede servirse en su misma casa ó en su tienda, ó en sus joyas ó en sus muebles, una ración de arte bizantino, ó árabe, ó mudéjar, ó plateresco, ó egipcio.

El arte lo ha minado todo, y así como ántes habia muy pocos que pudieran elevarse á la region empírea, en que Dios da á sus elegidos el sublime poder de descubrir una parte de su eterna belleza, hoy son los ménos de los que puede decirse que no conocen más arte que el arte de cocina.

Quien ha visto el friso del Parthenon, (estampado en papel), decorando la trastienda de un perfumista, ó la Vénus de Milo, vaciada en peltre, sirviendo de sustentáculo á un quinqué de petróleo, puede considerarse ya, iniciado en los misterios del arte de Fidias; y pasando del conocimiento á la ejecucion, trasladar al papel ó al yeso, las inspiraciones de su mente. Muchos se creen artistas, y resultan apenas fabricantes; pero es indudable que el arte en sus manos, se divulga, y divulgándose, abarata.

* *

El arte barato: hé aquí el problema que tiene que resolver este siglo de la riqueza. Como todos tenemos derecho á la ciencia, y al trabajo, y al dinero, y al poder, todos tenemos *derecho al arte*, y esta necesidad, tal vez la más noble de nuestra alma, es preciso á toda costa satisfacerla.

Pero entendámonos; no nos basta disfrutar del arte, con la estéril contemplacion de nuestros sentidos, iluminados por la antorcha de la noble y desinteresada admiracion artística; no nos basta gozar de la belleza, como la gozaron nuestros padres, en

los monumentos religiosos, en los Museos de los reyes, en los alcázares de los magnates; es preciso añadir la *posesion* de esos objetos bellos que admiramos, el uso corporal de esa belleza, que no sería de todos, si eternamente fuera pública.

Hoy un poderoso, que (para hablar en el lenguaje de *todo el mundo*, ó sea en el lenguaje de *La Correspondencia*) quiere *rendir tributo al arte*, edificando un suntuoso palacio, no se contenta con elevar sus muros y cerrar sus bóvedas, dejando al génio de su arquitecto que dé al conjunto la expresion artística de su época; el poderoso no se satisface si su palacio no reúne el arte de todas las épocas. Necesita una antesala como las salas de guardias del castillo de Blois; un comedor al estilo del refectorio de la gran Cartuja; un despacho gótico, como la sala capitular de la catedral de Búrgos; un gabinete pompeyano, un tocador *regencia*, un salon Luis XIV, una sala de billar bizantina, un cuarto de baño morisco, una biblioteca greco-romana y un retrete etrusco.

Para todo esto ofrece un par de millones, y 8,000 piés de terreno: no necesita más, para producir una obra de arte. Del arte que comprende y admira *todo el mundo*.

* *

El arte, tal como hoy se considera, se aplica á todos los usos de la vida y á todas las necesidades de la existencia.

Un tocado, cuyos rizos son un poco más largos ó

un poco más cortos que los ordinarios, es un peinado artístico.

Un baston, una sombrilla ó un paraguas, pueden ser artísticos, siempre que, además de no servir de apoyo, ni de preservativo para el sol, ó para la lluvia, tengan cualquiera otra pretension de originalidad ó de elegancia.

Las camuesas de un frutero, pueden colocarse artísticamente.

Hay zapatos artísticos, y artísticas maneras de hacerse el lazo de la corbata, y arte en el plegado de una colgadura, y en el corte de un vestido de baile; pero si á cualquiera se le ocurriera preguntar «qué cosa es el arte moderno,» habria forzosamente que responderle: *el que consiste en disfrutar, por poco dinero, de todas las artes antiguas.*

No existe hoy, pues, el sentimiento, sino el goce artístico; y mientras cada hombre no pueda llevarse á los lábios la copa esculpida por Benvenuto, en vano existe para él, preciosamente guardada en los museos. Nada dicen á su imaginacion los monumentos levantados á las ideas y á los sentimientos inmortales; lo que él llama arte, es lo que pueda levantarle á él solo un monumento, que exclusivamente disfrute. Toledo, Salamanca, Sevilla, Búrgos, ¡lástima de dinero empleado en cosas de que nadie goza! ¡Con lo que se gastó en poblar esas ciudades de monumentos, se podria haber repartido el arte entre mucha más gente!

Tanto de ilustracion, tanto de poder, tanto de bienestar, tanto de vicio, un poquito de religion y otro poco de arte para todo el mundo. El ideal de las democracias modernas, no es otra cosa.

Así, en la literatura, lo que más florece, es el arte dramático, el más material de los géneros literarios.

A la música, solo se la pide que realce en la ópera la lucha y movimiento de las pasiones, y amenice en el baile el espectáculo de las actitudes y de los efectos plásticos.

De la arquitectura, no ha quedado más que la ornamentación sin inventiva; la escultura, aplicada solamente á la fabricación de objetos manuales, se consume en la futilidad de una invención prolija y al mismo tiempo estéril. Y la pintura cae en el realismo de los cuadros de género, en la fabricación manual de retratos de cámara, ó en la reproducción servil de lo antiguo.

La crítica, sin embargo, progresa con sin igual vigor. La actualidad lleva ya muy adelantado el índice de sus conocimientos, y la cuenta corriente, exacta, minuciosa y comprobada, de sus ilusiones y desengaños: ya conocemos el arte del siglo XVI, y el del siglo del Renacimiento, y el de los siglos medios, y el de la edad antigua; ya nos falta poco, para acabar la historia del arte, de los siglos que carecen de historia; y entre tanto que los sábios se desojan, por leer hasta la página más borrada del libro de la historia, el arte del siglo XIX, espera en vano un historiador que le descubra.

Los artistas, á fuerza de escribir y de leer, se han olvidado de crear. De su arte saben todos los procedimientos, menos el que conduce á la inspiración; á donde quiera que la aplicación, el método y la actividad pueda conducirlos, llegarán sin esfuerzo; pero si para algo necesitan las alas del genio, ten-

drán que confesar que se abrasaron en la lámpara que les guió en sus prolijos estudios.

Son unos artistas extraordinariamente sábios; pero que nunca pasarán de concienzudos artífices, ó de pedantes indigestos.

de los que consisten en el estudio de las lenguas
 que se hablan en sus propios territorios.
 Son unos estudios extraordinariamente sencillos; pero
 que nunca pasarán de conocimientos sencillos, ó de
 trabajos sencillos.

El estudio de las lenguas indígenas y de sus
 dialectos, es un estudio que se ha hecho ya en
 muchos países de América y de España, y que se
 ha hecho con el fin de conocer mejor a los
 habitantes de esos países, y de sus costumbres,
 y de sus ideas.

El estudio de las lenguas indígenas y de sus
 dialectos, es un estudio que se ha hecho ya en
 muchos países de América y de España, y que se
 ha hecho con el fin de conocer mejor a los
 habitantes de esos países, y de sus costumbres,
 y de sus ideas.

El estudio de las lenguas indígenas y de sus
 dialectos, es un estudio que se ha hecho ya en
 muchos países de América y de España, y que se
 ha hecho con el fin de conocer mejor a los
 habitantes de esos países, y de sus costumbres,
 y de sus ideas.

El estudio de las lenguas indígenas y de sus
 dialectos, es un estudio que se ha hecho ya en
 muchos países de América y de España, y que se
 ha hecho con el fin de conocer mejor a los
 habitantes de esos países, y de sus costumbres,
 y de sus ideas.

IX.

Los beneficios de la instrucción.

Hay una filosofía modesta, cómoda y casera, que tiene por objeto, como la homeopatía, curar al enfermo sin molestarle, procurándole, al mismo tiempo, la asistencia de su familia, sin que las horas y las comidas de esta se trastornen.

Segun ella, el cuerpo social, no necesita de grandes específicos; mejor que los remedios heróicos, le estará la medicina espectante, acompañada de mucho régimen y de mucha higiene.

Estos filósofos higienistas, lo curan todo por el sistema de las compensaciones. Su voz melosa, no se altera cuando anuncian la calamidad social más aterradora; y si un pueblo entero se muere de hambre, su misma muerte es para ellos asunto de admiración, porque contemplan á su lado, otro pueblo que se aprovecha de ella, para empezar una vida

próspera, por el camino del progreso, que dejó á medio andar el difunto.

Todo es armonía para ellos, hasta los ayes de los vencidos; todo enseñanza, hasta los delirios de los moribundos.

«En el mundo no hay vicios, ni pasiones, ni por tanto virtudes ni heroísmos; solo hay necesidades é ignorancia en los desheredados; solo debe haber en los favorecidos, habilidad y espíritu de asociacion.»

«La sociedad está algo enferma, convenido; pero el mal no es mal de muerte: todo él se reduce, á que no sabe cuidarse. Que se instruya, y cobrará fuerzas; el dia que todos seamos médicos, se habrán concluido las enfermedades.»

«Es preciso difundir la instruccion.» Pero ¿qué instruccion?—«Cualquiera.» «Lo importante es que la sociedad se instruya.»

Un dia ví parado delante de un puesto de libros, á un bizarro teniente de cazadores; su vista vagaba, con la timidez de la incertidumbre, por la larga é inconexa lista de rótulos de aquella biblioteca al aire libre. De pronto, dirigiéndose al director del establecimiento, como quien acaba de tomar una resolucion heróica, le preguntó: «¿Tiene Vd. alguna novela?» El librero sacó del estante la primera que encontró á mano; el teniente regateó el precio, sin ocuparse del rótulo ni del autor del libro, y con él debajo del brazo, se encaminó triunfante á su alojamiento.

Los directores del movimiento social, proceden en el cultivo de las inteligencias populares, como el bizarro teniente de cazadores.—«Es preciso que el pueblo lea.» ¿Pero qué va á leer?—«Que lea alguna

cosa.» «Lo importante es que goce de los beneficios de la instrucción.»

A fuerza de leer un día y otro, sobre todo en la prensa popular, (circunstancia del todo inofensiva), que un pueblo instruido tiene precisamente que ser un pueblo próspero, y un pueblo próspero no puede menos de ser un pueblo honrado, podremos creer que esos médicos especialistas de las sociedades, que esos inspiradores de las publicaciones populares, han hecho cuanto estaba en sus manos para instruir al pueblo; es decir, para darle la enseñanza moral que ha de hacerle bueno, y la enseñanza profesional que ha de hacerle útil.

Y efectivamente; ellos quieren para los pueblos unos maestros de moral, que sin necesidad de enseñarles el Catecismo, les acostumbren á contentarse con su suerte, y á respetar la suerte que los demás hayan podido hacer. Unos maestros de filosofía, que les demuestren que este es un siglo grande, poderoso y honrado, en el que no hay más tiranía que la de la opinion, más soberanía que la del talento, ni más aristocracia que la del trabajo. Y unos maestros de artes prácticas, que les dirijan hácia el trabajo que más utilidades reporté á los que le predicen.

El ideal de los periódicos populares, es, pues, un pueblo que sepa leer sus artículos, que sepa admirar á sus autores, y que, aunque trabaje, no le ocurra nunca fundar otro periódico popular, que le haga al suyo competencia.

Mientras esto no suceda en todos los pueblos de la Península, España es un *pais perdido*.

¿Dónde hay instruccion más fundamental y más sólida, dónde enseñanza más moral y más útil, que la que se encierra en las cuatro planas de un periódico popular?

Contemplad al obrero de vuelta del trabajo. Vuelve á su casa sin enjugar aún el sudor, que la fatiga del dia hace correr por su rostro. Cruza calles, y calles, leyendo los rótulos de las tiendas donde no entra, y los precios de las telas y de las alhajas que no compra; lee tambien los carteles de los espectáculos á que no asiste, y los anuncios de ventas en que no toma parte; pasa por delante de una iglesia, en la que, como no hay letrado que indique lo que se da en ella, no se detiene tampoco, porque el obrero ilustrado, no necesita saber que allí se encuentra la paz del alma, y el premio de las fatigas del cuerpo. Al doblar una esquina, el coche de un *filósofo higienista*, ó de un periodista popular, se arroja sobre él, amenazando atropellarle; el obrero, lejos de incomodarse, saluda cortésmente á su propietario, porque ser atropellado por un igual suyo, es una honra en vez de una ofensa. A medida que va acercándose á su casa, que el ensanche de la poblacion decretado y *aprovechado* por sus iguales, ha puesto á tres kilómetros de su taller, la idea de la estrechez que allí le aguarda, comparada con el lujo y el despilfarro que acaba de encontrar en las calles, le hace prorumpir en himnos de alabanza al sistema constitucional, á la regeneracion del hombre moderno, y á la revolucion de Setiembre. En una esquina, lee una alocucion del gobernador al pueblo de Madrid, en que le

llama heróico, magnánimo y sensato; al encontrarse poseedor de estas tres preciosas cualidades, se le ocurre de pronto que tiene hambre; pero á pesar de su sensatez, de su magnanimidad y de su heroicidad, no encuentra en su bolsillo más que dos cuartos; un vendedor de periódicos se cruza con él en la calle, y el obrero comprende en seguida que el hambre y la sed que le atormentan son el hambre moderna, el apetito de saber que domina á este siglo verdaderamente extraordinario, y no pudiendo comprar un pan, compra un periódico.

Ya ha llegado á su casa. Una mujer enferma, unos hijos raquíiticos y una comida escasa le esperan; ninguna alegría natural ó sobrenatural ilumina aquella escena íntima, no importa; el obrero lleva en su bolsillo el único alimento que necesita; y así que su miserable pitanza sacia á medias su apetito, (de no satisfecho embotado), desdobra cuidadosamente el papel, y sentado en el borde de su cama, se pone á leerlo en voz alta.

Aquel periódico, no solo está escrito para él, sino escrito por él; en la primera columna de la primera plana, cuatro ó cinco líneas debajo de un epígrafe, donde se lee en gruesos caracteres:—«Suscripcion nacional para la ereccion de un monumento patriótico, á la memoria del héroe de la libertad, marqués de Taler,»—hay un pensamiento, una oracion compuesta exclusivamente por él solo, que nadie le ha dictado, y que casi está seguro de no haber leído en ningun libro, porque casi no le cabe duda de no haber leído nunca más que su periódico. «Federico Gonzalez (este es su nombre), qué cree que la libertad y el progreso *es* el único bálsamo que puede abrir las

fuentes de la riqueza pública, (este es el pensamiento); diez reales» (esta es la ofrenda.)

El, no queria ofrecer á las cenizas del héroe revolucionario, más que una peseta de monumento; pero como al mismo tiempo queria acompañar su ofrenda con una sentencia, y en la redaccion del periódico le aseguraron, que solo las cuotas que pasaran de medio duro tenian derecho á explicarse, sacrificó los seis reales restantes, que le hacian falta para salir de la semana.

Ya hemos visto que siempre le quedaron dos cuartos, para poder admirar su propia obra.

Pero el obrero no admira eso solo en el periódico popular que tiene en la mano. ¡Oh beneficios de la instruccion, y qué bálsamo derramais sobre los corazones del pueblo!

En el primer artículo, titulado *La influencia del Clero*, lee el obrero ilustrado una reseña histórica de las diversas instituciones, por medio de las cuales *la odiosa clerigalla*, mantenía entre las masas ignorantes el privilegio de su dominacion exclusiva. Por no discutir con su mujer y con sus hijos, que le escuchan en su lectura, acerca de la conveniencia (no enteramente indiscutible para ellos) de la sopa de los conventos, el obrero ilustrado prefiere apropiarse una frase del periódico, y taparles la boca, diciendo que era aquello «un manjar odioso, amasado con la ignorancia y el servilismo del pueblo,» con lo cual la boca de su familia solo vuelve á abrirse con tal cual bostezo, mientras prosigue instruyéndose su padre y jefe. Viene despues de este artículo doctrinal, otro sobre política extranjera, en el que el obrero adquiere alguna idea de la signifi-

cacion é importancia de la cuestion de Oriente, lo cual le ayuda mucho para perfeccionarse en su oficio de tapicero y adornista. Luego lee otro artículo que se titula *Hagamos historia*, en el que se prueba que el partido que representa el Gobierno que en la actualidad manda, ha conspirado siete veces, mientras que el que representa el periódico, solo ha figurado en cinco revoluciones y un motin en proyecto.

Y sucesivamente en varios sueltos y gacetillas, se entera de varios sucesos tan importantes, tan instructivos y tan morales como estos.

«A nuestro querido director y excelente amigo, le ha sido ofrecida la gran cruz de Isabel la Católica.»

O «ya han llegado al favorecido teatro de X, contratadas por el celoso é inteligente empresario nuestro antiguo amigo R., las cuatro cancanistas francesas que necesitaba para amenizar sus espectáculos.»

O bien: «Ayer se arrojó desde el balcon de un piso cuarto, quedando muerta casi instantáneamente, la sirvienta de la casa....., jóven de diez y ocho años y de los mejores antecedentes. La desgraciada estaba en cinta.....»

Yo no sé si en esta lectura habrá adquirido el obrero la instruccion que le hace mejor y más útil para la sociedad; pero para el director del periódico popular, tiene ya la instruccion suficiente: la que le hace comprador constante de su periódico.

Los beneficios de la instrucción se extienden hoy, no solo á las ciudades, sino á los campos; en aquellas, bajo la forma de periódicos, son diarios y en pequeñas dosis; en estos, con las bibliotecas populares, son constantes y permanentes.

La biblioteca popular es todavía un paso más que el periódico, en el camino de la emancipación de las inteligencias.

Hay en el periódico un criterio, bueno ó malo, un método, un sistema; en las bibliotecas populares, abiertas á todos los errores, á todos los sistemas, á todas las opiniones, no hay más que ideas. Cada campesino puede acudir allí, como antes acudía al Pósito, para sacar su provision de ideas para todo el año.

El alcalde conservador, que le llevaría á la cárcel si en la plaza del pueblo proclamara el socialismo, le entregará todas las obras de Proudhon; si quiere leer el *Diablo Mundo* de Espronceda, antes que el *Quijote*, nadie le pondrá impedimento; si *Los Cuentos de Pigault-Lebrun*, traducidos por algun periodista popular, le llaman más la atención que el *Diccionario de Agricultura*, será porque lo verdé le gusta más en los libros que en el campo; y si se inclina á las ciencias físicas y naturales, puede dirigir sus estudios leyendo *Los Viajes de Julio Verne*, antes de saber geografía, y aprendiendo física, con *El Manual del jugador de manos*.

Ningun método, ninguna censura, ninguna direccion hace falta, para abrir á un pueblo de par en par, el templo de la ciencia, que no haya en él tampoco ni una antorcha que ilumine sus pasos; que el que entre á tientas, se instruya á tientas; y aunque

aprenda á ser malo, que aprenda algo: y sobre todo, que se escuche á sí mismo, ántes que oír la verdad de boca de los únicos que la posean.

Desgraciadamente, para los propagadores de la instruccion popular, mientras pensaban en organizar, y organizaban en efecto, las bibliotecas populares, se olvidaron de pagar á los maestros de escuela, y estos se olvidaron de enseñar á leer á los niños, por lo cual, aquellos establecimientos libres, no han dado hasta ahora todos los resultados que el pensamiento que los inspiró, prometia á la generacion presente.

* * *

Hay algunos hombres de carácter ágrío y descontentadizo, que no han conseguido todavía entusiasmarse con el sistema de instruccion popular que hoy está en moda. Creen esos escépticos, que acaso buscándola con atencion y con estudio, pudiera encontrarse otra forma de instruir al pueblo, que la que consiste en darle un periódico y abrirle una biblioteca; y hasta hay algunos que afirman, que saber mal una cosa, es como no saberla, y que la media ilustracion, puede ser á veces más nociva que la misma ignorancia.

No sé hasta dónde llegarían esos hombres si se les concediera la facultad de dirigir al pueblo en la enseñanza, que segun ellos, necesita. A uno le oí decir un dia, «que para este objeto bastaria con que en cada familia hubiera un buen padre, en cada parroquia un buen Cura, en cada ayuntamiento un buen maestro, y en cada distrito, una buena escuela

profesional. Que en cada provincia no haría falta más que un instituto, y en cada nación una sola universidad, con tal que fueran buenos, y un solo periódico, con tal que fuera muy pequeño.» Y tuvo la osadía de afirmarme, que de esta manera, el pueblo adquiriría la verdadera instrucción, que consiste en aprender á ser honrado, y en saber bien, lo que en cada profesion es imprescindible.

Yo, al oírle, me encojé de hombros, y le miré con lástima, como á hombre incapaz de comprender, lo que *modernamente* significan y valen *los beneficios de la instrucción*.

X.

Las cosas lícitas.

—Porque, ¡qué demonio! aquí no hemos venido solo á rezar y á ser cartujos.

—Claro está, y que si todos fuéramos Santos, sobraban en el mundo las artes y las ciencias.

—Ni habria necesidad de leer periódicos.

—Ni de abonarse á los bufos.

—No; pero hablando formalmente, hay muchas cosas que en vano querrán desterrarse de las costumbres de los hombres.

—Por ejemplo, la afición á las faldas.

—¡Vaya! Con Vd. no se puede discutir en sério. Digo que el espíritu humano (como leí el otro dia en un periódico), no vive solo de pan; es decir, que muchas de las cosas que los intransigentes y los hipócritas llaman pecaminosas é ilícitas, responden á una necesidad de nuestro propio espíritu, y que lo único que la moral pública debe hacer con ellos, es

contenerlos dentro de los límites decentes y decorosos; pero sin pretender por eso, cegar el manantial fecundo, en que bebe el alma un alimento necesario: ¿me comprende Vd.?

—¡Ya lo creo, hombre, ya lo creo! Es decir, por ejemplo, que se baile el can-can; pero que las bailarinas se pongan pantalones.

—Eso es..... aunque, mire Vd., ¡no! eso del can-can..... en primer lugar, que es un baile francés.

—¡Ah! pero muy bonito..... ¡Vaya, que tiene una gracia y una sal y pimienta!

—Pero en fin, el baile español.....

—Bueno: no le diré á Vd. que no me gusta.

—Ahí tiene Vd. una cosa lícita.

—¡Por supuesto! y muy bonita, y que tiene mucho que bailar.

—¡Vaya! el zapateado..... lo he visto bailar bien á muy pocas.

—¡Ay amigo! ahora hay una chica en el café de la Constitución, que lo baila mejor que la Nena..... Pregúntele Vd., pregúntele Vd. á su hijo, si hay otra como ella para el baile gitano y para.....

—Más le valiera á mi señor hijo asistir más á clase, y no ir tanto al café de la Constitución.

—Vamos, ahora va Vd. á armarle una zancadilla al chico porque pasa las noches en un café cantante, y convida á cenar á una bailarina.

—¡Canario! Pues hasta ahí podía llegar. ¡Con que también cenitas! Ya le ajustaré yo las cuentas á ese grandísimo bigardo.

—¿Y qué le va Vd. á decir? ¿Que no se divierta, que se esté metido en casa rezando el Rosario, y acompañando á su madre á las Cuarenta Horas?

—No señor, no soy tan ridículo, ni tan atrasado, ni tan..... A mí no me importa que rece ó deje de rezar; eso es cuenta suya; ni quiero que no se divierta; al contrario, yo mismo le he abonado á los bufos. ¿Por qué no va á los bufos, vamos á ver, con su padre, con sus hermanos, en familia, como Dios manda, y no al café? ¡Al café! con cuatro perdidos y cuatro.... no lo digo por Vd.

—Ya lo supongo.

—Es que los chicos de ahora, parece que no encuentran gusto más que en ser independientes.

—Hombre, eso es una cosa lícita. ¿Qué quiere usted? ¿Volver á los tiempos de Mari-Castaña y tener á su hijo cosido á los faldones?

—No por cierto; yo soy tan hombre de este siglo como el primero, y así que ese señorito tuvo uso de razón, le dejé que escogiera carrera.

—¡Bueno! Pues él ha escogido la carrera del café-cantante.

—¡Qué gracia, hombre, qué gracia! ¿Le gustaría á Vd. que un hijo suyo, á quien ha dado Vd. todos los gustos, y dinero y libertad, para que se haga un hombre activo y trabajador, y se baste á sí mismo, le resultara luego un holgazanote y un perdido? ¡Vamos! ¿qué tiene Vd. que decir á eso?

—Que no tengo hijos.

—¡Dichoso Vd.! Si los tuviera, ya pensaría de otro modo.

—Sí; pero nunca le privaría de las cosas lícitas.

—Pero si es que Vd. á todo lo llama lícito.

—Perdone Vd.: Vd. es el que empezó diciendo que sé yo cuántas cosas, sobre «el manantial de nues-

tros goces,» y «la necesidad de no cegar las fuentes de las...»

—Y lo repito; ¡sí señor! Yo llamo cosas lícitas á los teatros, á las tertulias, á los Circos, á los paseos, á esta conversacion que tenemos dos antiguos amigos.... ¡que la hemos corrido juntos!... Si no hay hombre más indulgente y más tolerante que yo.... ahí tiene Vd., cincuenta y siete años tengo ya.

—Sesenta.

—¡No, hombre, no! cincuenta y nueve.

—Ya decia yo, que habia de salir alguno más.

—Bueno; pues, á pesar de mis años, yo voy al teatro, y me divierto como un chico: ¡vamos, que me rio á carcajadas; pero lícitamente, qué diablo! El otro dia, con aquella cancioncita de las costureras....

—¿La del Camison?....

—¡No, hombre, no! Esa tambien es muy linda.

¡Camison! ¡Camison!

Si á tu dueño le sientas bien,

¡Camison! ¡Camison!

Pero no es esa la que yo digo; sino aquella otra de las modistas.... y lo dicen con mucha picardía las muy tunantas de las bufas; sí, hombre.... aquello de.... ¡cuidado que tengo una cabeza! aquello.... espere Vd.... que imitan el ruido de una máquina de coser de «La Silenciosa» ¡tiqui tiqui tiquití tiquití!

—¡Ah, ya!...
¿Más prefiere la modista?....

—¡Justo! ¡Esó mismo! ¡Si es preciosos! ¿Ve Vd. qué bonito? Ahora ya me acuerdo: ¡si es lindísimo!

—Más prefiere la modista,

Que el dinero y el jornal,

Tener con los parroquianos

Cierta familiaridad;

Ensartando ántes la aguja,

Con guiñar decia á usted:

Esta noche en Capellanes;

O esta noche en el.....

—Café.

—¡Ahí tiene Vd., hombre! en el café; ¡pues si es la cosa más natural del mundo!

—De manera, que si vamos al teatro para seguir al pié de la letra los consejos que nos dan las comedias, y á las cosas más inocentes se les da cordelillo...

—¡No! Pero es decirle á Vd. que hay que vivir con el tiempo, y dar á cada edad lo que es suyo, y no ser más papista que el Papa, y bailar al son que le tocan, y cuando pasan rábanos comprarlos.

—Pues amigo, yo no entiendo así la sociedad; y ya le digo á Vd., que á mí no me gana nadie á tolerante; pero yo, llamo cosas lícitas, como le he dicho á Vd. ántes, á.....

—Sí, ¡vamos! Vd., llama cosas lícitas á las que le gustan.

—¡Pero tíita!

—Nada, nada, te digo que no vuelve á venir, á mis lunes, ese señor periodista.

—¡Cuidado, que en tomando Vd. manía á una personal.....

—No es manía..... un escritorzuelo desvergonzado y.....

—¡Pobre muchacho! escribe con mucha gracia.

—Un cursi, un intransigente. ¿No es así como se llama á esos que no están nunca empleados, y que jamás hablan de nuestras reuniones del gran mundo? ¡Uf, qué plaga!; no sé cómo no los esterminó á todos mi primo el general Pagaseche, en su última..... en su última..... ¿Cómo llaman los periódicos á su última?....

—Intervencion providencial, tiita.

—¡Eso es! ¿Por qué no esterminaria mi primo en su última intervencion providencial, á todos los intransigentes, blancos y rojos (tu amigo es de la demagogia blanca, ¿no es eso?), que tienen siempre trastornado este pobre país, sin dejarla á una ir á tomar baños los veranos, ni dar bailes en el invierno, con tranquilidad y con sosiego?

—Pero, ¿qué culpa tiene de todo eso el pobre?....

—No le nombres, no quiero oír su nombre, y yo no sé cómo tú le miras siquiera á la cara.

—Pues hay otros que.....

—Sí señor; ya se ve que hay otros.

—Quiero decir que algunos dicen cosas peores que él, y.....

—Pero las dirán de otra manera, sin faltar á las buenas formas, ni al buen gusto, y eso es lícito.

—Le digo á Vd. que el lunes pasado oí yo unas conversaciones.....

—De manera, que si la gente viniera á los bailes á rezar el Rosario, volveríamos á los tiempos del sarao.

—Sí, y ahora estamos en los de la *Soirée... de Cachupin*.

—Pues hija mia, hay que vivir con el siglo; y en no haciendo más que cosas lícitas.....

—No sé yo qué entiende Vd. *por cosas licitas.*

—Lo que hace *todo el mundo*, lo que dice *todo el mundo.*

—¡Bonito mundo!

—Pues mira, inventa tú otro; yo no pido á la gente que sea mejor de lo que es, sino que sea culta.

—¿Y qué es ser culto?

—Ser presentable.

—¿Y qué es eso?

—¡Mira! no ser como tu amiguito, que es un puerco-espín..... si fuera como otros muchachos, como otros periodistas que aquí vienen, gente conocida y amable.

—¿Y presentable?

—Justo..... que escriben cosas que todo el mundo puede leer, cosas bonitas, de esas que todo el mundo entiende, y que son picarescas y maliciosas si se quiere; pero al mismo tiempo.....

—¡Lícitas!

—¡Oyes! parece que te estás burlando de mí, y puede que creas que porque pertenezco á la sociedad, no sé distinguir lo bueno de lo malo: ¡pobre sociedad! parece que ha cometido algun pecado; como si fuera posible que sin nuestra proteccion, hubiera industria, ni comercio, ni artes.

—Parece que me está Vd. leyendo un artículo de un periódico.

—Pues mira, no te vendria mal leer este parrafito.

—¿De esta revista?

—De esta, á no ser que tambien te parezca mal leer esas cosas.

—¿Y dónde leo?

—¿A ver? Aquí.

«A otro asunto, ménos alegre, pero tal vez más hondo; ménos festivo, pero más dramático; ménos ligero, pero más poético.»—¡Ay tia! ¿Es este el párrafo? Parece un problema de aritmética.....

—No es ese, pero sigue, que es un caso muy interesante.

«Una jóven linda, elegante, opulenta, está en amores con un bizarro oficial de nuestro valiente ejército. Este, dias ántes de estrechar con su prometida por medió de un matrimonio, los lazos que formó su corazon, se ve obligado á acudir al llamamiento de sus banderas. Pasan dos meses, largos, sombríos, terribles; la pobre niña no recibe ni una carta, ni un aviso, ni un simple recado. Un dia, los periódicos, mudos hasta entonces para el amante, hablan por fin. En la gloriosa carga de la accion de X..... el brillante capitán de lanceros Don..... habia muerto como bueno, quemando hasta el último cartucho de su revólver, y sin querer rendirse. La infeliz esposa no dice una palabra: muda, sin voz, sin palabras, sin aliento, pero serena al parecer, se retira á su cuarto. A la mañana siguiente, los gritos de una familia vigilante, solícita y cariñosa, anunciaron á la vecindad que *algo de horrible* habia pasado. *Julietta* no habia podido vivir sin *Romeo*; y con el periódico en la mano, se retorcia en su lecho virginal en los dolores de la agonía. La pobre niña se habia suicidado. Digan luego los excépticos, que el amor es uno de los dioses que han abandonado la tierra. Hay ciertos sucesos que á la vez que conmueven y aterran, consuelan y confortan. Aún no es todo materia en las almas. Aún hay algo más que positivismo é indiferencia en los corazones.»

—¿Qué te parece?

—No sé; pero creo que ninguna madre puede agradecer á un periodista, que hable así de la horrible desgracia de su hija. La muerte de esa niña me da frio.

—Pero, tonta, ¿no ves que eso no es verdad? ¿Que eso se dice para hacer literatura, para hacer contraste, para hacer?...

—¿Y eso, es lícito?

—Te pones muy pesada: trae, que voy á leerte otro párrafo; este sí que es inocente: verás qué bonito y qué bien dicho:

«El espíritu humano, y principalmente el espíritu femenino, tiene instintos y alas de mariposa. Así, liba aromas y destellos, entre el recogimiento de la oracion, y el galanteo desenvuelto de las pasiones. El espíritu ama en todas partes, porque hay una mano misteriosa que nos guia, invitándonos á amar al Creador en su obra más perfecta: la mujer.»

¡Ves! A esta lectura la llamo yo lícita y moral, porque no dice nada inconveniente.

—Pues mire Vd., tia: yo no entiendo una palabra; pero cuando yo me case con *mi puerco-espín*, y si Dios me da hijos, les quitaré de la vista esos párrafos, en que, para adular á las mujeres, se las llama mariposas, y se blasfema de la oracion, equiparándola con el galanteo desenvuelto de las pasiones.

—Sí, es claro; para tí, es pecado todo lo que huele á poesía, y á mundo, y á elegancia.

—Es verdad; y para Vd. es lícito, todo lo que le parece elegante.

—¡Le digo á Vd. que es una atrocidad!

—Hombre, por poco se escandaliza Vd.

—¡Digo! ¡Pues si le parece que es un grano de anís, lo que ha hecho ese tunante de Villadiego; marcharse de la noche á la mañana, sin esperar el día de la liquidacion!

—¡Qué diablo! El hombre no ha hecho más que lo que era lícito. Vd. no lo hubiera hecho en su caso, porque es agente colegiado; pero él, ¡que no era nada más que un zurupeto!

—¡Ah! De manera que Vd. cree que hay una moral para los zurupetos, y otra para los agentes colegiados.

—No señor; pero la culpa la tienen, los que contratan con un hombre sin responsabilidad moral y sin fianza.

—Eso es otra cosa; pero en resumidas cuentas, lo que hay es, que el que tiene buena fé, se fastidia siempre.

—Yo le diré á Vd., segun sea la buena fé.

—¡Hombre! yo llamo buena fé á no hacer más que contratos y operaciones lícitas.

—¿Y qué son operaciones lícitas?

—Las que hace *todo el mundo* que tiene buena fé. Comisiones de préstamos al Tesoro.....

—Con un interés de veintiuno por ciento.

—Eso es; al interés corriente; y jugadas de Bolsa.

—A plazo y solamente las diferencias.

—¡Naturalmente! comprar y vender en firme, no se llama jugar á la Bolsa.

—¿Y si juega Vd. á la baja, sabiendo de fijo que el papel va á bajar, porque se prepara una nueva emision, ó en la plaza va á sacarse á la venta una cantidad enorme de papel?

—¡Amigo, eso es lícito! no hay sino tener buenos informes, dedicarse, como yo me dedico, y se dedican todos los que tienen amor á la profesion, á averiguar noticias en los centros oficiales, procurarse relaciones en las oficinas y en los periódicos..... en fin, entender el negocio, y consagrarse á él seriamente; porque nuestra profesion es un sacerdocio; en nosotros se deposita la confianza de los clientes, y la fé pública y la.....

—Yo lo que veo es, que el que más y el que menos, trata de engañar al compañero.

—Claro está; pero ¡¡*licitamente!*! ¡qué demonio! porque el dia que en los negocios se concluya la buena fé, estamos perdidos.

—Es decir, que estarán perdidos los negocios.

—Llámelo Vd. hache.

—Pues qué quiere Vd., amigo, tanto se va tirando de la cuerda.....

—¿De qué cuerda?

—Pues del crédito, que á todo el mundo concedemos, que sobre cualquier cosa prestamos, que fiamos al azar de cualquier empresa.

—Amigo mio, esos son los negocios.

—Permítame Vd.; esos no son negocios, eso es ágio.

—El que compra se expone á perder.

—Pero como no compra nada, como el tipo de esas supuestas ventas, no es más que la bola de una ruleta gigantesca, que hace perder ó ganar sumas enormes, el que pierde, ó se levanta la tapa de los sesos, ó pone piés en polvorosa, como *su amigo* Villadiego.

—Era amigo mio, cuando creí que no hacia más que cosas lícitas.

—Es decir, cuando le ayudaba á Vd. en sus jugadas.

—¡Sí señor; porque entonces nos dedicábamos de buena fé.....

—A engañar á los demás.

—A mí no me tiene Vd. que enseñar lo que es lícito.

—No pienso tomarme ese trabajo, y me limito á advertirle que Vd. entiende por *cosas lícitas* las que le tienen cuenta.

LIBRO TERCERO

EN LA FAMILIA.
LIBRO TERCERO.

EN LA FAMILIA.

LIBRO TERCERO.

EN LA FAMILIA.

I.

Los recién casados ofrecen á Vd. su casa.

—Y, ¿donde van á vivir sus hijos de Vd.?

—Ellos, y yo tambien, lo confieso, querian buscar una habitacion cerca de la mia, y no muy lejos tampoco de los padres de Luisa, y de la oficina de Enrique; pero no les ha sido posible; ¡ya vé Vd., un matrimonio jóven necesita tanta casa! Que han tenido por precision que irse al barrio.

—Señora, pues yo creia que un matrimonio jóven cabe en cualquier parte, digo, quiero decir, que en dos ó tres años..... Vd. dispense, no sé lo que me digo.

—Está Vd. dispensado, y ya sé lo que quiere usted decir; pero no crea Vd. que los matrimonios de ahora, pueden vivir de cualquier modo.

—Pero en fin, sus hijos de Vd. no van á dar bailes, y no creo que necesiten más casa, ¡que una salita, gabinete, su buena alcoba, un despachito para Enrique, comedor, y un par de cuartos para criados; eso en Madrid se encuentra en cualquier parte, y puede tenerse por seis mil reales.

—¡Sí, sí! ¡seis mil reales! Nueve les cuesta la que tienen tomada en la calle de Curro-Cúchares, que es una de las últimas del barrio, al lado ya de la zona de ensanche.

—Vaya, pues se habrán ensanchado tanto sus necesidades, que ya no caben en el término municipal de la villa.

—No lo crea Vd., tienen lo necesario y nada más.

—¿Lo necesario? Si me demuestra Vd. que un par de muchachos, en lo mejor de su edad, necesitan más de lo que ya he dicho; su salita, su.....

—Calle Vd., hombre, calle Vd.: ¿me va Vd. á describir otra vez esa especie de portería?

—¡Cómo portería! Pues en una casa así me casé yo, y soy muy feliz en mi matrimonio, y no me ha impedido tener.....

—Ya sé, ya sé lo que ha tenido Vd. ¿Y quiere usted comparar unas costumbres, unos tiempos con otros?

—Pero señora, ¿cree Vd. que yo me he casado cuando la guerra de sucesion? El año cuarenta y ocho; ya se acordará Vd., cuando aquello de las sociedades de crédito, tomé yo una casita nueva en la calle de la Madera, y le aseguro á Vd. que.....

—Pues amigo mio, si ahora volviera Vd. á casarse, tendria que vivir como todo el mundo.

—¿Y cómo vive todo el mundo? Porque supongo que por mucho que se haya adelantado desde el año cuarenta y ocho, para dormir cuatro personas, lo más que pueden necesitarse, son cuatro camas; y para comer una familia, basta con un comedor y una cocina; y todos los negocios del mundo, pueden despacharse en un solo despacho, y no veo en qué pueden emplearse los demás cuartos de una casa.

—Pues le voy á decir á Vd. los que tiene la casita que han tomado los novios. Entra Vd. en el recibimiento, y en seguida está la antesala.}

—¿Y qué hace allí la antesala?

—Hombre, por alguna parte se va á entrar en la sala.

—¿Para qué? En mi sala no entra nadie nunca, y probablemente lo mismo pasará en casa de Enrique.

—Si empieza Vd. á interrumpirme, me callo.

—No; siga Vd., siga Vd. Pero ahí tiene Vd. ya una pieza inútil..... pero siga, siga Vd. diciendo.

—La antesala, luego la sala; de esta no tendrá usted nada que decir, porque en alguna parte van á recibir á sus amigos.

—No digo nada, siquiera porque me cuento en el número.

—A la izquierda..... iremos por la izquierda.....

—Vamos por donde Vd. quiera.

—A la izquierda un gabinete, imprescindible tambien; ya ve Vd., sin gabinete.....

—Pase el gabinete.

—Al lado del gabinete, los cuartos de Enrique.

—¿Cómo los cuartos? Dirá Vd. el despacho.

—No señor, no sea Vd. pesado; las habitaciones que necesita imprescindiblemente un hombre, un cuarto de lavarse.....

—¡Un cuarto entero para la jofaina!

—Mire Vd., apenas caben las dos de mi hijo y el baño en su cuarto de lavar.

—Pero señora, su hijo de Vd., ¿es lavandera?

—Vamos, decididamente no quiere Vd. oirme.

—Continúe Vd., continúe Vd.; estábamos en el cuarto de los barreños, al lado del imprescindible gabinete de la izquierda.

—Detrás del cuarto de lavarse, el cuarto de dormir.....

—¡Señora!.... me callo.

—Y en comunicacion con él, el despacho y el antedespacho.

—¡Tambien antedespacho!

—Y ya estamos en la antesala..... Entremos otra vez en la sala. ¿O prefiere Vd. que ahora vayamos por el pasillo?

—Vd. lléveme por donde le parezca.

—Pues bien, á la derecha de la sala, la pieza de noche.

—Es decir, la alcoba.

—No hombre, no; la pieza de confianza, la salita en que se suele estar por la noche.

—¿Y por qué no están allí tambien de dia, y no necesitarán la otra sala?

—Porque no está bien visto.

—Eso es otra cosa; continúe Vd. por el pasillo.

—En seguida el cuarto de dormir.

—¿De quién?

—¡De quién ha de ser, del matrimonio!

—¿Y el otro?... Vd. dispense, ya no vuelvo á desplegar mis lábios.

—Luego el tocador de Luisa, los dos cuartos de armarios.

—Vea Vd. unos armarios bien alojados.

—Y despues el comedor, el cuarto de la plancha, los dormitorios de criados, cocina, etc., y pare Vd. de contar.

—¿Nos salimos otra vez á la antesala?

—¿Por qué?

—Nada, lo decia para descansar un rato. La casa de sus hijos de Vd. hay que verla como los museos: con el catálogo en la mano.

—Pues le digo á Vd. que no tienen más que lo preciso, y que al primer hijo que tengan.....

—Tendrán que mudarse, ¡ya lo creo! y si la familia se aumenta un poco, al cabo de veinte años tendrán que alquilar el cuartel del Conde-Duque ó el palacio de los Consejos, solo para colocar las jofainas y los armarios!

—¡Qué amigo es Vd. de exagerar las cosas!

—¡Que exagero! Pues haga Vd. el favor de decirme, si cada individuo de una familia necesita para él solo un cuarto para dormir, otro para lavarse, otro para recibir, y otro para trabajar, cuántas habitaciones necesita una familia, compuesta de una matrimonio y cinco hijos.

—¡Qué sé yo!

—Pues yo se lo diré á Vd., veinte y ocho; sin contar la sala, el gabinete, el comedor y los cuartos de la familia; solo en amueblar una casa de esas condiciones, habrá gastado un dineral su hijo de Vd.

—Sí, no ha dejado de costar caro; es decir, caro

no, ¡porque si Vd. viera otras familias....! la de Ganchosa, por ejemplo, en la boda de su hija Clarita; aquello, aquello si que era lujo; solo el *trousseau* importaba siete mil duros; pero ni Enrique ni yo, estamos por esos excesos; y lo que él dice: «Ya que no pueda sostener grandezas en mi casa, quiero al menos, que mi mujer la encuentre bien alhajada y no eche de menos la suya.» Ya sabe Vd. que los padres de Luisa, aunque en estos últimos tiempos han sufrido reveses de fortuna, han vivido siempre muy bien.

—Sí señora, sí, me consta que han vivido *demasiado bien*.

—Así es, que hemos procurado, aún á costa de algun pequeño sacrificio, que no le falte nada.

—Eso es muy laudable, sobre todo, si siempre pueden Vds., aún multiplicando los pequeños sacrificios, hacer que nada, absolutamente nada, falte nunca á la nueva familia de Enrique, ni siquiera el cuarto de los armarios de Luisa.

—Amigo, yo me lavo las manos.

—¿En las dos jofainas?

—No sea Vd. pesado; quiero decir que el porvenir corre por su cuenta.

—Mucho me temo que no le salga á Vd. la suya.

—No lo crea Vd. Enrique es muchacho de juicio, y demasiado sabe, lo que una renta de cincuenta mil reales puede dar de sí.

—¿Y no teme Vd. que confie en la elasticidad ilimitada de esa renta?

—No señor: ¡Si le oyera Vd. cómo habla de los deberes de su nueva vida! «Precisamente—me decía el otro día:—quiero yo gastar algo más de lo que debo en mi casa, para gozar en ella de los encantos de la

vida íntima.» Y mire Vd., francamente, hay que convencerse de que los chicos de ahora tienen mucho más gusto, más.....

—Sí, y más gastos tambien.

—Quiero decir que piensan en algunas cosas mucho más que nuestros contemporáneos. No puede usted figurarse qué ideas tan nuevas han tenido esos muchachos para adornar su casa. Vaya Vd. á verla, hombre; verá Vd. qué elegante y qué sencilla. El salon es de gusto Luis XIV.

—No sé, ni he necesitado nunca saber, qué gustos tenia ese señor.

—Dorados severos en los muebles, forrados de damasco, algunos bronce, colgaduras de seda y portiers de Gobelins, por supuesto, imitacion.

—¡Ah! Por supuesto.

—El tocador de Luisa á la Pompadour.

—Sea en horabuena.

—Pero Pompadour sencillo; no vaya Vd. á figurarse.....

—Sí, ya estoy; un Pompadour de tercera.

—Muebles vestidos de cretona, relojes y candeleros rocaille, y cuadritos y chucherías de porcelana, mucho amorecillo, mucha flecha, mucho carcax y mucha antorcha de himeneo.

—Vamos, mucha mitología.

—¡Eso es! El comedor, Renacimiento.

—¡Si yo tuviera uno á mi disposicion!

—El qué ¿un comedor?

—No señora, un renacimiento; pero habia de ser como yo dijera. Continúe Vd., continúe Vd.

—Pues nada, fuera de esas habitaciones, las demás no tienen carácter.

—¡Las compadezco!

—Pues mire Vd., todo hace muy buen efecto; y si usted se decide alguna vez á ir á ver la casa.....

—Ya se ve que iré; así que se casen los chicos, voy una mañanita á sorprenderlos.

—Tendrán mucho gusto en recibirle á Vd.; y así que vuelvan de su viaje.....

—¡Cómo! se marchan.....

—¿Pues qué han de hacer los pobres? Si unos recién casados no hacen siquiera un viajecito de un par de meses á París y Bruselas, y una de esas excursiones baratas á las orillas del Rhin, ¿cuándo tendrán ocasion de hacerlo?

—Nunca..... es claro, nunca; mire Vd., yo no hice nada de eso cuando me casé, y sospecho que voy á morirme sin ver el Rhin más que en los cosmorama, y es un dolor, para el Rhin sobre todo. ¡Ah! Pero cuando vuelvan, me voy por allí un día y.....

—Ya le avisaré á Vd. entonces, qué día fijan para.....

—No, si á mí me son todos iguales.

—Bien; pero como Vd. querrá verlos.....

—Naturalmente.

—Es preciso que vaya Vd. el día que se *queden en casa*.

—¡Ya! ¿No van á quedarse en casa más que un día? No me parece mucho.

—Un día á la semana; hombre, no sea Vd. tan material.

—Bien, bien; pero, ¿y qué van á hacer los demás días?

—Qué sé yo. Luisa saldrá de tiendas, Enrique irá á sus negocios, se abonarán á algun teatro, asisti-

rán á algun baile; pero los martes, por ejemplo, ó los miércoles, se quedarán en casa.

—Pues hombre, era cosa de no incomodarles, el único dia que destinan á sus quehaceres domésticos.

—Pero si precisamente se quedan en casa, para recibir á los amigos.

—Es decir, que estarán en la calle seis dias á la semana, y el sétimo se traerán la calle al salon Luis XIV para no perder la costumbre.

—Es decir, que Vd. es un grandísimo socarron, y un misántropo insoportable, que todo lo analiza, que encuentra censuras para todo, sin tener en cuenta que cada tiempo tiene sus costumbres, que cada sociedad tiene sus leyes, y que es locura, y más que locura, vanidad insigne y peligrosa, alzar-se contra lo que *todo el mundo* tiene autorizado como conveniente, y admitido como razonable.

—Yo señora, permítame Vd. mi ignorancia; no conozco á todo el mundo, y por lo tanto estoy completamente á oscuras acerca de sus leyes. He oido, sí, muchas veces, en las mil ocasiones en que desde mi cuarto segundo de la calle de la Madera, he asistido á la ruina de alguna persona, decir como frase corriente y admitida, que *todo el mundo* la tenia anunciada, con meses y aún con años de anticipacion. Usted me dirá si ese *todo el mundo*, es el que autoriza como conveniente, y admite como razonable, que las casas de las familias de la clase media, sean cátedras de estilos y gustos antiguos; museos de chucherías artísticas; thermas privadas; galerías de pinturas, y establecimientos intrincados, en los que sus dueños no se quedan más que una vez á la se-

mana por el día, y el menor número de horas posible por la noche. Usted me dirá, qué autoridad tiene *todo el mundo*, para censurar á los arruinados que se arruinan por seguir sus leyes *razonables y convenientes*; y si logra Vd. explicarme satisfactoriamente, este contrasentido de un mundo que impone á sus hijos la obligacion de gastar todos los años más de lo que tienen, sin permitirles, bajo pena de excomunion, el natural recurso de quedarse pobres, me comprometo á hacer un libro, en el que pruebe matemáticamente, que Vd., y sus hijos los futuros dueños del salon Luis XIV, y áun esa entidad anónima, pero omnipotente, llamada *todo el mundo*, están en el goce perfecto de sus facultades intelectuales, y no hay motivo ni áun sombra de pretexto, para enviarles, con recomendacion expresa, al manicomio modelo de San Baudilio de Llobregat, ó á otro establecimiento de índole análoga.

proveen con extremada diligencia á las necesidades de su presente. Porque, después de todo; ¿qué necesita un niño ó una niña, un joven ó una joven, desde los cuatro á los veinte años? Casi nada; trajes elegantes que abriguen y ajusten sus cuerpos; juguetes con que divertir sus horas de juego, una institucion elemental que reglamente sus horas de trabajo; un colegio de nota en que pasen algunos años de su vida; un baño ruso todas las mañanas; y dos tazas de té por la noche. Ahora bien; los padres, aunque quieran, no pueden emplearse en estas ocupaciones, y hacer de su ejercicio el único fin de su existencia.

El padre, la madre y el hijo de familia.

No juzgueis nunca con ligereza; no os imagineis al ver los paseos de Madrid, los teatros y los salones de buen tono, los cafés, los Ateneos y los Casinos, llenos de madres y de padres de familia, que los herederos de estas personas, ó vulgares ó distinguidas, crecen como plantas silvestres, y se educan como salvajes, sin deber á sus ascendientes ni un cuidado, ni un consejo, ni una caricia.

No falta (aunque á primera vista parezca otra cosa) á esas inocentes inteligencias, á esas preciosas, pero delicadas criaturas, la direccion moral, ni los cuidados materiales, que su edad y natural desvalimiento reclaman de consuno; y si materialmente no descubris, guiando sus pasos en la vida, á los naturales tutores de su debilidad inocente; no penseis por eso que estos no se ocupan de su porvenir, y no

proveen con extremada diligencia á las necesidades de su presente.

Porque, despues de todo, ¿qué necesita un niño ó una niña, un jóven ó una jóven, desde los cuatro á los veinte años? Casi nada; trajes elegantes que abriguen y ajusten sus cuerpecitos, juguetes con que divertir sus horas de juego, una institutriz alemana que reglamente sus horas de trabajo, un colegio de nota en que pasen algunos años de su vida, un baño ruso todas las mañanas, y dos tazas de té por la noche. Ahora bien; los padres, aunque quieran, no pueden emplearse en estas ocupaciones, y hacer de su ejercicio el único fin de su existencia.

* * *

Creedlo; despues de aislar á sus hijos de sus propias habitaciones, y evitarse así ellos la molestia estéril de atenderlos en todos sus caprichos y exigencias, y á sus herederos una inútil, y á veces incompetente vigilancia de todos los actos de su vida; despues de colocarlos en un cuarto espacioso; despues de buscar cuidadosamente una *Bonne* alemana para los más pequeños, y una aya inglesa para los mayorcitos; despues de pagar corrientemente, y hasta por meses adelantados, la pension más alta, del colegio más caro; despues de satisfacer las cuentas de sastres y modistas, y de seguir religiosamente las prescripciones del facultativo, bañándoles en el mar los veranos, y haciéndoles hacer gimnasia en el invierno, la mision de los padres es hoy limitadísima, y aún los más celosos se verian muy

apurados para discurrir otros cuidados, que puedan reportar alguna utilidad á los hijos de su corazón.

Los padres, que en la sociedad antigua eran los administradores de su familia y los jefes de la casa, son hoy meros administradores del gobierno de la sociedad, dentro del hogar doméstico.

Lo que esta ordena, ellos lo ejecutan; lo que propone, ellos procuran realizarlo; y si alguna vez su iniciativa individual, les sugiere alguna idea nueva, algun punto de vista atrevido en la educacion de sus hijos, le desechan como mal pensamiento, ó no se deciden á ensayarle hasta tanto que le sometan á la piedra de toque de la comun opinion de *todo el mundo*.

Esta ha decidido hoy que todos los jóvenes sean igualmente robustos, que todas las niñas sean igualmente elegantes, y que unas y otros sean igualmente instruidos.

La cantidad de agua fria, administrada por regaderas; de lazos y de escotes, suministrados por con-trata; y de historia y geografía, embutida en los cerebros infantiles por institutrices cosmopolitas, puede decirse que es igual en todas las familias. La sociedad infantil, parece regida por las inflexibles leyes de ese gran colegio, del que cada casa no viene á ser más que la sala de estudios.

En él, los padres no ejercen más funciones, que las humildes funciones de un pasante.

Algunos dirían que la educación es una tarea difícil y que sin dificultades no se puede hacer.

No hay pues, en estos abandono; no hay descuido, no hay falta de celo; hay al contrario, previ-

sion cuidadosa al limitarse en el régimen de sus familias, á la estrecha esfera de sus secundarias atribuciones.

Ellos lo que desean es ver educados á sus hijos, y como *todo el mundo* ha convenido en afirmar que la educacion del padre es insuficiente, atrincherados en esta insuficiencia, dejan que *todo el mundo* les eduque sus hijos como mejor lo entiendan....

No se crea que esto puede hacerse sin dolorosos sacrificios. Esa madre, que elegantemente prendida para un concierto vespertino, ó para una corrida de toros, sale de su casa sin despedirse de sus hijas, robaria con gusto media hora de armonía ó tres suertes de vara á sus predilectas diversiones, por poder acariciar á aquellos tiernos pedazos de su alma sensible y cariñosa; pero, ¿tiene derecho, por satisfacer un pueril capricho, á interrumpir á la institutriz, que en aquellos momentos las explica luminosamente el origen de la *Gran Carta*, ó las vicisitudes y peripecias del *Parlamento Largo*?

En cuanto al padre, si se marcha al Congreso todas las tardes sin dar á sus hijos un beso, es porque coincide su salida con la leccion de gimnasia:

Algo hay que hacer por los hijos, exclamarán interiormente el padre y la madre, y lo ménos que puede hacerse, es no interrumpir su educacion.

Algunos objetan que hay cierta educacion, la primaria, la religiosa, la moral, que sin dificultad pueden encargarse de dar los mismos padres; pero esas personas (oscurantistas y reaccionarios en su mayor

parte, que con capa de moderacion, quieren imbuirnos sus errores), se olvidan de un elemento imprescindible de la educacion moderna; se olvidan de la base, de la clave, digámoslo así, del edificio pedagógico de la adolescencia elegante, se olvidan del inglés.

¿Qué niño, medianamente educado, se atreve hoy á romper á hablar en castellano? Pase que más adelante, cuando se trate de pronunciar un discurso, ó de sostener una tesis académica, se exprese en el idioma vulgar de Garcilaso y de Cervantes; y aún entonces será conveniente que le realce con cierto acento extranjero, y le aderece con tal cual locucion anglo-sajona; pero en su niñez, en su adolescencia, cuando sus faldas escocesas, sus gorras de *higlander*, sus piernas desnudas, y sus músculos, preparados para todo género de *sports*, prometen convertir á España en una Inglaterra sin nieblas, y con deuda flotante, hablar en castellano, seria como renunciar á una naturalizacion difícil, pero de una influencia decisiva en su porvenir público y privado.

Pues supongamos, que los abuelos de *master Antonio*, no hayan tenido con su hijo los mismos cuidados que éste ha tenido con el suyo; y que si aquel aprendió el inglés, lo aprendió tarde, y su pronunciacion no es correcta. ¿Puede, en ese caso, comunicarse íntimamente con su hijo, estropear sus adelantos, y destruir en pocos dias, so pretexto de educarle, la obra laboriosa de la respetable Mrs. Porter, su institutriz y su maestra?

En el porvenir, se recogen con creces los frutos de estos costosos sacrificios.

Si un niño se educa con entera independencia, de sus padres, separado de estos por la doble barrera de una pared de carga y de un lenguaje exótico; si llega á considerar las costumbres de su pátria como extrañas á sus simpatías, y en oposicion con sus gustos, en cambio, al ser hombre, hace de estos hábitos una segunda naturaleza, poco á propósito, en verdad, para la vida de familia, pero muy convenientemente para la vida social, tal como se comprende en las modernas sociedades.

El padre encontrará en su hijo ideas propias y formadas, respeto profundo á su autoridad y á su opinion, en tanto cuanto su autoridad no cohiba su independencia, y su opinion no conspire contra su libertad.

La casa entonces dejará de ser sala de estudios, ascendiendo á casa de huéspedes. Cada hijo tendrá su cuarto, sus horas y sus criados. Por estaciones, por meses ó por semanas, advertirá cada pupilo las comidas que va á hacer en el comedor, y las que se propone *consumir* en su cuarto; la puerta de la calle estará dia y noche á la disposicion de los huéspedes, y los lazos domésticos se formarán con los cordones de las campanillas.

Si en tal disposicion, una visita inocente de provincianos, ó de personas *poco conocidas*, llama á la puerta, y pregunta sencillamente al criado, «si los señores están en casa,» no debe sorprenderse de que el criado le responda:

—¿Por qué señores pregunta Vd.?

Y si no precisa los términos de la pregunta, é in-

siste vagamente en que desearia ver *á los amos de la casa*, no tiene derecho á esperar otra respuesta que la siguiente:

—El señor ha salido, la señora no se queda en casa más que los jueves, el señorito Antonio está comiendo, y el señorito Juan no recibe.

—Es indudable que á una familia así organizada, le falta algo; pero por mucho que se busque, no le falta ni un átomo de egoismo, ni un grano de indiferencia para ser un modelo de buen tono....., del buen tono que ha convenido *todo el mundo* en que nadie puede poseer, como no siga humildemente sus mandatos, y no copie con fidelidad sus patrones.

aiste vagamente en que desearia ver a los amos de la
 casa, no tiene derecho a esperar otra respuesta que
 la siguiente: «No se puede entrar en la casa».
 —El señor ha salido, la señora no se queda en casa
 en más que los jueves, el señorito Antonio está con
 miendo, y el señorito Juan no recibe visitas a casa.
 —Es indudable que a una familia así organizada
 le falta algo; pero por mucho que se busque, no le
 falta ni un átomo de egoísmo, ni un grano de indi-
 ferencia para ser un modelo de buen tono... del
 buen tono que ha convenido todo el mundo en que
 nadie puede poseer, como no siga humildemente sus
 mandatos, y no copie con fidelidad sus patrones.

... que alguna disculpa merece el que al fin y al
 cabo es padre de familia.

... conocerá á alguna persona formal, respetable y
 lista sería, que ocupado un puesto político eleva-
 do en la administración pública, os habla en con-
 fianza del profundo desahorro que existe entre las
 opiniones y las del Gobierno establecidos. Os repeti-
 rá cien veces, que «en conciencia de hombre honrado

III.

... se hubiera frecuentemente contra tal ó cual acto po-
 lítico; que «sus convicciones están siempre luchan-
 do contra su conducta», y que «hay ocasiones en que

El porvenir de mis hijos.

... de averiguar, que en política que considera finasta. Guardaos
 bien de aconsejarle que rompa con el Gobierno á
 quien censura; que se desligue de sus servidumbres
 que le familia, y de

—No, ¡pobrecillo! Diga Vd. que es un desgra-
 ciado.

—Digo y repito que es un tunante. Se fué á Cuba
 tronado, volvió poco ménos que bajo partida de re-
 gistro; á los dos meses echó coche, luego le emplea-
 ron en Hacienda, y tambien salió de allí malamente,
cuando lo del empréstito Jota-Hache; despues le veo
 por ahí muy bien portado; y sé que tiene deudas, y
 se le ha visto en el Casino jugar fuerte, y

—¿Y qué quiere Vd. que haga un hombre cargado
 de familia, lleno de obligaciones?

—Hombre! así cualquiera tiene obligaciones; lo
 que tendría mérito es que cumpliera con ellas como
 Dios manda.

—Corriente; en eso estamos todos; pero quiero de-

cir, que alguna disculpa merece el que al fin y al cabo es padre de familia.

*
* *

Conocereis á alguna persona formal, respetable y hasta sería, que ocupando un puesto político elevado en la administracion pública, os hable en confianza «del profundo desacuerdo que existe entre sus opiniones y las del Gobierno establecido.» Os repetirá cien veces, que «su conciencia de hombre honrado se subleva frecuentemente contra tal ó cual acto político;» que «sus convicciones están siempre luchando contra su conducta,» y que «hay ocasiones en que se avergüenza interiormente de contribuir en su esfera á una política que considera funesta.» Guardáos bien de aconsejarle que rompa con el Gobierno á quien censura; que se desligue de una servidumbre que le humilla, y de una obediencia que le afrenta. Esa persona formal, respetable y hasta sería, que en esos términos se expresa, debe ser tambien padre de una numerosa familia, y no es delicado ni caritativo aconsejarle en esos términos absolutos.

El mismo se adelantará á vuestros consejos, á poco que le anime vuestra confianza, y exclamará entre dos suspiros, que atravesando vuestro chaleco, os traspasarán el corazon: «¡Ay, amigo! yo bien sé lo que debo hacer en este caso; mi conciencia me lo dice bien claramente, y, si yo no tuviera deberes más altos que cumplir, seguiria sin vacilar la línea de conducta que me traza mi convencimiento; pero, ¡soy padre, y no me pertenezco! ¡mi primer deber es no arrojar por la ventana el porvenir de mis hijos!»

—Corriente: en eso están todos: * * *

Hay muchos especuladores que ponen al azar de un negocio su fortuna y su crédito; los hay que arrastran en su caída, el crédito y la fortuna de sus amigos.

¿Los creéis ambiciosos? Pues vuestra experiencia os engaña miserablemente. ¿Sabeis lo que procuran con esa agitacion febril, que tomáis por impaciencia, con esa avidez inconsiderada que motiva vuestras censuras? Pues solo tratan de formar para sus hijos una gran fortuna.

No creáis que ellos codician para sí esa riqueza por que se afanan.

En realidad de verdad, los que juegan á la Bolsa, los que prestan á menores, los que contratan con el Gobierno, los que negocian letras sospechosas, y los que compran bienes nacionales, en una palabra, los que á toda costa necesitan ser ricos, no son ellos; son una niña de seis años, que acaba de entrar en las Ursulinas; un caballerito que todavía sale á paseo con su niñera; y una criatura de cinco meses que en la liquidacion del mes pasado anunció á sus padres, con su primer diente, el firme propósito que habia formado de que aquellos fueran millonarios. ¡Los hijos! ¡los hijos! Si no fuese por ellos, ¿creéis que habria en el mundo agiotistas ni emprendedores?

Y si los padres hacen por los hijos costosos sacrificios, ¡qué no harán las madres! ¡las madres, que como todo el mundo sabe, no tienen otra vida, otra aspiracion, otra gloria, que la felicidad, la alegría, el esplendor de aquellos inocentes pedazos de su alma!

Por su bien, dilatan lo más posible su infancia, y prolongan indefinidamente su adolescencia, librándoles así de los peligros que la juventud lleva

consigo. En su obsequio, les colocan largos años bajo la mirada vigilante de una aya ó bajo el régimen inteligente de un colegio. En su honor, dan bailes los inviernos, y recorren los veranos el litoral elegante y las *thermas* más á la moda. Por ellos se visten con lujo, conservan el coche, se abonan al teatro, tienen mesa espléndida y se quedan en casa los jueves.

Muchas madres, preferirían una vida más modesta y unas costumbres más sencillas que la vida y las costumbres elegantes á que están condenadas, como *todo el mundo*; pero «¡algo hay que hacer por los hijos!» Quien no los tenga, puede ser egoísta. La madre que no está dispuesta, por exigirlo así el porvenir de sus hijos, á trasnochar tres veces á la semana, á tocar el arpa en todos los conciertos benéficos, y á escotarse todos los domingos, no merece siquiera una mención honorífica en la sección especial destinada en las revistas de salones á perpetuar las virtudes íntimas y domésticas de nuestra sociedad elegante.

—¡Cómo se ha arruinado D. Fulano!

—¡Pobre hombre! la historia de siempre; ha querido hacer ricos á sus hijos.

—¡Cómo! ¿pues los suyos no heredaron la cuantiosa fortuna de su difunta madre?

—Es que él tenía además tres hijos naturales.

Así habla *todo el mundo*; así piensa *todo el mundo*. Esa ilustrada y omnipotente mayoría, no tiene frases laudatorias, ni aplausos públicos, ni votos de gracias, por unanimidad concedidos, más que en favor de las acciones brillantes y de los sucesos famosos. No diré que ame el vicio; pero solo aplaude la virtud cuando se practica con escándalo.

En un padre trabajador y honrado, que lentamente y por buenas artes acrecienta su fortuna, que educa á sus hijos con modestia, y vive en su casa con economía, su familia, sus amigos, sus convecinos, tienen mucho que aprender; pero el mundo no tiene nada que aplaudir; el mundo ignorará acaso siempre la oscuridad de sus sacrificios y la heroica abnegacion de sus modestas virtudes. Sea dicho en su abono, al padre que así cumplé con sus deberes, tampoco le aprovecha para nada el aplauso del mundo.

En cambio, ese mundo no estaria completo, si solo contara entre sus brillantes asociados, eminentes políticos, bizarros guerreros, inspirados poetas, profundos estadistas, galantes jóvenes, damas discretas, hombres opulentos, y calaveras elegantes; si solo le pagaran tributo y rindieran vasallaje los placeres del fausto y la riqueza: para que con justicia se llamase á sí mismo *todo el mundo*, necesita que las virtudes entren tambien, de buena fé, en la concordia unánime, en el compromiso universal que para bien de todos tiene establecido. Y así, mientras los padres y las madres que honradamente cumplen sus deberes, no necesitan para nada del mundo, éste no puede pasarse sin padres y sin madres, que hagan su obligacion al estilo del mundo.

Y no es lo triste que *todo el mundo* busque con afán un padre que, al *sacrificarse* por su hijo, satisfaga una pasión ó un apetito; una madre que entre las joyas que amontona para la hija de sus entrañas, se olvide de incluir la joya inapreciable de su estimación; una familia, en fin, en que el decoro y la honra, hagan el oficio de viles materiales para el trabajo verdaderamente importante, para la obra exclusiva de su engrandecimiento; lo sensible, lo verdaderamente desconsolador es que el mundo encuentra casi siempre lo que busca.

Una virtud de relumbron, una pasión legítima, teatralmente sentida y teatralmente exagerada; un epitafio pomposo para cualquier víctima vulgar; un mote ilustre para cualquier afecto dudoso.

IV.

La mejor dote.

Todo el mundo sabe en Madrid, que las señoritas doña Clara, doña Felisa y doña Virtudes de Gomez Pinto, son, consideradas aisladamente, estrellas del cielo madrileño, y juntas, una brillante constelación, cuya aparición ó desaparición se consigna como una efeméride notable en el almanaque de salones.

Que Clara Gomez Pinto es *una notabilidad en el arpa*, que su hermana Felisa *es de una gran fuerza al piano*, y que Virtudes, la más pequeña, canta como *verdadera virtuosa*, lo dicen una vez á la semana, por lo ménos, todas las revistas de salones. Que todas poseen el francés, el inglés, el alemán y el castellano como cualquier profesor de idiomas extranjeros, que montan á caballo como las amazonas, que bailan como las huries, que resbalan por el hielo

como las sílfides, se lo cuentan unos á otros todos los muchachos elegantes, que comparten con ellas, estos ejercicios y pasatiempos del gran mundo.

Pero lo que no saben estos mismos muchachos, tan enterados por lo demás de cuanto se refiere á las de Gomez Pinto; lo que el revistero de salones calla discretamente, contra su costumbre; lo que todo el mundo ignora, es lo que la señora de Gomez Pinto, madre de estas interesantes niñas, dice al oido de sus amigos íntimos, en los raros momentos que sus múltiples ocupaciones la permiten consagrar á las confidencias domésticas; es á saber, que sus referidas hijas, Clara, Virtudes y Felisa, poseen cada una, además de sus gracias personales, y de los atractivos con que las realza la educacion brillante que han recibido, un cuantioso dote.

La señora de Gomez Pinto, tiene demasiada delicadeza para expresar con prosáicos y materiales pormenores, el detalle exacto del caudal de sus hijas; pero cuando delante de ella se habla de la dote de cualquiera heredera, tiene buen cuidado de hacer constar, siempre con la superioridad que en este género de conversaciones la prestan su aplomo mundano, y la alta esperiencia de unas costumbres, á cuya observancia vive exclusivamente consagrada, «que ella no considera los bienes de fortuna como elemento indispensable, ni siquiera auxiliar poderoso, de la felicidad en la tierra;» que «sus hijas opinan como ella en este y en todos los puntos opinables;» que «la mencionada heredera (amiga suya y compañera inseparable de sus hijas), no necesita de su caudal para verse rodeada de admiradores y escoger entre ellos un marido,» y que «lo mismo les

sucede á Clarita, Virtudes y Felisa, que cuentan para establecerse con lo que, á los ojos de *todo el mundo*, constituye el mejor dote de una señorita.»

Las de Gomez Pinto, bien ajenas por cierto en su juvenil inocencia, de la espinosa conversacion de su severa madre, continúan enseñando á todo el mundo, el interesante catálogo de sus encantos fisicos, morales é intelectuales. La gasa de sus vestidos de baile, no es más vaporosa que su alma, ni más palpable que su sonrisa, ni más consistente que sus deseos. Nada material, nada humano, nada terrestre les preocupa ni impresiona; una carcajada argentina, una flor delicada, un wals, una cancion, un beso de una amiga, una escala cromática, un sorbete ó un perro faldero, parecen á sus ojos, los únicos objetos dignos de ocupar la atencion y el tiempo del humano linaje.

«¿Las gentes se destrozan unas á otras por estarse decente y legalmente unos cuantos miles de reales?»—No lo creen, es imposible; jamás lo han oido.

«¿Hay algunas mujeres que engañan á los hombres, y bastantes hombres que engañan á las mujeres, y muchísimas mujeres que se engañan entre sí?»—Podrá ser, pero ni siquiera tienen noticia de un caso semejante.

«¿Dicen que algunas muchachas están impacientes por casarse, y que este deseo absorbe por completo la actividad y la inteligencia de la mayor parte?»—Han oido hablar de eso como se oye una exageracion graciosa, y no dudan que es un buen asunto de bromas elegantes y de *calembours* del mejor gusto; pero ni se les pasa por las mientes que esa

supuesta inclinacion de las mujeres al matrimonio, tenga más realidad que la que le presta la fantasía.

De sí pueden decir, que adoran á todas las mujeres, que detestan á todos los hombres, y que si vienen á los bailes, si asisten diariamente al paseo, si no faltan cada dos noches á un teatro, si se quedan en casa todas las semanas, y si van todos los veranos á las playas elegantes, es únicamente porque así lo hace *todo el mundo*.

¡Ingrato mundo! A pesar del culto que le tributan estas tres sacerdotisas suyas, no acaba nunca de evacuar la cita que la señora de Gomez Pinto le ha hecho sobre lo que entiende por *mejor dote*, y cuando ve pasar á sus hijas, las saluda con la más afable, pero al mismo tiempo con la más protectora y compasiva de sus sonrisas.

Pero no por eso es ménos cierto, que estas tres gracias de los salones, posean cada una un buen dote, ni que este sea el mejor de los conocidos. ¿Qué diría el corredor de bodas, más positivista, de un dote inconsumible, y al mismo tiempo productivo, de un dote que no pague trasmision de dominio, y que suponga sin embargo, una propiedad no despreciable, que produzca dinero, y no necesite administrarse?

Pues un dote de estas condiciones, han constituido los sábios desvelos, los sacrificios oportunos, y la alta política social de la señora de Gomez Pinto, á sus preciosas hijas.

Supongamos por un momento, que segun afirma la crónica elegante, el apuesto marqués de Val-de-Vivo, ofrezca definitivamente, á los piés de la hermosa Clara, su corona, su libertad, y sus deudas. La que

fué de soltera Clara Gomez Pinto, sabrá, no lo dudeis, ser de casada una marquesa de Val-de-Vivo.

El marqués se despertará una mañana, convencido de que ya es tiempo de que «pague á su pátria, la deuda que todo ciudadano la debe,» y á los ocho dias esta será la única deuda que habrá pagado, partiendo á tierras extranjeras á representar á su país en un alto puesto diplomático. La marquesa quisiera acompañarle; la marquesa reniega de la política, y maldice la razon de Estado que obliga á su marido á alejarse de ella; pero como la condicion de la mujer es sufrir en silencio, sufre la ausencia de su marido en el silencio de todos los bailes, de todos los conciertos, de todas las rifas patrióticas, y de todas las veladas benéficas, que reclaman en Madrid su presencia, porque la marquesa, como el marqués, no se pertenecen á sí propios, sino que se deben exclusivamente al mundo en que viven.

No busqueis pues nunca á Clara Val-de-Vivo, en su casa. En cambio la encontrareis: los lunes en la de la condesa del Aquelarre, constituyendo el principal atractivo de su tertulia íntima; y los martes en la embajada de Neciamburgo, enseñando canciones españolas á las niñas de la embajadora. Los miércoles, es sabido que los consagra á su madre, que no tiene otro día para quedarse en casa; los jueves y domingos, come, como siempre, con su amiga Chucha (1); los viernes necesita emplearlos en hacer sus visitas, y los sábados no puede ocuparse de otra cosa, que de la «Asociacion instructora de niños

(1) Opulenta y graciosa americana, esposa, como todo el mundo sabe, del acaudalado marqués de Jipijapa.

de pecho,» de cuyo consejo general es secretaria perpétua, siendo además los piés y las manos de su presidenta, la respetable baronesa de Saccalire, que estando baldada desde hace muchos años, no puede, como es natural, moverse de su casa-palacio.

De vez en cuando, ¿cómo negarse á acompañar á la pobre Dolores á su cortijo de Andalucía, y una vez sentado este mal precedente, cómo evitar que esa loca de Angustias, no la embarque en una de sus escursiones á los Pirineos? Hay que resignarse. «Cuando uno se llama la marquesa de Val-de-Vivo, no puede vivir como el resto del vulgo.»

Ahora bien, ¿puede dudarse de que mientras dure para el marqués la mision diplomática en Neciamburgo, y para la marquesa los convites, las fiestas y los viajes gratuitos, este amable matrimonio disfruta de una posicion social, equivalente á un caudal considerable? Pues no conociéndosele ninguno al marqués de Val-de-Vivo, claro está que todo se lo debe á su esposa. Pues es evidente que la señora de Gomez Pinto no exageraba nada, al decir que cada una de sus hijas poseia *la mejor dote*.

Es decir, una dote que consiste en un capital siempre renovado, en unas rentas siempre seguras, en unos giros siempre satisfechos, por esa sociedad de ilimitado crédito y de existencia indefinida, que se llama la sociedad anónima de «Todo el mundo y compañía.»

El cuarto del señorito.

Después de asistir durante tres inviernos á los jueves de Consuelito, hablé una noche por primera vez en el Veloz á Paco Nuñez: ántes nos conocíamos de vista, pero no encontrándole nunca en casa de su madre, no habia tenido ocasion de serle presentado, y ni siquiera nos saludábamos en la calle. Él sabia sin duda que yo era uno de los íntimos de los jueves; yo no ignoraba que él era el señorito de la casa; pero como la presentacion no habia puesto su *visto bueno* á nuestras relaciones, estas se mantenian en estado latente, pues todo el mundo sabe que ningun hijo de familia elegante, tiene obligacion de saludar á todos los amigos de su casa, como oficialmente no los conozca. Ahora bien; la mayor parte de los hijos de familia elegantes, tienen buen cuidado de no prestarse á un acto oficial, que tiene por objeto imponerle una obligacion, mal avenida con

los necesarios hábitos de independencia, que todo jóven elegante de veinte años necesita disfrutar en el mundo, si ha de gozar medianamente de los escasos placeres que proporciona.

Consuelito Gamboa (pues el uso habia vencido á sus tarjetas, olvidándose del apellido de su marido para conservar solo el suyo propio) *tenia unos juegos muy bonitos*; á ellos asistia un reducido círculo de personas íntimas, que en las noches de mayor lleno no llegarían á cuarenta, y yo era uno de sus tertulios más asíduos. Sin embargo, repito que nunca ví en su casa á Paco Nuñez.

Mis primeras palabras se dirigieron á manifestarle mi extrañeza por un hecho, que á pesar de mis hábitos de hombre de mundo, no dejaba de sorprenderme.

—De muchacho,—me respondió,—confieso que mi mayor gusto era acompañar á mi madre cuando se quedaba en casa; pero poco á poco, ¡ya ve usted! la vida que uno hace es tan diferente, que ni tengo tiempo, y francamente, ni gusto tampoco, para estar me dos horas por la noche, oyéndoles á ustedes en sus discusiones de política, de artes y de literatura. Aquello está muy bueno..... muy bueno..... demasiado bueno, pero no me divierte. Ya se me pasó el gusto por la filadelfia (1). Luego son ustedes demasiado sábios para mí. No se ofenda usted, yo le conocia hace mucho tiempo, y siempre me habia Vd. sido muy simpático.

(1) Se llama filadelfia en el caló de los elegantes del bronce, á las formas corteses, á los rendimientos de buena crianza, que se supone han de formar la base de toda reunion de buen tono.

Yo me guardé muy bien de ofenderme. Concienzudamente registrado mi equipaje de sabiduría, me encontré con que no había arrojado más que dos ó tres paquetes, bien exíguos por cierto, en el mercado científico de Consuelito. Una noche acudieron á mí los que proponían una quincena, preguntándome si fué el de César ó el de Pompeyo el ejército derrotado en la batalla Farsalia: en otra ocasion sostuve una templada polémica con un respetable consejero de Estado, que se empeñaba en sostener que el Romancero del Cid se había escrito en el siglo XII, y..... pare Vd. de contar; no había, pues, motivo para avergonzarme de mi sabiduría.

Paco Nuñez estuvo conmigo muy amable; acababa de ganarme treinta duros al bacarrat, pero en fin, eso no impide que estuviese conmigo amabilísimo.

—Si quiere Vd. pasar un rato con nosotros, váyase cualquier mañana por mi cuarto, allí nos reunimos, Enrique, Pepe, Diego y Curro Chapa; (dos grandes de España, un artista retirado, y un torero de reemplazo).

—No faltaré.

—Pues bien, ya sabe Vd.; pregunte Vd. por mí..... por la mañana, de cuatro á cinco, supongo que no se asustará Vd. si me encuentra en la cama.

Dos ó tres dias despues, me dirigí á casa de Consuelito. El ayuda de cámara, que me abrió la puerta, creyendo que venia á ver á su ama, me anunció que no estaba en casa.

—Sin duda el señor se ha olvidado, de que hoy no es el dia de la señora—(términos usuales entre los criados correctos).

—Voy á ver al señorito.

—Eso es otra cosa; pase el señor á su cuarto. ¿El señor viene á almorzar con el señorito? (eran las cuatro menos cuarto.)

—No: vengo á verle;—y guiado por el ayuda de cámara, penetré por fin, en el cuarto del señorito.

Este estaba en la cama; al lado del balcon, sentados á una mesa, jugaban al *ecarté* un grande de España y el literato retirado; el otro grande de España, en un rincon del cuarto, esplicaba con un freno en la mano al torero, las ventajas de ciertas piezas nuevamente añadidas al mecanismo de estos ingeniosos aparatos. Paco Nuñez hizo la presentacion de rigor; el juego y la explicacion práctica continuaron, y yo me acomodé en una silla al lado de la cama.

—¿Venía Vd. á ver á mi madre?—me preguntó Paco.

—No; venia á verle á Vd.

—¡Ah! Entonces vendrá Vd. á almorzar.

—Casi me dieron ganas de decirle que sí, para explicarle de alguna manera mi venida, que aun á mí mismo empezaba á parecerme, por lo menos inútil; pero me excusé, diciéndole que habia ya almorzado.

—Dichosos los que almuerzan temprano;—murmuró entre dos bostezos el señorito de la casa; y tirando de la campanilla, á cuyo sonido acudió el criado correcto.—Que nos sirvan pronto,—le dijo,—y ven en seguida á vestirme.—En cumplimiento de estas órdenes, volvió á entrar á poco el criado, y el cuarto del señorito, tomó en breves instantes la fisonomía de un salon reservado en un restaurant de buen tono.

Al grande de España número 1 y al literato retira-

do, les sirvieron en la misma mesa de juego, desembarazada momentáneamente de los naipes; al toreo de reemplazo y al grande de España número 2, en una *mesita de té*, colocada al lado de la chimenea; á mi amigo Paco, en la cama, en una mesa de enfermo; y todavía el criado correcto, se esforzaba en preguntarme si queria que me sirviese: sospecho que pensaba hacerlo encima de mis rodillas.

Observé asimismo, que á la falta de unidad en el servicio, correspondia la más liberal descentralizacion en el orden de los manjares. En la mesita de al lado de la chimenea, se consumian unos huevos revueltos con tomate, remojados con Valdepeñas, mientras que en la cama se acompañaban con sorbitos de té, los bocados de un filete de vaca medio crudo. Los parroquianos del balcon, hacian por su parte los honores á una paella de arroz á la valenciana, mientras el criado, obsequioso y solícito, de una mesa en otra, destapaba en su honor una botella de cerveza.

Así continuó el almuerzo, no tan succulento como variado, sin que ninguno de los comensales manifestara con sus palabras ó con su gesto, el más remoto síntoma de admiracion ó de extrañeza. Almorzar por lista en el cuarto de un amigo, era sin duda para ellos la cosa más natural del mundo.

Yo, lo confieso, estaba avergonzado, no por ellos, sino por mí mismo. Cándidamente habia creido que comer ó almorzar fuera de mi casa, constituia ya un principio de desarreglo elegante, y que almorzar ó comer *en petit comité*, no en el comedor, sino en el cuarto de un amigo, prescindiendo de la etiqueta y emancipándose de la familia, pertenecia á lo su-

blime del género, y era el Avila y Caspe de los mundos fantásticos del buen tono. Aquel almuerzo individual, truncado y elegantemente egoísta, me convenció de mi ignorancia, y me hundió para siempre en mi propia opinion.

Tenia ya treinta años, y nunca, nunca, habia almorzado de aquella manera. Si modestamente no me hubiera reconocido falto de toda preparacion inicial, para participar dignamente de aquel banquete por acciones, tambien yo *hubiera pedido algo* en el restaurant familiar y privado de Paco Nuñez.

Concluido el almuerzo, empezó la *toilette*, y quise respetarla; pero Paco Nuñez me aseguró que todos sus amigos acostumbraban á presenciar aquellos actos íntimos, y como yo estaba decidido á conquistar en un dia la intimidad, que tres años de frecuentar su casa no habian llegado á conseguirme, no desairé su ruego.

—Aquí cada uno hace lo que le da la gana,—añadió mientras se entregaba á sus minuciosas abluciones; y aunque él no hubiera enunciado este fundamental principio de libertad doméstica, sus amigos, que en aquel momento se tumbaba el uno en un divan, preparándose para una siesta, mientras que el otro, sentado en una silla frente á un espejo, abandonaba su cabeza, á las manos inteligentes de un peluquero, que acababa de entrar en el cuarto, precedido por los criados de los otros dos, que les traian ropa de paseo para mudarse la de mañana, me hubieran demostrado prácticamente, el cumplimiento exacto de aquel liberal artículo, de toda Constitucion más ó menos democrática.

Mientras duró el tocado, y se completó el atavío

de los elegantes congregados, mil avisos, que llegaban del exterior, traídos por el diligente doméstico, anunciaban que en aquella hora empezaba la vida en el círculo íntimo de sus relaciones.

—Que los señoritos no esperen esta noche al señorito Arturo, que acaba de salir de casa.

—Que el señorito Julio, no estará, como todas las tardes en la Cervecería, sino á la puerta del Suizo.

—Que la señorita Nieves se quedará esta noche en casa, porque ayer se torció un tobillo en el baile de *Plama*.

Un recado me sorprendió, sobre todos.

—La señora, que á qué hora quiere el coche el señorito.

—¿Su mamá de Vd. habrá salido ya de casa, cuando le manda á Vd. el coche?—no pude ménos de preguntarle.

—No lo sé; como yo casi nunca estoy en casa..... pero ahora lo preguntaremos á Eduardo (el criado solícito, sin duda), y él lo sabrá, y podrá Vd. entrar á saludarla....—y tiró por duodécima vez de la campanilla, mientras se ponía el sombrero y cogía los guantes; y cuando Eduardo respondió afirmativamente á su pregunta, se despidió de mí muy afectuoso, y entregándome en manos del criado, con expreso encargo de introducirme en el cuarto de su madre, tomó el pasillo adelante, en compañía de Curro Chapa, y á poco, oí tras él cerrarse la puerta de su casa.

Desde esta fecha memorable, visite ó no visite á la elegante y discreta Consuelito, soy de los íntimos más asíduos del cuarto de su hijo. Ausente éste, ó presente, me reuno allí con sus amigos; ceno, como ó almuerzo, duermo algunas veces, y me hago llevar los periódicos. Todavía no me he atrevido, como Diego, á pasar en él una enfermedad, pero no desconfío de llegar á hacerlo algun dia.

Entre tanto, la discreta Consuelo sigue quedándose en casa los jueves. Mi importancia, casi nula á sus ojos, ántes de mi primer visita al cuarto de Paco Nuñez, se ha acrecentado singularmente; y los maliciosos, que al verme durante algunos cuartos de hora, acaparado por ella en el semi-retiro de su canapé reservado, sonrien de nuestra sigilosa intimidad, no sospechan siquiera que esta mujer encantadora, á quien sus deberes de dama discreta y elegante, no hacen olvidar, ni por un momento, la tierna solicitud á que como madre la sujetó naturaleza, no sospechan digo, que el tema inocente de nuestra conversacion, es mi respuesta á esta pregunta, que bajo diversas formas me dirige todos los jueves:

—Vamos, ahora que es Vd. de los íntimos de Paco, cuénteme Vd. algo de mi hijo.

VI.

Mis parientes, y los parientes de papá.

Que nadie, ligeramente y sin datos, solo por la somera y superficial observacion de los accidentes externos de la vida moderna, considere al hombre del siglo, al hombre práctico, al hombre todo actividad, todo positivismo, al ente ideal humano, segun le comprende *La Epoca*, segun le describe *El Imparcial*, y segun le inserta *La Correspondencia*, á razon de dos pesetas línea, como un sér desligado de todo vínculo histórico, libre de toda cadena social, independiente de los lazos de familia, aislado en su personalidad humana. Al contrario, el hombre moderno se agremia para la política en partidos, para la filosofía en sectas, para el trato social en clases, para la vida práctica en pandillas.

En lo único que se diferencia (y diferenciándose, excusado es decir que se distingue) del hombre antiguo, es en dirigir su voluntad de una manera tan

precisa hácia cualquiera de esos objetos de su existencia, que bien puede decirse sin miedo de que pase por retruécano, que el hombre moderno puede todo lo que quiere, porque quiere todo lo que puede.

No importa que quiera una cosa difícil, que su empeño sea aventurado, que su amor sea un imposible. ¿Lo quiere? Pues de él será el imposible facilitado, la aventura conseguida, la dificultad allanada.

Un político, un filósofo, un matemático, se hace artista y poeta en pocos meses; una mujer galante se convierte en doctora, y anda el áspero camino que separa el jardín de las Hespérides del jardín de Apolo, en pocos días; un economista, anochece sumando guarismos, y amanece conmoviendo á un auditorio ilustre con elocuentísimos discursos; un hombre de Estado, pierde por la tarde una votacion, y á la noche gana desde su despacho, con una noticia hábilmente comunicada, con una idea luminosa expedida á tiempo por el telégrafo, una importante batalla, que decide acaso del éxito de una campaña. Y descendiendo de estas esferas, las más elevadas, pero no las únicas en que se mueve con rapidez admirable el hombre moderno, este producto portentoso de una civilizacion perfecta, puede tambien, enmendando, como es justo, á la ciega é irreflexiva naturaleza, hacer en su carácter, en su nacimiento y en su familia, aquellas prudentes reformas que su mision social, su conveniencia ó su capricho, le aconsejen como más adecuadas al fin útil y práctico de su predestinada existencia.

En lo único que se diferencia del hombre moderno, es en dirigir su actividad de una manera tan

Ya hemos visto, cómo el hombre más jovial y más frívolo puede convertirse en hombre sério; cómo el advenedizo más reciente, puede llegar á poseer noblemente su opulencia; cómo de un conspirador, se hace un hombre de orden; de un tribuno, un conservador prudente, y de un aventurero y de un vago, un emprendedor y un capitalista.

Tarea más fácil que cualquiera de estas le cupo á mi amigo Gomez, que advertido á tiempo por el eco apagado, que despertaba su apellido en antesalas y gabinetes, cuando el Gomez de la Universidad se metamorfoseaba en el Gomez de la Bolsa, que bien pronto seria el Gomez de la política, y acaso se convertiria en pocos años en el Gomez de la inmortalidad, de cuán frágil suele ser la memoria de esta musa histórica, y de la conveniencia de ayudarla, presentándose ante ella con un nombre no tan vulgar y oscuro como el suyo.

«Gomez es sin duda un apellido honrado, aunque modesto; Gomez está muy bien; nadie tiene que decir nada contra Gomez, como nadie puede censurar al elegante más atildado porque use en su casa zapatillas. ¿Pero ha de salir con ellas á la calle?»

Esto pensó Gomez una noche de su apellido, al que descubrió tantas virtudes caseras como defectos públicos, y á la mañana siguiente, ó á los dos dias, que en esto no me precio de enterado, repartió entre sus relaciones un cierto número de tarjetas, y estampó en diversos documentos cierto número de firmas, llamándose definitivamente (fué lo de Gomez esa interinidad nebulosa de los pueblos y de los individuos que inauguran ó balbucean su historia) Gomez-Villacienzo.

¿Era Villacienzo un apellido de su padre, una heredad de familia, un pueblo del que procedía, ó una combinacion de letras caprichosa, pero agradablemente eufónica para oídos castellanos?

La curiosidad pública no se inquietó tanto en averiguarlo, como él se apresuró á ilustrarla sobre asunto tan interesante.

Villacienzo era un pariente suyo, una ilustracion de la familia, casi un antepasado: un tío.

Ese nombre figuraba, no sin gloria, entre los firmantes de nuestro primer Código político; una amistad ilustre le unia al de las primeras víctimas de la restauracion del año quince; varios servicios distinguidos le llevaron á una secretaría el año veinte; otros servicios en que se distinguió no ménos que en los anteriores, le conservaron en su mismo bufete el año veintitres; y la gloriosa tradicion de sus primeros pasos en la vida pública, le sirvió para que el año treinta y siete viese coronada su honrosa carrera con un sillón en el Senado, donde, entre siestas patrióticas, fué poco á poco extinguiéndose hasta el año cuarenta y ocho, una vida *toda entera consagrada al servicio de su país, y á la defensa leal y generosa de su credo político immaculado.*

Ahora bien; ¿el que tiene un tío de esta fuerza, puede dejar de hacer á su apellido los honores póstumos de la exhumacion?

Gomez, se llamó pues, Gomez-Villacienzo, é hizo perfectamente en llamarse así; al poco tiempo, sus amigos empezaron á llamarle Villacienzo (sin Gomez de ninguna clase), y nadie puede censurarle porque respondiera á ese nombre, y hace algunos meses ha recibido merced de título de Castilla, con

la denominacion de conde de Villacienzo. ¡Y qué!
¿Hay en esto nada de censurable?

Despues de esta saludable reforma, ¿qué es para el conde un Villacienzo? Lo es todo; es su pariente, su familia, su cuna, su estirpe. ¿Y un Gomez? Casi nada; uno de los parientes de papá.

Esto es muy importante en su línea; pero más importante, ó por mejor decir, más útil, es un doble apellido compuesto de dos nombres que evoquen recuerdos distinguidos, pero de significacion diferente.

Suponed que el amor, que no reconoce banderías, haya unido con vínculos eternos un apellido ilustre entre los conservadores, con otro ilustrado por un progresista. ¡Qué mina de inagotables recursos para un vástago de esta estirpe!

Su apellido le afilia de hecho en la union liberal, lo cual ya es buen principio de carrera; segun las épocas, sonará mejor uno de sus nombres que otro en los oidos de sus amigos, y tendrá á su disposicion un grupo de estos para cada uno. Si vota en una cuestion importante, puede hacerlo, sin faltar á su conciencia, con el apellido que la juzgue con un criterio más ministerial; y cuando la situacion política lleve á su partido al retraimiento, á él le bastará suprimir el apellido que deba retraerse, y seguir con el otro, hasta que le llegue su turno.

El apellido vencedor, dominante, y que mande en la actualidad, será el suyo, será el de su familia,

será el de sus parientes; el otro será nada más el de uno de los parientes de papá.

Ni se crea que los parientes son solo útiles para la política; un literato, un artista, un jurisconsulto ó un banquero, debe tambien tenerlos: es decir, debe tambien buscarlos, lo cual ya hemos convenido en que es casi lo mismo. Lo difícil en esta materia, dada la movilidad de la época presente, es no estacionarse en un parentesco.

Yo he conocido algunas personas, que tenían para este asunto un tacto maravilloso, una especie de segunda vista genealógica, que nunca les engañaba acerca del entronque más provechoso, y del momento crítico en que la rama dejaba de dar fruto, y se hacia digna de la poda.

En esto de podar parentescos, hay que ser, sin embargo, muy cautos, porque hay algunos que de cuando en cuando retoñan; pero hay una regla segura para saber cuándo un pariente puede suprimirse, ó cuando ménos jubilarle, con la categoría superior inmediata de pariente lejano. Basta averiguar el momento en que solicita y se ufana con nuestro parentesco, como ántes nosotros nos procurábamos el suyo.

En resúmen, son parientes nuestros, los que nos favorecen, los que nos ilustran, los que nos divierten.

Son parientes de papá, el resto de nuestra familia.

formas y hasta por carreras, con arreglo á una tarifa aprobada por el gobierno civil de la provincia. Organizado por principios, el dignísimo asistente existía, había amigos de primera de segunda, de tercera clase, y hasta de cuarta, como los apodados nombrados de oficio; la empresa tendía á disposición del público el amigo influente, el amigo activo, el amigo elegante y el amigo para todo, como la alcazaría de tres duros; las listas de los países y de las reuniones del gran mundo, se arreglaba bien como las listas de los amigos.

VII.

De los amigos y enemigos íntimos.

El mundo no adelanta: en el catálogo de los anuncios, en que la humanidad se ofrece á sí misma, desde la cuarta plana de los periódicos, ropas recién hechas, á medida de todos los cuerpos, frases, compuestas á medida de todas las inteligencias, afectos, expresados al alcance de todos los sentimientos, y fórmulas de doctrinas, al gusto de todas las creencias, no hemos visto aún una compañía que se encargue por un tanto alzado ó por suscripción mensual, de proporcionar á las familias los amigos íntimos, que según su posición social, necesita cada una.

Nadie ha pensado todavía en crear un cuerpo colegiado de amigos, dividido en categorías, que se alquile por temporadas ó por visitas sueltas, por

horas y hasta por carreras, con arreglo á una tarifa aprobada por el gobierno civil de la provincia.

Organizado por principios, el digámoslo así, *servicio amistoso*, habria amigos de primera, de segunda, de tercera clase, y hasta de pobres, como los abogados nombrados de oficio; la empresa tendria á disposicion del público el amigo influyente, el amigo festivo, el amigo elegante y el amigo para todo, como la alcarreña de tres duros: las listas de los bailes y de las reuniones del gran mundo, se arreglarian como las listas de las comidas.

PRIMER SERVICIO.

Muchos amigos *presentables y conocidos*.

SEGUNDO SERVICIO.

Una docena de amigos notables.

TERCER SERVICIO.

Plato de resistencia. Media docena de amigos influyentes.

CUARTO SERVICIO.

- Un amigo extraordinario.

Y de este modo, no estaria la amistad como hoy se ve, entregada á la casualidad del cariño y al azar de la simpatía, reñida unas veces con la conveniencia, y siempre amenazando destruir las combinaciones visuales más meditadas, y los planes de conducta más discutidos.

- Algo de esto que tímidamente apuntamos, existe hoy de hecho, establecido entre las gentes de buen gusto, (que ninguna invencion humana carece de

precedentes, en la descuidada ignorancia de las generaciones que no inventan), pero existe en estado embrionario y caótico, no sujeto aún á principios, mientras una inteligencia poderosa (¿quién sabe si la nuestra?) no lo armonice y unifique, poniéndolo, como nueva conquista, á los piés de la humanidad, constantemente absorta ante su constante é indefinido perfeccionamiento.

Hoy, es verdad, existe en cierto modo un cuerpo de amigos, especie de cuerpo de coros, que si no se alquila, asiste por lo menos, y siempre el mismo, á todas las funciones de sociedad.

Si frecuentais los lunes de la marquesa de Campo-Agarra, los martes de la baronesa de Saccalire, los jueves de Consuelito Gamboa, ó los sábados de la Casa-Lopez, observareis á primera vista, que los amigos de la una, son los mismos amigos de la otra. Es más, si en cualquiera de estos elegantes salones, hoy los más á la moda en la córte, se reduce por invitaciones especiales el número de los concurrentes, observareis tambien, que la flor, el cogollo, la quinta esencia de la intimidad de estas elegantes y discretas damas, continúa siendo la misma. Los favorecidos comparten en comun este precioso privilegio, y sus almas sensibles y expansivas, dan como sus favorecedoras, lunes, martes, jueves ó sábados, en combinacion con la orquesta de Romero, y en competencia con el servicio de *buffet* de M. Lhardy.

Pero repetimos, que el servicio amistoso no es aún completo. Hay personas que escogen sus amigos, convenido; pero hay otras muchas que no hacen más que soportarlos, y se trata, ó por mejor decir, debe tratarse de la emancipacion de esta inte-

resante clase social, adscrita aún á la gleba de una amistad semi-feudal y tiránica.

La vida de esas personas inocentes, es un continuo sobresalto. El fastidio, la desconsideracion, la inconveniencia, la irrespetabilidad, cuatro plagas de la vida social, contra las que la sociedad moderna, aún con toda su sabiduría, no ha combatido lo bastante, se les entran á cada paso por las puertas, les roban los horas, les quitan el crédito ó les oscurecen su importancia, bajo la forma, groseramente visible, de un amigo de la niñez *impresentable*; de un compañero de colegio recién llegado de provincia; de un amigo de familia insignificante, ó de un contertulio de café afiliado en cualquiera de las *dos demagogias*.

Cierto que muchos suprimen los amigos de café, así que mayores empleos alejan sus noches de estos centros de murmuracion y de humo de cigarro; cierto que otros prescinden del amigo de colegio; pero la humanidad, siempre sedienta de progreso, y lenta siempre para efectuarle, no ha suprimido aún la niñez, y se obstina en conservar la familia, con lo cual pesan todavía sobre ella estos dos tiranos de su libertad social: el amigo de la niñez, y el amigo de familia.

¡Y si viérais qué familias hay tan ricas en amigos! ¡Si supiérais cómo la atolondrada niñez labra, á veces sin saberlo, con sus manecitas inocentes, el complicado edificio de su futura esclavitud amistosa!

Un padre, una madre, á veces un tío ó una tía, nos legan al morir, juntamente con su fortuna, una de esas amistades del antiguo régimen, que como las corazas y los cascos del equipo militar de anta-

ño, no encuentran cuerpo á que fácilmente se apliquen. Los pretextos más frívolos bastan á veces á nuestros inconsiderados ascendientes para fundar en nuestras cabezas esa vinculacion amistosa.

El amigo, ó su familia, eran vecinos de la nuestra, y ampararon á dos ó tres individuos de ella, en las revueltas del veintitres, ó en las jornadas del cuarenta y ocho, ó en los dias del cincuenta y cuatro. O un individuo de su raza, salvó de un incendio á un individuo de la nuestra, ó al contrario, un tio nuestro se ahogó en el rio, por recoger, en una inundacion, la cuna, que ocupada por un sobrinito del amigo-mayorazgo, se llevaba sin remedio la corriente. Pretextos, nada más que pretextos, que serian pueriles, si no entrañaran para el porvenir tan considerable trascendencia.

Porque, ¿qué saben nuestras madres, nuestros tios, y nuestros padres, lo que puede suceder con el tiempo?

Uno no se ahoga todos los dias; ni á todas horas se le quema la casa; ni por mucho que le persiga la justicia, le quieren prender todos los meses; pero en cambio, uno come, uno tiene ocupaciones, uno tiene planes, uno tiene ambicion, uno tiene que cumplir con el mundo, y uno tiene, por lo tanto, que mudar de amigos, renovarlos, combinarlos y suprimirlos todos los años, y todos los meses, y todos los dias. Si los ascendientes nos imponen unos amigos á perpetuidad, francamente, coartan nuestra independencia.

La familia, la coarta tambien; la familia, á veces es tambien un obstáculo; á veces, es mucha cosa tambien la familia..... pero, en fin..... ¡vamos! po-

demos transigir con la familia; pero, además de la familia, los amigos de la familia, eso es ya abusar, señores míos; eso podemos y debemos reformarlo.

¿Qué necesidad tengo yo, elegante, de un amigo que cuente en el círculo de mi intimidad, que conoció á mi padre (coronel, por otra parte muy respetable de la guardia Blanca) gastando durante los últimos doce años de su vida, el mismo capote azul y el mismo morrion con pompon verde, con que asistió al convenio de Vergara? ¿Qué necesidad tienen de saber los electores influyentes de mi distrito, que acuden á felicitarme, por mi último discurso en favor de la libertad de cultos, que mi tío el Canónigo de Sigüenza, con quien me he criado, me llevaba á las procesiones vestido de San Rafael y San Juanito, y que mi abuelo, el alcalde mayor de Bulacan, era familiar del Santo Oficio? Cuando llega el día de mi Santo, y yo quisiera acompañarme de amigos del día, de amigos frescos, en una palabra, de amigos útiles, ¿por qué he de verme obligado á hacer sitio en mi mesa, á un amigo rancio, conocido ya, usado, exprimido, y cien veces declarado inútil?

Y si siquiera estos amigos significaran algo, si los años les dieran algun mérito..... pero no, ni eso siquiera, se parecen al vino; ninguno es ministro, ni llega á consejero de Estado, ni es literato, ni ha tenido nunca un desafío, ni le han fusilado, ¡qué fusilar! ni siquiera ha estado una vez en las prisiones militares de San Francisco. Nada: amigos, y nada más que amigos.—Tengo el gusto de presentar á usted á D. Anselmo García, antiguo amigo de mi familia.—¿Es esto sostenible?

Ni son ménos peligrosos los amigos de la niñez.

Notadlo: casi todos se han quedado en niños, y su memoria, como infantil, es prodigiosa. Ya podeis temblarla; si los conservais á vuestro lado, bien podeis decir que vivís con un índice de vuestra vida. Saben el dia que nacisteis, el año que perdisteis curso, la noche en que os silbaron una comedia, la tarde en que balbuceásteis vuestro primer discurso. A vosotros, ántes que á ellos, se os olvidará en qué dominacion progresista fuísteis milicianos, en qué ocasion solicitásteis un destino del ministro, á quien hoy combatís, y el nombre del periódico en que os declarásteis carlistas. Vosotros podeis, sin duda, juzgar vuestra vida con el criterio de la filosofia, pero ellos poseen, para apreciarla, el inflexible compás de la historia. ¿Es esto tolerable?

Así, los que conocen el mundo, y quieren evitar sus escollos, ya que por la viciosa organizacion social en que vivimos, no pueden suprimir radicalmente la jurisdiccion de los amigos de la niñez, y de los amigos de la familia, en la esfera de la intimidad, tratan al ménos de modificarla, empleando para ello un procedimiento, análogo al seguido con las Órdenes militares. Formar de ciertas relaciones, de cierto trato, de cierta comunicacion, una especie de coto redondo, en que ejerzan libremente su fuero propio estos amigos, y reservar las restantes á la jurisdiccion ordinaria de los amigos necesarios, útiles ó divertidos; es decir, de los amigos verdaderos.

Para aquellos, las visitas de cumpleaños, los regalos de tercera clase, los encargos domésticos, los funerales y las testamentarias. Para estos, los convites ostentosos, las cartas de recomendacion, los

thes íntimos, los artículos periodísticos y los abrazos *coram populo*.

Lo que *todo el mundo* necesita, no son amigos, sino asociados, y estos se buscan, no se heredan, desechados por unanimidad, ó relegados como institución histórica á la penumbra de los recuerdos, los amigos de familia. Un mismo sócio no sirve tampoco para todo género de industrias; abolidos también, por consiguiente, los amigos de la niñez, los amigos *de toda* la vida, esas almas cándidas que creen que la medida de la amistad son los años, y que se creen imprescindibles, porque son antiguos.

Sea vuestra amistad cuidadosamente depurada, y renovadla como vuestras ropas. Tened en buena hora muchos amigos, pero refrescadlos de cuando en cuando, de poco en poco tiempo, casi todos los años. ¿No es esto lo más cómodo y lo más práctico?

Que nunca falte en tu intimidad el amigo de porvenir, á quien proteges con tu crédito, y el amigo respetable, que te ampara con el suyo: si eres liberal avanzado, procúrate siempre un amigo particular, que milite en las filas conservadoras; y si eres conservador, que no te coja ningun pronunciamiento sin un íntimo amigo progresista. Ten amigos á quienes prestes dinero, que son grandes amigos; y otros á quienes puedas pedirselo, que te serán no ménos útiles. Si con una amistad estás introducido en el gran mundo, créate otras, á quienes tú puedas abrir sus puertas; porque el mundo cambia, y tu interés consiste en ser fuerte contra sus cambios: y por último, cuando tus amigos no estén en

juego, ántes que enmohecerte con ellos (y nada hay más contagioso que el moho), funde de nuevo tus amistades en los altos hornos de la conveniencia, y de este modo, esa peligrosa necesidad social de los amigos, te será ménos nociva que á los cándidos é inexpertos, que llaman á la prudencia egoismo, cálculo al recelo, y á la circunspeccion apostasía.

VIII.

De la educacion.

Dios, al darme un hijo, me ha impuesto la obligacion de educarlo; es decir, me ha hecho responsable de aquella alma, en que su infinita misericordia ha depositado la semilla de todas las virtudes, hasta tanto que el desarrollo completo de su razon, le haga dueño de su albedrío, y cese la responsabilidad que de derecho natural, ó lo que es lo mismo, de derecho divino, me corresponde en todos sus pensamientos ante Dios, y en todas sus acciones ante los hombres.

Las leyes de estos, tan generosas en cuanto se refieren á mis derechos, no me permiten, sin embargo, el derecho de renunciar á esa tutela; sus costumbres, no me autorizan á romper esa natural solidaridad que liga estrechamente con la mia la vida de mi hijo. Si este delinque, recaerá sobre mí la parte civil de la pena, ante cualquier juzgado de

primera instancia, y la nota de descrédito ante el supremo jurado de la opinion pública. La mujer á quien deshonre, podrá pedirme una dote; las banderas de que deserte, me exigirán un sustituto; el Estado contra quien se subleve, se apoderará de mi persona, como en rehenes de su delito, y de mi caudal como fianza de su rebeldía; en una palabra, las leyes civiles y políticas, la opinion de mis conciudadanos, la misma voz de mi conciencia, se juntarán airadas, para dirigirme este tremendo cargo: «¿Por qué no has educado mejor á tu hijo?»

El capítulo de mis disculpas, humildemente presentado, es como sigue.

* * *

Yo soy católico; pertenezco además á una nacion eminentemente católica, en la que el Estado es católico, y tiene la obligacion *constitucional*, de sostener el culto y los Ministros de esa Religion venerada.

Como católico, creo que la direccion moral de la conciencia, pertenece á la Iglesia, y que la moral de Jesucristo, enseñada por ella, es la única que puede formar el corazon de mi hijo, fortificarle y apercibirle contra los peligros de la vida.

Busco, alentado por esta idea, entre las instituciones de mi pátria, histórica y *constitucionalmente* católica, aquellos institutos de la Iglesia universal, que mi condicion ó mis simpatías me hacen desear como más adecuados, al intento de educar á mi hijo cristianamente; es decir, de moralizar su corazon, antes de ilustrar su inteligencia.

Busco á los jesuitas en la capital de mi provincia, no los encuentro; pregunto por los filipenses, y me enseñan su convento convertido en almacén de utensilios; me dirijo al Seminario Conciliar, está cerrado; apelo á mi Párroco, y me responde llorando el pobre anciano, que por miedo al alcalde, no se atreve á encargarse de la educacion de mi hijo.

El niño se educa á mi lado; sin amigos de su edad, sin el estímulo de una legítima emulacion, aprende poco; pero no aprende nada malo, y llega tímido, aunque voluntarioso; inocente, aunque ávido de emociones y de libertad, á esa edad en que el hogar doméstico no puede dar más ciencia, en que la vida de familia no puede llenar todas las horas del día, en que la casa no puede ser á la vez templo, liceo, gimnasio, cátedra y tertulia.

Vuelvo á buscar entonces, concienzudamente como busqué para la educacion primaria y elemental de mi hijo, los elementos á mi entender indispensables para su educacion superior.

Si soy católico para creer que «solo la Iglesia puede enseñar la verdadera virtud,» he de serlo tambien para afirmar, que «solo bajo la direccion de esta cariñosísima madre, puede aprenderse la verdadera verdad.»

Lo afirmo pues, con tanto mayor fundamento, cuanto que el Estado en que he tenido la dicha de nacer, es católico, segun un artículo de la Constitucion, y no puedo enseñar otra cosa que la verdad católica.

Me advierte, sin embargo, un amigo mio, que la ciencia, ó lo que es igual, la verdad oficial, es en al-

gunas materias, como las históricas, filosóficas y metafísicas, (imprescindibles en la mayor parte de las carreras literarias), respetuosamente tolerante para con todos los errores. Que el Estado, sí, es católico, es decir, que..... asiste todos los años á la procesion del *Corpus*; PERO QUE NO POR ESO GARANTIZA COMO VERDAD CATÓLICA LA ENSEÑANZA QUE SE DA EN LAS UNIVERSIDADES (edificios costeados por los católicos), por sus profesores (funcionarios católicos de los españoles católicos), y por sus libros, que obliga á comprar con dinero católico á sus escolares.

Deploro esta situacion de cosas, me precavo cuidadosamente de aplicar esta teoría del Estado sobre la ciencia, á la direccion moral de mi familia, (de lo que resultaria, que yo cumpliria perfectamente con mis deberes), imponiendo á mis hijos la obligacion de oír Misa, y no garantizándoles *como verdad* católica el sagrado Misterio de la Eucaristía, ántes bien permitiéndoles en esto de creerle ó no creerle, una *razonable libertad*, y trato de elegir para mi hijo una profesion en que el estudio de la ciencia, no le aparte del conocimiento de Dios.

El Estado, es verdad, las acapara todas; pero no hay en cambio, peligro de que en el estudio de la mecánica que necesita un ingeniero, de la geometría que se le exige á un arquitecto, del cálculo infinitesimal, de la táctica sublime, de la química ó de la balística, sea la ciencia oficial *tolerante para con todos los errores*, y esto es, al fin y al cabo, un consuelo para los amantes sinceros de toda especie de verdades.

La mayor parte de las profesiones, y sin duda las

más distinguidas, que se fundan en esas ciencias, están reglamentadas, protegidas y aceptadas por el Estado como carreras oficiales, como escuelas donde da educacion á futuros funcionarios, que con las armas de su inteligencia los unos, con las de los arsenales y parques los otros, han de difundir por el país la prosperidad y la riqueza, ó combatir en la frontera por el honor y la gloria de la pátria.

Es esta la segunda madre de mi hijo, y ella, que asume la responsabilidad de *hacerle sábio*, y que le garantiza *valiente y entendido*, se encargará tambien de hacerle *bueno*, y le garantizará como *honrado*.

Puesto que la educacion de militar, de ingeniero ó de arquitecto, no puede darla más que el Estado, el Estado *me educará* á mi hijo.

Tampoco; lo único que el Estado puede hacer con mi hijo, es enseñarle. Él me le pide á los diez y ocho años; escalona en cuatro ó cinco, á razon de seis horas diarias, las tomas de ciencia, que racionalmente calcula puede soportar su inteligencia; cada semana revista sus prendas de vestuario; cada semestre hace una visita de inspeccion, á la provision científica almacenada en su cerebro; aprueba la que se considera fresca, desecha la averiada ó mohosa, y deja al cuidado del alojamiento ó de la pupilera, del garito ó del lupanar, el desarrollo, el perfeccionamiento, en una palabra, *la educacion* del caballero cadete, ó del señor alumno.

Pues rechazo las carreras facultativas y oficiales, de la misma manera que deseché la enseñanza legal de las profesiones libres; me compadezco de un Go-

bierno que es católico en su Constitucion, y libre-pensador en sus cátedras y en sus libros; me rio de un Estado que tiene establecimientos de educacion, donde no educa á sus discípulos; y subiendo otra vez á la fuente de todos mis derechos de ciudadano, segun me los explica la ciencia moderna, hallo en la Constitucion más flamante este artículo, que corta de raíz todas mis vacilaciones:

«Todo español, es libre de escoger la profesion que quiera, y de aprenderla como le parezca.»

¡Magnífico! exclamo: hé aquí lo que yo buscaba; yo, como súbdito obediente, como ciudadano modesto, preferiria que el Estado me educara bien á mi hijo; es decir, que le enseñara unas virtudes cívicas que no estuvieran en oposicion con sus virtudes privadas; una ciencia que no transigiera, ni en poco ni en nada, con los errores; en una palabra, un Estado que fuera, durante ciertos años, un padre para mi hijo, y en quien yo por tanto, depositara, como en autoridad más ilustrada y competente, la autoridad puramente doméstica, de mi paternidad indocta: pero en fin, puesto que parece que esto no es posible, puesto que el Estado, segun las teorías modernas, discute, pero no afirma; enseña, pero no educa; es católico, pero no profesa en sus actos la Santa Religion de mis mayores, única verdadera; agradezco la libertad que generosamente me concede, de poder dar á mi hijo aquella verdadera y sólida instruccion, que solo se adquiere en el seno de la Suprema Doctora de los hombres, y bajo su inspeccion saludable.

Los estudios católicos, los doctores y los libros católicos, enseñarán y educarán á mi hijo, y el apre-

cio de sus conciudadanos, si se dedica á profesiones libres, las oposiciones ó certámenes públicos, si emprende una carrera del Estado, serán los únicos diplomas que le acrediten de idóneo en la ciencia, ó en el arte que ha recorrido en sus estudios, iluminados por la pura antorcha de la fé religiosa.

¡Vana esperanza! El amigo que en estas materias me ilustra, resfria mi entusiasmo, doblando la hoja del cuaderno constitucional, y haciéndome leer, casi á continuacion del ya citado artículo, otro que en sustancia, dice lo siguiente:

«El Estado es el único que puede expedir títulos literarios, ó profesionales, y comprobar la suficiencia de los que los soliciten.»

—¿Y con qué criterio juzgará el Estado de la suficiencia de mi hijo?

—Con su criterio propio.

—¿Y cuál es ese?

—El criterio de sus libros de texto, de sus programas de enseñanza, de sus profesores, y de sus escuelas.

—Es decir, ¿el mismo criterio que he rechazado como nocivo, en sus Universidades? Pues entonces, ¿cuál es la libertad que me concede?

—La libertad que él mismo se atribuye en asuntos religiosos, la libertad que consiste en ser católico de puertas adentro, católico hasta el escalon de la tribuna, hasta el frontispicio del pretorio, hasta el dintel del templo de la ciencia oficial.

.....
—Muchas gracias: para hacer de mi hijo un abogado, un médico, un filósofo, un profesor católico, que no profese, ni enseñe, ni recete, ni abogue, no

necesito que la Constitucion de un país *eminente-mente católico*, consigne ese precioso derecho entre mis garantías de ciudadano.

Por manera, que llevando siempre á mi hijo de la mano por los senderos abiertos por las leyes, trillados por las costumbres, y frecuentados por el tráfico activo y presuroso de esta amable civilizacion, que nos gobierna en el punto más árduo y grave de la vida social, cual es el que se refiere á la instruccion de la juventud, voy observando:

1.º Que el Estado permite todo género de establecimientos de enseñanza, ménos los establecimientos de Institutos católicos.

2.º Que el Estado, que no pretende definir ni poseer la verdad religiosa, define y posee la verdad científica.

Y 3.º Que la libertad de enseñanza es un preciosísimo derecho, que no tiene otra limitacion que la imposibilidad de encontrar quién enseñe á gusto de los católicos; y la libertad de profesion es un inapreciable privilegio, que pueden disfrutar todos aquellos que no se dediquen á profesion alguna.

Con lo que quedo convencido, de que la equidad de mi Gobierno, y la amplitud de las instituciones que me rigen, me obligan á escoger para mi hijo entre estos dos preciosos derechos:

O el derecho á la impiedad,

O el derecho á la ignorancia.

Pero supongo que no pido al Estado ni educación, ni enseñanza; que no reclamo ni la *verdad* en sus profesores, ni la imparcialidad en sus libros, ni la garantía en sus diplomas, ni siquiera la libertad en sus leyes relativas al ejercicio de las profesiones liberales; que educo á mi hijo y le instruyo como puedo; y que no pudiendo hacer de él, ni un sábio, ni un funcionario, me contento con que sea un buen hijo y un buen ciudadano. El Estado, que tanto exige de mi condicion de padre, la sociedad moderna, que tan fácilmente arroja sobre mi frente las culpas de mi hijo, ¿cómo me auxilian y protejen en mi dificilísima empresa?

¡El Estado! No se acuerda al redactar sus leyes de libertad de cultos, de libertad de la prensa, de libertad de la tribuna, de libertad de espectáculos, y de reglamentacion de los vicios, de que la corrupcion que se introduce en el hogar doméstico, bajo la forma de folletines y novelas, de folletos y hasta de anuncios, puede infiltrarse para siempre en el corazon de esos futuros ciudadanos, que desea perfectos; no cubre en su obsequio con vestiduras más castas la musa teatral, convertida hoy en deidad de plazuela, para edificacion de esos jóvenes que desde niños adquieren la triste experiencia, y el escepticismo impotente del caduco anciano; ni siquiera se decide para atender á lo que la más vulgar decencia aconseja, á mostrarse riguroso contra el comercio de imágenes y estampas deshonestas, ni contra el comercio que á la vista de los padres y de los hijos se ejerce, no diré legal, pero sí pacíficamente, en todas las poblaciones llamadas cultas.

No; cuando únicamente se acuerda el Estado de que hay padres é hijos en el mundo, es para emancipar á estos políticamente á los veintitres años; para dispensarles el consentimiento paterno en el acto del matrimonio, á los veintiuno; para arrancarles de la pátria potestad, áun viviendo bajo el mismo techo de sus padres, y no estando emancipados por su estado, por el solo hecho de cumplir veinticinco.

Esto hace el Estado en obsequio y apoyo de la autoridad paterna; y las costumbres de la sociedad, los hábitos elegantes de lo que se llama *todo el mundo*, la suprema sancion de la opinion pública en materia de moda, le auxilian maravillosamente, lanzando entre dos carcajadas el anatema del ridículo, contra todo aquel que prefiera las leyes eternas de familia, al efimero y casuístico reglamento de una sociedad sin verdadera elevacion, sin verdadero honor, y hasta (si es lícito mezclar lo grande con lo pequeño) sin verdadera elegancia.

Ahora bien: si un hijo atraviesa todas estas pruebas, y sale de ellas incólume, con su dignidad de cristiano, con su honor de caballero, direis que no le salvé yo, sino un milagro de la infinita misericordia.

Y si lo que es más fácil, sucumbe; si la fragilidad de su naturaleza se quiebra en los escollos de vuestras costumbres, ó se ahoga en el vacío horrible, en la pestilente vaguedad de vuestras instituciones y de vuestras leyes, ¿me hareis á mí, á su padre, responsable de su perdicion y extravío?

No sirve que digais:—¡Tú eres padre! ¿Por qué no le educaste mejor?—Porque puedo responderos: No

es padre quien no tiene libertad ni autoridad para ejercer su ministerio; devolvedme esas dos preciosas cualidades de que me habeis desposeido, y entonces educaré en mi hogar buenos hijos, y daré á mi patria buenos ciudadanos.

IX.

Perdió á su madre casi desde la cuna; su padre, opulento capitalista, segun *La Correspondencia*, y hombre de su tiempo y de su siglo, segun *La Epoca*, la entregó casi niña en manos de un aya cosmopolita. Reza en inglés, lee novelas francesas, y habla un poco el castellano. Todo el mundo la reconoce la alta posicion y la calidad indiscutible de rica heredera; todo el mundo, (soltero y masculino) aspira á ascender, casándose con ella, á la envidiable posicion de heredero consorte. Algunos, muy pocos, casi nadie, saben además que es tierna, sencilla y bondadosa; que su instinto la lleva casi siempre contra los consejos cosmopolitas de su aya, á todo lo bueno, que nuestras costumbres antiguas solian inculcar en el ánimo de las jóvenes; que seria piadosa sin público, caritativa sin ostentacion, alegre sin escándalo, sensible sin sentimentalismo, y

hermosa sin lujo, por poco que una mano inteligente y cariñosa, supiera desarrollar en su corazón juvenil los generosos gérmenes que encierra.

No falta quien intente la empresa, (Dios da á los hombres tiempo, ocasion y medios humanos para todas las empresas buenas); pero al intentar su generosa explotación, se olvida de un dato importante.

Ha pensado en que casi es huérfana á pesar de tener padre, en que casi está sin educar, á pesar y tal vez á causa del aya cosmopolita, y en que á pesar de su excelente condicion, está expuesta á los mil peligros de la vida, mientras permanezca exclusivamente encomendada á la direccion de *todo el mundo*; pero para nada tiene en cuenta, que es además de todas estas cosas una rica heredera, y que el mundo no autoriza nunca el cultivo de la heredera, sin una cuantiosa fianza que garantice en el emprendedor, su voluntad decidida de no desnaturalizar, digámoslo así, el capital en que va á ejercer su explotación.

Sus buenas intenciones son pues, declaradas fianza insuficiente, y su pretension rechazada por unanimidad de votos.

El peligro abre los ojos *al hombre de su siglo*, y las más severas recomendaciones brotan de sus paternos y autorizados labios, encaminadas á que el aya cosmopolita vigile á su discípula, y la precava contra cualquier emprendedor *incorrecto* de conversiones innecesarias.

«La educacion no ha sido, sin duda, todo lo correcta que debiera. Falta, indudablemente, algun tornillo en el mecanismo que se creyó perfecto.» Sin embargo, el aya, examinada escrupulosamente su conciencia, no encuentra nada que la atormente; su discipula sabe..... todo lo que puede enseñarla; á pesar de lo cual, y para evitarse en lo futuro hasta la sombra de un remordimiento, se decide, en vista de la gravedad de las circunstancias, á doblar á su discipula su dosis de geografia. Su padre dobla tambien la dosis de alfileres, y el mundo, co-tutor de la niña, con estos inteligentes personajes, dobla tambien en su obsequio la dosis de convites.

A estos tres esfuerzos geográficos, pecuniarios y divertidos, pocas naturalezas resisten, y la de nuestra niña, naturaleza al fin de diez y ocho años, no ha de convertirse en excepcion, por el solo gusto de contrariar á sus inteligentes directores.

Todas las generosas asperezas de su carácter se suavizan, todo el aliento independiente de su corazon se apaga, toda la independencia de su alma, abdica y se somete.

Ya no va á Misa más que á las Calatravas; ya no hacelimosna más que por conducto de la «Asociacion instructora de niños de pecho,» de la que es tesorera perpétua; ya no tiene otros amigos que los amigos de buen tono; ya no lee más libros que los recomendados por el periódico de su padre; ya llama á este de tú, como la han asegurado que llama *todo el mundo* á su padre, y ya empieza á fastidiarse cinco horas al dia por lo ménos, como tiene entendido acostumbra á hacerlo todo el mundo. «¡Que el Dios de *La Epoca* sea bendito! ¡Trabajo ha costado!

pero al fin la señorita de..... es una señorita *correcta*.

No hay ya peligro en que su corazón se interese, por las descabelladas empresas de algún emprendedor de reformas perjudiciales; ni que lata con más violencia que con la acompasada y reglamentaria medida, que para el corazón de toda jóven *bien educada* tiene marcado el metrónomo de *todo el mundo*. Ya en esta situación, solo falta que *el hombre de su siglo* escoja un compañero que complete la educación de su hija. En cuanto á que esta acepte el primero que le presenten, poco valdria la alta enseñanza del mundo, y la superior ilustración del *hombre de su siglo*, si con sus consejos, con sus lecciones y sus ejemplos, no hubieran hecho este trabajo sobre manera fácil.

Un *emprendedor inteligente*, un *muchacho conocido*, y un *politico de porvenir*, aducen sucesivamente sus títulos, y presentan su memoriales documentados. Todos concurren á la subasta con un capital diferente; pero cuya cuantía social, cuya importancia mundana, viene á ser idéntica. Lo que el uno sobrepuja al otro en dinero, lo tiene éste en importancia personal, y aquel en expansiva tolerancia, y el de más allá en renombre galante. El mundo no hace á medias las cosas, y presenta para el concurso de la señorita de..... un surtido de primera clase.

La heredera, en una noche de baile, ó en un concierto benéfico, ó en una tarde de patines, escoje entre esta terna al que encuentra más á la mano; y

medio año despues, la señorita correcta devuelve á sus amigas sus visitas de boda, asociando por primera vez su nombre y apellido con el de su esposo... en un pedazo de cartulina.

El mundo, que mientras ha sido libre en su persona, y soberana absoluta de sus opiniones, no le ha permitido ninguna que no fuese sujeta á patron, y vaciada á molde, en la fábrica privilegiada de aficiones é ideas, que tiene establecida para comodidad de los jóvenes; la entrega cuando los deberes la sujetan, y las obligaciones la rodean, la llave maestra con que puede descubrir todos los secretos, leer en todos los corazones, é instruirse en todos los misterios.

Una vez clasificada en el mundo, todas las opiniones le son permitidas; una vez bajo la dependencia de un hombre, todos los demás hombres pueden sin escándalo acercarse á ella; una vez jurada dependencia eterna á su marido, su imaginacion adquiere una carta de emancipacion ilimitada.

Si ántes no figuraba en el mundo, más que en la modesta colectividad del coro, ahora puede aspirar ya, y con efecto será admitida, á desempeñar los primeros papeles; lo que de soltera hubiera pasado por atrevimiento, de casada se lo impone el mundo por obligacion precisa, y para cumplir con sus deberes de esposa elegante, la basta recordar lo que el código del buen tono la prohibia, cuando ocupaba la condicion de señorita correcta.

En la vida mundana, en el trato social del día, en vano se busca á la mujer soltera. Ni el áspero lápiz del observador, ni el rico pincel del poeta, podrian hoy con verdad y justicia, presentar el tipo de la dama española moderna, como las inimitables comedias de Calderon, Lope de Vega y Tirso, nos presentaron el tipo inimitable de las Marcelas, Dianas y Violantes de la sociedad de su tiempo (1).

¿Era aquella sociedad mejor que la nuestra? Yo creo que sí: todo el mundo se empeña en sostener que no, pero nadie se atreverá á afirmar que en aquellas costumbres, la virtud de las mujeres y el honor de los maridos, estuvieran expuestos á los mismos peligros que en las nuestras.

* * *

La mujer no es solo esposa y madre; no solo vive en el hogar doméstico, siendo su principal ornamento, su figura más dulce y más santa; tiene que vivir tambien en el mundo: el trato social de las sociedades cultas, seria sin ellas desabrido é insoportable. Ellas dulcifican las costumbres, templan la natural rudeza del hombre, y dan soltura, flexibilidad y gracia á su ingenio, ternura á su alma, norte y objeto á su actividad y á su trabajo....; en una palabra, tienen que vivir en la vida social. La dificultad consiste en saber en qué condicion, en qué estado puede la mujer desempeñar este noble y difícil papel.

Nuestros padres, le encomendaban á la discrecion

(1) Protagonistas de *Una casa con dos puertas*, *El perro del hortelano* y *La Villana de Vallecas*.

de sus hijas; nosotros, le entregamos á la fidelidad de nuestras mujeres.

No seamos hipócritas: no adulemos al tiempo presente, por deprimir un pasado en que las flaquezas humanas, tenían siquiera en su abono la ruda sinceridad de unas costumbres, segun las cuales, las deudas de la honra eran sagradas, y los extravíos de la pasión juvenil, se legitimaban en el matrimonio, ó se lloraban en el cláustro.

La niña en casa, en las Ursulinas ó con el aya, y la madre *en las máscaras*, en el teatro, en los salones á la moda, ó en conversaciones peligrosas, es hoy una verdad social, tan evidente, como en tiempo de Lope aquellas *Infantas* de que Alarcon (1) se burla, que servian, disfrazadas de paje, y seguian en sus aventuras al galan que juzgaban digno de su cariño.

Vicio por vicio, hay quien prefiere las Infantas de Leon.

* *

(1) CÉLIA..... Bien parece que no ves
Lo que en las comedias (*) hacen
Las Infantas de Leon.

DOÑA ANA.

¿Cómo?

CÉLIA.....

Con tal condicion

O con tal desdicha nacen,
Que en viendo un hombre, al momento
Le ruegan, y mudan traje,
Y sirviéndole de paje,
Van con las piernas al viento.

(ALARCON.—*Las paredes oyen.*)

(*) Alude á una de Lope, titulada *Los Donaires de Matico*.

Id á una sociedad; ved á la mujer más rodeada de homenajes; escuchad en el corro que forman sus adoradores más tímidos, el brillante catálogo de sus triunfos galantes.

Fulano la enamora. Zutano rompió por ella su casamiento.

No está un momento sola; media docena de muchachos, los más distinguidos del salon, la rodean, la festejan y la sirven; si con un gesto les despide, es para recorrer los salones, apoyada lánguidamente en el brazo del personaje más importante del concurso. Su menor chiste se aplaude; su mayor capricho se obedece y se acata..... es una mujer á la moda.

Miradla atentamente. Ha cumplido treinta años, ó lo que es lo mismo, va á cumplir cuarenta; á poco que se la observe, se ven sus arrugas debajo del colorete; su añadido entre las asperezas del tocado; las injurias del tiempo, injuriando al pudor en la desnudez de sus hombros: á poco que se la hable, se descubre en ella un corazon vacío ó gastado, un ingenio superficial y vano, una alma floja y sin temple, incapaz de un arranque generoso, de una aspiracion elevada. Elegancia..... es decir, artificio. Buen tono, esto es, fidelidad inquebrantable á un patron, admitido y votado, como un figurin de regimiento. Si siente, siente con arreglo á la última novela de la *Revista de Ambos Mundos*; si ama, compadeced á su marido; pero tampoco envidieis á su amante.

Esta mujer, suele á veces ser madre, y si quereis conocer á su hija, no tendrá inconveniente en presentárosla. Allí está sentada á su lado; nadie la ha-

bla; nadie se acerca á ella; nadie la tributa homenajes; y es mucho mejor, mucho más hermosa, mucho más inteligente, é infinitamente más jóven que su madre. Habladla, y os responderá apenas; invítadla á bailar, y puede que os responda, que su madre la ha prohibido el wals y la polka.

Miradla; interrogad fijamente sus ojos; esos cristales de aumento por donde se asoma el alma, y descubrireis en ellos una viveza de expresion, una vida, una llama, que os sorprenderá, que os cautivará, que acaso os asuste.

No os asusteis. Solo empezará á ser temible cuando debia empezar á ser inofensiva. Cuando se quede en casa, las noches que se reune (presidida por su marido) la comision de presupuestos; cuando baile hasta la última figura del cotillon, mientras su esposo juega al wisth ó se hace explicar por un diplomático extranjero la cuestion de Oriente; cuando en las tardes de verano, lea las novelas que semanalmente la regala el baron de Equis ó el marqués de Jota, que cuando estaba soltera y tenia diez y ocho años, jamás se ocuparon de su existencia.

* * *

¿Y solo las mujeres son las culpables?

Ved á los maridos. Aun los rígidos, áun los severos, áun los vigilantes y advertidos, no se oponen á cubrir á su mujer de joyas, y á descubrirla de hombros, lo suficiente para que *todo el mundo* la encuentre hermosa; á que sea amable y expresiva con el ministro del ramo, ó con el personaje político más

influyente de su distrito. ¿Qué es oponerse? Si su mujer se resiste, la obligará por fuerza; y si un exagerado pudor la defiende, la demostrará que tiene el deber de hacer los honores de su casa.

Si para hacer mejor estos honores arroja por la ventana el honor de su marido, y el ministro ó el hombre influyente la auxilian en su tarea, ¿tendrá el marido (socialmente hablando), derecho á quejarse.....?

* *

El adulterio, no hay que dudarlo, está hoy en las costumbres más que en las pasiones. Tolerada y fomentada por los maridos la galantería adúltera de los salones, no tienen derecho á escandalizarse cuando llegue el adulterio hasta sus alcobas.

Así es que nadie se escandaliza más que *por fórmula*.

—¿Sabe Vd. que Fulana.....?

—¡Hombre, qué atrocidad!

—Y su marido es hombre de mérito.

Y hablamos en seguida de otro asunto.

* *

Ahora bien: dad á la niña una prudente libertad, y haced que la madre ocupe su puesto en la familia; emancipad á la mujer soltera, y moralizad á la casada; fiad á vuestras esposas la guarda de vuestras hijas, en vez de hacer á estas centinelas del

único honor que quereis guardar para vosotros, y de este modo, si no suprimís las pasiones malas de hombres y mujeres, concluireis al ménos con ese remedo de la pasion, con esa falsificacion del vicio que se llama escándalo.

unido honor que quería guardar para vosotros, y
de este modo, si no agrietas las pezones malas de
hombres y mujeres, conchivela al monón con ese
remedio de la pasión, con esa talificación del vicio
que se llama escudado.

X.

La vida privada de los hombres públicos.

«¿Cómo se entiende? ¿Hasta dónde va á llegar la procacidad de una prensa, que no conoce sus deberes, y de unas conciencias que no se detienen ante ningun respeto? ¿Cuándo adquirirán nuestros escritores la educacion política que establece límites morales á ciertos ataques, y que deslinda perfectamente con líneas imaginarias, pero infranqueables, el terreno público y el privado? ¿Qué moralidad, qué caridad, qué decencia pueden invocar ciertas escuelas políticas, que no contentas con discutir bases y principios fundamentales de nuestra época, que el país ha conquistado á fuerza de sacrificios y de sangre; organizaciones sagradas é inviolables, por lo que tienen de constitutivas y de íntimas para el espíritu moderno; acciones grandes y heróicas, movimientos espontáneos y generosos, que la sociedad presente reverencia y acata por formar, digámoslo

así, su religion moral y política; que viviendo en medio de nosotros, que somos los más y los mejores, gozando de nuestras leyes y de nuestras costumbres, y amparados por ellas, despues de revolver y confundir con su mala fé de sofistas, y su lenguaje de retóricos, cosas y personas públicas, instituciones políticas que no comprenden porque no las merecen, y reputaciones que no respetan porque las envidian; no contentos con toda esta profanacion, que libremente ejercen, osan todavía penetrar en el santuario de la vida doméstica, ellos, los hipócritas, en busca de algo más que profanar y manchar, con sus impuras lenguas? ¡No! Por nuestras madres, por nuestras esposas, por nuestras hermanas y nuestros hijos, no lo consentiremos; y ya que las leyes, con una complacencia indebida, tratándose de ciertos escritores, les concede lo mismo que á nosotros, caiga al ménos sobre los profanadores, el anatema de nuestras conciencias de hombres libres, y el desprecio de nuestro corazon de caballeros.»

Tranquilízate, sensible y caballeroso gacetillero liberal, más ó ménos conservador; tu madre, (si á pesar de los disgustos que la has dado vive todavía), nada tiene que temer de nosotros; tus hermanas podrán leer estas pobres páginas con ménos peligro para su recato, que la novela que traduces para el folletín de tu periódico; y tus esposas, aunque sean más de una, pueden contar con el respeto que tributamos siempre á cualquier mujer que se apoya en el brazo de un hombre, aunque la mano de ese brazo se emplee en combatir el honor de las demás mujeres, y afrontar el pudor de las demás esposas. Porque ¡oh liberal, sensible y caballeroso gacetille-

ro! Este libro de enseñanzas prácticas y de ejemplos del buen vivir moderno, no es tu periódico, y no tiene, como él, una segunda plana para servir de plazuela á todos los insultos personales, ni una cuarta que se alquile como un mercado á cualquier vicio secreto ó público. Porque su autor, que vive en esta hermosa sociedad, y sabe su historia secreta, tan al dedillo como tú ignoras la historia de España, no se cree autorizado á revelarla, por la razón sencilla de que su secreto es el secreto de todo el mundo; porque en fin, aunque profesa el principio de que tu vida privada no es más respetable que la vida de los reyes ilustres, de los magnates heróicos, y de las corporaciones religiosas y seculares que tú has manchado con tu pluma; no la cree, al propio tiempo, tan interesante ni tan grande, que valga la pena de ocuparse de ella, y te deja en la secreta posesion de tus vicios oscuros, hasta que algun cofrade y correligionario tuyo, te los saque á pública vergüenza.

Tranquilízate, tranquilízate, caballeroso periodista, no saldrá de mi pluma la cuenta de lo que debes á tu sastre, ni las obligaciones que debias tener á tu patrona; nadie sabrá por mí, por qué pasas rápidamente por delante de la tienda de tu zapatero, ni en qué empleas el dinero que á costa de mil privaciones te envian del pueblo, tus ancianos padres ó tu tío el Cura. Esto ni tú lo ocultas, ni á nadie escandaliza, y en historietas de periódicos, y en fábulas de sainetes y farsas, lo presentas tú ó tus amigos como rasgos característicos y pintorescos, de la alegre vida del aprendiz de hombre político. A ilustrarte en esa carrera que tan brillante-

mente has comenzado, va dirigido este libro, en el que si aparece tu retrato, y algun otro de tus amigos, será solo para que podais compararle con el que, andando el tiempo, llenos ya de años de servicios, de honores y de condecoraciones, encomendéis á algun retratista ó biógrafo ilustres, que en lienzo ó en bronce consigne para las edades futuras, los rasgos indelebles del merecido encumbramiento, al que sereis elevados por vuestros contemporáneos, si seguís puntualmente mis lecciones.

* * *

Nacimiento.—Doy por supuesto que el vuestro ha sido oscuro; esto, lejos de perjudicar, favorecerá vuestra carrera; pues á medida que avanzais en enseñanzas públicas, creceis en mérito privado, y ambas educaciones caminan á una. La condicion social elevada, es detestable base para la vida política: los que nacen entre honores, son orgullosos para pretendientes, y fáciles ó sobrado llanos cuando llegan á protectores. Una condicion media, y alguna ilustracion contemporánea en su familia, mejor en la línea transversal que en la directa, puede auxiliar los comienzos de una carrera que no se emprenda con grandes medios personales; pero un hombre que tenga fé en sí mismo, ambicion y osadía, debe preferir nacer pobre y oscuro, porque la pobreza y la oscuridad son las mejores prendas de independencia, y los más agudos acicates del irreflexivo arrojo que necesita para sus empresas.

Nombre.—Aunque oscuro, no ha de ser vulgar, ni de significacion pedestre ó sencilla. Hay quien,

debe á la casualidad de su prosapia uno de esos apellidos de fácil pronunciacion, que nada dicen al oido del genealogista ó del historiador, pero que corren fáciles y fluidos de boca en boca, sin que recuerden tampoco el del zapatero de la esquina, ó el del sastre de la plazuela. Cuando un político carezca en su fé de bautismo de esta cualidad, no despreciable, puede acudir á la confirmacion patronímica, adoptando el apellido materno, si suena mejor que el de su padre, ó juntando este con aquel, ó aquel con este, segun exijan combinadas, las leyes de la singularidad y de la armonía. Hoy los nombres más á la moda, son los compuestos de este modo, como *García-Perez*, ó *Casas-Ibañez*, ó si se quieren de mejor desinencia, unidos por una partícula inofensiva que les da mayor sabor y realce nobiliario, tales como *Ruiz de la Calle* ó *Jimenez del Rio*; y si de esta combinacion de nombres resulta un despropósito gramatical, como *Barco del Monte*, ó una singularidad graciosa, como *Moreno-Rosado*, ó *Flores-Romero*, puede asegurarse que el político tiene todo lo que necesita en esta línea, para hacer carrera en el mundo.

Familia.—Todo hombre público, si no es huérfano, cosa no enteramente indispensable para su fortuna, debe usar, (segun las reglas modernas de política privada), moderadamente de sus padres. Dado el supuesto, que por regla general hemos admitido, de que sean estos oscuros, la necesaria emancipacion que la carrera del hijo, supone respecto de ellos, les coloca á los ojos del público en una posicion anómala, que casi siempre cede en descrédito y desconsideracion de su propia persona. No

está mal visto que vivan en su pueblo, y que el hombre público, en las forzosas vacaciones de sus cesantías y retraimientos, pase *en el seno tranquilo de su respetable familia, ó al dulce calor del hogar paterno*, temporadas más ó ménos largas. Tambien produce buen efecto en un hombre político, sobre todo, si encamina sus pasos por el camino de la tribuna, el poder invocar en ciertos y determinados discursos la *dulce figura de una madre*, ó concretando más el efecto oratorio, hablar de su propia madre, presentarla á los ojos del auditorio como el único rival de su carrera política, como el contrapeso de sus opiniones, ó como la única fuente de sus creencias; esta tierna confidencia de un cariño que ninguno de los oyentes ha de poner á prueba, conmueve á los más empedernidos, y arranca lágrimas y aplausos en la tribuna de señoras; pero tampoco debe abusarse mucho de este resorte, y sobre todo guardarse bien de presentar á su pobre madre, en los *thes* políticos de las mismas señoras de la tribuna.

¡Pobres padres, pobres madres....! ¡No! dichosos ellos, que Dios, al ungirlos para el sublime sacerdocio de la paternidad, tocó sus ojos é impuso en ellos la dulce ceguera de una confianza sin límites, y dió á su corazon un eco fiel de sus propios latidos. ¿Quién, así dotados, podrá engañarlos? ¿Quién podrá acusarse del crimen horrible de una afrenta, comprendida y aceptada por ellos? El hombre altivo que por lo que llega á ser, quiere ser el primero de su linaje, y no se avergüenza de haber sido *nada*, sino de haber sido *poco*, sobre todo cuando ese *poco*, presenta la forma real y sensible de un viejo tosco, ó

de una mujer ignorante, sencilla ó pretenciosa, será siempre para estas pobres y buenas gentes el hijo de su corazón, tan cariñoso, tan tierno y tan llano, como cuando guiaron sus primeros pasos en la vida. Si le ven muy de tarde en tarde, será «que á su pobre hijo le matan de trabajo, y le quitan el tiempo sus ocupaciones;» si los amigos de éste no son los suyos, y solo de nombre los conocen, será «por disfrutar á solas con sus padres la paz de la familia;» si cualquiera es mejor confidente de sus inquietudes y sobresaltos que el alma leal de sus padres, será sin duda porque «quiere descansar en su seno de las preocupaciones diarias de la política;» si cuando está á su lado breves, brevísimos instantes, habla poco, y á todas las santas fruslerías del hogar doméstico parece extraño, y á todas sus íntimas confidencias distraído é indiferente, ¿quién puede extrañarlo?—«El pobre chico está preocupado con sus cosas,»—dirá el padre.—«Sí, no distraerle,»—murmurará la madre muy bajito;—«hijo de mi alma, siempre tan aplicado; ¿no te acuerdas? lo mismo, lo mismo que ahora, se ponía cuando tú le echabas la lección de gramática, que no podía ver que yo le interrumpiera para hablarte de la colada de la Pascua!» Y si después de un rato de silencio, que nadie se atreve á interrumpir, el hijo se despide de los viejos, y estos no le pierden de vista hasta que dobla la esquina de la calle, y solitos, muy solitos los dos, se quedan hablando largo rato del chico, y de su fortuna y de su bondad, ¿creerán nunca, aunque se lo jure todo el cuerpo diplomático extranjero, que aquel pedazo de su corazón, criado y educado por ellos, hombre superior á toda preocupacion mun-

dana, liberal y hasta progresista, y á quien todos reconocen el valor de sus opiniones, no se atrevería á presentar á sus colegas ni á sus administrados en el seno de su familia, por temor de que su padre se confesara maestro de escuela, y volviera á hablar su madre de la Pascua, y de otras fiestas, como inseparables efemérides de sus pasadas tareas domésticas?

*
* *

Dejemos, pues, á los padres del hombre político, que poco ó ningun papel representan en vida al lado de su hijo, y que solo el dia de su muerte, anunciada por todos los periódicos, llorada por todos sus amigos, y acompañada de magníficas ceremonias fúnebres, comparten con él el triste privilegio de su popularidad y fama, y ocupémonos de otras relaciones de familia más importantes. Digamos algo de los hermanos.

La hermandad política, es tal vez la única orden monástica que ha sobrevivido á la secularizacion de estos institutos: guárdase en ella estrecha regla, pronúncianse votos, practícase la comunidad de bienes, se observa la más severa disciplina en el gobierno interior de las casas, y los principios de la más rigurosa gerarquía en sus manifestaciones esternas.

Como en las Ordenes monásticas, los religiosos de esta hermandad pueden ser ó legos ó profesos.

Los que más abundan son los hermanos legos, que sirven al hermano profeso en los mil detalles íntimos de su profesion y de su estado; cuidan de su casa, le hacen las elecciones, cobran su sueldo, me-

dian en sus cuestiones, reciben ó despiden á los pretendientes, conciertan alianzas, firman paces ó rompen treguas con otros hermanos de otras órdenes, y denuncian ante los tribunales, provocan á un desafío, ó insultan públicamente al enemigo político, al periodista descontento ó al diputado de oposicion, que se coloca en frente de su hermano en situacion hostil ó dudosa.

Estos son los hermanos que *comprometen* al hombre público cuando este necesita, no aparecer personalmente comprometido en una cuestion administrativa ó de conducta; los que esparcen hábilmente los rumores que los periódicos de la noche aseguran haber oido «en autorizados círculos;» los que inician en el salon de conferencias ó en el de sesiones, los movimientos estratégicos, de condensacion ó de dispersion, que á veces deciden de la existencia parlamentaria de un partido; los que revelan el pensamiento secreto de un ministro, y los que poseyendo el privilegio de una interpretacion semi-auténtica, esplican y comentan sus palabras oscuras, segun las necesidades del dia y el interés político de los que aparentan no comprenderlas.

Rara vez ocupan estos hermanos posiciones políticas importantes, y fundan su estado civil, única y exclusivamente, en la hermandad á que están sujetos. Si en alguna ocasion, suélese verlos en puestos oficiales, á nadie ocultan que solo los aceptan por servir á su hermano; afectan un gran desprecio por la política en general, y por el partido á que su hermano pertenece en particular; segun ellos, á una y otro vive este sacrificado inútilmente; y solo por patriotismo no vive como él retirado en

su casa, y ocupado exclusivamente de sus negocios, que le tendria mucha más cuenta que la política, lo cual, efectivamente seria verdad, si dichos negocios no procedieran de ella tan directamente, como la cosecha de la siembra.

Los hermanos profesos, ménos comunes que los legos, constituyen entre sí la hermandad verdadera, pues cada uno, siendo mucho, concurre á ella con todo lo que es y lo que vale. No tienen, sin embargo, mucha vida, ni gozan próspera fortuna estas sociedades, cuando los asociados ponen en ellas un mismo capital cada uno, pues entonces, los esfuerzos individuales, perjudican y contrarian el resultado social. Supongamos, al contrario, divididas las facultades humanas, y representada cada una en la sociedad, para que esta recoja sumados los esfuerzos de todos, y tendremos el cabal modelo de esas hermandades, de esas familias de sangre azul política, que figuran en los Estados constitucionales, al lado, si no al par de la familia reinante, y que solo les falta una corona y un cetro, para constituir la base de una verdadera dinastía.

Tenga un hermano la inteligencia; posea otro la iniciativa, y sea el tercero la accion material de lo imaginado é intentado, y el sábio, el político, y el militar unidos, serán árbitros de los destinos de su pátria, y lo que más les importa, mútuos sostenes de los suyos propios.

¿Debe el hombre público ser casado? Cuestion debatida y de resolucion dudosa, para algunos espíri-

tus superficiales, que deslumbrados por ciertos encumbramientos no bastantemente analizados, dan á la mujer española, mujer esencialmente de familia y de sentimiento, una importancia política, de que afortunadamente no han podido dotarla aún nuestras revoluciones y trastornos. Entre todas ellas, áun escogidas las más intrigantes é inteligentes, podria escoger un hombre político, llegado al pináculo de su encumbramiento, una esposa; pero jamás encontraría una asociada. Sea esto dicho en honor de las mujeres, y de las damas españolas.

El hombre político *puede* pues, ser casado, como puede ser probo y consecuente; pero no *debe* casarse; es decir, que el variar de estado, no es una condicion indispensable de su carrera.

Rara vez el hombre público, debe á su mujer propia aumentos en su empleo, en su posicion ó en sus influencias, (á pesar de, lo cual seria tambien injusto refiriéndose á un corto número de mujeres, quitarlas en absoluto toda influencia en la política española, esto es, en la manera personal de vivir y de prosperar de cierto número de hombres políticos.) Por lo comun, la esposa política hace corto ó ningun papel en la vida de su marido; pero alguna, puede haber sido en los principios de su carrera lo que en términos de *caló* político suele llamarse *una base*, y con la influencia de su familia, ó con su caudal propio, le ha dado, casi sin sospecharlo, esa media independendencia, completamente independiente de su particular contentamiento, que le permite hacer dimision de su empleo sin morir de hambre, y contraer deudas con alguna verosimilitud de pagarlas. Casi todas, inferiores en educacion al

hombre que las escogió por compañeras, crecen con él en importancia, y á su lado conquistan en la sociedad del gran mundo, el rango que nuestra aristocracia de la sangre, dócil feudataria de la aristocracia administrativa, concede siempre á las eminencias políticas.

* *

Una mujer pasa de pronto de la oscuridad de una posición de segundo orden, al esplendor de un puesto eminente, y de ser desconocida á ser solicitada, sin más preparacion ni antecedentes que el nombramiento de su marido para un ministerio, una presidencia ó una capitanía general de primera clase. Sean cualesquiera los hábitos, las relaciones y los sombreros que la acompañen de su pasada posición á la nueva, esta, como los estados de gracia, borra las faltas pasadas, y depurándose en dos ó tres meses de ejercicio, amigas íntimas, costumbres y modistas, adquiere, para el cuarto ó quinto de su empleo, el barniz elegante que necesita para hacer buen papel en los más inaccesibles salones, y aunque no le adquiriera, su notoriedad y su influencia la servirán de figurines y de modelos.

Hay mujeres, que aprovechándose del paso de su marido por el poder, echan mientras le disfrutan las raíces de sus futuras relaciones, afirmándose en su puesto social con igual ó mayor ardor que el empleado por su marido, para conservarse en su puesto político; otras, más modestas ó más hábiles, aparecen ó desaparecen del mundo elegante, segun su marido aparece ó desaparece del mundo guber-

namental; pero para ninguna es estéril la peregrinacion por la tierra prometida.

Un tono ménos familiar y más seguro en sus relaciones íntimas, un aspecto exterior más imponente, más desdeñoso ó más sarcástico, un desarrollo de sus facultades estéticas aplicadas al ramo especial de su atavío y compostura, y una aficion decidida, y ya incurable, á los landós de cinco luces, á los palcos del Teatro Real, y á los pastelillos de Lhardy, se apodera con tanta vehemencia del corazon de estos ángeles caidos, que aunque su marido quisiera moderar tan costosos apetitos, tendria que declararse vencido al luchar con ellos.

Afortunadamente no quiere; porque el poder, al elevar la inteligencia, atilda los gustos y desarrolla la individual cultura, que solo vive en la atmósfera del confort y del refinamiento elegante.

* *

Otros desarrollos, no puramente estéticos, sino relacionados con otras facultades más materiales del alma humana, debe producir tambien el ejercicio del poder. A esos desarrollos, que por lo exuberantes parecen espontáneos, se debe sin duda que el coche, la mesa, el ajuar y el tren de vida de los altos funcionarios, no disminuya ni mengüe en la triste proporcion en que disminuye el líquido en una vasija del que se extrae de pronto, las tres cuartas partes de su contenido; pero como estos milagros de química administrativa, pertenecen á lo que se llama el secreto de la vida privada, no pre-

tendemos explicarlos, remitiendo para su averiguacion al pundonoroso gacetillero que nos escucha, á la observacion atenta de la vida real, leccion la más útil del que quiere profesar en tan difícil arte.

Pero si bajo estos puntos de vista, la familia del hombre político rebautizada en las aguas del Jordán gubernamental, gana en esplendor y en cultura, no pocas veces la paz doméstica mejor cimentada se ve comprometida; y el amor conyugal, perseguido por otras divinidades ménos respetables, huye para siempre de los corazones que alimentaba con su puro fuego.

¿Cuántos funcionarios respetables hasta la obesidad, y limpios de toda mancha y áun de todo recuerdo juvenil, sérios, graves y únicos en su empeño ambicioso, han llegado al poder, y de donde ménos lo esperaban, de entre los pliegues de su cartera de ministros, han visto salir diosецillos alados, cupiditos picarones y maliciosos, que les distraian de sus meditaciones, revolvian sus papeles y confundian sus decretos, sus nombramientos y sus cesantías? Se me dirá que este es un fenómeno inherente en la flaqueza humana, que solo los borrachos aman el vino por el vino, y que los hombres civilizados prefieren al licor la copa en que se vierte. No tengo interés en discutirlo; pero bueno será advertir que la vida política, en medio de sus grandes ventajas, ofrece tambien para las familias, graves peligros de que puede huir el prudente, y aprove-

chase el sábio, convirtiéndolos, como todo lo que encuentra á mano, en pedestales de su grandeza.

* *

Porte personal y condiciones exteriores.—En los principios de su carrera, descuidado en su traje, agresivo en su trato, grosero en sus modales, y libre y mordaz en sus conversaciones. Más moderado en todo á la mitad de su subida, cuidando de cultivar su modestia y sus uñas, y de peinar su cabellera y sus frases.

Ya en la cumbre, afabilidad protectora con los grandes, finura y galantería exquisitas con cualquier dama, y profundo desprecio por el resto de la humanidad; buen estómago para digerir un convite diario, buen estómago para poder darlos, y buen estómago para pagarlos.

* *

Cualidades y vicios.—Puede tener de unas y otros con tal que ninguno le domine por completo, y vaya sustituyéndolos segun avance en la vida pública; pues tal virtud, utilísima en un oficial de secretaría, puede ser fatal en un subsecretario; y tal vicio, que seria un adorno siendo ministro, podria hundir á un hombre en la opinion pública, si le practicara siendo director de cualquier ramo.

Así por ejemplo, hemos visto á jugadores de cartas que hacian excelentes funcionarios, sin más que

modificar su afición á los naipes, sustituyéndola por su afición á la Bolsa

A jugadores de Bolsa, que retirados á tiempo de este vicio, administraban hábilmente la Hacienda pública, poniendo á sus órdenes especiales conocimientos en los fondos públicos.

Y á deudores particulares convertidos de pronto en notabilidades financieras, y tratando con el mismo desenfado que la suya, la Deuda pública.

Lo mismo puede decirse de las virtudes. *No importa* que un alto empleado sea consecuente: un ministro tiene obligación de ser dúctil. Los directores supremos de la política de los partidos, *pueden* ser humanos y hasta afables; sus subordinados inmediatos deben ser orgullosos y altivos. No perjudica á un administrador de Hacienda pública de cualquier provincia, ser honrado y probo; pero la primera condicion del jefe de su ramo, consiste en ser *hábil*.

*
*
*

¿Y qué más he de decirte, pronunciada esta palabra, que al vuelo cojerás, oh sensible, caballeroso y discreto gacetillero liberal, más ó menos conservador; qué más he de decirte, despues de aconsejarte que si alguna vez eres ministro (que si lo serás), seas ante todo, y sobre todo, en tu vida privada, como en la pública, hábil, y nada más que hábil? ¿Habré de injuriarte definiéndote la habilidad?

No; que á ella hay levantados tantos altares, y consagradas tantas cátedras, que es enseñanza inútil la que yo puedo darte de esa media virtud, mu-

cho más practicada en esta época de términos medios, que las intransigentes y hoscas virtudes de otros tiempos, hoy solo patrimonio de oscurantistas y retrógrados.

Pero, si á toda costa quieres una regla de conducta, para ajustar tu vida privada á tu vida pública, ten solo presente que debes poseer aquellas, y no otras virtudes íntimas, que sean compatibles con tus virtudes políticas: procurar ser intachable para tus amigos, que á tus enemigos nunca has de parecerlo; ó reduciendo estas fracciones á un comun denominador, sé poderoso, que todo lo demás te será dado de añadidura.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

En la patria.

	<u>PÁGINAS.</u>
I.—Del patriotismo en general, y de las particularidades de algunos patriotas.	9
II.—S. M. Opinion pública, Reina absoluta del mundo, y su secretario del despacho.	19
III.—¡¡¡Orden!!!.	31
IV.—De los fusiles, de las espadas y de los entorchados.	43
V.—De las cosas, de los Gobiernos y de los hombres serios.	59
VI.—Cesantías y dimisiones.	71
VII.—Los grandes caracteres, las especialidades y los tipos.	87
VIII.—A un periodista.	105
IX.—Carta de un liberal-conservador á un conservador-liberal, expresándole las dudas que le ofrece el liberalismo de un Gobierno conservador de la revolucion, y respuesta conservadora del conservador número 2.	121
X.—La política de los hombres de bien.	131

LIBRO SEGUNDO.

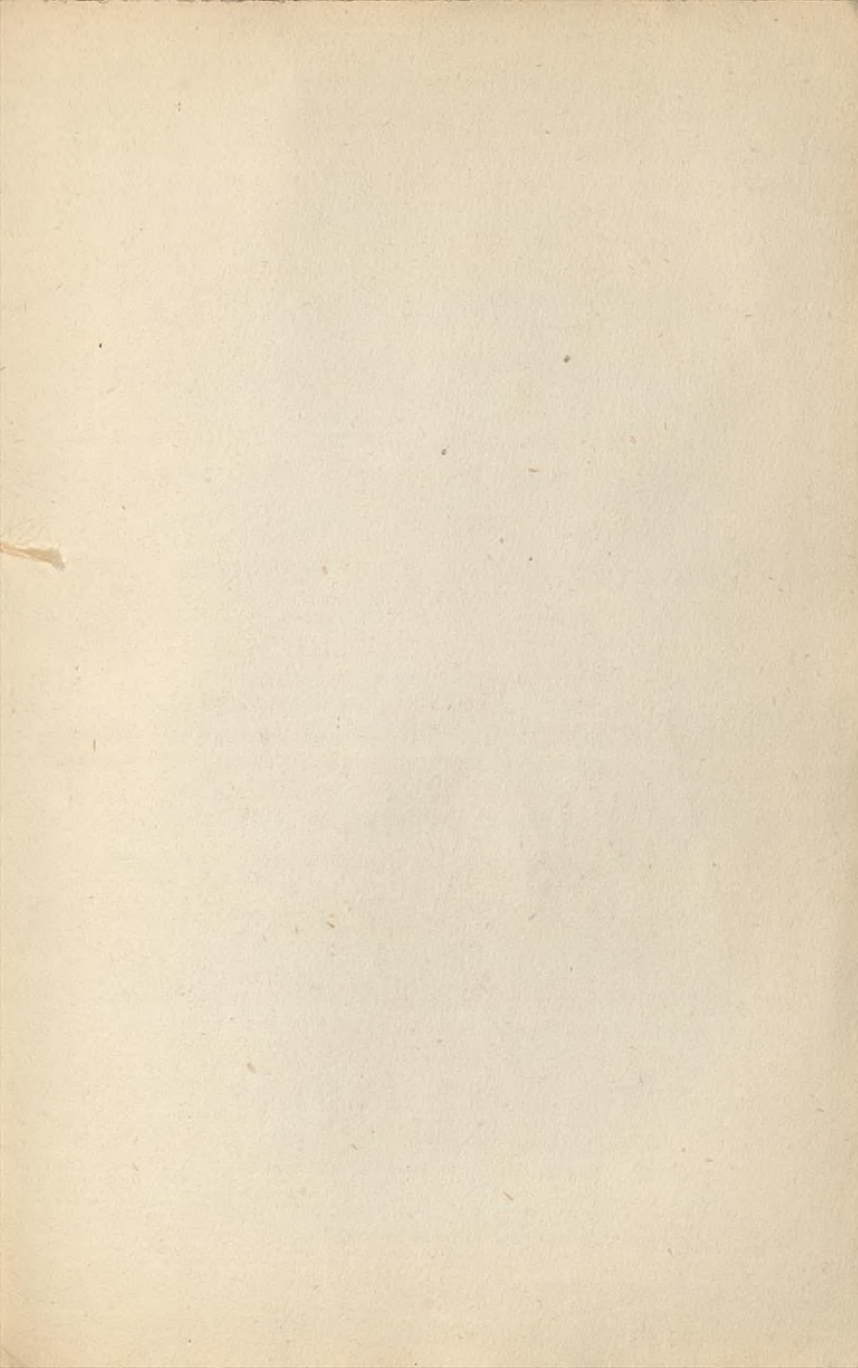
En la sociedad.

	<u>PÁGINAS.</u>
I.—Las clases privilegiadas.	141
II.—Los ricos, los ricachos y los opulentos.	153
III.—Los emprendedores	163
IV.—Que es continuacion al precedente, y sirve al autor de pretexto para aven- turarse á una tímida defensa de la llamada Holgazanería Nacional. . . .	173
V.—La modesta blusa del obrero y el tran- quilo mostrador del comerciante. . .	181
VI.—Una posicion independiente.	193
VII.—Del lujo modesto.	203
VIII.—Se procura dar una idea del arte mo- derno, y despues de llenar dos pági- nas con digresiones aventuradas, y <i>distingos</i> impertinentes, se renuncia á ello.	213
IX.—Los beneficios de la instruccion.	223
X.—Las cosas lícitas.	233

LIBRO TERCERO.

En la familia.

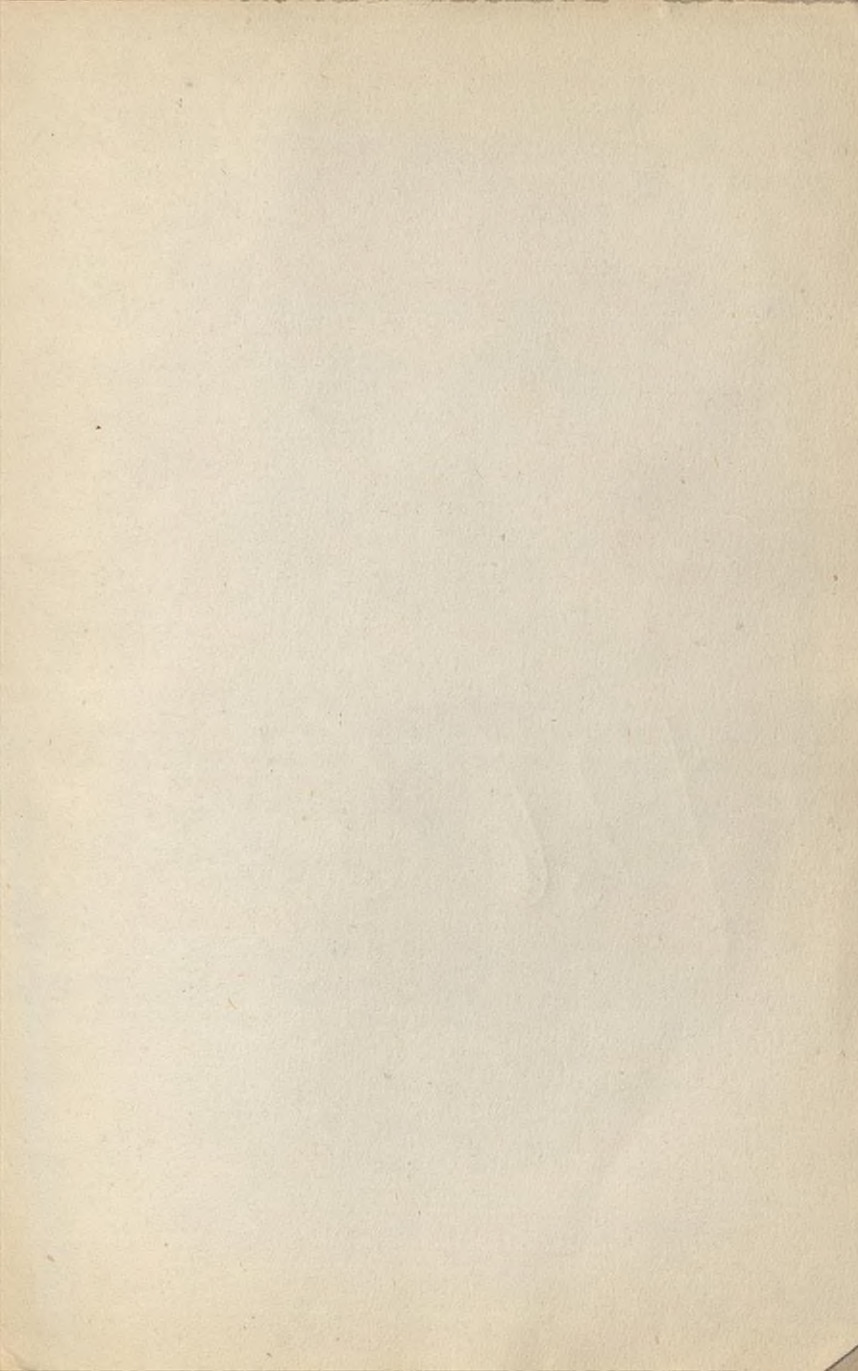
I.—Los recién casados ofrecen á Vd. su casa.	247
II.—El padre, la madre y el hijo de familia.	257
III.—El porvenir de mis hijos.	265
IV.—La mejor dote.	271
V.—El cuarto del señorito.	277
VI.—Mis parientes y los parientes de papá.	285
VII.—De los amigos y enemigos íntimos. . . .	291
VIII.—De la educacion.	301
IX.—¿.....?	313
X.—La vida privada de los hombres pú- blicos.	325

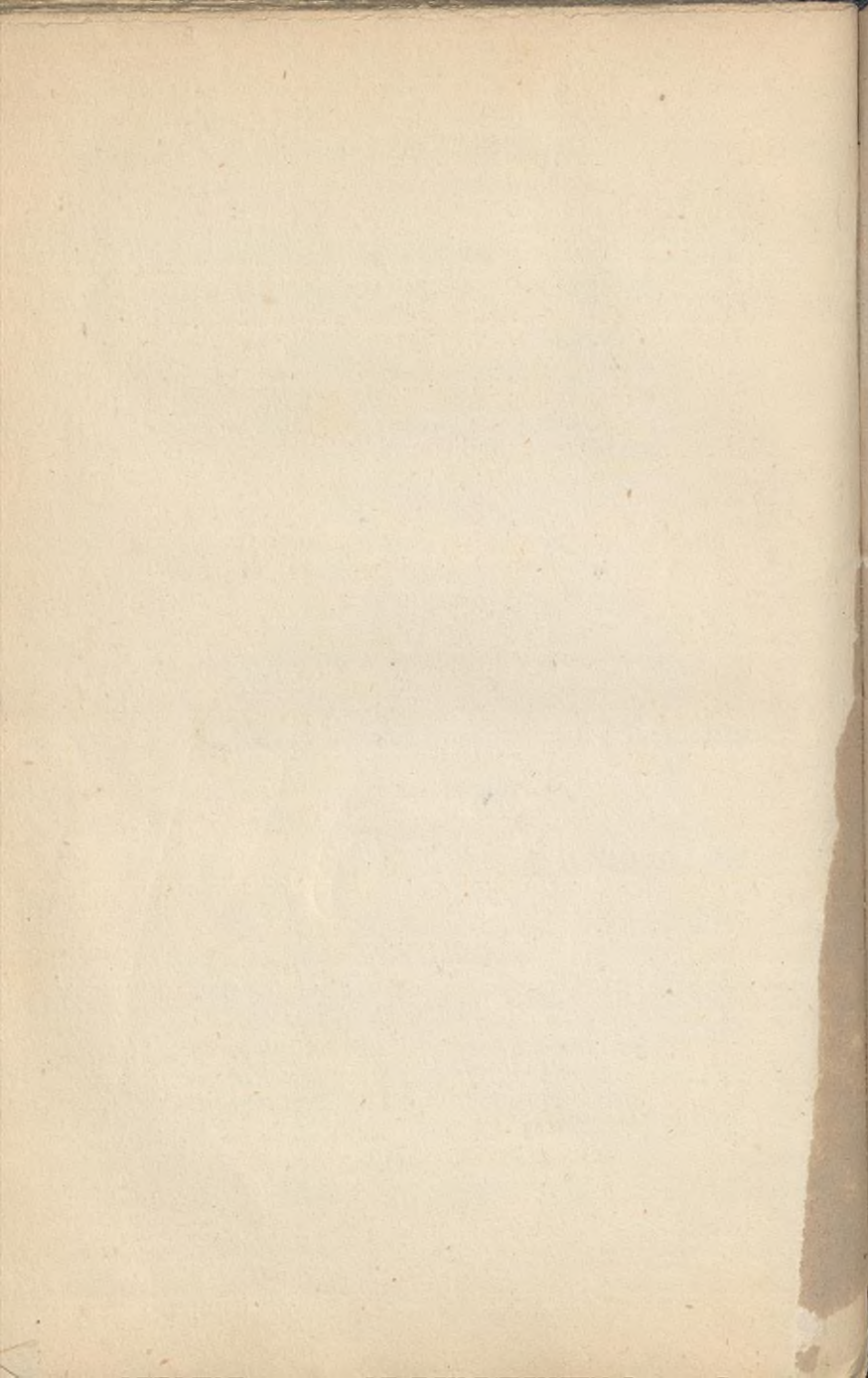


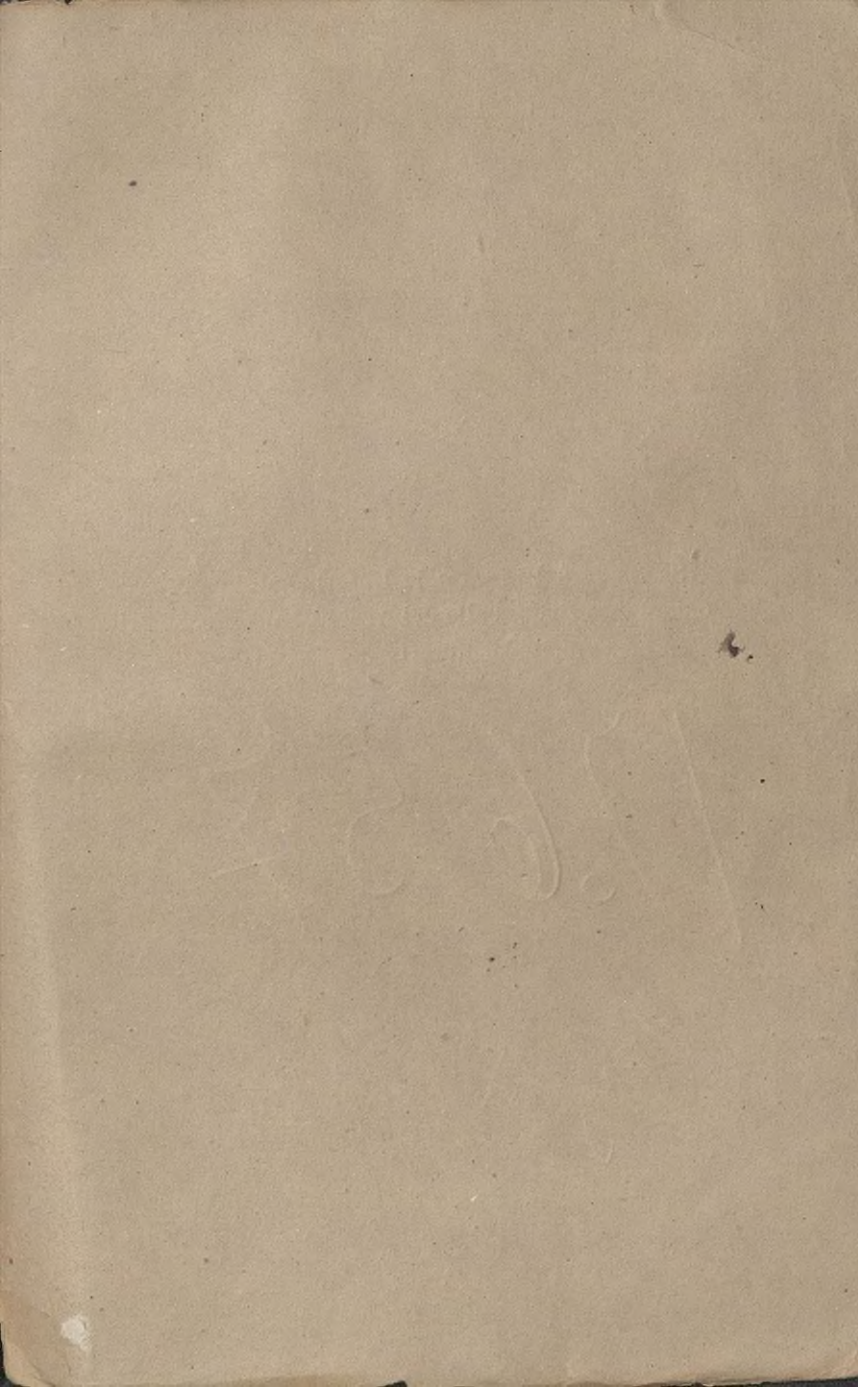
CONTENIDO

Índice

I. - La idea general de la obra	1
II. - La idea de la historia y la geografía	10
III. - La idea de la economía	20
IV. - La idea de la política	30
V. - La idea de la filosofía	40
VI. - La idea de la literatura	50
VII. - La idea de la ciencia	60
VIII. - La idea de la moral	70
IX. - La idea de la religión	80
X. - La idea de la historia	90
XI. - La idea de la geografía	100
XII. - La idea de la economía	110
XIII. - La idea de la política	120
XIV. - La idea de la filosofía	130
XV. - La idea de la literatura	140
XVI. - La idea de la ciencia	150
XVII. - La idea de la moral	160
XVIII. - La idea de la religión	170
XIX. - La idea de la historia	180
XX. - La idea de la geografía	190
XXI. - La idea de la economía	200
XXII. - La idea de la política	210
XXIII. - La idea de la filosofía	220
XXIV. - La idea de la literatura	230
XXV. - La idea de la ciencia	240
XXVI. - La idea de la moral	250
XXVII. - La idea de la religión	260
XXVIII. - La idea de la historia	270
XXIX. - La idea de la geografía	280
XXX. - La idea de la economía	290
XXXI. - La idea de la política	300
XXXII. - La idea de la filosofía	310
XXXIII. - La idea de la literatura	320
XXXIV. - La idea de la ciencia	330
XXXV. - La idea de la moral	340
XXXVI. - La idea de la religión	350
XXXVII. - La idea de la historia	360
XXXVIII. - La idea de la geografía	370
XXXIX. - La idea de la economía	380
XL. - La idea de la política	390
XLI. - La idea de la filosofía	400
XLII. - La idea de la literatura	410
XLIII. - La idea de la ciencia	420
XLIV. - La idea de la moral	430
XLV. - La idea de la religión	440
XLVI. - La idea de la historia	450
XLVII. - La idea de la geografía	460
XLVIII. - La idea de la economía	470
XLIX. - La idea de la política	480
L. - La idea de la filosofía	490
LI. - La idea de la literatura	500
LII. - La idea de la ciencia	510
LIII. - La idea de la moral	520
LIV. - La idea de la religión	530
LIV. - La idea de la historia	540
LVI. - La idea de la geografía	550
LVII. - La idea de la economía	560
LVIII. - La idea de la política	570
LIX. - La idea de la filosofía	580
LX. - La idea de la literatura	590
LXI. - La idea de la ciencia	600
LXII. - La idea de la moral	610
LXIII. - La idea de la religión	620
LXIV. - La idea de la historia	630
LXV. - La idea de la geografía	640
LXVI. - La idea de la economía	650
LXVII. - La idea de la política	660
LXVIII. - La idea de la filosofía	670
LXIX. - La idea de la literatura	680
LXX. - La idea de la ciencia	690
LXXI. - La idea de la moral	700
LXXII. - La idea de la religión	710
LXXIII. - La idea de la historia	720
LXXIV. - La idea de la geografía	730
LXXV. - La idea de la economía	740
LXXVI. - La idea de la política	750
LXXVII. - La idea de la filosofía	760
LXXVIII. - La idea de la literatura	770
LXXIX. - La idea de la ciencia	780
LXXX. - La idea de la moral	790
LXXXI. - La idea de la religión	800
LXXXII. - La idea de la historia	810
LXXXIII. - La idea de la geografía	820
LXXXIV. - La idea de la economía	830
LXXXV. - La idea de la política	840
LXXXVI. - La idea de la filosofía	850
LXXXVII. - La idea de la literatura	860
LXXXVIII. - La idea de la ciencia	870
LXXXIX. - La idea de la moral	880
LXXXX. - La idea de la religión	890
LXXXXI. - La idea de la historia	900
LXXXXII. - La idea de la geografía	910
LXXXXIII. - La idea de la economía	920
LXXXXIV. - La idea de la política	930
LXXXXV. - La idea de la filosofía	940
LXXXXVI. - La idea de la literatura	950
LXXXXVII. - La idea de la ciencia	960
LXXXXVIII. - La idea de la moral	970
LXXXXIX. - La idea de la religión	980
LXXXXX. - La idea de la historia	990
LXXXXXI. - La idea de la geografía	1000







Se vende á 12 rs. en la librería católica internacional de Tejado, calle del Arenal, núm. 20, Madrid, y en las principales librerías.

176 57

Levy 1847